Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS**

**RETOS DE LA DIVERSIDAD Y LAS POLÍTICAS CULTURALES PARA LA
INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA; UN ACERCAMIENTO A PARTIR DE LA
EXPERIENCIA DEL CONVENIO ANDRÉS BELLO**

T E S I S

**PARA OBTENER EL GRADO DE:
DOCTORADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS**

**PRESENTA:
LUCINA JIMÉNEZ LÓPEZ**

Director: Dr. Néstor Raúl García Canclini

Asesores: Dr. Eduardo Vicente Nivón Bolán

Dr. Hector Esteban Schargorodsky

México, D.F.

Abril, 2011

CONTENIDO

Fundamentación y Metodología.....	4
I. Los dilemas de la diversidad, la desigualdad y la integración en AL.....	30
1.1 Desanclajes, deslocalización y desclasificación	
1.2 La invención del otro y la violencia de la clasificación	
1.3 Del otro, al yo, al nosotros, diversidad de diversidades	
1.4 Pueblos originarios, diversidad y exclusión	
1.5 Migración, diversidad y conflictos fronterizos	
1.6 El CAB y la gestión del Patrimonio Cultural Inmaterial	
1.7 Retos culturales de la ciudades	
1.8 Jóvenes y culturas juveniles	
II. Políticas culturales, educación y cultura en América Latina.....	81
2.1 Escuela, cultura y evaluación internacional	
2.2 Reforma educativa, cultura e innovación	
2.3 Escuela y diversidad cultural	
2.4 Lecturas del mundo y analfabetismos en el siglo XXI	
2.5 El vínculo entre educación y cultura	
III. Institucionalidad y economía de la cultura: Globalización e integración en América Latina.....	98
3.1 Crisis en la institucionalidad de la cultura en América Latina.	
3.2 El sentido de las instituciones	
3.3 Las transformaciones y los retos de la institucionalidad de la cultura	
3.4 Las nuevas competencias del Estado	
3.5 El valor de la cultura y las dimensiones del sector cultural	
3.6 Consumo Cultural y Derechos Culturales	
3.7 Legislación cultural para un nuevo milenio	
3.8 Gestión cultural, un campo profesional en construcción en AL	
3.9 El financiamiento a las artes y la cultura y sus equilibrios	
3.10 Globalización, diversidad e integración en América Latina	
IV. Conclusiones: hacia la creación de políticas de nueva generación:	178
Bibliografía.....	185

Agradecimientos

Agradezco a Nahui Marie, la mirada crítica y amorosa de la niña y la adolescente que me ha impulsado a hacer lo que hago desde la antropología en la educación, la cultura y las artes. A mis padres por darme la vida y enseñarme a soñar.

A mis colegas y asesores de la UAM-Iztapalapa, especialmente al Dr. Néstor García Canclini por su impulso académico, su retraining y sobre todo por su contribución al pensamiento antropológico en América Latina, al Dr. Eduardo Nivón por su apoyo, sus comentarios y su interacción en campos comunes. Al Dr. Héctor Shargorodsky de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, por su generosidad, sus observaciones y comentarios a esta tesis.

A mis colegas, amigos y alumnos de la Cátedra Unesco de Políticas Culturales y Cooperación Internacional de la Universidad de Girona, especialmente a Alfons Martinell.

A Patricio Rivas en su paso por el CAB, a quien le debo el acercamiento a la producción del organismo.

A mis compañeros de ConArte ciudad de México, Ciudad Juárez y Chiapas por su comprensión a mis delirios antropológicos. Al Grupo del Programa de Investigación sobre Educación y Artes de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Al Dr. Guillermo Bonfil donde quiera que esté por sus diálogos y enseñanzas.

Gracias a todos y todas porque me han ayudado a crecer y a cambiar la mirada.

FUNDAMENTACIÓN Y METODOLOGÍA

América Latina, Diversidad e Integración

En esta tesis abordo la idea de América Latina como un “macro sujeto” polisémico que es fruto de una construcción histórica basada en un juego de oposiciones, invasiones y amenazas entre los poderes europeos y las distintas auto adscripciones de los grupos de poder de este lado del Atlántico, en el llamado continente americano, en cuyo marco se ha desarrollado la disputa por el reparto del mundo a lo largo de varios siglos, bajo la influencia de distintos sistemas económicos y políticos.

Como noción simbólica compleja históricamente construida, la idea de América Latina se deriva del entrecruzamiento de factores de orden social, económico, cultural y geopolítico que no dejan de estar, cada uno de ellos y en su conjunto, entrecruzadas por la perspectiva antropológica de la diversidad cultural, altamente influidos por contextos de desigualdad y de tensiones por el control cultural, económico y político entre diversos grupos de poder a nivel mundial y local.

La construcción de la idea de América Latina, es fruto de una larga historia de confrontación entre los poderes europeos y anglosajones que se disputan el poder en el mundo y conlleva desde su nacimiento una condición de marginalidad o de periferia que hoy se pone en debate en esta tesis, ante la configuración de los nuevos mapas culturales y los movimientos geopolíticos que plantea la globalización.

Descarto la tentación, más ideológica que real, de asociar América Latina a la conformación dada o futura de una región cultural homogénea, aún como la que plantearon los liberales del siglo XIX como parte de su sueño de “integración”. Hago a un lado también el criterio lingüístico, porque no toda la población de la región geográficamente denominada América Latina y definida al sur del Río Grande o Río Bravo y hasta la Patagonia y el Caribe es hispanoparlante, ya que en esta región también conviven hablantes de Portugués, Inglés y de una gran diversidad de lenguas de los pueblos originarios, cuenten o no con reconocimiento oficial.

El nacimiento del concepto de América se basa en la postura autorreferencial de quienes creyeron “descubrir” un Nuevo Mundo, un mundo cuya existencia transformó la suerte de Europa en su entrada a la modernidad y al capitalismo. Aún cuando Cristóbal Colón hizo su parte accidentalmente al pensar que había llegado a “las Indias”, el nombre de América para este continente proviene de la divulgación de las cartas que el Florentino Américo Vespuccio (1454-1512) realizó y que fueron retomadas por el alemán Martín Waldeseeüller en 1505, quien le concede a este navegante su naturaleza de “inventor”, lo cual resulta conveniente al deseo de otras potencias europeas de contrarrestar el poder de España en las posesiones de ultramar.

La ontología de América fue definida bajo la práctica religiosa de bautizar al nuevo ente que nace a la vida de quien lo “construye” y se integra a la realidad como una figura nueva a la cual hay que crearle un lugar dentro de la racionalidad que permite auto justificar su existencia, su pertenencia, y sobre todo, su posesión, la cual entrará en tensión durante los próximos cuatro siglos. Al bautizar al “Nuevo Mundo”, como “América” se sobrepone simbólica, mentalmente y corporalmente, otra configuración cultural todavía por crearse, a la que tenían los imperios nativos.

La concepción de América como el patronímico femenino del “descubridor” Américo Vespucio, se complementa con el proceso histórico de diferenciación y auto identificación que ante el poder de los Estados Unidos, pero también ideológicamente ante sus sueños universalistas y europeizantes, establecen luego los grupos intelectuales independentistas de principios del siglo XIX quienes sueñan con la idea unificadora que propone Simón Bolívar en 1815. (Stolke y Coello, 2008)

En ese sentido, la idea de América Latina se construye desde sus orígenes desde una postura eurocentrista y etnicista de la “otredad” establecida por las potencias europeas de las postrimerías del siglo XV (Mignolo, 2005), de un lado, y luego, en un segundo momento histórico, decía, por la influencia de las autodefiniciones político culturales de las élites intelectuales del siglo XIX, quienes lideraron la conformación de los Estados Nacionales, a partir de la independencia política de España o Portugal, pero en medio del crecimiento del poder expansionista anglosajón del norte del continente. Estamos entonces, frente a una idea de América Latina que nace por contrastación y en medio de un dilema identitario de los grupos dominantes de este lado del continente.

Por tanto, el concepto de América Latina tiene una doble perspectiva, aquella que crea para la sociedad europea, la condición de la “otredad” con la cual se justifica la necesidad de acabar con las bases culturales de los “otros”, los “exóticos” y paganos que desconocen el mito fundamental de la cultura medieval, la religión, y aquella que significa en el fondo de todos los discursos, y no desligada de la anterior, las bases del dominio económico y de ampliación del poder colonial que encierra la pugna del reparto del mundo entre las potencias europeas de España, Portugal, Inglaterra, Francia y otros países, entre ellos la potencia naciente allende el Bravo.

Luego del triunfo sangriento de la evangelización, la religión católica se establece como base estructuradora del poder económico de la colonia y opera también de manera destacada, como elemento diferenciador del protestantismo que enmarca el desarrollo capitalista del norte del continente, cuyo país representante por excelencia decide autodenominarse Estados Unidos de América. Este último, luego de la guerra independentista desde 1776, asume una postura liberadora y al mismo tiempo expansionista del concepto de América, basado en una perspectiva de autodefinición que mira hacia el sur como parte de su futuro económico.

Es en un juego de contrastación, de poder y en el marco de nuevas invasiones europeas y estadounidenses que los países de lo que hoy se denomina América Latina, se adhieren a la condición de "latinidad" que propone el economista francés Michel Chevalier, ya que su asociación a las raíces "católicas" y "latinas" de los países no anglosajones, ayuda a posicionar el resto del continente en el marco de una especificidad que no deja de ser contradictoria, pero que en el momento ayuda para distinguirla del poder colonial español y portugués y del interés expansionista de los Estados Unidos, a la vez que permite a las élites del subcontinente de este lado del Río Grande o Río Bravo, identificarse con los ideales de la cultura y el pensamiento francés de la ilustración. (Estrade, 1994)

La aceptación de este apellido que construye el nombre de América Latina, implica también la emergencia de una idea contradictoria con la realidad misma de la diversidad local, porque parte de una aspiración de los nuevos poderes no peninsulares, léase criollos, de una independencia alimentada por las ideas de la ilustración, pero también de una aspiración ideológica y cultural que mira hacia lo que se denomina "Occidente", entendida como Europa y una idea particular de "universalismo", mientras reivindica un pasado indígena idílico y muerto y coloca a los pueblos originarios en condiciones de marginación y desconoce los aportes de otras culturas como la árabe o las africanas a las culturas de este lado del Atlántico.

Es en este marco de contradicciones que los pensadores independentistas del siglo XIX introducen el tema de la "integración", como parte de esa aspiración desgarrada en su nacimiento mismo, de convertir a las naciones emergentes de América Latina, en "una patria grande", en una sola nación o en un conglomerado de naciones unidas históricamente, en contraposición al ambiente de invasiones, amenazas y reacomodo del mundo moderno.

Es más el deseo de defensa frente a los poderes amenazantes y las imposiciones europeas y anglosajonas, lo que determina el marco de las independencias latinoamericanas, que las posibilidades y condiciones reales de unidad de naciones que incluso luchan entre sí, en muchos casos, para marcar la geografía política que hoy conforma esta noción de América Latina.

El concepto de América Latina encierra en sí mismo, parte de los dilemas que se analizan en esta tesis como el suero que alimenta la tierra del conflicto de la diversidad cultural contemporánea que pone en evidencia el reto de su gestión desde las políticas culturales y desde la búsqueda de la equidad, la democracia y el "desarrollo". Es así que se pone en cuestionamiento el sueño decimonónico de "integración", frente a las condiciones periféricas que vive hoy América Latina como región, en el contexto de la nueva geopolítica integradora que establece la globalización.

El sentido periférico del concepto de América Latina, adquiere también un tono reivindicativo de su especificidad como región cultural, porque la cultura anglosajona ha hecho de América sinónimo el gentilicio y de la nacionalidad de

los Estados Unidos, lo cual entraña la necesidad de ciertos sectores de reivindicar a América Latina como parte de lo "americano".

Rubén Blades, cantante, compositor y político de origen panameño, cuya carrera se ha desarrollado en los Estados Unidos, alude en su canción a la reivindicación de América Latina como integrante de lo americano y también a la democracia como parte de esa búsqueda identitaria:

"Buscando América"
Rubén Blades
(fragmento)

Te estoy buscando América
y temo no encontrarte,
tus huellas se han perdido entre la oscuridad.
Te estoy llamando América
pero no me respondes,
te han desaparecido, los que temen la verdad.

Envueltos entre sombras,
negamos lo que es cierto,
mientras no haya justicia,
jamás tendremos paz.
Viviendo dictaduras,
te busco y no te encuentro,
tu torturado cuerpo,
no saben donde está.

Si el sueño de uno
es sueño de todos.
Romper la cadena
y echarnos a andar.
Tengamos confianza.
Pa' lante mi raza.

Te estoy llamando América,
nuestro futuro espera
y antes que se nos muera
te vamos a encontrar.

Luchando por la raza y nuestra identidad.

Te estoy buscando América.
Te estoy llamando América.
Ohhh, ohhhh!

Y a nosotros nos toca, hoy, ponerte en libertad.

Como otros músicos, pintores y escritores latinoamericanos, alude a las dictaduras que en su momento se establecieron en Argentina, Paraguay, Salvador, Chile y Guatemala y apunta hacia una América Latina que tiene en su definición misma, una búsqueda de democracia e igualdad, ya que hasta la fecha, es una de las regiones más desiguales del mundo.

En nuestros días, el concepto de América Latina, refiere también al espacio simbólico sociocultural colocada en una condición de marginalidad, la cual se ve profundizada por el impacto de la globalización y la emergencia de otras regiones en el reparto del mundo simbólico y de la economía mundial. Participa de manera marginal, en el contexto de la recomposición de bloques que luchan entre sí por su posicionamiento en el sistema-mundo en el contexto de la globalización y del

mercado no sólo económico o tecnológico, sino también simbólico, en el cual la mundialización se presenta como una tendencia hacia la homogeneización de la cultura anglosajona, especialmente estadounidense, toda vez que el peso de sus industrias culturales ha logrado que este sector conforme parte significativa de su economía.

Esta consideración, decía, nos conduce a poner en tensión el concepto mismo de “integración”, que se discute en el último capítulo de esta Tesis, para comprender que hoy en pleno siglo XXI no estamos ante el mismo debate que abrían las aspiraciones del pensamiento de los liberales del siglo XIX, que vio la “integración” como planteamiento utópico que añoraba la construcción de una entidad supranacional alentada por una aspiración de unidad a la que se alude casi como metáfora de reivindicación ante las amenazas de los Estados Unidos y a pesar de que, como se ha señalado, la propia configuración de la geografía de América Latina se estableció en medio de luchas, contradicciones y ejercicio del poder de los grupos dominantes y la subordinación y transformación constante y radical de las culturas de los pueblos originarios, dando vida a lo que es hoy esta parte del mundo. América Latina vive un proceso de integración económica y política que a la vez incluye y trasciende el ámbito de la subregión y de sus límites geográficos y se diluye en un ambiente global que pone en entredicho los esfuerzos de estos países para lograr un peso específico más relevante, en el contexto de la geopolítica y del mercado simbólico que crea la globalización.

Diversidad cultural, políticas culturales y fractura social en América Latina

América Latina es una de las regiones con mayor diversidad cultural, la cual constituye una de sus mayores riquezas. Sin embargo, su comprensión y su gestión es uno de los desafíos contemporáneos. Revisar y problematizar el pensamiento antropológico sobre la cultura, desarrollo y diversidad cultural, podría contribuir desde las políticas culturales, a encarar los retos de representación simbólica, visibilidad e integración que vive América Latina en el contexto mundial.

Mientras la economía nos subordina a la lógica de los países poderosos, las imágenes dominantes en el ambiente mediático de la globalización nos hacen ver como países productores de inmigrantes ilegales, drogas, dictaduras, altos niveles de desigualdad y pobreza; en tanto las instituciones culturales, desde la pragmática de la cooperación internacional, nos vinculan con culturas tradicionales, patrimonio arqueológico y ciertas obras artísticas.

Salvo países como Brasil que ha impulsado en los últimos años una política social y junto con Argentina, logrado revitalizar sus narrativas a través del cine y fortalecer ciertos campos de cooperación internacional, mediante programas como Ibermedia o Iberescena¹, o el caso de Colombia donde las políticas públicas

¹ Programas de cooperación creados por la Secretaría General Iberoamericana, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo (AECID), todos ellos con sede en Madrid, destinados a fomentar la coproducción de cine y de artes escénicas entre América Latina, España y Portugal.

de la cultura se han orientado a construcción de ciudadanía y la recuperación del espacio público; el resto de los países, caracterizados por la predominancia de sistemas de gobernanza cultural rígidos o marginales, han perdido impulso e influencia en los procesos culturales locales o nacionales, en el avance de lo que algún día fueron los sueños históricos de integración y unidad latinoamericana, debilitando las posibilidades cooperación cultural regional, así como los mecanismos que los Estados se dieron para fomentarla.

Esta tesis aborda el tema de las políticas culturales en América Latina, a partir del cuestionamiento de las implicaciones que ha tenido para los ámbitos nacionales y locales, así como para la cooperación regional, la falta de actualización de la conceptualización antropológica en torno a la cultura y la diversidad cultural, cuestión que entraña uno de los ámbitos de tensión más acusantes en nuestros países.

Hace una revisión de la literatura antropológica de la diversidad cultural en América Latina y reflexiona a partir de los resultados de las investigaciones de uno de los organismos de cooperación regionales, el Convenio Andrés Bello, en las contradicciones que genera la debilidad conceptual y la marginalidad de las políticas culturales en la mayoría de los países de la región.

Se concentra en los campos que expresan su marginalidad, a pesar del coste social, cultural y en el desarrollo mismo. Especialmente, analiza cómo la conceptualización de la cultura bajo los postulados del siglo XIX, conllevan a una marginalidad de la política cultural que la mantiene separada de la educación de millones de niños, adolescentes y jóvenes, a ignorar las formas en que la globalización y su dimensión nacional y local transforman las bases en que se finca la construcción identitaria no sólo de quienes se mantienen aparentemente enraizados bajo un mismo ámbito nacional o local, sino también de millones de ciudadanos que viven procesos culturales de carácter translocal, a partir de procesos de migración voluntaria o forzada, pero también a partir de la influencia de la mundialización cultural que impacta en los ámbitos comunitarios y prácticamente en todos los seres humanos, poniendo en entredicho las concepciones que reducen la diversidad al concepto del "otro", que acuñó la antropología colonial y también las perspectivas etnicistas del siglo XX.

A partir de un concepto de política cultural que incorpora una dimensión de la ecología, en el sentido de crear nichos que permiten producir, erradicar o desarrollar diversas tramas de significados y relaciones sociales con el entorno y entre múltiples grupos sociales, pongo a discusión el costo social y para los procesos de creación cultural y artística y aún para las propias instituciones responsables del quehacer cultural en los diferentes países, la ausencia de una comprensión de la dimensión económica y el vínculo de la cultura con el desarrollo, en un sentido más amplio.

Parte de reconocer que, a pesar del discurso aceptado del pluralismo y la diversidad en América Latina, el debilitamiento del Estado, la desigualdad, la

exclusión social, el racismo y la pobreza endémicas, así como la crisis de los sistemas educativos y culturales y el desdibujamiento de la familia como comunidades de aprendizaje, socialización y autoidentificación que orientaban las formas de convivencia y encuentro; hoy arrojan un saldo de fractura social, pérdida del espacio público y la emergencia de conflictos de base cultural que expresan la fragmentación, la inseguridad, el miedo y la poca tolerancia a la diferencia, dando pie al surgimiento de violencias sociales que afectan especialmente a niños, niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres.

Entre tanto, las políticas culturales nacionales y sus estructuras de gobernanza parecen desenvolverse no sólo ajenas al pensamiento antropológico contemporáneo de la cultura, la gestión de la diversidad y el desarrollo; sino a la posibilidad de construir nuevos imaginarios urbanos y narrativas nacionales. Me atrevo a afirmar que han terminado por contribuir a la exclusión social de millones de ciudadanos, al fincarse, sin una revisión crítica, sobre conceptos de cultura y diversidad cultural que respondían a otros tiempos y otras realidades, pero sobre todo, al permanecer indiferentes al contexto de desigualdad que reina en la mayoría de nuestros países.

Por ello, me propongo explorar cómo se expresa el discurso sobre la diversidad cultural en las políticas públicas dominantes del siglo XX en América Latina. Al hablar de diversidad, asumo que estamos frente a uno de esos conceptos inestables que pueden ser usados sin aludir a qué se refiere cuando se les emplea, pero que al final de cuentas pueden significar muchas cosas diferentes, e incluso lo contrario de lo que pregonan.

Recurso para estos fines principalmente, a la discusión antropológica sobre identidad, diversidad cultural, pluralismo, multiculturalidad e interculturalidad y políticas culturales que se ha hecho en la primera mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI; a los planteamientos de los organismos internacionales, especialmente de la UNESCO y otros de carácter Iberoamericano; a los análisis sobre la institucionalidad, economía de la cultura, migración y patrimonio cultural inmaterial y cooperación regional en América Latina que formulara el Convenio Andrés Bello durante los últimos 10 años de su existencia, ya que su experiencia, sus aportes y limitaciones, me sirve como caso para la reflexión en esta tesis.

El Convenio Andrés Bello (CAB), avances y limitaciones

El Convenio Andrés Bello fue una instancia que se constituyó como un organismo intergubernamental que buscó retomar los aportes humanistas de Andrés Bello, nacido en Venezuela en el siglo XVIII. Surgió en 1970 bajo el impulso de la vieja aspiración histórica: el fortalecimiento de la integración latinoamericana, posterior a la liberación del poder colonial. Mientras existió, reunió los esfuerzos de cooperación de los ministerios de educación de 12 países: Bolivia, Chile, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Panamá, España, Cuba, Paraguay, México y República Dominicana. (Pupo Lorenzo, 2007).

Su objetivo era: "generar impacto sobre los procesos de integración en dos dimensiones: la nacional y la internacional: En ese sentido, además de los efectos específicos que se espera de los programas y proyectos en educación, cultura, ciencia y tecnología –En tanto cada uno de ellos promueve el desarrollo en sus ámbitos de acción propios-, también se encuentra en ellos los espacios para la reflexión y la práctica de la integración". (CAB, 2000)

Estableció una forma de actuar que considerara la "articulación de los diferentes niveles de acción", basados en la búsqueda de "apropiación social", entendida como la posibilidad de conocer, identificar y explorar experiencias y enfoques que permitieran "procesos de transferencia y apropiación" hacia diferentes comunidades, en función de sus contextos. Puso como una de sus prioridades, la "sistematización conceptual, a través de sus proyectos, para generar pensamiento....y la renovación de las ideas".

Según sus propios documentos, relevó como parte de sus "estrategias" la sistematización de experiencias exitosas en las áreas de presencia del Convenio, para "generar aprendizajes que puedan ser ajustados, replicados, transferidos."

Uno de los elementos que subrayó para la década de operación que se analiza en esta tesis (2000-2009) como caso para la reflexión, fue "La sostenibilidad como característica central de los proyectos del CAB. De acuerdo a unos tiempos determinados de ejecución, los proyectos deben estar en capacidad de ganar autonomía, además de garantizar su permanencia y su apropiación creativa por parte de las comunidades o grupos que hayan participado en su desarrollo".

Igualmente, se planteó que los proyectos deberían "provocar la movilización social, la visibilidad de los actores y la influencia, no solamente sobre poblaciones y temas específicos, sino también sobre la definición de políticas públicas que puedan expandir los beneficios de sus resultados a grupos cada vez mayores de los países miembros del Convenio."

Planteó como temas transversales los conceptos de "integralidad, identidades y reconocimiento de la multiculturalidad y la acción intercultural". Al hablar de "integralidad" se refería al "esfuerzo intencional de integrar las diferentes partes de un todo,...es decir, a promover una integración que supere lo meramente económico y comercial y se abra a las diferentes dimensiones de la vida social y de lo humano". Al hablar de las "identidades", se aludía a la forma en que perciben los individuos y las colectividades a sí mismos y perciben a los otros, lo que a su vez tiene que ver con la manera en que se relacionan entre ellos, con otros y con las instituciones".

El CAB alentó como una de sus principales quehaceres la reflexión sobre la "Integración". Impulsó así un proyecto denominado "Pensamiento Renovado de la Integración", al cual convocó a diversos intelectuales y académicos de América Latina para producir una literatura que se expresa en parte de su producción

editorial, la cual fue significativa, aunque posteriormente no se establecieron mecanismos ágiles para su distribución. A ese respecto, se destacan tres elementos que consideró el organismo como definitorios de esa nueva condición en que se desenvuelve la búsqueda de la "integración": "las identidades político-estatales han dejado de ser las únicas definitorias para individuos y grupos". En segundo lugar, las identidades étnicas cobran una importancia cada vez mayor, no sólo en términos de reconocimiento de un multiculturalismo, sino en su reivindicación como naciones y pueblos, es decir, como polis o sistemas políticos que redefinirán un Estado multinacional. En tercer lugar, el modelo estatal republicado, vigente hasta ahora, no da cuenta de las diversas y múltiples identidades que reclaman reconocimiento y ciudadanía. La reconstrucción y fortalecimiento de los sistemas políticos estatales-nacionales, condición indispensable de un espacio cultural, no pueden dejar de asumir estos tres procesos." (CAB, 2000)

En ese sentido, el CAB estableció como idea central la creación de un espacio cultural, y atribuyó a la razón de "ser" de la integración "la conjugación de las múltiples identidades –individual, de género, de étnia o de organización política, entre otras-, que conforman el escenario latinoamericano". Igualmente, definió la cultura como la "búsqueda de sentidos y el conjunto de las representaciones simbólicas, valores y estilos de vida". Finalmente, asumió como perspectiva "llevar a cabo una política intercultural a partir del reconocimiento de la multiplicidad de identidades y culturas en América y en el mundo... esto significa avanzar hacia el reconocimiento de una pluralidad a través de la escuela, de las leyes, de las lenguas, de las formas de relacionarse con la naturaleza, de la gastronomía, etc. es decir, hacia una sociedad más amplia, que puede ser nacional o supranacional, donde estos elementos constitutivos tienen un alto nivel de representatividad".

El CAB alentó intensos debates y una amplia producción intelectual que sin embargo, él mismo, como instancia de cooperación no logró asimilar e integrar de manera coherente desde la perspectiva académica y luego convertirla en cooperación internacional ligada al cambio en la gestión pública de las políticas culturales de los países miembro o tal vez las propias. Realizó aportes significativos en relación con la reflexión sobre cultura y economía especialmente entre los países de sudamérica y especialmente de Colombia y Chile. Igualmente, pudo realizar estudios sobre las debilidades de la institucionalidad de la cultura en América Latina, la legislación cultural en América Latina, en formulación de metodologías sobre la creación de cuentas satélite y negociación cultural en el marco de los tratados de libre comercio, entre otros instrumentos de tipo académico que no pudieron ser sistematizados de manera que su impacto en los países pudiera no verse afectado por su propia desaparición. Aunque con desigualdad creó radiografías de los imaginarios urbanos de las principales ciudades latinoamericanas y españolas, aportó cifras de la cultura, puso en marcha el Concurso Somos Patrimonio, el cual dio lugar a una base de datos en torno a iniciativas de apropiación social del patrimonio cultural inmaterial, por parte de grupos populares, indígenas, rurales y urbanos, toda vez que fue una

aportación realizada durante varios años por los propios creadores y gestores de esas iniciativas sociales.

Entre las instancias que creó y que valdría la pena reconsiderar se encuentran la creación del Observatorio de la Integración y de las Culturas como instrumento académico nutrido por los Institutos que creó en diversos países de tal forma que se que pudiera no sólo sistematizar y reflexionar sobre lo que llamó la perspectiva "integracionista", sino que propusiera estrategias de cooperación internacional; igualmente creó un Foro permanente virtual y presencial para el debate sobre el espacio cultural latinoamericano en donde los temas relevantes fueron "Identidad y Culturas, Interculturalidad, Multiculturalidad y Cultura e Integración"; dio vida a una Red de Posgrados para la Integración (REPI) en la cual se buscaba movilizar a los docentes, investigadores y académicos de diversas universidades, para impulsar lo que llamó la "integración geocultural". Igualmente, estableció las Cátedras Andrés Bello, incluyendo a Brasil (Universidad de Río de Janeiro) y a Argentina (Universidad Nacional del Rosario), abriendo algunas posibilidades de colaboración con el MERCOSUR. La idea era formular políticas de integración.

En el caso de México, el último país en integrarse al CAB, no se logró realmente un involucramiento amplio, ni la participación del país tuvo repercusiones visibles en términos de cooperación latinoamericana o en la perspectiva de la actualización de las políticas públicas de la cultura o la educación. Una de las últimas acciones fue la firma de un convenio con la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal para la creación del Centro Latinoamericano de Estudios de las Políticas Culturales, el cual operaría de manera virtual y al cual fuimos invitados diversos investigadores de diferentes universidades. Dicho centro nunca operó porque la desaparición del convenio se volvió inminente.

El Convenio Andrés Bello se desenvolvió de manera desigual en cada etapa de su existencia y como ya se ha mencionado, no necesariamente logró aprovechar sus propios avances académicos, toda vez que su amplitud, dispersión y desigualdad, suponían un reto más allá de la gestión cotidiana de un organismo dirigido de manera unipersonal.²

² Al desaparecer se consignó la siguiente información en la página oficial del CAB: "2009. Octubre 8. (Paris-Francia). Reunión Extraordinaria de Ministros de Educación del Convenio Andrés Bello. Se tratan temas como la crisis financiera e institucional del CAB, deterioro patrimonial acumulado producto de las decisiones tomadas por sucesivas administraciones que afectan gravemente el normal desarrollo del CAB y compromete el futuro de la organización. Se acuerda suspender las actividades y funciones regulares de la SECAB, esto incluye tanto su funcionamiento administrativo como programático implementado por las áreas misionales. Se dejan sin efecto los nombramientos efectuados en los cargos de las autoridades ejecutivas de la SECAB. Se constituye un comité permanente (Ministros de Chile, Colombia, Paraguay, República Dominicana y República Bolivariana de Venezuela) para dar seguimiento al proceso de saneamiento legal y financiero de la SECAB. De la misma forma se les encomienda ejercer la supervisión y coordinación de los institutos especializados del CAB. Se nombra un Secretario Adjunto que será designado y financiado por el Ministerio de Educación de Colombia." En su página web, hoy se anuncia la venta de inmuebles en Bogotá, donde estaba su sede. A la fecha existen otros organismos de cooperación regional como la OEA y el Cerlalc, el Centro Regional para el Libro de América Latina y el Caribe.

En esta tesis, exploro el quehacer académico y de reflexión que impulsó específicamente en cultura y educación, durante poco más de 10 años y cuyos resultados me fueron facilitados por el propio organismo que desapareció en 2009. Los resultados de sus investigaciones, muchos de ellos de producción colectiva y no exentos de desigualdad, se expresan en más de 50 títulos publicados en libros, revistas y textos con soportes electrónicos o digitales. Igualmente tomé en cuenta los aportes del Encuentro Regional de Cultura y Desarrollo celebrado en enero de 2008, así como los planteamientos de destacados gestores culturales latinoamericanos y de El Caribe en las Mesas CAB de Cultura, orientadas hacia la construcción de una agenda en torno al estado de la política cultural a nivel local, nacional y regional.

Con independencia de las limitaciones que dejó su trabajo, de los errores de manejo de administración que se asume generó su desaparición, así como de las limitaciones conceptuales o de aplicabilidad de su producción académica, es necesario meditar qué de lo realizado por ese organismo amerita ser retomado desde alguna otra instancia regional, nacional o local. Me refiero en particular o especialmente a la reflexión sobre el patrimonio cultural inmaterial o bien, las perspectivas de la institucionalidad o la gestión cultural en América Latina.

Al igual que otros organismos multilaterales o intergubernamentales, se rodeó de académicos o de gestores con visiones y experiencias diversas, lo que hace que no necesariamente todos compartan la perspectiva teórica o académica, relativa a la diversidad, la cultura y su vínculo con el desarrollo y la mundialización de la cultura. La paradoja es que sus propios materiales sirven en esta tesis para documentar la debilidad de las políticas culturales institucionales que, en gran medida y sumadas a las contradicciones de su gestión como organismo intergubernamental, concluyeron con su propia extinción.

En el ámbito del trabajo de campo y la etnografía, me alimenté de los itinerarios y experiencias por los que he transitado en mi práctica como antropóloga migrante que se desplaza entre los mundos de las políticas y la gestión cultural de varias ciudades de América Latina, aunque inevitablemente hago énfasis en las de mi país. Por ello, voy de la teoría a la calle, al mercado, a la escuela pública o a la comunidad urbana o rural y a la interpretación, en un ir y venir muchas veces simultáneo. La mirada antropológica me permite establecer un diálogo con los actores y situaciones de encuentro, superando la exterioridad de otras disciplinas. “La investigación antropológica, con la distancia que implica, se desarrolla en la no separación con la comunicación ordinaria” (Althabe, 2003). Por tanto, refiero procesos, diálogos y encuentros de los cuales yo misma me construyo en tanto actor que no evade la subjetividad y la postura desde donde lo hago.

Planteo que esta falta de actualización del discurso de las políticas culturales en América Latina ha profundizado la debilidad de la gobernanza de la cultura y agudizado el impacto de un desarrollo que privilegió la economía como su sinónimo, contribuyó a la fractura y el deterioro social ya mencionado, aunque como ningún fenómeno es unidimensional, también facilitó la emergencia de procesos micro o innovadores en comunidades, zonas periféricas, ámbitos locales o en campos artísticos donde han crecido infinidad de actores sociales portadores de nuevas propuestas culturales que brotan de manera efímera, inestable o en procesos de reestructuración permanente fuera de los ámbitos estatales.

El reducción del discurso de la diversidad a un vínculo con el “otro”, derivado de los enfoques de la antropología colonial que describió a sociedades “desconocidas”, a pesar de que éstas tampoco establecieron un “orden jerárquico impermeable ni cerrado” (Stolcke, 2008), así como de las visiones etnicistas del siglo XX, ha creado en las políticas públicas agujeros negros y muchos prismas desde donde mirarla y asumirla.

Al hablar de diversidad en el siglo XX, estamos ante un fenómeno contemporáneo y contradictorio que se abre mucho más allá de las diferenciaciones entre grupos mestizos y pueblos originarios, entre identidades emergentes o marginales sean éstas juveniles o afrodescendientes y nos coloca frente al reto de desentrañar la complejidad de una gran heterogeneidad social y cultural que impacta no sólo a los que aparentan ser distintos, sino prácticamente a todos los seres humanos en el ámbito local, urbano y rural, donde la mundialización de la cultura incide en la reconfiguración de identidades ambiguas, multidimensionales y cambiantes.

La paradoja es que aunque las políticas públicas han asumido el discurso de la pluralidad y han enfocado la diversidad y aún la interculturalidad a la problemática indígena, la subordinación de los pueblos originarios y las memorias negadas es un tema abierto, apenas con avances no exentos de contradicciones en Ecuador y Bolivia. La exploración de la diversidad entre los llamados grupos étnicos, tropieza también con una necesidad teórica de entenderla en los contextos de desigualdad, exclusión y pobreza que cuestionan la validez de ciertas prácticas y reglas sociales de los pueblos, de frente a los derechos humanos. Sebastiana, una mujer tzotzil de Chiapas quien lleva más de 15 años trabajando como partera, por la salud reproductiva de las mujeres y contra la violencia de género, señala de manera crítica:

“Con la bandera del respeto a la cultura indígena y a su diversidad, se ha permitido que muchas mujeres mueran al dar a luz a sus hijos, porque sus maridos no las dejan ir al hospital o porque cuando van al hospital no las dejan parir sentadas. A veces, los antropólogos inventan nuestra cultura. El otro día, uno nos estuvo preguntando que de cuál Chile hacíamos nuestro the por las mañanas, que desde cuándo teníamos esa tradición. No es una tradición, desayunamos agua de Chile porque somos pobres.”

En muchos de nuestros países, la lucha contra la pobreza se enfoca todavía bajo las orientaciones del asistencialismo o en el mejor de los casos como generación

de empleo o de urbanización (banquetas y servicios), sin relacionarlo con el aprovechamiento de los recursos culturales y el cuidado del medio ambiente, con la gestión del conocimiento tradicional o con la necesidad de pertenecer y el derecho a construir una identidad cultural propia.

En el cuestionamiento a cómo evitar mayores catástrofes en el medio ambiente se avanza en la búsqueda de fuentes alternativas de energía. Ahí también interfiere el debate sobre la diversidad y la actuación de la política pública en relación con la gestión del patrimonio inmaterial y natural, primero ante las tendencias que privilegian el patrimonio edificado, pero ahora también respecto del crecimiento de las industrias del llamado capitalismo verde, el cual no necesariamente respeta las culturas o territorios locales. El futuro alimentario de América Latina se relaciona con la producción de biocombustible que sustituye la energía que se produce de los fósiles para el consumo nacional y el de las grandes potencias.³ El territorio del Istmo de Tehuantepec en México, ha cambiado de paisaje al ser sembrado de grandes ventiladores instalados por empresas transnacionales que invierten en la producción de energía eólica, a costa del desplazamiento de comunidades y pueblos de sus antiguos territorios.

Aún en el discurso de la Declaración de la Diversidad Cultural y de la Convención para la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, el concepto de diversidad cultural no está del todo establecido, y menos aún en el qué hacer. Entre los países que la han ratificado, todavía está en debate qué significa su aplicación, en un contexto internacional donde crece el interés de convertir la dimensión cultural en política pública con orientación hacia el “desarrollo humano sustentable”⁴.

La desarticulación conceptual y práctica entre cultura y desarrollo y la falta de garantías en la comprensión y la gestión de la diversidad cultural están presentes

³ “De acuerdo con un estudio del Fondo de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), los países de Latinoamérica que poseen mayor potencial para producir biocombustibles son Brasil, Argentina, Perú, Colombia, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Dentro de los mismos, los que tienen mayores condiciones para desarrollar etanol son Brasil, Argentina, Bolivia, Colombia, Paraguay y Uruguay...los países centroamericanos, tienen menor potencial debido a que su dieta es a base de maíz y en los del Caribe, por falta de disponibilidad de tierra para cultivos que sirvan para producir biocombustibles”. <http://www.zonaeconomica.com/biocombustibles>

⁴ Me refiero al concepto introducido por Naciones Unidas a partir del año 2000 en que los países miembros firman los Objetivos de Desarrollo del Milenio y establecen 8 grandes mínimos de “desarrollo”, entre los cuales figuran: el combate a la pobreza extrema, la educación básica universal de calidad, la equidad de género, reducción de la muerte infantil, Cuidado materno, el combate al VIH y a otras enfermedades curables y el equilibrio el medio ambiente. Estos objetivos pueden ser discutibles, pero el hecho es que las 162 naciones que forman parte de Naciones Unidas se preparan para su revisión en el 2015 y han creado incluso un Fondo para el Logro de los Objetivos del Milenio. En dicho planteamiento, la cultura no fue mencionada como un elemento a considerar y es hasta septiembre de 2010 en que la reunión general de la ONU reconoce el papel transversal de la cultura y su importancia para el logro de dichos objetivos. Disponible en: <http://www.un.org/spanish/millenniumgoals>

no solo en América Latina, sino en otras latitudes. No es gratuito que en 2009, la UNESCO haya dado vida al Reporte Mundial "Invertir en Diversidad Cultural y Diálogo Intercultural",⁵ e intente la exploración piloto de nuevas herramientas como la *Lente de Programación de la Diversidad Cultural*, metodología que propone para incorporar la cultura y la diversidad cultural como elementos transversales en el diseño de políticas públicas de diversos países en África y Asia y en menor escala en América Latina.

En un taller de formación de nuevas competencias para el diseño de políticas culturales realizado en la UNESCO en París, a fines de 2010, una de las consultoras centroamericanas seleccionadas para asesorar al Ministerio de Cultura de su país decía con alivio: "en Costa Rica no tenemos problemas de diversidad cultural porque ya no hay indígenas". Una vez empezado el diálogo sobre el poder y los retos de la diversidad, ya no estaba tan segura de su afirmación. Hoy, bajo la asistencia técnica de la UNESCO, el Ministerio de Cultura ha iniciado un proceso de redefinición de su política cultural a dos años, considerando la diversidad como uno de los ejes, pero el debate está apenas abierto.

Durante el Foro de Violencia Social y Pobreza celebrado también en Septiembre de 2010 en el Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, la delegada de la Secretaría de Desarrollo Social en Quintana Roo, colocó la diversidad cultural que produce una incesante migración, como el problema número uno para frenar la violencia, el de Nogales dijo que todos los problemas de la ciudad se resolverían si le dieron recursos para que la deportación de mexicanos se hiciera en avión para evitar que se queden ahí. El de San Luis Potosí presentó un estudio basado en perspectivas evolucionistas que "mostraba" que los jóvenes inmigrantes y pobres, casi inevitablemente, van a terminar siendo sicarios. El resultado: la creación de discursos justificatorios de la criminalización.

Exclusión y violencia social; desvinculación entre educación y cultura

El costo social de la desarticulación entre política cultural, educación y desarrollo es alto. Las políticas culturales nacionales en varios países de AL han perdido, si es que alguna vez la han tenido, capacidad estructurante de convivencia social o de garante del espacio público, el cual en varias ciudades ha sido suspendido, dominado o está amenazado por poderes fácticos ligados al narcotráfico, lo mediático y lo privado.

Al realizar el trabajo de campo para valorar si ConArte, el organismo no gubernamental y no lucrativo que dirijo desde 2006, podía comprometerse o no a poner en marcha un programa de formación en artes para promover una cultura de paz y contribuir a recuperar el espacio público en Ciudad Juárez⁶, actualmente

⁵ UNESCO. Investing in Cultural Diversity and Intercultural Dialogue. Paris, 2009. 402p.

⁶ El programa RedeseArte Cultura de Paz, creado por ConArte en coordinación con SEDESOL, fue dado a conocer el 4 de septiembre de 2010 y actualmente participan en él 4 mil 100 niños, niñas y adolescentes en 24 centros comunitarios de las zonas de alta marginación, pertenecientes al Municipio de Ciudad Juárez. Incluye 6 talleres de educación en artes para la diversidad

considerada como la ciudad más violenta del mundo, dialogué con jóvenes de colonias en pobreza extrema, coincidentemente, un día después de que bajo el llamado Puente Negro, un agente migratorio estadounidense disparó contra Sergio Adrián, un adolescente mexicano de 14 años, quien se asomó al otro lado del Río⁷.

Sentados en uno de los parques de juegos mecánicos recién construidos por la denominada estrategia “Todos Somos Juárez” del Gobierno Federal en México, en una zona urbana enclavada en un territorio frágil y vulnerable a los fenómenos naturales, estos jóvenes de entre 14 y 19 años de edad, hablaron de su no lugar. Su aquí y su ahora -para aludir a la forma en que Marc Augé se refiere a la antropología, como la ciencia de la cercanía-, se da en medio del fracaso escolar que se expresa en la pérdida de más de 5 mil jóvenes del tránsito de la primaria a la secundaria, la ausencia de secundarias cercanas, el desempleo, la falta de urbanización y la fragmentación de una ciudad donde no es fácil moverse, donde se puede vivir y morir sin conocer la avenida principal; donde habitan familias que se turnan para comer o que han tenido que elegir quién de los hijos estudia porque no tienen los medios para pagar el transporte, donde nadie se atreve a entrar después de las seis de la tarde, donde la mirada de las mujeres refleja el cansancio y el miedo.

A la mitad del diálogo, una madre salió de entre las casas de madera, construidas sobre terrenos apuntalados con llantas de carro, a gritar a uno de los jóvenes:

“Ven acá, ya te dije que no quiero que estés ahí de güevón con esos otros cabrones”.

“Así se pone la jefa todos los días, dice el joven. Me levanta con que ya párate cabrón, eres un pendejo. Pero para qué me levanto temprano. Si me voy al parque llega la policía y dice que a quién le estoy pasando droga, si me paro en el puente, la migra dice que si ya me quiero brincar y te disparan. Si me siento afuera de la miscelánea, las jefas tienen miedo de ir a comprar. Entonces estamos aquí, tirando barra, aquí nomás les quito el lugar a los niños. Este parque lo puso el Calderón, pero mire cómo dejó la cancha de basquet, sin aro y el piso de tierra.”

¿Y la escuela, pregunto? Usted vio alguna por aquí jefa, me responden. Aquí solo hay primaria, nadie nos da trabajo.

Y la cancha?, le respondo, señalando la cancha de futbol rápido más grande que he visto en mi vida y que fue recientemente construida por el Gobierno Estatal. ¿A poco usted se pondría a jugar futbol en medio de este terrenal o bajo el rayo del sol?

En esa ciudad, CONACULTA estableció como prioridad de la intervención pública de la cultura dentro de la misma estrategia, el acondicionamiento de las bibliotecas y el envío de una cartonera que hizo talleres y regresó a los Estados Unidos. El INBA trata de poner en marcha un teatro que una asociación civil

(Urbedanza, Escenificarte, Núcleos Musicales, Ensamblés, Ah que la canción, música mexicana comunitaria y Estrategias de Convivencia en la Diversidad donde intervienen un psicólogo social, un educador intercultural y un arteterapeuta). Es financiado dentro del programa Hábitat de SEDESOL. En la formación de formadores, participó la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

⁷ La Opinión, 8 de junio de 2010.

Juarence ya no pudo sostener. Ninguna de las actividades está de más, pero difícilmente pueden incidir en la compleja problemática de una ciudad que vive el encierro, el miedo y la desconfianza.

Las políticas culturales “civilizadoras” como he decidido nombrar a aquellas que bajo el postulado de la “democratización de la cultura” buscan “difundir” o “llevar” la cultura y en todo caso más bien “las manifestaciones artísticas”, a los que las “necesitan”, en su calidad de posibles espectadores vistos más bien como consumidores, no ha hecho más que angostar los núcleos de interesados y elegidos e instaurar nuevos esquemas de exclusión social. No es gratuito que cada encuesta de consumo cultural brinde resultados más o menos similares. Sin restar su importancia, el problema es que los datos solo sirven para ser publicados.

La no incidencia de las políticas culturales, de educación y desarrollo en la dimensión de lo sensible y lo afectivo, en las problemáticas de desintegración del tejido social y las guerras de intolerancia, su actuación casi exclusiva en los ámbitos de las llamadas bellas artes, de la lectura basada en la cultura escrita, su apego al fomento de la producción en detrimento de la circulación y de la diversificación de circuitos, las convierte en factores que contribuyen, por omisión o por convicción, al aislamiento y a la exclusión social, a una fragilidad institucional que puede concluir, como en el caso del Convenio Andrés Bello (CAB) al extremo de en su desaparición, ante un medio ambiente de indiferencia social, a pesar de sus aportes a la investigación de la cultura en América Latina.

El debilitamiento de los vínculos entre los países de América Latina y la desaparición del que fuera el último organismo intergubernamental especializado en una posible integración cultural y educativa, plantean la necesidad de reflexionar nuevamente en torno al papel de la cultura en el desarrollo y la búsqueda de la equidad; en la urgencia del vínculo entre educación y cultura y en el significado de la diversidad cultural de nuestros países para las políticas culturales, en un contexto que cuestiona el sentido de la ansiada integración latinoamericana.

Tal vez este enfoque resulte muy abierto y por ello mismo, no me sea posible hacer matices. Incluso, puede ser que suscite la duda que plantea la llamada antropología de la sobremodernidad de Marc Augé, en el sentido de si puede esta disciplina cambiar de objeto intelectual y qué tanto puede avanzar en la generalización. “los hechos, las instituciones, los modos de reunión, los modos de circulación específicos del mundo contemporáneo ¿pueden ser juzgados desde un punto de vista antropológico? Todas las formas institucionales por las que se debe pasar hoy para comprender la vida social (el trabajo asalariado, la empresa, el deporte espectáculo, los medios de comunicación) desempeñan en todos los continentes un papel cada día más importante” (Augé, 2008).

Tiene el reto adicional de integrar conocimientos que no necesariamente son fruto del quehacer antropológico, los cuales me resultan indispensables para el

ejercicio interpretativo que subyace a este trabajo. Asumo esos riesgos y confieso también que forman parte de mi construcción “híbrida” como antropóloga que no sólo mira, sino que actúa en la educación, en las artes y en las políticas culturales, sin separar la teoría de una práctica fundada en la convergencia de saberes, donde la mirada antropológica me permite lecturas que rompen con las separaciones disciplinares convencionales.

Me comprometo con este tema desde la antropología porque estoy consciente de que el cambio en las políticas públicas, privadas y civiles para la cultura y la creación de un mejor futuro para millones de niños, niñas, adolescentes y jóvenes de nuestros países, sólo puede acelerarse si se impulsa desde un esfuerzo internacional e intercultural orientado hacia la creación de una nueva gobernanza en la cultura y el desarrollo, ligada a la vida cotidiana, a partir de una nueva postura ética que no cierre los ojos frente al contexto social de una América Latina que vive la desigualdad, la exclusión y el deterioro ya prolongado del espacio público.

Si hay algo que integra hoy son los medios de comunicación privados y las redes virtuales aunque también inciden en la diversidad y a la vez, en la creación de nuevas formas de analfabetismo y exclusión, a las que García Canclini se refiere cuando alude al a condición de “desconectados”, para referirse a quienes no tienen acceso a los “nuevos patrimonios de la humanidad que se llaman Google o Yahoo” (García Canclini, 2007).

Lo cierto es que más allá del placer, el entretenimiento y la fascinación, también hacen partícipes a las ciudadanías electrónicas de tramas hipermediáticas ligadas a las múltiples historias de violencia y del fin del mundo convertidos en espectáculo, partitura y ritmo, en narrativa colectiva, en música del narco, o del llamado arte alterado, en literatura porno, en programas donde se pone en escena el drama social y se aplica el juicio y la sentencia de los medios. Pero la integración mediática tiene sus costos y tampoco puede sustituir a los poderes públicos ante los retos que plantea la convivencia.

Un análisis de las narrativas mediáticas de la llamada lucha contra el narcotráfico en Ciudad Juárez, Monterrey y Morelia, conducen a la reiterada conjugación de los verbos matar, arraigar, ejecutar, condenar, prohibir, acordonar, decapitar, perseguir, incautar, degollar, consignar, encostalar, alusivos a acciones punitivas o ligadas a la violencia misma, como el marco simbólico en el cual se están produciendo las nuevas prácticas de encierro o de repliegue de la ciudadanía causadas por el miedo o por la ausencia de alternativas, en paralelo al angostamiento o desaparición del espacio público. Ni la escuela, ni la política cultural abonan en la dimensión de la emoción, el afecto, la sensibilidad o la simbolización de las vivencias cotidianas altamente impregnadas de violencia.

Las edades de incorporación a la delincuencia se han reducido hasta los 9 años en muchos países, al tiempo que se amplían los conceptos que describen prácticas sociales que aluden a diversas formas de violencia social: en las

escuelas públicas y privadas crece el llamado “bullying”, término acuñado en los países nórdicos para referirse a la violencia entre compañeros; la cual se ha convertido en una de las causas de deserción escolar importantes, mientras el 78% de los maestros de México declararon en una encuesta sobre violencia de género, que no sabían que hacer al respecto.⁸ Ahora se habla del “moving”, para describir el acoso laboral, se hace énfasis en la violencia de género y el crecimiento de los feminicidios en varias ciudades.

Si a los medios y a la falta de vínculo entre educación y cultura se suma la condición de la violencia social urbana e intrafamiliar, el resultado es la interiorización de imágenes de violencia y muerte en el imaginario de muchos niños y niñas. En una escuela del Centro Histórico de la Ciudad de México, en el programa de Aprender con Danza de ConArte, un niño de quinto año denominó a su coreografía “El muñeco”. Al realizar el movimiento lo que simbolizó fueron los golpes que condujeron a la muerte de su tío, un joven de 19 años que quedó como un “muñeco”. Así le dicen en el lenguaje urbano de Tepito a los muertos. En Ciudad Juárez, los niños describen con naturalidad los detalles que rodean los asesinatos, gracias a las minuciosas descripciones de los periódicos que llevan en sus mochilas.

UNICEF ha llamado la atención en torno a las condiciones de vulnerabilidad en la que se encuentran millones de adolescentes en América Latina, ya que en paralelo a la crisis de la educación media y media superior, que tienen los mayores índices de deserción o fracaso escolar, un sector de ellos incrementan las filas del delito, se convierten en padres de hijos abandonados, al ser adolescentes que viven embarazos prepaturos no deseados.

La violencia y la exclusión que se extiende hacia múltiples movimientos culturales juveniles son fenómenos que se relacionan con la intolerancia y representan un cuestionamiento profundo de cómo se vive la diversidad cultural en la vida cotidiana, en los rituales y encuentros urbanos, más allá de la política pública de la cultura y la educación que reconocen formalmente la diversidad y aún hablan de la interculturalidad.

Sin embargo, frente a los ministerios, instituciones culturales y políticas públicas, los movimientos juveniles adquieren la categoría de fenómenos enigmáticos o impenetrables, los cuales hacen entrar en crisis las políticas y ofertas educativas y culturales tradicionales. Las llamadas tribus urbanas y las culturas juveniles construyen sus propios itinerarios estéticos y lúdicos, crean sus propios flujos transitando la ciudad de noche bajo los efectos del *botellón*, como le dicen en Asturias a las borracheras cotidianas de adolescentes que no tienen a donde ir, y quienes van a la caza de fiestas de paga donde no se pide credencial para entrar. Los OXXO, se han convertido para ellos en el lugar donde se manifiestan los deseos, el placer, se accede a alcohol barato y dónde se puede “estar”.

⁸ SEP, UNICEF, CIESAS. Encuesta nacional sobre violencia de género en la educación básica. México, SEP, 2009.

Vivimos una explosión de las comunidades de aprendizaje y de interpretación que trascienden las paredes de las aulas, que se extienden hacia los medios, la redes tecnológicas, la calle, los antros, los centros comerciales y otros espacios poco relacionados con la oferta institucional y con la escuela misma y a los cuales la antropología latinoamericana se ha asomado muy recientemente. Una reflexión en torno al vínculo educación y cultura y respecto a la educación en artes y tejido social parece cada vez más necesaria en sistemas educativos, universidades, centros culturales, escuelas de arte y movimientos artísticos. Venezuela, Brasil y Colombia han dado pasos al respecto.

La Fundación del Estado para el Sistema Nacional de las Orquestas Juveniles e Infantiles de Venezuela (FESNOJIV), creada por José Antonio Abreu en 1975 bajo el nombre de Acción Social para la Música, es un movimiento que integra actualmente más de 300 mil niños y jóvenes en situación de riesgo. Incluye cerca de 120 orquestas juveniles y 60 infantiles, nace como un programa de desarrollo social para promover la protección de la niñez, la rehabilitación frente al consumo de drogas y la prevención de comportamientos criminales. Incluso ha sido modelo para otros países, incluido México, donde no ha podido crecer porque carece de la dimensión social que tiene en Venezuela.

En Medellín la sociedad civil se hizo gobierno y durante los últimos 16 años se ha impulsado la reconstrucción de la ciudad desde una política de cultura y comunicación y emprendurismo. Los jóvenes integrantes de la comuna 23 de la Fundación Sirenaica, una iniciativa que promueve el canto en entre niños y jóvenes, decían en un encuentro en el que interpretaron cantos en lenguas indígenas colombianas, arias de ópera o composiciones de rap elaboradas por ellos mismos, a propósito del vínculo con el trabajo de canto que promueve ConArte entre más de 6 mil grupos corales:

"Yo no hubiera vivido mucho tiempo más si no me hubiera metido a cantar en este grupo hace 10 años. Cuando tenía siete años, mis hermanos estaban en el narcotráfico y yo también pensaba que ese era mi camino, pero ahora estudio y quiero hacerme monitor para que otros niños de mi comunidad puedan aprender."

En Brasil, la empresa petrolera más importante, PetroBras, está obligada a colaborar con las comunidades locales en la movilización de sus recursos culturales, mientras los CESC (Centros de Educación y Servicios Comunitarios) están sostenidos por inversión privada aunque los dirige una entidad pública y atiende a familias en zonas periféricas. Lula en Brasil aprobó también la creación del bono de la cultura para dar acceso a la ciudadanía a bienes y servicios culturales, ir al teatro, al cine o comprar un libro.

A pesar de estas iniciativas, a las que se suman varias iniciativas civiles en México, además de la de ConArte, en la mayoría de los casos predomina el carácter aséptico de las políticas culturales y su lejanía de la educación, del entorno social y de la orientación del desarrollo. Esta asepsia revela falta de respuesta frente a los fenómenos contemporáneos y grandes dificultades para

conectarse con la multitud de grupos sociales que se mueven con gran rapidez, deja la sensación de que lo que hacen los ministerios de cultura es poco relevante frente a los temas de urgencia nacional.

Me gustaría subrayar que al hacer énfasis en las debilidades de las instancias públicas, no menosprecio ni pongo en duda los múltiples esfuerzos que se realizan en las instituciones latinoamericanas en el día a día, yo misma he formado parte de ellos, reconozco los avances que en algunas de ellas se producen en determinados campos, sin embargo, aludo aquí al tema central es la falta de impacto de las políticas culturales en la posibilidad de la convivencia.

En esta tesis aludo a la dimensión de la ética que pone en tela de juicio la pertinencia de mantenerse bajo estas limitaciones de orden conceptual y de gestión de la cultura, la diversidad y la interculturalidad, frente al desmoronamiento del espacio público, la fragmentación social y el dilema de existencia de las propias naciones en el contexto global. ¿Pueden las políticas culturales hacerse cargo de estos fenómenos al margen de la transformación de las políticas de desarrollo? ¿Pueden las políticas culturales influir en los resultados de modelos económicos que han dejado vacías comunidades que se desplazan obligadas por la ausencia de alternativas de sobrevivencia?

Cooperación regional, diversidad y políticas culturales de nueva generación en AL

Ahí es donde se plantea el dilema antropológico y ético que anima a esta tesis doctoral. ¿Puede una sociedad escindida y violentada, desigual y excluyente seguir regida y haciéndose cargo de políticas públicas donde la concepción y la gestión de la cultura y de la diversidad cultural se estanca en el siglo XIX o acaso el XX, bajo los mismos conceptos acuñados por los enfoques fundacionales del Estado-Nación, acaso con tintes nacionalistas, indigenistas y populistas, cuando justamente el Estado-Nación se desdibuja y se pulveriza y el relativismo permisivo se aposenta en los nuevos rituales urbanos? ¿Se puede seguir avanzando al margen del rumbo que establece un modelo de desarrollo que reproduce la polarización social y aún el clasismo?

Prácticamente en todas las ciudades latinoamericanas, aunque también europeas, se habla de los migrantes como los responsables del encarecimiento de la vida, de la violencia o del deterioro de la calidad de vida, a pesar de que varios países (Colombia en 1991, México en 1992, Brasil y Ecuador en 1998) (García Canclini y Martinell, 2009), han reconocido el carácter pluricultural en sus constituciones. ¿Porqué hablar de mestizaje, de pluralismo cultural y de diversidad cultural tampoco ha significado un cambio definitivo en la proliferación del racismo, la discriminación, la exclusión y la intolerancia que hoy se ha instalado como parte de la cultura de miles de niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos?

No es que se busque una política cultural “sanadora”, “terapéutica”, moralista o mucho menos “con mensaje”, propia de los Estados dictatoriales. Justamente, uno de los cambios significativos en la política cultural es que ya no tiene que ocuparse de los contenidos, sino de los contenedores que contribuyan a una formación ética y de ciudadanía cultural respetuosa y aún gozosa de la diferencia. Pienso que las políticas culturales podrán incidir en el rumbo del desarrollo y de la democracia, a partir de crear ciudadanía y también de ampliar las capacidades de los grupos sociales para dar valor a la cultura o a sus recursos culturales, dentro de las nuevas lógicas del emprendurismo y la innovación social.

Se habla a menudo de la poca atención que la mayoría de los gobiernos brindan a la cultura y la política cultural, lo que se expresa no sólo en los nombramientos de funcionarios, sino en las restricciones presupuestales y la falta de visibilidad respecto a lo que se juzga prioritario. Seguir argumentando en favor de más recursos para la cultura sin cuestionar el para qué, para quién y cómo, tampoco resulta efectivo. Escuché hace poco a un sarcástico funcionario de economía decir: “los de cultura hablan mucho, piden más y ofrecen poco”. La debilidad del impacto social de lo que se hace y su inconexión con el bienestar, parecen causar estragos para el propio aparato cultural.

Hoy estas instituciones se enfrentan a realidades sociales y procesos de producción cultural y aún artística que se transforman con una velocidad inabarcable a partir de referentes que suenan ajenos a un siglo XXI marcado por la globalización, la revolución tecnológica, la comunicación audiovisual, los procesos migratorios y la deslocalización de la cultura, de lo cual han dado cuenta la antropología, los estudios culturales y la comunicación durante las últimas décadas.

Algunos Ministerios, Consejos o Institutos de cultura se reorganizan y buscan nuevas estrategias de actuación en los escenarios internacionalizados y cambiantes de nuestros días, para hacer frente al agobio que se respira ante su imposibilidad de atender problemas de nuevas dimensiones; ante la presión, inestabilidad y fragmentación del entorno social, y sobre todo, frente a la evidencia de que las fórmulas tradicionales de las políticas culturales del siglo XX han dejado de funcionar. Actualmente, Colombia, Costa Rica, Bolivia, Ecuador y Chile buscan una reingeniería. Lo fundamental es que el debate no se quede, como en México, en el formato administrativo que ha de adoptar el órgano rector de las políticas culturales, si bien es un tema fundamental pero que no se puede definir sin antes establecer las nuevas vocaciones, realidades y procesos en los que se quiere incidir.

A menudo se cuestionan el porqué de sus vínculos intermitentes con públicos heterogéneos, eclécticos, inestables y hasta cierto punto, impredecibles, quienes ejercen y cambian sus gustos en ambientes radicalmente distintos a los de mediados del siglo XX. Miles de adolescentes urbanos transitan hoy de la lectura a la tecnología sin pasar por la escritura. Han construido nuevos códigos de comunicación y nuevas gramáticas basadas en la digitación. “Escribir no es

necesario. Tampoco las vocales, solo las usamos para hacer las tareas de la escuela", dice una adolescente de secundaria, dando un ejemplo de las muchas contradicciones culturales que viven con sus maestros en las escuelas.

Su acción ha quedado en la periferia de las necesidades sociales y de los territorios del placer, a pesar de la incansable labor que realizan. De ahí la importancia de enfocar la relación educación y cultura como tema estratégico para la diversidad, las políticas culturales y el desarrollo. Los ciudadanos de a pie viven con indiferencia los desvelos de las instituciones culturales, en otros casos se manifiestan en favor de nuevos pactos de convivencia e inclusión social. (Jiménez y Florescano, 2008). Un amplio circuito de iniciativas ciudadanas formalizadas o no, estables o inestables, hacen parte del escenario latinoamericano, a pesar de que no todos los países han creado reglas y estímulos para esta diversidad de agentes sociales.

La desintegración cultural latinoamericana se afirma también frente a los procesos económicos limitados por los flujos de la comunicación que hacen más rápido viajar a muchas ciudades europeas o estadounidenses, que a muchas de América Latina. Ausente o subordinada a los tratados de libre comercio, los productos culturales latinoamericanos tampoco alcanzan a figurar de manera significativa en el comercio regional, pero sí pueden volverse nutriente de las industrias culturales de los países centrales. Los grupos musicales más innovadores en la música popular, como Nortec o Los de Abajo en México o Systema Solar en Colombia, circulan los circuitos de Estados Unidos y Europa, sin tener la posibilidad de articular procesos locales que vayan más allá de uno o varios conciertos.

La diversidad cultural se ha vuelto híbrida y translocal por los procesos migratorios hacia los Estados Unidos y Europa donde la presencia latinoamericana es creciente. La problemática de diversidad y los retos de interculturalidad que crean los conflictos fronterizos y migratorios ocupan una parte importante en esta reflexión.

Y aquí las preguntas saltan a la vista ¿cuál es el sentido de la "integración" de América Latina en el contexto global? ¿Puede seguirse pensando en una sola forma de "integración", a la manera en que lo hicieron los liberales del siglo XIX, quienes soñaron con la creación de una "unidad latinoamericana", o con una "patria grande", o más bien América Latina vive ya una forma de integración igualmente periférica, bajo los esquemas de la globalización que no respeta fronteras ni límites locales?

¿Se puede pensar un reacomodo de la región en un diálogo hacia sus propios componentes sin pasar nuevamente por Madrid, Nueva York, Miami o China y La India, para renegociar su papel en el contexto de la globalización? ¿es posible imaginar la construcción de un nuevo espacio a nivel mundial desde la perspectiva no de una actuación como bloque, sino como un conjunto de acciones de diverso tipo que incidan en el fortalecimiento cultural de cada país y en una perspectiva que brinde un posicionamiento más significativo de lo

latinoamericano, desde una perspectiva basada en la cultura y en la gestión de la diversidad en clave de desarrollo?

La desaparición del Convenio Andrés Bello puede haber sido necesaria debido a su problemática de gestión financiera y a su utilización administrativa para fines ajenos a su misión, sin embargo, lo que resulta cuestionable es que ninguno de los gobiernos de los países participantes hayan propuesto alguna forma de atender los escenarios, ya no digamos de la “integración”, sino de la cooperación internacional entre los países de América Latina y no se diga, la continuidad de la discusión académica, la sistematización de los trabajos así como las posibles redefiniciones de las políticas culturales de países que requieren del establecimiento de nuevos conceptos, nuevas estrategias, nuevas reglas, y en general de nuevos arreglos sociales e institucionales que permitan una gobernanza de la cultura en el mundo contemporáneo globalizado y ante el debate de la democracia y la equidad.

Hoy los escenarios de la cooperación latinoamericana carece de espacios propios. Destacan los esfuerzos de la cooperación internacional Española, a través de la AECID y la OEI, entidades que buscan construir un espacio sociocultural iberoamericano que todavía no alcanza a autodefinirse, por la heterogeneidad, la diversidad y la desigualdad. (García Canclini y Martinelli; 2009), pero que se antoja necesario para el equilibrio mundial. Dicho espacio se conforma en el marco de una geopolítica que supone la redefinición de vínculos de América Latina con Europa, y especialmente con España y Portugal.

Es por todo esto que la tesis intenta una mirada a la encrucijada que viven las instancias que bajo el actual ordenamiento social y del Estado Nación en América Latina, tienen por cometido establecer un sistema de gobernanza en la cultura y fomentar la cooperación internacional regional, ante los retos que ha instalado la globalización en términos de integración, el impacto cultural de los procesos migratorios e identitarios en sociedades heterogéneas, desiguales, híbridas, multidimensionales.

Este asomo antropológico a la institucionalidad de la cultura en América Latina se relaciona indisolublemente con el debilitamiento del Estado en el debate de lo nacional, de lo público y de lo local, de la concepción y gestión de la cultura y de la diversidad cultural en el marco global y de desigualdad que viven nuestras sociedades y las culturas a las que dan vida.

Esta tesis refiere algunas ideas respecto a la necesidad de construir políticas culturales que transiten más rápidamente hacia los contextos del siglo XXI en los ámbitos nacionales y de la cooperación regional. Una aportación fundamental para la comprensión del campo de las políticas culturales la formuló el Grupo de Trabajo sobre Políticas Culturales en CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), compuesto por Néstor García Canclini y José Joaquín

Brunner, entre otros; al establecer un marco conceptual para abordar el tema, más allá de las formulaciones que había hecho hasta entonces la UNESCO.

“Una buena política cultural, decía García Canclini, a fines de los ochenta, no es la que asume en forma exclusiva la organización del desarrollo cultural en relación con las necesidades utilitarias de las mayorías –condición indispensable para que sea democrática-, sino que abarca también los movimientos de juego y experimentación, promueve las búsquedas conceptuales y creativas a través de las cuales cada sociedad se renueva. La política cultural debe ser también una política del placer” (García Canclini, 1987).

Luego, desde el Seminario de Estudios de la Cultura, impulsó una lectura de las políticas culturales desde la perspectiva del consumo cultural y de la forma como la ciudadanía generó usos y prácticas culturales híbridas y diferenciadas que ponían en entredicho los supuestos en los que descansaba la visión de muchas entidades públicas y privadas que actúan en el sector cultural (García Canclini, 1993).

Desde el Programa de Estudios Sobre Cultura Urbana con sede en la Universidad Autónoma Metropolitana, García Canclini propuso el eje de lo público como un espacio que se reconfigura a partir de la globalización y la construcción de ciudadanía cultural como un elemento fundamental de la política pública. En 2010, luego de una reflexión sobre la debilidad de las ciencias sociales para entender los procesos contemporáneos, García Canclini aborda las posibilidades del arte contemporáneo como constructor de lo inminente (García Canclini, 2010).

Eduardo Nivón ha llamado la atención, refiriéndose a José Teixeira, respecto del desplazamiento del debate de las políticas culturales a nivel mundial respecto de los contenidos, hacia las formas, pero igualmente ha subrayado, para el caso de México, que “el marco de nuestros conflictos culturales, refleja en gran medida el estado actual de nuestro aparato cultural y la forma como se relaciona con la sociedad.” Coincido con su opinión. “La discusión sobre los modelos de política cultural parece muy pobre” (Nivón, 2004).

Los aportes de Jesús Martín Barbero, de Germán Rey y más recientemente, los de George Yúdice para América Latina, contribuyen a incorporar los elementos de la comunicación y las tensiones entre las políticas culturales y la economía, particularmente en relación con las industrias culturales, en una perspectiva de desarrollo (Yúdice, 2002).

No puedo hablar de políticas culturales sin considerar los instrumentos de la cooperación internacional. Entre estos la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Inmaterial (2003); la Declaración Universal Sobre la Diversidad Cultural (2001) y la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de los Contenidos Culturales de la UNESCO (2005);⁹ la Agenda 21 de Naciones

⁹ Disponibles en: <http://portal.unesco.org/culture/es/ev>

Unidas, promovida por 179 países en la llamada Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992; su programa cultural, aprobado por 30 ciudades en el marco de *Interacción 2004*; la Carta Cultural Iberoamericana, aprobada en Montevideo durante la XVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno.¹⁰ Estos instrumentos de cooperación internacional, encausados a veces bajo tendencias poco concertadas entre ellos mismos, y con diversos postulados a veces inconsistentes o inacabados, operan en escenarios de globalización, mundialización y ante las contradicciones que genera una geopolítica en la que América Latina carece de interlocución regional cultural. Es ahí donde cobra significación y se analizan los aportes del Convenio Andrés Bello, sus limitaciones y aspiraciones frustradas de contribuir a la "integración" latinoamericana.

Mantener los postulados y las prácticas tradicionales de conducción de las instituciones, programas y proyectos culturales puede profundizar la condición de marginalidad de la política cultural en América Latina. Se requiere construir un nuevo discurso, romper los círculos cerrados del sector cultural y comunicar y dar viabilidad a la cultura y las políticas culturales en la educación, la economía, el bienestar, el medio ambiente y el desarrollo en general, sin caer en la tentación de instrumentalizar o subordinar la cultura a fines mercantiles y/o de rentabilidad política.

Los Estados tendrán que encontrar nuevas formas de actuación e interacción con la ciudadanía, en los escenarios de tránsito y construcción de la democracia y la cooperación en América Latina. El reto es avanzar hacia la creación de políticas culturales nacionales que denomino de "nueva generación", es decir, que se ubiquen en los escenarios globales, interconectados e interdependientes del siglo XXI, para crear nichos sustentables de convivencia, bienestar, participación social y de placer, como dice García Canclini, lo que entrañaría una acción deliberada de transformación en sus concepciones, prioridades y prácticas, incluidas las de cooperación internacional, usualmente orientadas a la circulación de obra artística o de exposiciones del patrimonio arqueológico o artístico.

La pregunta de fondo que subyace a las preocupaciones que alimentan esta tesis es ¿cómo vamos a incorporar la cultura a la agenda del desarrollo y de la equidad? La antropología creadora de discursos sobre la alteridad, sobre la diferencia y sobre la identidad, tiene aquí un terreno fértil donde aportar, aunque para ello se tenga que hermanar con otras muchas disciplinas. De la comprensión que tengamos de la cultura, la diferencia y la interculturalidad, depende incluso la posibilidad de la convivencia y de la paz. Por supuesto, esta tesis no tiene esa pretensión. Acaso su sentido es poner en escena, de manera inevitablemente parcial y fragmentaria, los dilemas y la dimensión del reto.

En este nuevo milenio, ningún proyecto de desarrollo regional, nacional o global, ningún movimiento por la construcción de la democracia y la paz podrá cobrar fuerza y movilizar a una sociedad, si no se basa en una profunda dimensión

¹⁰ Disponible en: www.oei.es/cultura/carta_cultural_iberamericana.htm

cultural que se conecte con el aquí y ahora de los ciudadanos, si no se construye y se impregna de conceptos contemporáneos de cultura y diversidad cultural e interculturalidad.

El reconocimiento y el ejercicio de los derechos culturales de una ciudadanía global cada vez más participativa y portadora de energía social capaz de contribuir a la configuración de sociedades diversas, incluyentes y sustentables, es una de las motivaciones que da sentido a la antropología híbrida desde donde pienso y actúo. Asumo, como decía antes, la dosis de subjetividad que alimenta mi postura académica y mi praxis. Una parte de ello es lo que pongo a su consideración en esta tesis doctoral.

1. IDENTIDAD, DIVERSIDAD CULTURAL E INTERCULTURALIDAD EN AL

1.1 Desanclajes, deslocalización y desclasificación

El debate sobre la identidad hoy cobra relevancia, pero se reformula de distinto modo en países que salieron del colonialismo, como las naciones africanas, o bien en los países nacidos de la explosión de lo que fue la Unión Soviética, en los países europeos, en los Estados Unidos, o en aquellos donde la subordinación de los pueblos originarios ha traído consigo fracturas sociales y distintas formas de exclusión.

A principios de febrero de 2011, en San Cristóbal de las Casas, en el marco de un programa de ConArte sobre Educación en Artes, Cohesión Social e Interculturalidad, que forma parte del programa de Naciones Unidas de Cultura de Paz y Derechos Humanos en Chiapas, un grupo de 107 indígenas Tzeltales, Ch'oles, Mames, Zapotecos inmigrados y jóvenes antropólogos y egresados de la carrera de Interculturalidad y Desarrollo Sustentable de la Universidad de Chiapas, discutíamos las veredas del debate en torno a la identidad, memoria, diversidad e interculturalidad.

Muchos de ellos, protagonistas hombres y mujeres del desplazamiento causado por el conflicto armado, la intolerancia religiosa, por desastres naturales o conflictos de tierras, discutíamos cuáles son las fuentes de la identidad cultural de ellos y de sus comunidades. La mayoría de ellos procedían de Ocosingo, Salto de Agua o Tila, ubicados al norte del Estado, donde se concentra buena parte de las zonas urbanas y rurales de desplazamiento forzado.

Habían sido reunidos a través de una convocatoria publicada en lenguas Ch'ol, Tzeltal (traducidas por escritores pertenecientes a esas culturas) y en español. Algunos de ellos habían llamado a las oficinas de ConArte para decir que habían leído la convocatoria en su lengua, pero que no le habían entendido, que si mejor se las mandábamos en español. Entre estos pueblos la lecto-escritura en sus lenguas es todavía limitada.

Uno de los debates más interesantes fue precisamente el ligado al territorio, uno de los antiguos supuestos de la identidad y una de las principales demandas de los desplazados, quienes no cuentan con reconocimiento legal de esa condición en México. El diálogo constató que ya no se puede hablar de un solo territorio, sino de muchos territorios y qué estos no necesariamente son físicos, sino que pueden ser virtuales. Que la identidad no se puede atribuir a un solo espacio, porque aún bajo las condiciones de desplazamiento hay una construcción identitaria que se reproduce en los más diversos lugares, toda vez que la migración forzosa había llevado a una aparte de sus familiares y amigos no sólo a Ocosingo o a Tila, sino a la ciudad de México o a los Estados Unidos, donde también se reconoce la pertenencia, aunque en medio de prácticas muy distintas. Se habló entonces de los múltiples territorios culturales donde se construye y se reformula la identidad.

Uno de los participantes, quien había acudido para acercarse al aprendizaje del uso del video para hablar de la memoria, planteó la problemática identitaria en los siguientes términos:

"Yo sé que soy Tzeltal, hablo la lengua y vivo en una comunidad Tzeltal, pero no me quiero reflejar a mi mismo así. Me gustaría hacer mi trabajo sobre la memoria, sin tener que pasar por esa clasificación que me separa. Quienes vean mi trabajo esperarán ver a un indígena haciendo video. Yo sólo quiero ser Mariano, haciendo video".

Poco a poco el debate se orientó hacia un cuestionamiento del lugar de la persona (sin apellidos) en el tejido comunitario, en la escuela, en la ciudad y en la reconstrucción de la paz, una paz que requiere partir del respeto a la dignidad de la persona y a su derecho de construir y transformar su identidad cultural. Asumir el diálogo desde la persona, pero a partir de lo que expresa su propia conciencia del ser, no de lo que la cultura occidental establece que debería ser, señala Geertz, es un "vehículo extraordinario para introducirnos al estado de ánimo de otro pueblo". (Geertz, 1994).

La conflictiva cultural creada por la globalización ha subrayado un renovado debate en torno a la identidad. "Hasta hace muy poco, decir identidad era hablar de raíces, raigambre, territorio, tiempo largo, memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad. Pero decir hoy identidad implica también –sino queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente- hablar de redes, flujos, movilidades, instantaneidades, desanclajes." (Martín-Barbero, 2001).

Sería lógico suponer que la diversidad es consustancial a la cultura, al ser ésta una construcción humana, cambiante en cada contexto histórico y social. Podríamos incluso decir que es el correlato a la biodiversidad en el medio ambiente. Siguiendo nuevamente a Geertz, podríamos señalar que es imposible eliminar todas las formas de alteridad que encierra cualquier conformación identitaria porque aunque ésta sea individual está siempre inmersa en procesos colectivos.

Sin embargo, el pensamiento antropológico sobre la alteridad y el conocimiento del otro, fue desarrollado en sus orígenes coloniales en contextos de dominación de múltiples poblaciones, a quienes se colocó bajo argumentos basados precisamente en el hecho de ser distintas a quienes establecieron el poder colonial.

En el discurso de las políticas culturales, el reconocimiento de la diversidad ha dado lugar a la proliferación de conceptos que flotan a veces como sinónimos, aunque aluden a distintas posturas y modos de gestión de la diversidad.

El debate sobre la diversidad cultural ha cobrado relevancia ante la conflictiva interétnica, religiosa y la que se deriva de la migración y sus efectos prácticamente en todo el mundo. Conceptos como identidad, alteridad, diversidad, pluralismo, multiculturalidad, etnicidad e interculturalismo han adquirido una nueva carga política (Stolke; 2008), al tiempo que forman parte de diálogos académicos e ideológicos donde encuentran dimensiones y significados con implicaciones contradictorias, a pesar de su alto potencial.

El rechazo o el elogio a la diversidad pueden correr riesgos hasta cierto punto comunes, dependiendo del contexto, del momento histórico y de la postura desde donde se plantean, igualmente, especialmente si se parte de considerar la diversidad como una dimensión externa o propia solo del "otro". Es a este planteamiento al que me referiré con mayor atención 1) porque es la visión dominante en las políticas culturales en América Latina, aún en países donde existe mayor reflexión sobre el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios y 2) porque a pesar de ello, la mayoría de los habitantes de los pueblos originarios siguen estando en la última escala de la pobreza.

En los comienzos de la creación de los Estados Nacionales se habló de la *integración* como un modelo de gestión de la diferencia que permite u obliga a un sujeto o a un grupo que se encuentra en un espacio o condición marginal, participar de la dinámica social mayoritaria de forma "normalizada", aunque en el fondo, sabemos que no necesariamente la integración considera la igualdad o la equidad como inherente a esa forma de participación.

El *pluralismo*, impulsado desde los años 80, reconoce el mismo valor a distintos grupos culturales que conviven en un mismo espacio y tiempo, y permitir su desarrollo sin necesidad de interacción entre ellos.

Más adelante, a fines del siglo XX, se empieza a hablar del *multiculturalismo* sobre todo en los países anglosajones, un modelo de gestión de la diversidad que propone la presencia de grupos de diferente procedencia y rasgos culturales que establecen una interacción definida a partir de unos límites preestablecidos.

La literatura sobre diversidad cultural establece la interculturalidad como un modelo social de gestión de la diversidad definido por un proceso en el cual grupos con distintos rasgos culturales viven en un mismo contexto y se relacionan, interactúan, intercambian y se comunican. Agregaría, yo, no exentos de contradicción, sobre todo cuando se produce en contextos de desigualdad, como en América Latina. En un sentido amplio, la interculturalidad significa intercambio, reciprocidad, interacción, relación mutua y solidaridad efectiva de los valores, de los diferentes modos de entender la vida, la historia, las conductas sociales, etc, en condiciones de influencia igualada.

Supone el respeto y aceptación de las diferencias. Al contrario que la asimilación, que es un proceso de sometimiento de los grupos de culturas minoritarias a la mayoritaria, el proyecto intercultural parte del pluralismo cultural ya existente en la

sociedad, en la actualidad limitado a la yuxtaposición o coexistencia de las diversas culturas, y se orienta por la construcción de unas relaciones de carácter igualitario en la que los implicados no establecen relaciones de superiores o inferiores, mejores o peores, apostando desde el lugar común que salvaguarda la dignidad y los derechos fundamentales de la persona. (Essombra, 2008)

En América Latina estamos ante la necesidad de articular los conceptos de interculturalidad con los de igualdad, porque en esos contextos los grupos sociales actúan desde condiciones asimétricas. Ninguna relación entre culturas se da en un ambiente libre de contradicción. Aún entre quienes aparentan ser iguales, la diferencia es un elemento que opera de forma continua y más aún entre integrantes de diferentes generaciones, considerando el cambio que impuso la revolución tecnológica y la globalización.

La educación intercultural y para la interculturalidad supone romper con los residuos de las posturas defensivas que ven en el otro la amenaza de lo diferente, de lo desconocido, aún cuando no se esté frente a alguien que pertenezca "oficialmente" a una cultura diferente. Adquirir habilidades y perspectivas de relación interculturales supone un esfuerzo deliberado porque no se desarrollan de manera natural, ya que todas las culturas tienen una cierta dosis de etnocentrismo.

La educación intercultural puede adoptarse desde y para diversas disciplinas y espacios sociales. Una manera de hacerla es a través de la danza terapia, formación que integra la experiencia de trabajar por la construcción de una cultura de paz que impulsa ConArte con la UNESCO o en Juárez. Implica que el individuo dentro del grupo, explore y analice sus sentimientos profundos a partir del movimiento individual y con sus compañeros de clase; explora sus maneras de responder ante el espacio cerrado o abierto, ante la flexibilidad o la rigidez, ante la simetría y la irregularidad, ante el flujo o la fragmentación del movimiento, se identifica a través del movimiento propio y constata la imposibilidad de hacerlo exactamente igual que los demás, aunque también experimenta la posibilidad de combinar su ritmo propio con el de los demás. Igualmente, experimenta y reflexiona sobre la posibilidad de contradecir al otro y también de buscar el equilibrio de fuerzas con alguien más, puede sentir la sensación de dejar caer su peso sobre otra persona, no importando si uno es más alto o más delgado. En el análisis del movimiento, no se usan las categorías de bien o mal, mejor o peor, es la exploración de la percepción, la expresión y el sentir propio en relación con los demás.

Desde 1982, la Conferencia Mundial de Políticas Culturales la UNESCO inició una prolongada etapa de posicionamiento de la cultura en un nuevo discurso y contexto político internacional, al establecer el vínculo entre cultura y desarrollo, al igual que su relación con la diversidad cultural. Esa Conferencia establece una definición ampliada de cultura que ha sido retomada como soporte de los programas de desarrollo cultural en algunos países, como es el caso de España, donde su programa define la cultura como

*el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social. Ello engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias.*¹¹

En la definición del patrimonio cultural, esta Conferencia incluyó como tal

*las obras de los artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios, las creaciones anónimas surgidas del pueblo, así como el conjunto de valores que dan sentido a la vida. Es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo: la lengua, los ritos, las creencias, los lugares y monumentos históricos, la literatura, las obras de arte, los archivos y bibliotecas.*¹²

La Declaración adelanta lo que después será un consenso en torno a la diversidad cultural y el diálogo intercultural, al hablar de la necesidad de “reconocer la igualdad y dignidad de toda las culturas, así como el derecho de cada pueblo y de cada comunidad a afirmar y preservar su identidad cultural, y a exigir su respeto.”¹³

Acaso lo más significativo es que estableció, de manera contundente, el vínculo entre cultura y desarrollo. “La cultura constituye una dimensión fundamental del proceso de desarrollo...El crecimiento se ha concebido frecuentemente en términos cuantitativos, sin tomar en cuenta su necesaria dimensión cualitativa, es decir, la satisfacción de las aspiraciones espirituales y culturales del hombre.”¹⁴

A partir de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el Mundiact señaló que la cultura procede de la comunidad entera y a ella debe regresar. “No puede ser privilegio de élites ni en cuanto a su producción ni en cuanto a sus beneficios. La democracia cultural supone la más amplia participación del individuo y la sociedad en el proceso de creación de bienes culturales, en la toma de decisiones que concierten a la vida cultural y en la difusión y disfrute de la misma.”¹⁵

Enmarca la importancia del desarrollo y promoción de la educación artística, la cual identifica “no sólo como la elaboración de programas específicos que despierten la sensibilidad artística y apoyen a grupos e instituciones de creación y

¹¹ Citado por Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación. Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española: resumen ejecutivo.

http://www.encuentrocooperacion.es/pdfs/PlanSectoral/ResumenEjecutivo_CulturayDesarrolloEsp.pdf

¹² *Declaración de México sobre las Políticas Culturales. Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales.* México, D.F., 26 de julio -6 de agosto de 1982. Disponible en:

http://portal.unesco.org/culture/es/files/12762/1295424031mexico_sp.pdf/mexico_sp.pdf

¹³ Ibid.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid.

difusión, sino también el fomento de actividades que estimulen la conciencia pública sobre la importancia social del arte y de la creación intelectual.”¹⁶

Un aspecto menos difundido de esta Declaración sobre las Políticas Culturales se relaciona con los vínculos entre cultura, educación, ciencia y tecnología y una dimensión de ciudadanía, al señalar que la educación debe ser innovadora, que no solo informe y transmita, sino que forme y renueve, que permita a los educandos tomar conciencia de la realidad de su tiempo y de su medio, que fomente la autodisciplina, el respeto a los demás, la solidaridad, que estimule la creatividad y el sentido crítico.

La UNESCO ha puesto de relevancia la importancia de la diversidad cultural en las políticas culturales y la gobernanza mundial de la cultura y el desarrollo, aunque deja muy abierta la manera de asumirla y los modelo de gestión. La Declaración de la Diversidad Cultural de la UNESCO (2001) voga por el respeto a la diversidad cultural como factor de desarrollo, de apego a los derechos humanos y establece el pluralismo cultural como la respuesta política al reconocimiento de la diversidad de todos los seres humanos:

La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y del espacio. Esta diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan a los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es tan necesaria para el género humano como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.

En nuestras sociedades cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una interacción armoniosa y una voluntad de convivir de personas y grupos con identidades culturales a un tiempo plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la integración y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz. Definido de esta manera, el pluralismo cultural constituye la respuesta política al hecho de la diversidad cultural.

*La defensa de la diversidad cultural es un imperativo ético, inseparable del respeto de la dignidad de la persona humana. Ella supone el compromiso de respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales, en particular los derechos de las personas que pertenecen a minorías y los de los pueblos indígenas. Nadie puede invocar la diversidad cultural para vulnerar los derechos humanos garantizados por el derecho internacional, ni para limitar su alcance.*¹⁷

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Disponible en: http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13179&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html (consultado en Febrero de 2011)

En la Convención para la protección de la diversidad de las expresiones culturales señala:

La diversidad cultural constituye un patrimonio común de la humanidad que debe valorarse y preservarse en provecho de todos,

La diversidad cultural crea un mundo rico y variado que acrecienta la gama de posibilidades y nutre las capacidades y los valores humanos, y constituye, por lo tanto, uno de los principales motores del desarrollo sostenible de las comunidades, los pueblos y las naciones,

La diversidad cultural tal y como prospera en un marco de democracia, tolerancia, justicia social y respeto mutuo entre los pueblos y las culturas; es indispensable para la paz y la seguridad en el plano local, nacional e internacional,

La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y el espacio y se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades y en las expresiones culturales de los pueblos y sociedades que forman la humanidad

En ambos documentos se hace énfasis en el potencial de la diversidad, más no en las contradicciones en las cuales se desarrolla y se gestiona. Un avance en esa dirección representa el Informe Mundial Invertir en Diversidad Cultural y Diálogo Intercultural todavía insuficientemente divulgado y discutido en América Latina, el cual llama la atención hacia la necesidad de estructurar otro discurso sobre la diversidad cultural, que no se reduzca a la etnicidad y que considere el impacto de la globalización. Llama la atención a las identidades múltiples y a la promoción de las diversas facetas de la diversidad. Insiste en la necesidad de identificar a los estereotipos y la estigmatización como los obstáculos mayores al entendimiento y al diálogo intercultural entre personas y grupos. Igualmente, insiste en el “potencial” que respresenta par el bienestar, la construcción de ciudadanía y el desarrollo. Pone especial énfasis en la interculturalidad que debiera permear especialmente la educación y el desarrollo.

1.2 La invención del “otro” y la violencia de la clasificación

La discusión en torno a la diferencia cultural viene a América Latina desde los momentos mismos en que ésta nace como idea, fruto de la relación modernidad/colonización (Mignolo: 2005), toda vez que es fruto de la incrédula mirada espejo, católica y europea de sus “descubridores”.

La invención de América y especialmente de América Latina, se produce como parte de los frutos amargos de una antropología al servicio de la administración colonial que establece como base de la relación, el dilema del “otro”, los “indígenas”, construcción colonial que, tratando de establecer la diferencia, comprime en una categoría homogeneizante a todos los pueblos originarios mirados a través de la lente que está a punto de imponerse sea por creencia, por el poder de las armas o por la fascinación y el placer que engendró nuevos seres humanos, que sin embargo fueron catalogados en castas.

En la época de conformación de los Estados Nación, el debate de la nacionalidad se fundamenta en la búsqueda de la llamada unidad nacional y en la pretensión de estados uniculturales. Los cuestionamientos de los forjadores de la Nación son más que elocuentes:

“¿Por qué no sabe el indio pensar, dirigir, hacer sus revoluciones triunfantes, formando, como forma, la mayoría de la población, siendo sus energías físicas tal vez superiores y poseyendo aptitudes intelectuales comparables a cualquier raza del mundo?”

“Eso se debe al modo de ser, al estado evolutivo de nuestra civilización indígena, a la etapa intelectual en que están estacionados sus individuos....

“el indio conserva vigorosas sus aptitudes mentales, pero vive con retraso de 400 años, pues sus manifestaciones intelectuales, no son más que la continuación de las que desarrollaban en tiempos prehispánicos, solo que reformadas por la fuerza de las circunstancias y del medio” (Gamio, 1916).

Durante el proceso de construcción de los Estados Nación, en América Latina, el discurso anticolonialista se fincó sobre todo en una postura nacionalista que si bien tenía por interés fundamental la emancipación del poder europeo, también pugnaba por el dominio de una perspectiva etnocentrista que privilegiaba el valor de lo universal de la cultura occidental, cuando mucho aclimatada en lo local, que dio continuidad si bien no bajo un régimen de esclavitud abierta o legalmente establecida, a la clasificación estigmatizadora basada en consideraciones raciales o en otros factores externos o internos como la lengua, el color de la piel, el fenotipo o cualquier otra característica.

Con ello se inicia lo que llamaría la “violencia de la clasificación”, es decir, la constante tendencia a colocar a las personas en cajas identitarias que no han sido construidas en un ejercicio de autoadscripción, sino porque así conviene a quien ejerce dicha codificación cultural. Esta práctica, fundada en el discurso mismo de la diversidad, se prolonga hasta nuestros días y es la base de la mirada hacia lo exótico, lo extraño, lo primitivo, lo anormal, lo raro, hacia la consideración del otro como el diverso.

Este régimen de diferenciación social y cultural es la base para el establecimiento de un régimen de exclusión y subordinación de millones de seres humanos, el cual, bajo diferentes matices, se mantiene hasta nuestros días.

La palabra diverso, procede de la etimología latina diversitas que alude a lo contrario. Según Mattelart que “en la era de los imperios europeos, el vocablo <diverso> recobra el significado que tenía en el latín popular y que ha perdurado en el antiguo y medio francés: salvaje, malo, cruel.” (Mattelart, 2006)

Los textos de la inquisición o los testimonios que dejan ver un rechazo y la satanización de costumbres y prácticas rituales de la medicina tradicional que hasta hoy sobreviven entre diversos sectores, no solo indígenas, y que en su

momento fueron consideradas como obra del demonio y ameritaron el castigo de la temible institución eclesiástica.

Cualquiera de sus descripciones podría parecerse, con las distancias y cambios debidos, a una etnografía del mercado de Sonora en la ciudad de México o de Guatemala, o bien aludir a las prácticas religiosas de Cuba, Haití, Santo Domingo o San Salvador de Bahía.

Los ideales igualitarios del liberalismo del siglo XIX, retomados de la Revolución Francesa o de la Ilustración, en la creación de las naciones latinoamericanas fueron más declarativos que reales. El discurso de la unidad en la diversidad creado luego en la segunda mitad del siglo XX, se antoja más un elemento de contensión para la negociación de los derechos de los pueblos originarios, de quienes fueron clasificados como indígenas.

Durante todo el siglo XX, los Estados nacionales se fundaron a partir de la creación y aplicación de un discurso homogeneizador que pretendía la "integración" de los indios a la "cultura nacional". Eso significaba más que integración, una subordinación, cuando no su desaparición. El indigenismo buscó borrar las diferencias de la diversidad cultural procedente de los pueblos y culturas autóctonas que sobrevivieron a pesar del dominio del poder colonial europeo y de la esclavitud europea establecida en AL desde el siglo XVI.

Luego de los movimientos reivindicatorios de los pueblos originarios, comunmente denominados indígenas o indios, en los países donde no fueron aniquilados por el genocidio, la diversidad cultural en la tercera parte del siglo XIX se asumió un discurso aparentemente incluyente, alusivo a la pluralidad y aún al multiculturalismo, sin precisar muchas veces a qué se refiere, pero que ha terminado en algunos países o regiones por ejercer un papel de afirmación de la exclusión no sólo para los pueblos originarios y las memorias negadas, sino para muchos otros grupos sociales a quienes se aplica el concepto de "diverso", estableciendo a su vez esta categoría de una forma hasta cierto punto homogeneizante de todos los que quedan bajo ese paraguas o etiqueta: los Ch'oles, los punks, los invidentes, como si entre ellos mismos fueran todos iguales.

La diferencia atribuida exclusivamente a la identidad étnica o indígena o a las minorías, ha traído consigo la "administración" de la diversidad actuando más desde el punto de vista del pluralismo estático o de una interculturalidad reducida nuevamente a la relación con los ciudadanos que se distinguen desde una perspectiva étnica o para referirse a la educación ligada al bilingüismo. Esa es una de las principales debilidades de las políticas culturales en países donde la diversidad contemporánea ya no puede reducirse al enfoque étnico, lo que no equivale a menospreciar o incluso renunciar al respeto de sus derechos humanos y de participación en igualdad aún en la reestructuración de los Estados Nacionales.

El problema radica en que las políticas culturales en América Latina, sobre todo de los países que viven todavía esa dicotomía entre pueblos indígena y no indígenas y de alguna manera, entre tradición y modernidad, continúan asumiendo la alteridad solo como etnicidad, basándose en una estructura clasificatoria (García Gutiérrez, 2007) que desde entonces partían de un régimen de violencia y exclusión.

1.3 Del Otro al Yo y al Nosotros, diversidad de diversidades

Es posible que la valoración de la diversidad y la lucha contra la condición de subordinación y el racismo no sólo hacia los pueblos originarios o afrodescendientes, sino hacia muchos otros grupos sociales que no se diferencian por factores étnicos, históricos o externos, sino por sus pertenencia a otra generación, a otra ciudad o a otro país, o incluso la intolerancia frente a quienes no comparten gustos estéticos, o simplemente porque son jóvenes o mujeres, y aún entre personas que aparentemente son iguales, tenga que empezar por trasladar la reflexión de la diversidad del “otro”, o de la “otredad”, hacia la exploración, el reconocimiento y la naturaleza inestable, híbrida, transitoria, contradictoria y translocal como nociones atribuibles de la identidad cultural propia, al Yo de Mi, es decir, al estar siendo en el aquí y ahora del ser humano, en el interminable proceso de apropiación, rechazo, jerarquización y construcción identitaria, formada a partir de interacciones que van más allá del territorio y de la relación presencial con personas, procesos, ideas y movimientos culturales locales.

La interculturalidad no puede producirse al margen de la consciencia de la identidad propia y lo que de los “otros” forma parte del ser y estar aquí y ahora, sin tomar consciencia de los estereotipos que caracterizan el etnocentrismo propio casi de toda cultura que se piensa cerrada y única.

Aceptar, reconocer y explorar la complejidad, los desanclajes y la transitoriedad que caracteriza la diversidad y la identidad propia tiene que ser la base de la relación y la aceptación de la diferencia de los demás, es decir, parte de la capacidad de relacionarse desde una perspectiva de interculturalidad. Ante esta realidad cambiante de la identidad de la persona, en un contexto específico, los esencialismos salen sobrando porque ya no existe nadie que se defina por su “esencia”.

Al asumir que es solo en el “otro” donde germina la diversidad, no se acepta la diversidad como un componente de todo proceso identitario, empezando por el propio, y por tanto, se le ve como característica o cualidad en el mejor de los casos, que califica externamente a los demás y no al “yo”, eliminando la posibilidad de crear el “nos” y luego el “nosotros”, a pesar de que el discurso de los derechos del hombre reconocen como principio elemental el derecho a tener una identidad propia. La construcción de cultura de paz supone el autoreconocimiento de la persona, su dignificación cultural y el respeto a su capacidad de autoregeneración, desanclaje y transmutación.

El reto es dejar de hacer clasificaciones para ordenar y diferenciar lo que es inclasificable. En este siglo XXI, mantener la clasificación de los demás es una forma de ejercicio de violencia social.

Esta negación de la diversidad en la propia identidad de la persona, es fruto de la ideología colonial instalada por la dominación española o portuguesa en América Latina, que lleva a sus sectores dominantes y dominados a autoconcebirse como un conglomerado de sociedades escindidas que requieren de unidad y de homogeneidad y que empieza por separar a los grupos sociales toda una clasificación de castas que hoy sirve a los jóvenes y grupos de rock para identificarse contra la violencia de la clasificación.

Salta'atrás La Maldita Vecindad

Indio y mestiza - coyote,
mestizo con india - cholo,
negro con zamba - zambo prieto,
blanco y mulata - morisco,
blanco con negra - mulato,
lobo con negra - chino,
negro con india - jarocho,
indio con negra - lobo.

Nuestras diferencias somos,
no hay pureza.

Indios y banda - patarrajada,
tibiris, nacos, guarines,
jotos y bugas, machorras,
chilangos, oaxacos, yucas,
fresas y gruesos, jipiosos,
cholos y chulos, teporochos,
grifos y pochos,
chichifos,

zafados, pirados, dementes...

Miedo a los otros,

a costumbres distintas.

Poder, necesitas de nombres,

disfraces y reglas.

Clasificaciones:

vivir de segregaciones.

Nuestras diferencias somos, no hay pureza.

La multitemporalidad es uno de los impulsos de nuestra diversidad. América Latina se levanta sobre sus orígenes para vivir un tiempo caracterizado por una simultaneidad de épocas que se mezclan, se traslapan y crean contradicciones en el ámbito público, privado y sobre todo, en la vida cotidiana de ciudadanos con identidades culturales de diferente horizonte histórico, híbridas y deslocalizadas.

El pulso ancestral convive, aunque esquizofrénicamente negado, con nuestra modernidad y nuestro ser profundamente contemporáneo, en ciudades que se convierten en el espacio cultural por excelencia del siglo XXI, pero donde la urbanización no siempre facilita o propicia relaciones equitativas e incluyentes. La obsesión por clasificar a los seres humanos tal vez sea una manera de controlar el miedo a la diferencia, el cual parte de la inseguridad y la incertidumbre, de la fragmentación y la escisión propia. No hay pureza ni en mí, ni en el otro, ni en los demás.

En el evento académico al que aludo al principio de este texto, se inscribió un bailarín de danza contemporánea que se reconoció Lacandón emigrado al centro histórico de la Ciudad de México y hoy con deseo de volver a trabajar con su comunidad a la selva, a partir de la convocatoria de ConArte y la UNESCO. La coreografía que presentó dejó ver su alto nivel de entrenamiento en la Técnica Graham creada en Nueva York interpretada con música fusión de músicas de Oaxaca mezcladas con jazz. Si por los rasgos visualmente externos lo hubiéramos clasificado, cualquiera hubiera apostado a que se trataba de un joven urbano con una corporalidad sofisticada y partidario del tatuaje y el percing.

Conforme la migración avanza, los mapas de la diversidad cambian y crean nuevas realidades a las que la política cultural debiera atender. Las diversidades contemporáneas abarcan las que son fruto de la mundialización cultural que afecta toda dimensión de lo local y del individuo, por tanto afecta no sólo a quienes se juzga “diferentes”, a partir de la “violencia de la clasificación”, sino a todos los seres humanos, categoría superior que nos integra en los microuniversos y en los territorios culturales donde nos desplazamos y nos construimos cotidianamente, territorios culturales que ya no se limitan a la tierra o al lugar donde se nace, sino que transitan por los espacios donde se configura hoy la dimensión simbólica, por tanto, implica también los medios de comunicación, el ciberespacio y las redes tecnológicas.

La diversidad de agentes que participan del proceso cultural organizado, me refiero a agrupaciones civiles, comunidades urbanas, movimientos juveniles, musicales o ligados a la gestión de la tecnología y la comunicación, las empresas privadas, los movimientos culturales translocales, tales como las redes virtuales o las redes de colaboración entre procesos que se generan a nivel internacional, como podrían ser la formación de Hubs, espacios que existen en varios países para colaborar y fomentar el aprendizaje sobre emprendurismo e innovación social.

De hecho, el reconocimiento a la diversidad como base para la democracia, no ha encontrado todavía un correlato en la acción de los partidos políticos, ni en la orientación o toma de postura de las políticas públicas de la cultura.

1.4 Pueblos originarios, Diversidad Cultural y Exclusión

En la mayoría de nuestros países se subrayó la necesidad de la unidad como parte del proceso de conformación de la “nacionalidad”. En función de ella se estableció toda una estrategia educativa, lingüística y cultural orientada hacia la asimilación de los pueblos originarios, a la castellanización y a la homogeneización.

En el camino, muchos pueblos fueron despojados de sus tierras, castellanizados en detrimento de sus lenguas y en no pocos casos incluso disminuida su población a causa de muy diversos factores, entre los que se incluyen el traslado

forzado de personas, hasta el genocidio. Los pueblos afrodescendientes fueron esclavizados y obligados a vivir confinados. En diferentes formas e intensidades, la memoria histórica, corporal y simbólica de estos pueblos fue condenada a la resistencia, cuando no se buscó su desaparición total.

Esta postura eurocentrista acusa todavía su presencia, en situaciones de racismo extremo como el que se ha vivido hacia las comunidades originarias del estado de Chiapas, en donde hasta la fecha, y a pesar de los cambios tan importantes que propició el levantamiento armado, se puede percibir todavía en Ciudad Real, o bien en cualquier mercado de Guatemala.

En San Cristóbal de las Casas, en el marco de la celebración de los cursos de formadores de formadores del programa Cultura de Paz y derechos humanos, a principios de 2011, los vendedores del mercado se volcaron contra alumnos tzeltales y choles que con cámara en mano se preparaban para generar un proyecto de fotografía y video para la memoria para ser desarrollado con adolescentes de comunidades desplazadas.

La imagen de un grupo de indios tomando fotos incluso a sus semejantes, no fue bienvenida. Fueron obligados a mostrar sus imágenes y a declarar que no venían de ninguna organización. Las contradicciones generadas por el levantamiento zapatista de 1994, entre las propias comunidades y organizaciones indígenas, están vivas en la memoria y en los miedos de sus pobladores.

Aún en condiciones de acceso al desarrollo educativo, cientos de profesionales Airamas, Mapuches, Mayas, Tzeltales, Tzotziles, Conca'as, Nahuas o de otras muchas culturas originarias, están en desventaja en relación con el empleo, el acceso a múltiples servicios, servicios educativos que se debaten ante el dilema de qué enseñar y cómo, en contextos de marginación y negación lingüística y cosmovisiones encontradas.

Sin embargo, por tratarse de la región del mundo con mayores desigualdades (Gootenberg; 2004), conviene introducir ese elemento, para enfocar la condición desde donde se ha clasificado a los pueblos originarios y a las minorías en América Latina.

A pesar de que la globalización aspira a un mundo universalizado y homogéneo, los contrastes étnicos y de culturas diferenciadas desde tiempos históricos no sólo se ratifican al final del siglo XX y principios del XXI como realidades existentes y emergentes, sino que cobran nuevas formas de expresión, al cuestionar la organización uninacional de los estados. (Bartolomé, 2002)

La diversidad cultural de América Latina encuentra su razón de ser más profunda en la existencia de pueblos y comunidades indígenas o pueblos originarios, que tampoco pueden ser identificados como grupos homogéneos a su propio interior, así como en la presencia de pobladores afrodescendientes quienes crean y

recrean universos de cosmogonía, creencias, ciencia y arte enraizado en su vínculo con diversos territorios, así sean éstos deslocalizados o transnacionales.

La década de los 90 se caracteriza por el avance en la conceptualización del tema de las autonomías entre las organizaciones de los pueblos originarios, como forma de negociación de nuevos esquemas de estructuración y desarrollo de normativas propias, en demanda de una inclusión respetuosa de sus derechos en las instancias locales y regionales y en un sentido más amplio y profundo, en los Estados nacionales. Igualmente, asistimos a la paulatina y todavía no generalizada revaloración de los pueblos afrodescendientes. En Colombia, la primera exposición que aludió a estas memorias negadas, se realizó hasta principios de este siglo XXI. En México, se ha hablado de la Tercera Raíz, pero la última exposición que puso el Museo Nacional de Arte, en el 2009, denominada El color de la piel, todos los cuadros exhibidos eran monocromáticos.

La existencia de estos grupos étnicos y culturales diferenciados ha tenido que ser reconocida aún por organismos internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo, instancia que calculaba en 1991, una población de alrededor de 42 millones de indígenas en América Latina. El Instituto Indigenista Americano ha considerado cerca de 50 millones de indígenas para 2002.

En 1989, la Conferencia General de la Organización Internacional del Trabajo convocada en Ginebra, retomando las “normas internacionales enunciadas en el Convenio y en la Recomendación sobre Poblaciones Indígenas y Tribales de 1957, estableció el Convenio OIT no. 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes, en el cual se otorga reconocimiento a los derechos de los pueblos originarios y señala a “los gobiernos la necesidad de desarrollar, con la participación de los pueblos interesados, una acción coordinada y sistemática con miras a proteger los derechos de esos pueblos y a garantizar el respeto de su integridad.”¹⁸

Este fue un antecedente fundamental para la Declaración de los Derechos de los Pueblos Indígenas de Naciones Unidas, aprobada en 2007 y de la cual se hablará más adelante.

Los pueblos originarios de América Latina, tanto indígenas como afroamericanos, constituyen movimientos sociales contemporáneos inscritos en la agenda internacional de la cultura, de los derechos humanos, sociales y culturales en la perspectiva del desarrollo y muchas de sus demandas están en los debates nacionales de varios países.

Sus planteamientos impactan directamente los escenarios presentes y futuros de las políticas educativas, lingüísticas y culturales y en algunos sentidos, ponen a debate la organización misma de los estados nacionales, al reclamar el

¹⁸ Convenio OIT no. 169 Sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes. 1989.
<http://www.oit.org/public/spanish/region/ampro/lima/publ/conv-169/convenio.shtml>

reconocimiento de derechos de organización y a la gestión del territorio, así como al usufructo de los recursos naturales, demandas expresadas desde las cosmovisiones propias de cada etnia o bien a través del accionar de dirigentes indígenas que se insertan en los movimientos sociales y políticos internacionales, aún cuando se diferencien de los usos y costumbres de sus comunidades y culturas originarias.

Durante la segunda mitad del siglo XX, el movimiento intelectual indígena maduró en el sentido de la reivindicación de sus derechos históricos, pero en alusión a un movimiento que se inserta en el contexto político contemporáneo, global y nacional.

Uno de los elementos a considerar en este proceso de resurgimiento de los movimientos indígenas es que han sido impactados por la urbanización de la sociedad latinoamericana y por la expansión industrial y comunicacional propia de la globalización.

La migración ha puesto en entredicho las bases de su patrimonio cultural, pero al mismo tiempo ha permitido la extensión de las visiones y las organizaciones indígenas latinoamericanas, rompiendo el aislamiento o el sentido local de muchas de las demandas, a pesar de que se mantenga o no el sentido comunitario o la vida local.

Dicha urbanización, el proceso de conversión en asalariados y las condiciones de racismo y marginación, han llegado en muchos casos a significar la renuncia a la identidad étnica y a la lengua, promoviéndose su absorción a otros grupos sociales, con la correspondiente pérdida cultural que eso entraña. Es así como muchas de las lenguas indígenas han perdido hablantes, debido a que tanto la escuela como el espacio urbano marginan a quienes son portadores de estos idiomas. Los procesos políticos militarizados, cuya vida se extendió durante casi todo el siglo XX latinoamericano también significaron una dislocación de las identidades indígenas.

Un ejemplo de cómo la urbanización y la politización de los grupos indígenas influye en el curso de los movimientos étnicos se aprecia en Perú. Los "Cholos" en este país protagonizaron un amplio y poderoso movimiento campesino en la segunda mitad del siglo XX, impulsando la reforma agraria de 1969, conformaron un nuevo contingente de asalariados, asumiendo el debate de sus derechos laborales a mediados de los años 70. Muchos se incorporaron a las universidades y dieron origen a una nuevo sector social medio que pobló muchas de las zonas urbanas.

Pero en el imaginario urbano de Lima, los cholos son considerados gente de escasa educación, de mal gusto, morenos y pobres. Sean descendientes o no de indios, la cholificación de la cultura se extiende a la música y a las culturas corporales. Pueden ir a bailar a sitios de cholos, hay playas para cholos, clubes privados y restaurantes donde no puede entrar un cholo. En una de las visitas que

realicé a Lima a fines de los años noventa, le fue negado el derecho a entrar a un club, a una niña de 8 años, quien portaba una gorra de "cholo" y un pantalón corto. El clasismo y el racismo se juntan como criterio de pertenencia de las "buenas familias". "No se te vaya a ocurrir ir a la playa de aquí enfrente porque son las de los cholos, están llenas de piedras. Nosotros podemos ir a otras que están más lejos, dice mi anfitriona en Lima".

El proceso de militarización peruana, sin embargo, trajo consigo un reacomodo en las relaciones entre el poder y las poblaciones indígenas. El movimiento guerrillero de Sendero Luminoso, dio a ciertos grupos quechuas formas de participación inéditas en los procesos políticos.

Durante el último medio siglo, las poblaciones se desindianizaron y se asumieron mestizas, dejando de lado dicha identificación, al grado en que habiendo sido Perú una de los países latinoamericanos con mayor presencia indígena, en realidad, el movimiento "indígena" se debilitó hasta casi desaparecer, a diferencia de los casos de Ecuador y sobre todo Bolivia. Ello sin embargo, no es garantía de que en el futuro no aparezca un comportamiento identitario diferenciado entre algunos de estos grupos. (Quijano; 2003)

En otros países como México, aunque es difícil establecer el número exacto de indígenas, pues algunas fuentes como el INEGI señalan la existencia de 8 millones y otras como el Consejo Nacional de Población reconocen a 12 millones 707 mil, los movimientos indígenas han evolucionado hacia la conformación de una intelectualidad manifestada en un sector de escritores, poetas y maestros bilingües, que reivindican la lengua y la expresión propia.

Así surgió la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas y se conformó el Congreso Nacional Indígena por representantes de 48 de las 59 etnias que viven en el país, entre las cuales se reconocen a las etnias guatemaltecas kekchí, cachiquel y kanjobal de origen maya que se trasladaron a México y adquirieron la nacionalidad, luego de la guerra civil de los años 80 en el vecino país.

La desaparición de las lenguas, sin embargo, es uno de los grandes riesgos culturales contemporáneos de México. Se considera que alrededor de 20 de estas lenguas están en peligro de extinción, dada la disminución de hablantes y la falta de lectoescritura (Consejo 500 años de Resistencia; 1998).

Un reto adicional es la normalización de las lenguas, la formación de peritos traductores con reconocimiento oficial en todas las lenguas, para atender los casos de cientos de indígenas que habitan las cárceles mexicanas y que ni siquiera saben porqué están ahí. Muchos carecen de juicio precisamente por la ausencia de estas figuras mediadoras de los derechos humanos y la procuración de justicia.

En el 2006 se dio paso a la conformación del Pacto por el Devenir de los Pueblos Indios, integrado por 87 líderes de todo el país y entre los cuales destacan los

jóvenes y las mujeres en la lucha por sus derechos. Igualmente los movimientos indígenas mexicanos dieron paso a la conformación de AIPIN, la Agencia de Información de los Pueblos Indígenas, la cual opera a través de la red Internet. (Jiménez, 2006) Todos estos movimientos son el corolario de un largo proceso de organización y lucha social, cuyas etapas más visibles son la conformación del Movimiento 500 años de resistencia y el movimiento armado del EZLN nacido en 1994 en Chiapas.

Si bien los pueblos indígenas aún actúan en el terreno local y nacional, varias organizaciones han ganado terreno y visibilidad política en el contexto latinoamericano, tales como la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) creada en los años 80, y que comprende poblaciones de Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, Colombia y Venezuela, la Confederación de Nacionalidades Indias Ecuatorianas y la Confederación Nacional de Indígenas Ecuatorianos creada en 1989 que tiene dimensión integradora de todos los movimientos indígenas en dicho país, o bien la Unión Nacional de Comunidades Aymaras (UNCA) en el altiplano peruano, que reivindica la reorganización y reivindicación de la comunidad en términos de autoridad. Dichas organizaciones han colocado el tema de la autonomía territorial y política como uno de los debates fundamentales a fines del siglo XX, creando un nuevo espacio de interlocución en relación con la constitución de los Estados nacionales.

El caso de Bolivia es mucho más complejo dada la vinculación de los movimientos indígenas con capas propiamente asalariadas de mineros urbanos y la fuerte influencia de los movimientos políticos campesinos, sindicales de orientación socialista, movimientos intensos de donde emergen líderes de influencia nacional, muchos de los cuales recuperan la visión de las reivindicaciones antiguas de Tupac Amaru o Tupac Katari, caudillos de la revolución en 1780, pero más orientados hacia movimientos sociales y políticos de búsqueda de poder político. La participación de Quechuas y Aymaras en la caída del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, en 2003, puso de manifiesto su influencia política y la postura contraria a las políticas privatizadoras.

En Brasil, los Yanomamis han llamado la atención de la comunidad internacional en relación con la Amazonia, como una de las reservas naturales fundamentales para el futuro de la humanidad. En Colombia, en 1990 durante la Asamblea Nacional Constituyente, por primera vez, dos miembros de los pueblos originarios elegidos participaron en la reforma de la constitución política, lográndose el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas relativos a sus tierras, a sus recursos naturales, a la administración de justicia y a sus esquemas de autoridad.

En Ecuador, luego del levantamiento de los años 90, los pueblos indígenas se colocaron como actores protagónicos de un nuevo proceso social, al incidir de manera activa a través de un movimiento político de gran alcance. Así surgió la

organización Movimiento Político de Unidad Plurinacional Pachakutik-Nuevo País. A la fecha los pueblos originarios cuentan con representantes en el Parlamento.

Desde fines de los años 80, Ecuador modificó el marco jurídico que impedía a los representantes de los pueblos originarios asumir cargos públicos. Diversos líderes indígenas jóvenes hoy están al frente de procesos que no están exentos de contradicciones, pero sí han abierto el debate de la configuración del Estado Nación, a partir de los derechos de los pueblos originarios.

Tito, uno de ellos, conduce hoy en Cuenca un proceso de incorporación de la diversidad como eje transversal de la política cultural de la ciudad. “Nuestra misión, dice en un tono de líder de la política, es que los recursos culturales de nuestros pueblos se conviertan en fuente de bienestar y que la política cultural se convierta en espacio de participación social en los barrios y en todos los lugares”.

Los movimientos sociales indígenas buscan alianzas interétnicas e internacionales continentales, incluyendo a los grupos de los Estados Unidos y Canadá, para influir con una mayor presencia ante los estados nacionales, aún cuando en ese proceso intenten diferenciarse de las distintas fuerzas políticas de izquierda o de derecha, o bien de otras reivindicaciones de grupos sociales marginados.

La gran complejidad de los movimientos étnicos de América Latina suponen un reto de grandes dimensiones no sólo para los estudiosos de las ciencias sociales, las universidades y las instituciones culturales, sino también para las entidades encargadas del quehacer educativo básico, de la prestación de servicios de salud y de atención al medio ambiente, entre otros.

A pesar del Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo (1995-2004), no ha sido posible erradicar la marginación, la pobreza y la exclusión de la mayoría de los pueblos indígenas en América Latina, por ello los movimientos continúan reclamando el reconocimiento de sus identidades sobre todo en contra de la discriminación y el racismo que aún impera en las sociedades latinoamericanas, acceso a la salud, a la educación en su idioma, al reconocimiento de sus derechos culturales y políticos, pero acaso lo que más destaca es su planteamiento de la necesidad de la constitución de Estados plurinacionales.

La consideración de la naturaleza pluricultural en las constituciones de la mayoría de las naciones no ha sido suficiente para dar cauce a los intereses de estructuración social y política de estos pueblos originarios y sus formas contemporáneas de organización.

Las poblaciones afrodescendientes de América Latina continúan viviendo circunstancias de racismo y de exclusión, a pesar de que su memoria histórica y corporal, sus artes escénicas, gastronómicas y su habla han influido significativamente en las culturas latinoamericanas.

La demanda de Estados plurinacionales en el contexto global entraña el replanteamiento de la organización política, la estructura de poder y las formas de ejercicio de la democracia en los espacios territoriales con fuerte presencia indígena y población afroamericana, así como la estructuración de los servicios educativos, de salud y de cultura, pero sobre todo, la naturaleza de las relaciones entre estos grupos, sus territorios y recursos naturales, en función de los derechos de autonomía y control que demandan las organizaciones indígenas más estructuradas en México, Ecuador, Bolivia y Guatemala.

En países como Nicaragua y Colombia, las organizaciones indígenas han logrado modificaciones importantes a la legislación, más allá del reconocimiento constitucional del pluralismo. En ambos países se reconoce la autonomía plena de los pueblos indígenas, a diferencia de México donde dicho reconocimiento se enfrenta a un rechazo basado en el miedo a la fragmentación y al conflicto político.

Uno de los logros en la agenda internacional es la reciente Declaración de los Derechos de los Pueblos Indígenas de Naciones Unidas, aprobada el 13 de septiembre de 2007, la cual conmina al reconocimiento de la igualdad de los pueblos indígenas y a su vez, establece el derecho a ser diferentes y a ser respetados como tales.

Dicha Declaración reconoce su contribución a la diversidad y riqueza de las civilizaciones y culturas, su derecho a ser libres de toda forma de discriminación, llama la atención en torno al despojo de que han sido víctimas y subraya la urgente necesidad de respetar los derechos a sus tierras, territorios y recursos, su derecho a la autonomía y a la creación de formas propias de gobierno, lo cual seguramente enfrentará el cuestionamiento de los esquemas de distribución de la tierra, la riqueza, las políticas para el campo y la migración.

La problemática del bilingüismo y de la educación indígena se convierte también en un tema de inclusión y de reconocimiento de la diversidad cultural, aspecto que afecta no sólo los espacios educativos, sino también las posibilidades de entender y hacerse entender en las actuaciones políticas, jurídicas y administrativas en sus instancias de gobierno, lo que supondría que se proporcionaran para ello servicios de interpretación u otros medios adecuados en las lenguas indígenas respectivas.

La problemática del bilingüismo implica la normalización de la escritura y la ampliación de las posibilidades de lectura en esas lenguas. Entre los pueblos Ch'oles y Tzotziles de Chiapas, la lectoescritura no está generalizada. Los índices de monolingüismo son altos y afectan más a las mujeres.

La educación indígena, no sólo atañe a un problema de bilingüismo, sino a los contenidos y métodos de enseñanza y aprendizaje, en contextos donde las historias, tradiciones, artes y memorias de estos grupos han sido rechazadas o subordinadas a la historia universal o nacional. La educación pública se sigue

debatiendo entre la enseñanza de lo local o bien, bajo currículos centralizados, en los aprendizajes que exigen los organismos internacionales que establecen los estándares y las evaluaciones internacionales.

La posibilidad de mantener las bases de la diversidad cultural y del patrimonio cultural inmaterial, las creencias y el vínculo cosmogónico y espiritual de los pueblos indígenas está en relación con la problemática ya mencionada de propiedad y posesión de las tierras, aguas, mares costeros y otros recursos que tradicionalmente han poseído u ocupado. La transmisión de ese conocimiento está en riesgo al desestructurarse sus vínculos con el territorio a causa de las guerras, los desplazamientos, la migración y la expropiación de los recursos en que se basan sus culturas.

El tema de los derechos culturales se relaciona también con la posibilidad de mantener y desarrollar los sistemas o instituciones políticas que los pueblos y comunidades señalen pertinentes con base en sus usos y costumbres y con sus prácticas culturales, lo que supone el reconocimiento de los derechos consuetudinarios y las prácticas comunitarias y culturales de los pueblos en la impartición de justicia y la generación de mecanismos de reparación en los casos de despojo de sus medios de subsistencia.

Si los conocimientos tradicionales antes fueron juzgados como no válidos frente a la ciencia occidental, las medicinas tradicionales y las prácticas de salud, incluida la conservación de sus plantas medicinales, animales y minerales hoy se encuentran en riesgo, dada la falta de protección y de atención por parte de las políticas públicas de la cultura, de desarrollo social y de medio ambiente.

En ese sentido, la Declaración conmina a los Estados a crear mecanismos para garantizar el reconocimiento y protección jurídica de esas tierras, territorios y recursos, respetando las costumbres, las tradiciones y los sistemas de tenencia de la tierra de los pueblos indígenas. Igualmente, a una indemnización justa, imparcial y equitativa por las tierras, los territorios y los recursos que han poseído u ocupado y que hayan sido confiscados, tomados, ocupados, utilizados o dañados sin su consentimiento libre, previo e informado. Este punto simplemente significaría en muchos casos, la revisión de las reformas agrarias y las estructuras de control de los recursos por parte de empresas transnacionales y nacionales que atentan contra su renovación.

El tema del patrimonio cultural y el conocimiento tradicional que incluye la declaración supondría el derecho de mantener, controlar, proteger y desarrollar sus conocimientos tradicionales, sus expresiones culturales tradicionales y las manifestaciones de sus ciencias, tecnologías y culturas, incluyendo los recursos humanos y genéticos, las semillas, las medicinas, el conocimiento de las propiedades de la fauna y la flora, las tradiciones orales, las literaturas, los diseños, los deportes y juegos tradicionales y las artes visuales e interpretativas. Es por ello que el debate de una nueva postura ética en el terreno de la

biogenética y la protección de la biodiversidad se cruza con el tema de los derechos de los pueblos indígenas.

El derecho a mantener, controlar, proteger y desarrollar su propiedad intelectual de dicho patrimonio cultural, sus conocimientos tradicionales y sus expresiones culturales, compromete a los Estados a la adopción de medidas necesarias, que tendrían que empezar por la actualización del marco jurídico y el análisis de los derechos colectivos.¹⁹

En el caso mexicano, el reciente Foro Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, en marzo de 2008, ratificó el compromiso de la Comisión de Asuntos Indígenas de la Cámara de Diputados de buscar la armonización de la legislación para garantizar la inclusión de estos postulados. El proceso todavía se mira de mediano y largo plazo.

En otros países las agendas de los movimientos indígenas viven diferentes capítulos. En Chile por ejemplo, los indígenas Mapuches reclaman a la Presidencia de la República el reconocimiento pleno del Convenio 169 de la OIT. En otros como Bolivia, los reclamos van más allá para entrar al terreno de los derechos laborales y por la tierra.

Como señala la abogada Aymara, Nina Pacari Vega, América Latina es pluriétnica y multicultural, de ahí que el tema deba plantearse como “la inclusión social desde la mirada de los pueblos originarios”.

Es necesario que, superadas las viejas formas de acción estatal, se debe promover una nueva manera de construir sociedades que se reconozcan no sólo en su diversidad, sino en su capacidad de inclusión y, por lo mismo, en su capacidad de hacer posible la tan ansiada gobernabilidad. (Pacari Vega, 2005).

La inclusión social de los pueblos originarios o indígenas supone una transformación del imaginario social y político de los países donde se desenvuelven, basado en un intenso esfuerzo de educación intercultural para buscar erradicar el racismo y el clasismo de muchos sectores. Igualmente, se requiere de una nueva configuración de la institucionalidad estatal y de los sistemas políticos establecidos a partir de la hegemonía monocultural que predominó hasta el último tercio del siglo XX.

¹⁹ Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas. Aprobada en la Asamblea General, el 13 de Septiembre de 2007. Disponible en: <http://www.un.org/esa/socdev/unpfii/es/dirp.html>

1.5 Migración, diversidad y conflictos fronterizos en AL

*Solo voy con mi pena, sola va mi condena,
Correr es mi destino para burlar la ley,
perdido en el corazón, de la grande Babilón
me dicen el clandestino, por no llevar papel.
Pa' una ciudad del norte, yo me fui a trabajar,
mi vida la dejé, entre Celta y Gibraltar
soy una raya en el mar, fantasma la ciudad,
mi vida va prohibida, dice la autoridad.
Solo voy con mi pena, sola va mi condena
correr es mi destino por no llevar papel
perdido en el corazón de la grande Babilón
me dicen el Clandestino, yo soy el quebra ley
Peruano, clandestino
Argelino, clandestino
Nigeriano, boliviano,
Mano negra ilegal.
Mano Negra, clandestino,*

Manú Chao. Clandestino

La suerte de las culturas latinoamericanas se debate entre el ámbito local y su sentido transnacional, en los nuevos recipientes de la identidad cultural, el cuerpo y la memoria, de quienes viajan con y sin papeles hacia el norte y el viejo mundo, ensanchando los límites del ser latinoamericano. La expansión de las latinidades en diásporas, migraciones y tránsitos permanentes requiere de políticas culturales de dimensiones extranacionales y una nueva atención a las tensiones fronterizas, en la perspectiva de la posible integración latinoamericana.

América Latina se ha expandido hacia los Estados Unidos y Europa, lo que plantea nuevos retos tanto de conceptualización, como de trazo de políticas públicas, de diálogo intercultural y de cooperación iberoamericana y euroamericana, entre el norte y sur del continente y del otro lado del Atlántico. El reto de la integración debe considerar la problemática de la migración y las políticas de frontera, a fin de contribuir de manera más eficaz a la creación de diálogos interculturales y flujos más abiertos en relación con las identidades y los procesos culturales.

En Ciudad Juárez, el 46% de la población es fruto de la migración que llegó busca de empleo en tiempos de auge de las maquiladoras, o bien resultado de la deportación de los Estados Unidos. Al poner en marcha el programa RedeseArte Cultura de Paz en Juárez y hablar de la relación entre la gestión de la diversidad cultural y la cultura de paz, uno de los periodistas, fuera del evento oficial dijo, casi en secreto:

"aquí en Juarez, decidimos pintar de gris a todos los que llegaron, en lugar de tomar sus colores, los hicimos grises como nuestro desierto. No nos contagiarnos de su alegría, hoy estamos pagando las consecuencias."

El mapa de la diversidad cultural se ha transformado radicalmente los últimos años, ya que América latina se ha convertido en una de las regiones de mayor emigración en el mundo. Se han dirigido fundamentalmente hacia los Estados Unidos y en segundo lugar hacia Europa, siendo España el principal país receptor

de la migración sudamericana. A principios de este siglo XXI, vivían en España cerca de 600 mil latinoamericanos (Bello, 2005).

El fenómeno migratorio se ha acelerado, como parte de la propia globalización y constituyó uno de los renglones de atención del Convenio Andrés Bello, dentro del proyecto que denominó Latinidades.

Entre los factores que han influido en el desplazamiento de personas están el empobrecimiento de los grupos sociales, aún cuando se reconoce que no hay una relación directa entre pobreza y migración, la violencia en algunos países propiciada por dictaduras o guerras, las nuevas expectativas socioculturales, la existencia de redes familiares, profesionales y de paisanaje, la influencia del tráfico de personas, la movilidad en el mercado educativo, entre otras.

Esto da lugar a diferentes formas de migración: desde desplazados, exiliados, emigrados, asilados, migrantes irregulares, o bien a fenómenos como la migración pendular, de aquellos que van y vienen, entre otras complejas manifestaciones de la movilidad social existente entre los diferentes países.

En los diálogos propiciados por el CAB se enfatizó la diferenciación del fenómeno migratorio, a partir de la identificación de dos tipologías que se entrecruzan entre sí. Una es la migración forzosa –desplazamiento interno y refugio– que es fruto de una combinación de factores económicos, políticos y sociales de un país, mientras la otra supone un cambio a partir del desplazamiento hacia otra región. (Bello, 2005)

En el primer sentido, hablamos de una migración interna que puede estar ligada a situaciones derivadas de conflictos políticos, movimientos armados, o confrontaciones religiosas, tal podría ser el caso de las poblaciones desplazadas por efectos de los conflictos de la guerrilla y el narcotráfico en Colombia, o bien los grupos campesinos indígenas desplazados por razones de orden religioso y también por el movimiento armado en Chiapas, México. En el segundo, la migración puede estar promovida por el interés de mejora económica, educativa o de reintegración familiar.

Los temas de frontera y migración cobran especial relevancia ante la búsqueda de integración, no sólo en el subcontinente, sino a nivel iberoamericano. Los fenómenos migratorios en AL suelen estar asociados también a diversas problemáticas de fronteras entre las diferentes naciones, donde la conflictividad puede volverse riesgosa, al grado de propiciar confrontaciones bélicas entre países que se debaten por los límites territoriales, o bien por las incursiones de inmigración ilegal de un país a otro.

En el conflicto y diálogo fronterizo se conjugan diversos factores, asociados a la convivencia cotidiana entre ciudadanos de diversos países y culturas, desde las disputas binacionales por el manejo de recursos naturales, como podría ser el gas entre Bolivia y Chile, por el flujo intenso de indocumentados de varias

nacionalidades, como ocurre en la frontera de México con Guatemala, o la problemática política históricamente marcada entre las fronteras de Colombia y Venezuela.

El surgimiento de regiones transfronterizas supera con mucho la noción de frontera que se impuso en el siglo XIX, al poner en entredicho la visión de la soberanía nacional, el territorio y en ciertos casos, aún del Estado nacional. En esos espacios la integración puede convertirse en parte del patrimonio intangible porque más allá de vivir el conflicto fronterizo en cualquiera de sus dimensiones, la convivencia diaria permite la conformación de nuevas identidades y de flujos culturales que pueden generar nuevas configuraciones regionales. Sin embargo, la suerte de estos espacios transfronterizos depende usualmente de la forma como se asuman a sí mismos en el contexto de la globalización.

Los flujos migratorios entre los diferentes países de América Latina son de gran intensidad y complejidad histórica y contemporánea. El subcontinente está cruzado por 13 fronteras tripartitas, es decir, donde confluyen tres países, además de las fronteras binacionales, donde se forman regiones transnacionales. Estas zonas son protagonistas de conflictivas de orden político, territorial y de convivencia, pero también dan lugar a la conformación de procesos económicos y culturales transfronterizos que influyen de manera determinante en la perspectiva de la integración regional. Ello sin considerar los intensos movimientos migratorios dentro de cada país, los cuales han modificado los mapas culturales de prácticamente todos los países latinoamericanos.

En muchas de esas regiones fronterizas existen lazos extranacionales que van más allá de la problemática político-administrativa, ya que los vínculos son de carácter histórico, de parentesco, culturales y relativos a la biodiversidad. Tal sería el caso entre la frontera de México con Guatemala, o bien el sur de Perú, el occidente de Bolivia y la región de Tarapacá de Chile y aún el noroeste argentino (Jujuy) y la región de Antofagasta de Chile (González Miranda, 2006).

Aún países que no han tenido relaciones diplomáticas entre sí en determinados momentos, como podría haber sido en ciertos momentos, Perú y Chile, no pueden detener el flujo migratorio, de tal suerte que se calcula que cerca de 80 mil peruanos han emigrado al centro de Chile.

Los motivos de la migración intra latinoamericana pueden ser diversos, pero influyen de manera destacada los conflictos bélicos, las guerras civiles, los movimientos de desplazados y refugiados. En otros casos, los flujos migratorios están asociados a tráfico ilegal de personas debido a la falta de desarrollo de infraestructuras y acciones orientadas al desarrollo de las fronteras, o a la integración regional, como podría ser el caso de la frontera entre Colombia y Ecuador, pero también debido a problemáticas de desplazamiento forzoso como en el caso de las guerras de El Salvador y Guatemala respecto al flujo migratorio ilegal hacia México. En el mismo sentido, operan las conflictivas políticas entre

países que históricamente también han marcado sus relaciones por el desencuentro, como podría ser el caso de Venezuela y Colombia.

Entre los países que mayor flujo migratorio regional presentan figuran Colombia, Ecuador y Perú en sudamérica, Guatemala y El Salvador hacia México y todos ellos hacia los Estados Unidos o Europa, luego de los controles policiacos establecidos por el país del Norte, a partir del 11 de septiembre. (Bello, 2005). Esto sin contar los movimientos de ida y vuelta que no suponen una migración permanente.

En la década de los 90, Argentina, Chile, Paraguay, Guatemala y El Salvador fueron países que expulsaron a muchos connacionales por motivos del establecimiento de dictaduras, guerras o persecución política. Ecuador, Venezuela, Panamá y en menor grado Perú y Brasil, son sitios de llegada de colombianos desde 2000, debido a la problemática de la violencia asociada a la guerrilla y el narcotráfico.

El tratamiento de la migración ilegal entre las diferentes regiones latinoamericanas puede llegar a ser similar al que reciben los migrantes latinoamericanos en los Estados Unidos. Si bien México habió un programa de refugiados luego de las guerras en Guatemala y El Salvador, lo cierto es que también existe un intenso programa de deportaciones para los inmigrantes ilegales que cruzan por diferentes vías buscando quedarse en México o en la mayoría de los casos, llegar a Estados Unidos.

Legal o ilegal, la migración es un fenómeno imparable que no parece disminuir a raíz de los controles fronterizos o de las diversas restricciones de las políticas migratorias. Los movimientos de personas son propiciados en gran medida por las nuevas formas de interdependencia e interconexión, propias de la globalización. Los vínculos familiares, culturales y laborales se extienden de un país a otro a través de redes sociales formales o informales.

Pareciera una contradicción que entre más abiertas son las conexiones económicas, culturales, educativas y de todo tipo entre los países latinoamericanos, al mismo tiempo se desarrollan diversas formas de restricción de la movilidad, no obstante que los discursos de la integración y de la cooperación internacional pujan por flexibilizar el tránsito migratorio entre uno y otro país.

El flujo migratorio se expresa en la hibridación cultural que viven la mayoría de las ciudades latinoamericanas. En relación con las migraciones de los llamados exilios, es posible encontrar un impacto intelectual de gran interés en varios países, dado que muchos de los emigrantes eran escritores, poetas, músicos, investigadores o universitarios. Así, el exilio latinoamericano puso su grano de arena al desarrollo intelectual de muchas ciudades, entre ellas la Ciudad de México, Barcelona, Madrid, Montevideo, entre otras.

La influencia de la migración se deja sentir en muchos ambientes. El arte popular en Yucatán está más ligado a los grupos guatemaltecos y salvadoreños que a los mayas de dicha península. A principios del año 2000, como parte del proceso de asesoría a un grupo de mujeres que trabajan en el tema de patrimonio cultural en Guatemala, un grupo de antropólogos e historiadores, hicimos una visita al mercado de Guatemala para observar el impacto de la globalización en el diseño artesanal, pudimos constatar que el famoso diseño textil del Zarape de Saltillo, del cual solo quedan unos cuantos tejedores en su lugar de origen, es reproducido por artesanos guatemaltecos que los usan para fabricar bolsas con diseño y terminación con calidad de exportación, mientras otros textiles presentan códigos de diseño procedentes de Ecuador o de Perú. La expansión de la artesanía urbana ligada al movimiento rastafari o a los concheros híbridos de origen mexicano, que viajan de ciudad en ciudad, ha ido en aumento en prácticamente todos los mercados artesanales, incluyendo su mezcla con productos que vienen de Malasia, Tailandia o China.

Las manifestaciones culturales se han expandido a través de fronteras porosas, al grado en que en nuestros días resulta difícil establecer el "origen" de muchos productos artesanales.

Sin embargo, la migración también tiene su lado oscuro. El narcotráfico y la violencia influyen también en las rutas migratorias contemporáneas, poniendo de relevancia una fuerza económica y el desarrollo de un mercado de tráfico ilegal de personas que reclaman de la atención concertada de los diversos países latinoamericanos.

Por ello, proyectos transfronterizos como el de Aula Viva o Escuelas Sin Fronteras, creados por el Instituto Internacional de Integración y que auspició en su momento el Convenio Andrés Bello, avanzan a pesar de su reducido impacto local, al lado de iniciativas universitarias que contribuyen al flujo y la movilidad de estudiantes de países que comparten triple frontera, como es el caso de Chile, Perú y Bolivia. (González Miranda, 2006).

El paulatino surgimiento de zonas de integración fronterizas (ZIF), en algunos casos, luego de conflictos bélicos, ha dado lugar al surgimiento de tres espacios donde se han definido fronteras -aunque pocas veces más allá de los límites político-administrativos-, y se han establecido formas de trabajo conjunto, en algunos casos incipientes. Pocos países de Sudamérica o de Centroamérica y México han impulsado políticas deliberadas de interculturalidad en sus fronteras.

A partir de 2002 se conformaron las ZIF entre Colombia-Ecuador, Ecuador-Perú y Colombia-Perú, además de Perú-Bolivia en 2003. Si bien éstas se limitan todavía al plano formal, y en algunos casos, se ven influidas por la conflictiva de la seguridad nacional de los países en cuestión, podrían ser el marco para nuevos diálogos económicos, medioambientales y de intercambio comercial, a los que deberán sumarse acciones de desarrollo de infraestructura, educación, cultura y salud entre otras (Ramírez, 2006).

Las cumbres presidenciales suramericanas establecieron la creación de la Comunidad Suramericana en la que participan doce miembros: los cinco andinos, los cuatro de Mercosur, Chile, Surinam y Guyana, la cual se apoyará en la propuesta de integración física y de infraestructura generada por la Iniciativa de Integración Regional Suramericana (IIRSA). Este tiene un plan de acción a diez años y una visión de cómo debería ser la integración hacia el 2020.

La conflictiva migratoria bi o trinacional entre los países de Suramérica y Centroamérica confluyen en la creación de nuevos flujos culturales que operan en condiciones extra nacionales o desterritorializadas, conformando comunidades transnacionales, en el mismo sentido de las que produce el desplazamiento de latinoamericanos hacia los Estados Unidos y Europa. En estos casos se trata de una expansión de las fronteras hacia el norte o de carácter transcontinental. Ninguno de ellos está al margen de posturas xenofóbicas y racistas, fruto de los nacionalismos exacerbados.

El fenómeno de la migración hacia los Estados Unidos es un punto de tensión permanente que no puede ser evadido en la definición de las políticas nacionales y de las relaciones internacionales del subcontinente. El peso económico y político de la migración es tal que para muchos países, empezando por México, con el que EU comparte una de las fronteras más grandes del mundo, las divisas de los migrantes constituyen una de las fuentes de ingresos más importantes.

Las relaciones que se generan alrededor de este desplazamiento de personas no es puramente económico, los intercambios, préstamos y reelaboraciones culturales influyen tanto en los lugares de destino como en los de origen, porque los vínculos se entablan más allá de las fronteras formalmente reconocidas y a través de los más diversos medios, empezando por las redes comunicacionales e informales. La identidad cultural viaja en el cuerpo y la memoria de los miles de migrantes que se trasladan con todo y sus imaginarios, músicas, bailes, gustos culinarios, idiomas y sueños.

George Yúdice, conocedor del fenómeno migratorio y en ese entonces Director del Centro de Estudios de América Latina de la Universidad de Nueva York lo expone en los siguientes datos:

Cada año emigra un millón de latinoamericanos a EEUU.... más del 50% de los 36 millones nacidos en el extranjero se han ubicado en tres estados: California, Texas y Nueva York. Y de esos 36 millones, un 45% son latinoamericanos, es decir, más de 16 millones. Si se suman los latinos nacidos en EEUU, la cifra total de emigrantes y ciudadanos estadounidenses de origen latinoamericano llega a 43 millones, o 14,5% de la población estadounidense, lo cual la constituye como la minoría más grande, con tres millones más que los afroamericanos (Gaouette 2006). Las cifras para 2005 muestran que el crecimiento de latinos se debe más a la natalidad que a la inmigración...

La contribución económica de los latinos al PIB estadounidense, estimada en más de \$700 mil millones en 2006, alcanzará un trillón de dólares en menos de cinco años (Suárez-Orozco 2006). Esto hace que los latinos sean cada vez más cortejados como nicho consumidor y como fuerza política. Los estados y las ciudades reciben porcentajes de

presupuesto nacional y estatal según su número de habitantes, y cada vez más el aumento en la población de las 100 ciudades más grandes se debe a los latinos. Entre 1990 y 2000 la población latina de esas ciudades más grandes creció 43%, más que el aumento de todos los otros grupos demográficos y el revés de los "blancos no-hispanos," que se redujo por 8,5% en el mismo período (Yúdice, 2006).

La conflictiva de la migración afecta no sólo a quienes se desplazan, sino a quienes reciben, impacta en las relaciones familiares, el espacio educativo y la estructura de los servicios. En particular las mujeres sufren una mayor discriminación en los países receptores. El sector de los jóvenes representa un sector vulnerable en contextos de migración, ya que se ven forzados a negar su cultura, por temor al rechazo social, especialmente si se trata de migrantes que pertenecían a antiguos pueblos originarios.

En Europa, la presencia de latinoamericanos se ha acrecentado, sobre todo con destino a España, dada las afinidades de idioma y también el vínculo histórico-cultural. Sin embargo, la violencia y la exclusión social también está presente y se sintetiza en el apelativo de "sudacas", expresión peyorativa que se aplica de manera generalizada a todos los y las migrantes latinoamericanos.

Mientras los organismos internacionales promueven la cooperación cultural, las limitaciones y complejidades de visados matizan las posibilidades del intercambio artístico transcontinental.

Son importantes los Campus de Cooperación Euroamericanos que han impulsado la Fundación Interarts de Barcelona y la Organización de Estados Iberoamericanos, ya que han promovido la movilidad y las redes de especialistas en políticas culturales, educación y gestión cultural, además de tender puentes entre movimientos artísticos y culturales.

Igualmente, el reciente impulso de los vínculos entre la Unión Europea y América Latina, además del surgimiento de la Carta Cultural Iberoamericana y la Agenda Iberoamericana de la Cultura, constituyen nuevos instrumentos para fomentar la integración en la perspectiva del desarrollo humano, el respeto a la diversidad y la equidad.

Estas nuevas realidades suponen una toma de postura por parte de las políticas públicas. En ellas se hace necesario distinguir dos tipos de integración multicultural e intercultural, la que supone la articulación de estrategias de carácter latinoamericano, que van más allá del subcontinente hasta alcanzar los extremos donde la migración latina se ha expandido, y la que, dado el peso de las migraciones y las demandas contemporáneas de los movimientos indígenas nacionales y transfronterizos, supone la inclusión social en condiciones de respeto para los derechos y culturas de los pueblos originarios del continente, frente a las actuales circunstancias de racismo, xenofobia y exclusión a las que han sido sometidos.

En ese sentido, se impone una transformación en el discurso tradicional de la cultura y de las políticas culturales a nivel internacional y en los ámbitos institucionales, porque dichas políticas ya no pueden enfocarse simplemente al discurso de la defensa o preservación de una pretendida identidad cultural nacional, puesto que ésta se ha convertido en algo cambiante, híbrido, simultáneo, translocal, y en gran medida internacionalizada, con un fuerte carácter pluricultural, intercultural y multiétnico.

1.6 El CAB y la gestión del patrimonio cultural inmaterial

El Convenio Andrés Bello insistió desde sus conformación en el tema de la diversidad cultural, vista en su dimensión social y desde la perspectiva del patrimonio cultural vivo de América Latina, cuestión de relevancia dada la falta de centralidad de este patrimonio en las políticas públicas de la cultura y al reciente reconocimiento internacional de su trascendencia y significado para el desarrollo humano sustentable. En ese sentido, se trata de una iniciativa pionera que sin embargo, ante su desaparición, ha quedado trunca. Es posible que ningún país haya reclamado el acervo que se registró de iniciativas de la sociedad civil indígena, campesina y urbana, ni siquiera para fines de investigación.

Mientras la diversidad cultural era subrayada dentro de los análisis orientados hacia la comprensión de los nuevos escenarios de la integración latinoamericana, el CAB daba paso a un modelo de acercamiento directo a esa diversidad puesta en movimiento en América Latina, a través de un certamen con siete ediciones, dirigido a los protagonistas del quehacer cultural, en torno a la apropiación social del patrimonio cultural inmaterial: Somos Patrimonio.

Los procesos que se logran reunir a través de este concurso, ratifican la pertinencia de no pensar en un espacio cultural latinoamericano único y homogéneo, en el contexto de la globalización, sino, más bien, en “identidades colectivas y multiculturalidad intrarregional”(Sosnowski, 1999).

Somos Patrimonio fue un certamen único en su género que convocó a los grupos sociales a presentar sus iniciativas a una valoración que reconoce las mejores experiencias de apropiación social del patrimonio cultural, visto desde una perspectiva más ligada a lo inmaterial (CAB, 2004). Esa iniciativa buscaba fortalecer el interés de los países de contar con “políticas que fomentaran las capacidades creativas de los pueblos para el desarrollo y defensa de los patrimonios natural y cultural”.

El proyecto contribuyó a la difusión del patrimonio cultural y natural por medio de visibilizar experiencias de *apropiación social* del mismo. Para el CAB, esta iniciativa surgió ante el interés por reconocer espacios de expresión de los pueblos y fortalecer el intercambio de experiencias, así como valorar la memoria colectiva. La limitación más grande de este proceso es que no haya influido en las políticas locales o nacionales para fortalecer la creación de redes de iniciativas

o bien en la formulación de estrategias para fortalecer o analizar esas buenas prácticas.

Los resultados arrojados por este certamen se concentraron en un acervo documental en donde los procesos colectivos de conocimiento, apropiación y gestión del patrimonio cultural inmaterial o intangible, se sobreponían por primera vez a los enfoques monumentales, colosales de la obra construida que han sido privilegiados en las orientaciones de la política pública en la mayoría de los países latinoamericanos.

Destaca la preeminencia de la sociedad civil en el conjunto de proyectos de apropiación social del patrimonio, así como su crecimiento, respecto de las iniciativas auspiciadas por los gobiernos y los proyectos mixtos todavía minoritarios.

La procedencia nacional de los proyectos participantes señalaba el involucramiento paulatino de los países signatarios en el desarrollo y visibilización de los proyectos de recuperación y apropiación social del patrimonio cultural y natural o bien, el interés de las organizaciones de sistematizar sus experiencias para poder participar en el certamen.

A pesar de la preponderancia rural de las organizaciones indígenas y campesinas en AL, se subraya el que las iniciativas de apropiación social del patrimonio participantes en los certámenes, evidencian el crecimiento acelerado y el predominio de proyectos urbanos.

Somos Patrimonio dio pauta a que los propios protagonistas del proceso cultural se encargaran de sistematizar, documentar y comunicar los fenómenos diversos que se gestan entre comunidades, grupos indígenas, minorías étnicas de diferentes procedencias, organizaciones campesinas, de maestros o de mujeres en los diversos países de América Latina.

La iniciativa, daba voz por primera vez desde un organismo intergubernamental, a los grupos populares, indígenas, rurales y urbanos, para hablar desde las entrañas de la tierra y de sus comunidades de su memoria y de sus visiones, y de paso, poner a debate muchos enfoques de las políticas públicas latinoamericanas que han minado los procesos de creación, salvaguarda y desarrollo de las culturas vivas e históricas del continente.

Si hay algo que ha dejado claro la edición de éste concurso convocado por el CAB, es que la vitalidad y la imaginación de la sociedad, a la hora de recuperar su Patrimonio, es mucho mayor que la de las Instituciones (...) la sociedad tiene muy claro lo que es el derecho a su cultura, y más aún, la riqueza y diversidad de las cosas que forman parte de su Patrimonio Cultural (CAB, 1999).

El jurado internacional que participó en esta primera edición reconoció la iniciativa del CAB y externó que podía contribuir como foro y plataforma de las políticas

culturales de los Estados Miembros y de sus sociedades. Como lo mencionan sus integrantes: "... la sociedad tiene muy claro lo que es el derecho a su cultura, y más aún, la riqueza y diversidad de las cosas que forman parte del patrimonio cultural." (Cerrillos, 1999).

El certamen y su impacto tuvo especial valor ante las circunstancias históricas de colonización y esclavitud que han condicionado las conformaciones culturales de los pueblos afroamericanos, indígenas, etc., de América Latina, que redujeron a estos sectores a la resistencia y en muchos casos los condenaron a desplazamientos forzados, cuando no a circunstancias de genocidio.

Su persistencia y capacidad de adaptación y transformación hacia los nuevos escenarios, hicieron que la diversidad cultural y lingüística, terminara por imponerse, a pesar de las visiones monoculturales que adoptaron la mayoría de los países de América Latina y El Caribe, durante su conformación como Estados nacionales y sus pretensiones de modernidad. Es así como finalmente, países como México, Venezuela, Bolivia, Perú, Ecuador entre otros, han tenido que incorporar el reconocimiento de la pluralidad cultural en sus constituciones.

Ello no ha evitado, sin embargo, que la escisión cultural subsista y que la discriminación hacia estas culturas y sus protagonistas siga existiendo entre diversos sectores y aún que estas culturas ocupen sitios minoritarios en las políticas públicas en la mayoría de nuestros países, proclives todavía a las posturas de hacer sinónimo de cultura sólo a las llamadas bellas artes.

En el análisis de la primera edición del premio, Jesús Martín-Barbero, miembro del jurado internacional destaca que iniciativas como ésta, permiten que la sociedad perciba que, en todos estos proyectos, existe una "creciente conciencia del derecho a incorporar a su vida colectiva el patrimonio material y espiritual, arqueológico y ecológico, como parte de sus bienes y valores..." (Martín-Barbero, 1999)

En el año 2000, a partir de la segunda convocatoria del premio, se definió el *proceso de la apropiación social* del patrimonio como el de:

...reconocer y desarrollar acciones que inserten al patrimonio cultural y natural dentro de las dinámicas económicas que benefician a la comunidad para que éstas, a su vez desarrollen sentido de pertenencia y de uso sostenible de sus recursos patrimoniales.
(Escobar Araujo, 2001)

A diferencia de la primera convocatoria, en la segunda se registró como innovación, la presentación de proyectos relacionados con la recuperación del medio natural, así como proyectos gubernamentales o mixtos. En el año 2001, a partir de la tercera convocatoria, además de las experiencias exitosas que fueron reconocidas se identificaron proyectos de comunidades rurales y urbanas. Asimismo, las áreas de presentación de experiencias se ampliaron a: patrimonios cultural y natural; naturaleza; costumbres y tradiciones; desarrollo sostenible; arte popular y fiestas populares.

El Premio CAB Somos Patrimonio ha respondido desde sus inicios a una iniciativa que cada día adquiere un perfil social más claro. Identifica y reconoce experiencias de carácter cultural y educativo, de recuperación de la memoria, de conservación del medio ambiente, de rescate de tradiciones ancestrales, del uso de nuevas tecnologías para el mejoramiento en el manejo de los recursos naturales. En suma cientos de prácticas en torno al patrimonio cultural y natural propias de este gran espacio cultural constituido por América Latina y España, que dan cuenta del fuerte lazo que existe entre la cultura y los procesos pedagógicos comunitarios. (CAB, 2006).

A través de este certamen, el CAB pretendía fortalecer la *detección de las responsabilidades de los Estados e Instituciones*. Al paso del tiempo la participación de las autoridades de los países si bien intensificaron la difusión del premio e incluso favorecieron la preselección de las experiencias concursante, mantuvieron sus políticas de patrimonio ajenas al planteamiento del CAB, no obstante que el CAB intentó favorecer la formación de gestores en la valoración y preservación del patrimonio cultural. En el año 2003, con la cuarta convocatoria, por primera ocasión se contó con la participación de tres tipos de asociaciones: *sociedad civil, gubernamental y mixta*.

Como resultado de la selección y análisis de los proyectos, el jurado internacional del IV Concurso emitió una serie de orientaciones al CAB, entre ellas la de crear la Red Somos Patrimonio como un espacio virtual de encuentro de las iniciativas más destacadas.

Dicha Red se creó a través de un portal elaborado por el propio CAB, pero no tenía carácter interactivo, sino que era más bien un portal de difusión de las iniciativas. La *Red Somos Patrimonio* creó un inventario importante de experiencias que forman parte de las 1089 que se recibieron durante los años de existencia del certamen.

Esta Red y el portal Somos Patrimonio podrían haber creado la posibilidad real de generar un diálogo sistemático entre los propios protagonistas del quehacer cultural, los especialistas en patrimonio cultural, así como de avanzar en la sistematización inicial de un rico acervo del cual podrían extraerse diversas experiencias, necesidades de trazo de política cultural en el campo del patrimonio cultural intangible, así como nuevas rutas de investigación. No nació acompañada de una red de personas o de procesos, sino que se limitó a dar a conocer las iniciativas.

Un primer intento de sistematización lo constituyó la publicación del libro *Habitantes de la Memoria*, de Arturo Guerrero, el cual sintetizó, ordenó y destacó las experiencias destacadas de apropiación social del patrimonio inmaterial de varios países. (Guerrero, 2005), sin embargo, la distribución de los libros, enfrentó las limitaciones que tienen prácticamente todas los organismos estatales, publicar y luego no contar con la cadena de circulación y distribución continental y el proceso de fomento a la lectura que la obra requiere.

(El Premio) alerta tanto sobre la dimensión ética de la cuestión, como sobre la responsabilidad histórica que compete a los hacedores de políticas culturales respecto a la urgencia de desactivar los dispositivos simbólicos de la inferiorización de estas culturas y de los bienes culturales de los países del CAB y latinoamericanos... (Maya Restrepo, s.f.)

Los especialistas, propusieron impulsar alianzas entre ellos mismos, empresarios o sector público con las comunidades. (Querejazu Leyton, 2003). Los vínculos fincados de manera intermitente con las áreas de enlace de los Ministerios de Cultura de los países no permitió convertir la iniciativa en una política orgánica que se insertara en los programas nacionales de cultura, porque hacerlo significaba una reorientación de los equilibrios internos en las políticas culturales en cada país.

La riqueza de estos acervos radicaba también en la recuperación de la memoria histórica, de la palabra y de la oralidad propia de nuestros países, y cuyos elementos hubieran sido imposibles de capturar a través de otro instrumento que no hubiese convocado a los propios protagonistas a realizar un recuento de sus experiencias. El avance en este renglón, el cual hoy se encuentra a la deriva, nos coloca frente a la dimensión de lo desconocido, dada la falta de atención de las políticas públicas a esta parte de la memoria histórica y de la cultura viva, a su casi nulo reflejo en las ventanas que los países ofrecen al mundo, vía sus industrias culturales.

Esta iniciativa, en todo caso, permitió al CAB la suscripción de acuerdos con organismos internacionales como la UNESCO, así como Centros de Investigación y desarrollo culturales (Fundación BIGOTT, BAT), entre otros

A través de este acercamiento a la diversidad cultural, CAB se asumió como espacio de reconocimiento del quehacer de la sociedad civil o del tercer sector, como suele llamarse también, dado que son precisamente los organismos de la sociedad civil, entidades formales o no formales, son las que dan vida a las iniciativas que han sido recogidas y sistematizadas en un cierto nivel, a través del concurso Somos Patrimonio. Sin embargo, este reconocimiento no se instaló en los ámbitos locales, regionales o nacionales donde estas iniciativas han tomado lugar. El hecho es que a la fecha, nadie pregunta por el Concurso.

Los procesos de apropiación cultural del patrimonio por parte de los grupos populares, indígenas, afrodescendientes y otros, señalan los vínculos profundos que existen en la suerte de la diversidad cultural, el patrimonio cultural y las condiciones de existencia de miles de comunidades en zonas rurales y urbanas, de ahí que subraya la importancia de las políticas públicas de atención a este patrimonio vivo entendido como memoria, y a la vez como condición de vivencia actual. Igualmente, ponen en evidencia los procesos de expropiación y de pulverización a que han sido sometidos muchos pueblos bajo los impulsos de la modernización, en circunstancias de dictadura o bien bajo los esquemas de expropiación y fragmentación de la actual globalización.

Este debate que hubiera sido crucial para la reorientación de las políticas culturales nacionales o para el fortalecimiento de la cooperación regional, se quedó en los libros del CAB, como mucho del pensamiento antropológico y los estudios que los propios organismos culturales han financiado e incluso publican, pero no asimilan hacia su práctica.

Ciertamente, el acervo de experiencias, ofrece una muestra de procesos en marcha y sobre todo del esfuerzo cotidiano de la América profunda, a la cual hemos dado la espalda sin considerar que ello constituye casi un suicidio. Los planteamientos de la mayoría de las experiencias revelan que si bien las comunidades han puesto en marcha sus procesos, se enfrentan una y otra vez a las debilidades de la institucionalidad de la cultura y a la falta de conexión de éstas con las áreas de desarrollo que intervienen en la vida comunitaria.

Estamos (...) ante un repertorio documentado de buenas prácticas en relación con la defensa, preservación y difusión del patrimonio vivo, del patrimonio intangible, el cual constituye una de las riquezas más grandes, pero, a la vez, más vulnerables de la humanidad, frente al cual las legislaciones nacionales aún no tienen las respuestas más efectivas. (Jiménez, 2005)

En el campo del patrimonio cultural inmaterial existen muchos elementos pendientes de atención, dado el déficit histórico y la carga simbólica e ideológica con la que estos grupos sociales y sus creaciones han sido considerados a lo largo de varios siglos.

Si antes la inquisición hacía una lista de las prácticas curativas tradicionales que había que castigar por considerarlas obra del demonio, ahora los spas son los sitios simbólicamente aceptados por la sociedad urbana y clase mediera, para su práctica. La inquisición no terminó con la medicina tradicional y la herbolaria, el conocimiento se preservó y se ha desarrollado entre muchas comunidades, pero actualmente la expropiación de ese y otros conocimientos tradicionales y el aprovechamiento irracional de los recursos naturales que afecta a las comunidades, se agudiza ante la falta de decisión de las políticas públicas de protegerlas.

El balance inédito de Luz Adriana Maya Restrepo de estos años de experiencia del CAB no deja lugar a dudas. La migración forzada afecta de manera radical el patrimonio cultural, porque agrega una nueva forma de pobreza.

la que tiene que ver con la vulnerabilidad de la supervivencia dado que el recurso de la cultura, los saberes y a las formas tradicionales de producción resulta en la mayoría de los casos inoperante e ineficaz en los nuevos contextos urbanos. De ese modo, las poblaciones emigrantes compuestas por hombres, mujeres, ancianos, niños y jóvenes, se hallan inmersas en complejas redes de empobrecimiento en incremento dado que los acervos patrimoniales de producción, tradicionalmente agrícolas no encuentran contextos de demanda en las periferias urbanas. (Maya Restrepo, s.f.)

Entre los déficits transversales de las políticas públicas que afectan a todas las vertientes del patrimonio cultural inmaterial, podemos mencionar: el

reconocimiento de la cultura y el manejo sustentable de los recursos naturales, el impulso y apoyo a nuevas estrategias de gestión del patrimonio cultural inmaterial, el reconocimiento de los derechos colectivos, la legislación para la protección del patrimonio cultural inmaterial, el uso de las nuevas tecnologías informáticas entre los grupos sociales en relación con el patrimonio, así como dar prioridad a la economía social de la cultura, considerando el impacto directo que las iniciativas culturales pueden tener en las condiciones y la calidad de vida de sus portadores o creadores.(Jiménez, 2005)

La capacitación de las comunidades indígenas, campesinas y urbanas para la gestión autónoma de sus recursos culturales constituye uno de los elementos estratégicos para impulsar proyectos de beneficio de la economía social para los creadores de dicho patrimonio. Esto incluye las actuales tendencias a enfatizar proyectos de ecoturismo, de organizaciones de mujeres, de recopilación y divulgación de las músicas, danzas, teatros e indumentarias tradicionales. De igual manera destaca el desarrollo de proyectos de capacitación en el manejo sustentable de los recursos naturales, a fin de lograr nuevas orientaciones en aquellos campos que resulten vulnerables o en riesgo dado su aprovechamiento irracional.

La creación o fortalecimiento de espacios educativos, formales y no formales para la transmisión e innovación del conocimiento tradicional de los recursos naturales, la producción de arte popular y de los ecosistemas, resulta de primera importancia, siempre y cuando cuente con la participación y la decisión de las comunidades, dado que dicho conocimiento representa una fuente de identidad, de ingresos y de simbiosis entre los diversos grupos humanos y su entorno, en la perspectiva del desarrollo sustentable.

Sin embargo, todas estas iniciativas encuentran una de las tensiones más fuertes en la creación, conservación, transformación y gestión del patrimonio inmaterial en su liga con la tierra y el territorio, y en ese sentido, la fuerte influencia de los conflictos irresueltos de la reforma y la propiedad agraria entre campesinos, comunidades indígenas y afrodescendientes, ya que dicha problemática vuelve a aparecer en escena una y otra vez en las narrativas de los pueblos, lo que impulsa a repensar hacia dónde están llevando las políticas de desarrollo agrícola a las poblaciones y sus culturas.

La legislación en materia de propiedad intelectual, certificados de origen, de autenticidad o de derechos colectivos de la comunidades adquieren relevancia en el sentido de que el patrimonio cultural puede convertirse en fuente de contenidos para las industrias culturales locales y su protección legal resulta de primordial importancia. Pero es necesario no volver esto un manual de recetas fáciles.

Acaso destacan a este respecto las políticas de Brasil relativas a la designación de Monumentos Vivos a los practicantes de tradiciones importantes. Igualmente la celebración que hace Colombia de los representantes de las tradiciones populares, o el impulso a las ferias y festividades populares.

Ninguna de estas medidas puede atender a su verdadero sentido, sin posturas éticas reflexionadas y políticas públicas que eviten la tendencia burocrática o institucional de cosificar los procesos o darles conservación museística, al margen de los procesos vivos de las comunidades, quienes son las únicas capaces de decidir el sentido, la vigencia y las perspectivas de sus prácticas culturales. En ese sentido, conviene subrayar que no son las instituciones las que deben decidir por sí mismas y al margen de las comunidades, lo que es transmisible y difundible de las culturas vivas.

Uno de los riesgos a evitar, subraya Luz Adriana Maya, es a engendrar una

gestión pública caracterizadas por los derroteros de una transmisión programada, lo cual podría ser quizás uno de los peores peligros que afronta la memoria cultural en la era global... en ese mismo orden de ideas se situaría el tema de la espectacularización del patrimonio... ". Al mismo tiempo, llama la atención hacia las "orientaciones éticas y prácticas que deberán regir las políticas culturales en lo que respecta (a) la relación patrimonio y nuevas tecnologías. (Maya Restrepo, s.f.)

El Convenio Andrés Bello podría haber jugado un papel fundamental en la orientación de cómo fortalecer prácticas sustentables en el manejo del patrimonio intangible y natural, haciendo uso de las fuentes de información que se derivaron del certamen, así como de las experiencias innovadoras que apoyó durante su existencia, así como respecto al diseño de proyectos nacionales relativos a la aplicación de la Declaración sobre la Protección de la Diversidad Cultural de la UNESCO en los diferentes países. Sin embargo, el énfasis se puso sobre todo en el proyecto del certamen y la elaboración del portal de la Red Somos Patrimonio, sin que esto se tradujera en herramienta de política pública.

Asumir este reto, hubiera significado impulsar una discusión a fondo respecto al lugar de las memorias histórico-culturales latinoamericanas en el imaginario institucional del continente, y en sus políticas culturales, las cuales todavía hacen énfasis en lo cultural como lo que en su momento fue definido como "culto", igualmente diseñar estrategias de participación ciudadana en la construcción de políticas públicas de la memoria y de la cultura viva.

Me quedo con la reflexión de Maya Restrepo, en su evaluación de la experiencia del Concurso Somos Patrimonio del CAB:

Los entes oficiales tienden... a realizar una instrumentalización del pasado con fines culturales y patrimoniales que se inclina ante todo a crear un discurso hegemónico que continua dando prioridad a las minorías, las culturas y los patrimonios de origen y corte europeo, letrado y/o europeizante, no obstante el reconocimiento constitucional de las diferentes memorias histórico culturales de cada país miembro y de ser signatarios de las convenciones internacionales que abogan por la diversidad cultural y su producción de bienes culturales. (Maya Restrepo, s.f.)

1.7 Retos culturales de las ciudades

Durante las últimas décadas, la humanidad toda, y América Latina no es la excepción, se ha volcado hacia un intenso proceso de urbanización. A fines de los 80, Jordi Borja y Manuel Castels comentaban que, a principios del siglo XXI, la mayoría de la población viviría en ciudades y que incluso las áreas rurales se integrarían al "sistema de relaciones económicas, políticas, culturales y de comunicación organizado a partir de centros urbanos." (Borja, Catells, 1998).

El crecimiento de las ciudades latinoamericanas ha sido un fenómeno influido tanto por la industrialización y el crecimiento económico de los servicios, la expansión de las redes de comunicación y tecnológicas, así como por los flujos migratorios internos y externos que han ido aparejados con el crecimiento demográfico en las últimas décadas.

Esta revolución tecnológica ha traído consigo diversas transformaciones que impactan de manera directa las prácticas culturales, los imaginarios sociales, los gustos individuales y colectivos, las maneras de relacionarse entre los ciudadanos, las familias, las organizaciones gremiales y otros agentes sociales que habitan las ciudades. Igualmente impone cambios profundos en los vínculos entre lo público y lo privado, el uso social del espacio público y las formas de convivencia o cohesión social.

La hibridación, la fragmentación, la simultaneidad y la multitemporalidad son fenómenos que se vuelven cotidianos en las ciudades latinoamericanas y españolas que establecen nuevos vínculos migratorios, comunicacionales y a través de redes informáticas.

Actualmente la mayoría de la población en América Latina y El Caribe es urbana, incluso en una proporción mayor que la europea. Entre 1950 y el año 2005, el porcentaje de la población urbana pasó de 41.9% al 77.6%. Se estima que para 2030, dicha población será del 84.6%. (Quesada Avendaño, 2006).

A pesar de que en último cuatrienio 2003-2006 se registra un avance en la reducción de la pobreza y la distribución del ingreso, las ciudades latinoamericanas están lejos de ser ejemplo de la equidad. Según un informe de la CEPAL sobre el Panorama Social de América Latina y el Caribe, en 2005, el 39.8% de la población vivía en condiciones de pobreza (209 millones de personas), mientras que otro 15.4% (81 millones de personas) están consideradas dentro del rango de pobreza extrema o en la indigencia (CEPAL, 2006).

El crecimiento de las economías informales en muchas de las ciudades latinoamericanas ha ido en aumento, elevándose en algunos países a más del 60%. Como son los casos de Perú, Bolivia y Ecuador, planteando serios conflictos sociales, económicos y de uso del espacio público. En contraposición, prácticamente todas las ciudades han sido también protagonistas del crecimiento

de grandes centros comerciales, actualmente utilizados por los ciudadanos como espacios para socializar y como centros de entretenimiento (Quesada Avendaño, 2006).

El futuro de la humanidad y de la cultura misma está ligado al de las ciudades, en tanto espacios colectivos de convivencia o confrontación, de expresión del deseo y de los sueños, de la supervivencia y de la multiplicidad de travesías que sus habitantes realizan, dentro y fuera de los sistemas formales e informales de producción, entretenimiento, educación, consumo, descanso, etc. en el marco de una búsqueda identitaria utópica, una reminiscencia o un ocultamiento del pasado campesino, rural o indígena.

Según Néstor García Canclini, la ciudad se concibe “tanto como un lugar para vivir, como un espacio imaginado”. (García Canclini, 1999). Son estas representaciones simbólicas las que permiten a los ciudadanos desplazarse, recluirse o bien usar la ciudad.

El Convenio Andrés Bello se introdujo al tema de la culturas urbanas entre 1994 y 2004, con el fin de enfocar lo urbano desde la ciudadanía. Así cobró vida un ambicioso proyecto internacional, transcontinental, denominado “Imaginarios: culturas urbanas de América Latina y España”, coordinado por Armando Silva, quien formuló una metodología interdisciplinaria para abordar la ciudad vivida.

El interés por estas investigaciones dio origen al proyecto Culturas Urbanas, imaginarios sociales en América Latina y España, en coordinación con la Universidad Nacional de Colombia. A ese proyecto se asociaron 13 ciudades desde sus universidades públicas y otro tipo de organismos de América Latina y España. Las ciudades fueron Bogotá, Barcelona, Montevideo, Quito, Sao Pulo, Santiago de Chile, Ciudad de México, Lima, Caracas, Asunción, La Paz, Ciudad de Panamá. Para apoyar el desarrollo del proyecto, cuya aplicación se realizaría de manera simultánea en dichas ciudades, se publicó la metodología, misma que su autor puso en práctica en su ciudad natal, dando lugar al texto Bogotá Imaginada, que inauguró en 2003, la colección editorial.

Al publicar la metodología, orientada desde el punto de vista de una antropología del deseo fruto de varios años de trayectoria del autor en la exploración de los imaginarios urbanos, (Silva, 2006) se da un paso poco usual en la investigación social, con el fin de dar a conocer una herramienta de estudio y análisis que puede ser replicada en otras ciudades para apoyar las investigaciones de quienes desean ahondar en lo que Silva llama “el nuevo urbanismo ciudadano, los modos de percibir y construir ciudad”.

El estudio llegó a considerarse como base para la conformación de una Red de Ciudades Iberoamericanas, pero lo cierto es que tal vez por la misma magnitud y por la complejidad de la metodología, los resultados fueron bastante desiguales, llegando a existir ciudades analizadas bajo criterios estrictamente periodísticos y

en algunos casos bajo herramientas poco consistentes desde el punto de vista teórico o interpretivo o de escasa dimensión literaria.

Tres elementos se pusieron en juego para propiciar el acercamiento y la interpretación de las lecturas de las ciudades, según se dijo, formuladas fundamentalmente por parte de sus habitantes: lo académico, lo periodístico y lo literario como elementos que interactúan en la construcción imaginaria de las ciudades, con el objetivo de:

captar esa ciudad subjetiva que llevan en sus mentes y en sus modos de vida los ciudadanos, tratando de comprender y evidenciar memorias colectivas sobre temas urbanos, tales como acontecimientos locales, personajes y mitos, escalas de olores y colores que identifican y segmentan sus ciudades, fabulaciones (historias, leyendas, rumores) que las narran, en fin, construcciones imaginarias que de cada ciudad hacen las distintas creaciones de ficción en los tan variados géneros de las narraciones urbanas. (Silva, 2003)

A partir de un cuestionario piloteado y reformulado para ser aplicable a cualquier centro urbano se definieron algunas categorías para ordenar las referencias a la ciudad en los sentidos físico e histórico y luego se subdividieron para captar las cualidades, las calificaciones que se tenían de ellas y los escenarios urbanos.

Se insitió en que si algo identifica a los ciudadanos con sus ciudades son los signos sensibles que la convierten en imagen sensorial, ya que eso es lo que las hace únicas <Cualidades urbanas>.

Las ciudades a su vez, se decía, son marcadas por el uso, la apropiación y la consideración que hacen los habitantes de sus entornos <Calificaciones urbanas>.

Igualmente, se consideran lo que se denominó los <Escenarios urbanos>, los espacios y las puestas en escena de lugares y sitios de la ciudad y la urbe misma como tablero teatral donde suceden hechos cívicos (Silva, 2003).

Una segunda parte se dedicó a los actores sociales, a los creadores de los imaginarios, es decir a los ciudadanos, para tratar de entender cómo construyen sus realidades. Así se establecieron tres aspectos: tiempos, marcas y rutinas.

Silva propuso que las *Temporalidades ciudadanas* responden a la cualidad posibilitadora de la acción ciudadana, las *Marcas ciudadanas*, decía, señalan a los habitantes a través de los objetos que se le atribuyen, delimitan su urbanización; la gente vive esas improntas en intimidad con las calificaciones de la ciudad. Y finalmente, consignó las *Rutinas ciudadanas* que agrupan aquellas acciones que se repiten de manera casi sistemática y que caracterizan un estilo o una forma colectiva.

En un tercer nivel, dije, se ubican los otros y las maneras como nos imaginan y a su vez imaginan a los demás, en una relación de espejo que puede estar o no distorsionado.

El proyecto se trabajó a partir de equipos de fotógrafos que crearon archivos diversos que se expresan en:

- Archivos fotográficos organizados por ciudades sobre actos ciudadanos
- Series de documentales televisivos que se exhibirán en las cadenas locales de cada país o en museos y centro comunitarios.
- Colecciones de rostros de ciudadanos en fotos tamaño pasaporte, que servirán como documentos de información.
- Tarjetas postales con las cuales trabajaremos la mirada oficial de cada ciudad.
- Recortes de prensa sobre la imagen de la ciudad extractados de periódicos y revistas.
- Archivos de programas radiales y televisivos que hayan mostrado imágenes urbanas o hayan tratado sobre ellas. (Silva, 2003).

Una de las interrogantes que se abre, luego de la desaparición del CAB es la suerte que hayan corrido estos archivos que se encontraban en la Secretaría Ejecutiva y en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Colombia.

La similitud y a la vez la diferencia son perceptibles en las culturas urbanas que la colección descubre, no obstante la desigualdad interpretativa que se advierte en cada núcleo de investigadores. No es posible en esta tesis un tratamiento pormenorizado de los planteos de los diferentes estudios, además de las limitaciones que implica su propia desigualdad. Tampoco se desprendieron de estos estudios lineamientos o propuestas para abordar la problemática de las culturas urbanas como sitio por excelencia de construcción de identidades y formas de vivir el espacio público, en atención a las necesidades de diseñar políticas culturales metropolitanas o para las ciudades. Es posible que el costo de esta iniciativa no sea comparable con la dimensión de los resultados, vistos desde la perspectiva de los Ministerios de Cultura, cuyas aportaciones hacían posible la vida académica del CAB. No intento decir que los proyectos de investigación caros no contribuyen a la política pública, lo que señalo es que al no tener una relación directa con el tema de política cultural aplicada y haber sido sus resultados tan desiguales, el potencial de aprovechamiento se redujo, aunque al parecer el proyecto derivó en otros varios espacios de investigación universitaria.

Para Borja y Castells, uno de los retos fundamentales de los gobiernos locales en las ciudades del siglo XXI es crear estrategias de gestión que articulen las diferencias socioculturales de los diversos grupos de población a fin de crear una cultura urbana que no niegue las diferencias y las especificidades étnicas, históricas y religiosas.

En ese sentido, las ciudades de América Latina deberían incursionar en el movimiento de ciudades interculturales que empieza a cobrar dimensión recientemente en Europa.

Las políticas urbanas reclaman tres tipos de exigencias: a) De competitividad, b) De calidad de vida, c) de Gobernabilidad. Dichas demandas expresan

necesidades de descentralización, de gobierno de proximidad, de descentralización y de desburocratización, de participación social. (Borja y Castells, 1998).

En ese sentido, la existencia, modernidad, uso, aprovechamiento social y visitabilidad de la infraestructura cultural se convierte en un elemento más de cohesión social, posibilidad de construcción de ciudadanía y desarrollo sostenible de las ciudades, pero también adquiere a nivel territorial, urbano, regional e incluso internacional, una dimensión de competitividad de la ciudad.

Muchas ciudades, como Nueva York, Barcelona, Ámsterdam, Bilbao, etc., han fincado su crecimiento en razón del desarrollo de ciertas infraestructuras culturales como auditorios, museos, teatros, centros culturales y otros. Igualmente, han invertido en relación con un incremento de las actividades artísticas, tales como festivales o encuentros de diversas disciplinas, considerados como reactivadoras de la economía en razón de que convocan al turismo y a la vida pública a los ciudadanos.

El reto en estos casos es que dicha infraestructura y dichas actividades artísticas obedezcan también a los intereses y necesidades de la población local, a fin de no convertirlas en insulas o enclaves solo para extranjeros. En no pocas ocasiones ha ocurrido que la creación de ciertas infraestructuras ha traído consigo el desplazamiento de personas locales, dada la tendencia a encarecer el uso del suelo y de los servicios para los habitantes usuales o para aquellos que pudieran venir a vivir ahí.

El crecimiento de la infraestructura debería estar ligado a una visión de sustentabilidad, en razón de que su diseño, planeación y desarrollo obedezca a necesidades reales y no sea el resultado de un ejercicio irresponsable de los recursos gubernamentales o aún privados. Lo cierto es que la mayoría de las ciudades latinoamericanas presenta una gran concentración de la infraestructura cultural en unas cuantas zonas, independientemente de que tengan o no un uso social intenso.

Otra dimensión de competitividad y a la vez de sostenibilidad, es el desarrollo sostenible de las ciudades, en el contexto del llamado calentamiento global. Ese es uno de los desafíos determinantes del futuro de las ciudades en este siglo XXI, y que se relaciona directamente con la cultura, en razón de que el vínculo entre hombre y naturaleza se vuelve de gran relevancia.

En la modernidad, la organización económica y las estrategias de aprovechamiento de los recursos naturales, suelen ser contrarias al cuidado del medio ambiente y eso nos coloca frente a un reto de carácter civilizatorio.

Las ciudades mismas debieran verse como espacios de realización colectiva y pública. En ese sentido, se precisa ver a las ciudades como nichos ecológicos, como ecosistemas que requieren de una planeación urbana y de estrategias

explícitas de fomento a una ciudadanía cultural que se base en una nueva cultura de cuidado del agua y de la forma como la población se relacione con el manejo de basura y residuos, así como su interacción con los espacios públicos y el paisaje urbano.

Los estudios que resultaron fruto de este ambicioso estudio, probablemente el más grande que se haya estructurado entre ciudades iberoamericanas, son narrativas estructuradas a partir de las ficciones ciudadanas, cuyos focos de tensión pueden alimentar la creación de programas urbanos de cultura desde las entidades universitarias, municipales o estatales. Conectar esas ficciones, sueños e imaginarios con las políticas públicas es uno de los retos a asumir.

Una investigación tan amplia, con equipos diversos en ciudades a su vez heterogéneas y con realidades complejas, tiene la ventaja de encontrar procesos semejantes, puntos de tensión comunes, a la vez que abrir cauce a la gran diversidad social y cultural existente en cada ciudad, sin embargo, la aplicación de las herramientas comunes, si bien permitieron un nivel de unidad en la intención y orientación del estudio, propicia a la vez, una gran diversidad de profundidades en el acercamiento a las subjetividades ciudadanas y sobre todo en sus enfoques interpretativos.

Aún así, hay ciertos elementos que se desprenden del estudio de Ciudades imaginadas y es que América Latina enfrenta problemáticas comunes en contextos diversos. Aventurando algunos rasgos comunes entre estas ciudades imaginadas apuntamos los siguientes:

- Espacios urbanos donde conviven culturas multitemporales en las que se combinan la modernidad, la premodernidad y la postmodernidad, pero éstas no se manifiestan de manera estática, ni acorde a los estereotipos que tenemos de estas densidades históricas, sino que pueden convivir en el comportamiento, las opiniones y los imaginarios de un mismo ciudadano.
- La existencia de sitios sagrados que los habitantes distinguen en la trayectoria de su memoria histórica y los mantienen como anclas de su identidad.
- Existencia de ciudades coloniales y ciudades modernas dentro del mismo espacio territorial, ligado a una cierta añoranza por las ciudades antiguas, a pesar de que se vive en pleno la modernidad.
- Fuerte valoración de los centros históricos, donde se fusiona el patrimonio, el comercio, el ir y venir de sus habitantes y cuyo deterioro es subrayado en varias de las ciudades. Muchos guardan su arquitectura, pero con presiones urbanas que los transforman y crean condiciones no siempre fáciles de remontar. En algunos casos el deterioro se acompaña con una gestión que no se vincula con los intereses de sus habitantes.

- La fuerte influencia de producciones televisivas que reflejan los humores, sueños, contradicciones familiares o sociales, sentimientos y ambiciones de las familias latinoamericanas. Crecimiento del peso del cine en las prácticas culturales de los ciudadanos. Ciudades comunicacionales en crecimiento, dado el acelerado uso de celulares, computadoras, el Internet, con fuerte tendencia hacia la mediatización de la vida urbana.
- Un sentimiento ciudadano de inseguridad colectiva ficticia o real, mediática o tangible, asociada a la idea de que la violencia va en aumento, o bien fruto de etapas históricas traumáticas para la ciudadanía a causa de la guerra, las dictaduras o el narcotráfico. Fragmentación del espacio urbano y privatización del espacio público.
- Heterogeneidad, hibridación y diversidad cultural entre los habitantes. Percepciones urbanas matizadas por la procedencia y el origen de los migrantes, frente a los cuales opera todavía el recelo y aún el racismo, sobre todo por su condición indígena. Necesidades de reconocimiento e inclusión social de los inmigrantes.
- Una construcción de ciudadanía desigual entre las diferentes ciudades, con tendencia hacia la falta de participación en aquellas donde la valoración del papel del individuo frente al Estado o las instituciones es débil.
- Sentimiento de insuficiencia en la atención y los espacios para los jóvenes y adolescentes.
- Percepción de desempleo, subempleo, transporte público insuficiente y poca calidad de vida.
- Preocupación por la contaminación del medio ambiente, el agua, de lo visual u olfativo.
- La valoración y el uso social de los espacios públicos, o el reclamo por su recuperación y acceso.
- El uso de los centros comerciales como espacios públicos seguros y de entretenimiento para jóvenes y adultos.
- La riqueza de las músicas y su naturaleza internacional, los placeres del baile y del pasar el tiempo en familia o en vínculo social.
- Presencia de personajes entrañables guardados solo en la memoria de los habitantes de las ciudades.

1.8 Jóvenes y culturas juveniles

Los jóvenes surgen como actores sociales al incorporarse a la escuela y al estar, ideal o deseablemente, en el proceso de acercamiento a la vida productiva. Sin embargo, dichos sectores han cobrado importancia en tanto irrumpen en la vida pública latinoamericana a partir de los movimientos estudiantiles de fines de los años 60 (Reguillo, 2003).

Si bien el concepto mismo de juventud está siendo revisado, dice Reguillo, es importante señalar que los jóvenes no pueden seguir siendo vistos como grupos sociales en transición, porque ellos se miran a sí mismos siempre en términos de presente. Por otro lado, es importante reconocer que las culturas juveniles tienen un carácter dinámico y discontinuo.

La “juventud” es un concepto vacío si se le mira fuera de su contexto histórico. Ciertamente no es lo mismo ser joven en el siglo XVIII, que en el XXI. El concepto es histórico, situacional, relacional y selectivo. (Valenzuela, 2005)

Durante los años 70 y 80 dice Valenzuela, los jóvenes de la fabelas, las colonias populares aparecen como agente social dada la exclusión y aún criminalización de que fueron objeto y nacen haciendo un profundo cuestionamiento de las representaciones que de ellos se formaron las clases dominantes, a partir de expresiones que son fruto de la resistencia cultural y de nuevas formas de autoadscripción identitaria.

En diferentes épocas, han sido portadores de movimientos culturales que promueven cambios importantes, aún cuando a veces aparezcan ciertas modas cíclicas, sean altos consumidores de los medios de comunicación y de la tecnología, o sean portadores de profundas influencias propias de un mundo global. Así lo fueron los hippies, los primeros rockeros seguidores de los Rolling Stons o de otros ritmos musicales como el regué, el ballenato, la salsa o la cumbia.

Este sector vive una gran diversidad cultural ligada no sólo a factores identitarios o étnicos, sino también en relación con su pertenencia socioeconómica. Un gran mercado de la industria cultural centra sus expectativas económicas entre los millones de adolescentes y jóvenes de clases medias y altas que se han vuelto asiduos visitantes de los centros comerciales, fieles espectadores de las pantallas o de los conciertos masivos.

En Chile, María Paulina Soto recoge el sentir de otros sectores juveniles, portadores de culturas subalternas, híbridas, y a veces nihilistas o hedonistas, al desentrañar la nueva “anti postura social y política de los jóvenes”. “Al no poder identificar su lugar, se les transforma en sospechosos de todo. Como respuesta a esta marca, los nombres de los grupos de rock urbano, reflejarán ese estigma. La nueva irreverencia es asumir todas las etiquetas de lo antisocial, ellas son su identidad; “Los peores de Chile”, “Culpables de todo”, “Arkilikos Anónimos”, “Los

BBS Paranoicos”, “Los Porfiados”, “Ídolos de nadie”, “Retorcidos”, “Las Perejilas”, etc.... (Soto Labbé, 2006)

Sus propios temas, dice Soto, se entrelazan con los que promueven los medios de comunicación: violencia, drogadicción, sexualidad, suicidio... en la confusión, muchos jóvenes no se inscriben en los registros electorales, ni desean ejercer la ciudadanía política en su sentido más restrictivo.

Para ciertos sectores de jóvenes, hay un desdibujamiento de la linealidad, la secuencialidad y del valor de cierto tipo de conocimientos, lo cual se refleja en la crisis educativa. Frecuentemente los niños no encuentran el hilo conductor de la historia y temen acercarse a un párrafo largo o a un texto sin ilustraciones. (Jiménez, 2007)

En un bachillerato de la ciudad de México, la desconexión entre las políticas educativas y culturales con la juventud, se expresa en los desesperados llamados de los maestros a los padres de familia a que contribuyan a la disciplina escolar y a las prácticas que suponen acordes al éxito escolar:

“No podemos garantizar que los estudiantes a llegar a la escuela ingresen a las aulas, muchos de ellos vienen solamente a pasar el rato en los pasillos, a reunirse con sus amigos y a tocar la guitarra. Si vinieran a estudiar, no traerían patineta ni Ipods ni traerían los jueguitos esos con los que se la pasan haciendo malabares”.

Las cifras que revelan la marginación de muchos jóvenes en el mundo son espeluznantes: hay más de 200 millones de jóvenes viviendo en la pobreza en el mundo, 130 millones son analfabetos, 88 millones son desempleados y 10 millones viven con VIH/SIDA. De ahí que se haya establecido un Programa de Acción Mundial para los Jóvenes (CEPAL 2007).

Es en parte debido al alejamiento de la política cultural de la juventud, al fracaso y la deserción educativa, a sus prácticas que pueden resultar incomprensibles para muchos sectores y a la ausencia de alternativas de incorporación social, que recientemente se insista en las políticas de juventud dentro del espacio público.

En 2005 se llevó a cabo en España la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, la cual generó una declaración que aún está siendo ratificada por los diferentes países.

La juventud pasa a ser objeto de discusión y análisis cuando los mecanismos de tránsito etario no coinciden con los de integración social, vale decir, cuando aparecen comportamientos disruptivos en los jóvenes, porque los canales de tránsito de la educación al empleo, o de la dependencia a la autonomía, o de la transmisión a la introyección de valores, se vuelven problemáticos. (CEPAL, 2007).

Esta preocupación internacional no es gratuita. La polarización social y las condiciones de exclusión social que privan en muchos países de América Latina afectan a los jóvenes de manera radical, colocando a ciertos sectores en condiciones de vulnerabilidad. Un estudio de la CEPAL muestra que, a pesar de que los niveles de pobreza han disminuido, éstos siguen siendo alarmantes, lo que pone de relevancia la necesidad de acelerar el paso en nuestros países, a fin de articular nuevos esquemas de desarrollo con un fuerte énfasis en la inclusión social.

**AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES) INCIDENCIAS DE POBREZA
E INDIGENCIA ALREDEDOR DE 1990 Y 2002²⁰**
(En porcentajes)

	1990	2002
Pobreza Jóvenes	43	41
Población total	48	44
Indigencia Jóvenes	17	15
Población total	23	18

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las Encuestas de Hogares, alrededor de 1990 y 2002.

2008 está considerado como el Año Iberoamericano de la Juventud. Diversos países trabajan actualmente en sus evaluaciones de políticas públicas hacia este sector que representa más de 180 millones de personas, y frente a las cuales, los Estados no tienen aún respuestas satisfactorias en términos de inclusión social, atención o interacción y diálogo intergeneracional. En otros países el tema pasa desapercibido, como en México. La batalla vista desde el punto de vista cultural, sin embargo, tiene que fortalecerse en todos los países de América Latina, aún en el contexto de estos instrumentos.

A pesar del interés en los temas de cultura dentro de este programa, los Sistemas de Indicadores sobre Juventud en Iberoamérica no contempla prácticamente ningún rubro, ni siquiera en los de educación o en los de ciudadanía, que se oriente hacia la valoración de su inclusión cultural, salvo aquellos relacionados con los temas de bienes, en los cuales se consigna el acceso a televisión, radio e Internet.

²⁰ Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/ Organización Iberoamericana de Juventud. *La juventud en Iberoamérica Tendencias y urgencias*. 2da. Edición. Buenos Aires, agosto de 2007.

Ello habla de la falta de visibilidad y comprensión de la importancia de los derechos culturales y del papel activo que juegan los jóvenes como dinamizadores de la vida cultural en las ciudades, aún en las estrategias internacionales de atención a estos sectores de la población, no obstante que el texto de la Convención incluye la libertad de pensamiento, de creación y expresión artística y el derecho a la identidad, a la recreación y al tiempo libre.

Esto es hasta cierto punto parte del proceso, ya que los estudios sobre los movimientos juveniles en relación con la cultura en América Latina son recientes. No en todos los países existe el mismo interés y experiencia al respecto. Las políticas culturales hacia la juventud no están muy definidas en varios de los países de América Latina. De hecho, una de las debilidades es justamente la falta de estudios comparativos en América Latina en torno a las prácticas culturales y de consumo cultural de los jóvenes y adolescentes.

En uno u otro sentido, los estudios de las ciudades del proyecto Ciudades Imaginadas realizado por el CAB, abordan el tema de la juventud, sea para destacar sus gustos musicales, para describir sus tránsitos por las ciudades, de las escuelas a los hogares y a los centros comerciales. En ciertas ciudades, como Quito, los adolescentes y jóvenes constituyen la mayoría de la población.

En otros casos, como el de Montevideo, se alude a los jóvenes, señalando la existencia de una “generación cero”, la cual es definida como aquella que se caracteriza por el individualismo y el consumo, en consonancia con los jóvenes del mundo occidental. Esta generación, se dice, mantiene una aparente indiferencia ante lo realizado por otras generaciones, pero a la vez da cuenta de una intensa vida cultural con incidencia en la moda, la música, el lenguaje de la ciudad (Alvarez, 2004).

El análisis de las pautas de consumo cultural de los jóvenes es indispensable tanto por razones de orden cultural y educativo, como desde el punto de vista del mercado, ya que daría cuenta de los espacios de interacción de estos núcleos en los diferentes países.

Un asomo al cuadro comparativo de los hábitos de uso del tiempo libre por parte de los jóvenes de cuatro países, elaborado por la CEPAL, da muestra de que la mayoría se encuentran muy alejados de las infraestructuras y los servicios culturales que convencionalmente ofrecen las instituciones culturales en todos los países.

Múltiples cambios culturales son protagonizados por los jóvenes en el contexto de la globalización, influyendo en sus prácticas culturales. Especialmente, han cambiado entre ellos los conceptos de tiempo y distancia, los espacios de encuentro y hasta el sentido de las representaciones. Los niños y los jóvenes gustan de la velocidad y las estéticas de la lentitud les desesperan. Su lectura va a saltos, por fragmentos, va y viene, no se detiene mucho en un solo tema ni en

un solo tiempo. Por eso, en ocasiones entran en contradicción con las estéticas convencionales que ofrecen muchas de las instituciones culturales

**ACTIVIDADES QUE REALIZAN DURANTE EL TIEMPO LIBRE LOS JÓVENES
DE 15 A 29 AÑOS, POR PAÍSES**
(En porcentajes)

Chile	México	Colombia	España
Escuchar radio o música 58,4	Estar con la familia 21	Hacer deporte 38	Ver televisión 31
Estar con la familia 41,7	Convivir con la pareja 13	Oír música 37	Escuchar música 23
Estar con la pareja 31,8	Ver televisión 11	Ver televisión o videos 33	Hacer deporte 20
Salir o conversar con amigos. Escuchar música Leer Ir al cine o al teatro 36,1	Escuchar música 10	Leer 24	Ir al cine o teatro 18
Ver televisión o videos 17,1	Estar con los amigos 10	Salir con amigos/as 17	Bailar 14
Salir de paseo 15,3	Estudiar en casa 9	Ir a bares/discotecas 6	Leer libros, periódicos o revistas 14
Deportes 25,4	Practicar algún deporte 8	Dedicarse a las artes 5	
Ir a fiestas o a bailar 23,7	Videojuegos 8	Ir al cine/conciertos 4	
Leer diarios, libros o revistas 8,5			

Fuente: CEPAL. 2007. Elaboración sobre la base de encuestas de juventud de cada país.

En la era Internet ha habido un cambio drástico en la lectura y la escritura entre estos sectores, al ser ésta una red de redes en la que se conectan una diversidad de textos escritos, visuales y auditivos, imágenes fijas y en movimiento, ficción, simulación y/o realidad.

El ciberespacio...se ha vuelto una red neuronal donde la producción de la escritura, el conocimiento y el aprendizaje se presenta en condiciones de simultaneidad y aparentemente "sin límite". Dichos límites están dados por las diferentes capacidades de hacer "uso" inteligente de la Red, de navegar y conectarse con contenidos significativos, de no perderse en la basura electrónica o bien por la habilidad de poner dichos contenidos en contexto y no simplemente para copiarlas sin razonar....

Los cambios que han introducido el texto y la escritura electrónica son radicales. Los adolescentes han creado un nuevo lenguaje compacto que no respeta ortografía, ni palabras completas...Algunos quieren pasar de la oralidad a la tecnología, sin pasar por la palabra escrita.

El hipertexto los conduce a una trama sin fin de lecturas fragmentarias pero donde la conectividad es lo más trascendente y el contenido lo menos significativo. La generación de nuevas comunidades virtuales es una realidad, a la que se suman los blogs y aún espacios donde el lector y el autor interactúan en tiempo real. (Jiménez, 2007)

Pero como la globalización profundiza las desigualdades. Miles de jóvenes se ven excluidos de la era virtual y digital, porque no tienen acceso a las computadoras y se mantienen en vínculo sólo con las culturas televisivas.

Los esfuerzos por acercar las computadoras a los jóvenes varían en cada país. En Uruguay se fabricó una laptop para ser entregada en las escuelas. En Brasil, los CESC ofrecen acceso a la tecnología digital no sólo a jóvenes, sino también a personas mayores. De hecho, los jóvenes enseñan a los mayores a usar el internet.

A pesar de ello, el interés de los jóvenes con la escucha musical habla de su fuerte vinculación a los múltiples dispositivos tecnológicos, y de hecho con la piratería electrónica y digital, con la televisión, los videos.

En sus análisis sobre la juventud, Jesús Martín-Barbero nos alerta: "Estamos ante nuevos "modos de estar juntos", y unos nuevos dispositivos de percepción que se hallan mediados por la televisión, el computador, y dentro de muy poco por la imbricación entre televisión e informática en una acelerada alianza entre velocidades audiovisuales y comunicacionales". (Martín Barbero, 2002)

En pocas ocasiones los jóvenes de estos países señalaron relacionarse con espectáculos de artes escénicas o artes visuales, o bien con la asistencia a museos u otros sitios de exhibición del patrimonio cultural, a leer o bien a ejercer alguna actividad propiamente artística.

Es muy probable que el acercamiento específico a los campos de atención de los jóvenes en cada país nos revelaría que las respuestas a este tipo de encuestas esconden otros muchos fenómenos relacionados con la manera como los jóvenes interactúan con los espacios públicos y con los dispositivos tecnológicos que han transformado la naturaleza de las experiencias y de las representaciones en este principio de siglo.

Las tribus juveniles se identifican no por el sitio donde viven, sino por las redes culturales, musicales, estilos de vida, identidades sexuales que construyen y reordenan permanentemente, poniendo en entredicho las concepciones tradicionales del hacer cultural o incluso del "ser cultural" que ahora se aglutina alrededor del rock en español, los graffitis, los tatuajes o los videoclips y otras manifestaciones de la cultura comunicacional, transnacional que les mueve a actuar y con las cuales ponen en jaque las culturas tradicionales en las aulas de muchas ciudades latinoamericanas.

Muchos fenómenos juveniles no pueden entenderse bajo la lupa tradicional del espacio territorial. Uno de los fenómenos más complejos y difíciles de aprehender es el relativo a los "Maras". Rossana Reguillo lo aborda:

En las aproximaciones al "fenómeno maras", se discute si su origen está entre los jóvenes inmigrantes a los Estados Unidos o en la propia Centroamérica, donde la explicación suele girar en torno a la herencia de los grupos guerrilleros de la región, en el caso de El Salvador y de Guatemala. Pero me parece, en todo caso, que la pregunta relevante no pasa por "aislar" geográficamente (si fuera posible) el origen de estas agrupaciones, en tanto el criterio de translocalidad²¹ se ha convertido en un asunto clave tanto para los jóvenes –en este caso–, como para el análisis...

De cara a sus dos rasgos fundamentales más aprehensibles, resulta claro en primer término, que la diseminación "territorial" de la mara, como una forma organizativa que opera no sólo transnacionalmente, sino de manera especial, "translocalmente", implica un cambio que alude no sólo a la movilidad de los actores sociales excluidos que se asemejan poco al "vagabundo" descrito por Bauman (1999) y mucho menos a la figura del "turista global"²²; se trata de la emergencia, más allá de las cuestiones identitarias, del "migrante", que a caballo entre la figura del emigrante y del inmigrante, construye su proyecto de vida en un nomadismo translocal. (Reguillo, 2006)

La violencia juvenil no se limita a los Maras ni a las ciudades fronterizas o receptoras de los Estados Unidos. *Emos, skas, darketos, punketos, hommies, góticos, metaleros, cheros, fresas* y otras categorías identitarias clasificatoria

²¹ Entiendo por translocalidad la migración que no se basa en el cruce de fronteras, sino en la búsqueda estratégica de llegar a una ciudad particular, sea esta basada en la geografía nacional o internacional. Esta distinción, me parece clave en estos momentos. No se trata tanto de migrar a los Estados Unidos, sino de llegar a Chicago, Red Woods City, Los Ángeles u otra ciudad.

²² Bauman elabora una doble tipología para referirse al desplazamiento contemporáneo, la figura del vagabundo que transita sin acomodarse y el turista que siempre tiene la posibilidad de retorno. A su impecable análisis y desde la situación de los países periféricos habría que añadir una tercera y una cuarta figuras: la del nómada translocal que, sin acomodarse, retorna constantemente y la del desplazado que no tiene la opción de acomodarse dadas las condiciones de expulsión continua que padece y que tampoco puede aspirar a un retorno.

difícil de establecer en sus diferencias, son expresión de una nueva jerarquización de gustos musicales y estilos de vida que se confrontan de múltiples maneras entre los jóvenes marginados de las ciudades. En la ciudad de México, la violencia entre estas tribus de adolescentes ha llegado a niveles alarmantes. El uso de la red Internet para agredir a los Emos ha convocado recientemente a movilizaciones de organismos civiles para manifestarse por la tolerancia, luego de las golpizas que los Emos han sufrido a mano de punketos, metaleros y otros, las cuales han sido difundidas y promovidas a través de You Tube, en la Red Internet.

No los odio, pero toman elementos que no son de ellos, se ponen playeras de metal y no saben qué onda, no tienen un ideal y no es cultura lo que hacen, es una moda", dice Alberto de 19 años respecto de los Emos, quienes fueron golpeados por grupos autodefinidos como punketos.

*Nosotros no les hacemos nada, que nos dejen ser; no se vale que vengan y nos agredan. Nuestra ideología se basa en la depresión, pero no extrema.", señala la joven emo Jennifer, de 19 años.*²³

Los nuevos movimientos juveniles ponen en entredicho las políticas públicas de uso de espacios públicos, de inclusión y cohesión social, interpelan las coordenadas con las que se desarrollan las políticas culturales urbanas, especialmente en los espacios territoriales de las comunidades marginadas. Más allá de las valoraciones de cada ciudad, los jóvenes en el mundo, y especialmente en América Latina, se constituyen en un sector que reclama de políticas culturales más específicas e innovadoras.

²³ Chocan en el DF emos y punketos. Agraden a la tribu en Puebla y Durango. *Reforma*, 16 de marzo de 2008. p. 5.

II. POLÍTICAS CULTURALES, EDUCACIÓN Y CULTURA EN AL

2.1 Escuela, cultura y evaluación internacional

Ninguna vía al desarrollo con sentido humano puede transitar exitosamente sin tender puentes entre la educación y la cultura. No es exagerado decir que renunciar a ello, a estas alturas del siglo XXI, significa perder a una o dos generaciones de jóvenes en términos de inserción social y laboral, convivencia, cohesión social, autoafirmación individual y colectiva, creatividad e innovación no sólo en la cultura, sino en todos los planos de la actividad humana.

Baste asomarse al mundo de la gestión empresarial para comprender que el lenguaje de los directivos de la empresa privada está lleno de conceptos como interculturalidad, valores, flexibilidad, capacidad de anticipación y de adaptación cultural, entre otras cualidades adicionales al conocimiento del campo, como características indispensables del perfil profesional de alguien que consideran capaz de moverse en el mercado económico globalizado.

¿Quiénes serán los nuevos líderes de nuestros países, si es que se puede hablar de líderes? ¿Cómo y dónde se forman? ¿Bajo qué valores conducen las empresas, la economía y su vida misma? ¿Cómo se enteran del mundo social y diverso en el cual actúan? ¿Qué responsabilidad ética asumen frente a la realidad diversa y conflictiva que viven hoy nuestros países? Tampoco se trata simplemente de volver funcional o instrumental la educación para hacerla moldeable de acuerdo a las necesidades de la empresa privada y al mercado, sino de buscar un desarrollo con sentido humano donde tengan cabida la diversidad de culturas contemporáneas.

En el extremo opuesto, millones de niños y niñas, adolescentes y jóvenes viven situaciones contradictorias y confrontaciones culturales de gran monta entre la escuela, la familia, la calle, los medios de comunicación y sus narrativas, subjetividades y culturas visuales, musicales o corporales; viven conflictos generacionales con sus maestros y sus padres en relación a sus valores, estéticas, códigos de comunicación y prácticas cotidianas. El conflicto educativo se ha manifestado de manera abierta, como ocurrió en Chile, en París o a través de la violencia en muchos otros países, como en los Estados Unidos o aún Finlandia, que tiene el mejor sistema educativo del mundo. En otros casos, los adolescentes y jóvenes simplemente permanecen ajenos, aún cuando aparentan seguir el curso de los acontecimientos académicos en sus institutos o centros educativos.

La escuela vive una de las crisis más profundas de la historia y ello no obedece a un problema de gestión, ni de falta de voluntad política de los ministerios de educación o de cultura, ni de los directores escolares o de los maestros. Hemos dejado sola la escuela en un contexto de plena expansión de las comunidades de aprendizaje y de interpretación donde se conforman las prácticas culturales y las

maneras de entender el mundo, por parte de los niños, adolescentes y jóvenes del siglo XXI.

“La modernidad es la época de la crisis generalizada, un universo en el que las instituciones (familia y escuela) se ven impotentes para realizar su función transmisora de sentido y, por esta razón, la modernidad se convierte en un mundo simbólicamente desestructurado”. (Melich, 2005) Y eso plantea la necesidad de reconsiderar el vínculo educación cultura “asociado al valor añadido que viene de la diversidad y aprender a construir otras narrativas educativas y pedagógicas apropiadas para tiempos inciertos, difíciles, complejos (Gutiérrez Nagel, 2005).

Quienes habrán de asumir las riendas del desarrollo en unas cuantas décadas, enfrentan ahora una encrucijada, cuyas posibles salidas dependen en gran medida de lo que hagan en el corto y mediano plazo los gobiernos, a través de sus ministerios de educación y cultura, de comunicación, economía y de hacienda; los organismos intergubernamentales, las organizaciones civiles, las escuelas, los artistas, los medios de comunicación y las redes tecnológicas, y por supuesto, los maestros, por vincular o para reconectar la educación con la cultura en su más amplia dimensión. Este es el reto más fuerte de las políticas culturales y educativas del siglo XXI.

Si subrayo un enfoque de amplia dimensión es porque necesitamos romper con los reduccionismos que en torno a la cultura y la educación han privado durante el siglo XX. Tradicionalmente, hemos confundido la educación solo con la escuela y la cultura con las artes o si acaso con el patrimonio y la lectura, quedando fuera las prácticas y los usos que los niños, adolescentes y jóvenes hacen ahora de muchos otros espacios, dispositivos y recursos culturales y comunicativos del siglo XXI.

Mientras la escuela intenta conectarse con los niños y niñas a partir de un cierto tipo de saber, dejando a un lado el sentir, los chicos desvalorizan lo aprendido y luchan por pasar de año, como se dice, pero son pocos los que logran el gusto de comprender, porque sus aprendizajes están mediados por muchos otros dispositivos, ambientes y subjetividades que tampoco se cruzan muy a menudo con las políticas culturales de nuestros países.

La escuela ha sido considerada como el espacio de socialización y “transmisión” del conocimiento. Hasta la fecha tiene un peso fundamental, pero es también un campo de batalla porque las paredes de las aulas han estallado y lo que antes se llamaba, currículum oculto, es decir, las prácticas y los usos culturales de los niños y niñas, emergen de manera contundente en los salones de clase, logrando desquiciar a cualquier profesor, sobre todo si éste no dispone de elementos que le ayuden a enfrentar las realidades radicalmente diferentes a las que conoció cuando recibió su formación como docente.

La distancia cultural intergeneracional que prevalece entre los niños y niñas actuales y sus maestros es tremenda. No podemos obviar que la formación inicial

precisamente verbos que contribuyan a la formación en valores, aún cuando la estudiante requiera de medidas disciplinarias extraordinarias.

Esta adolescente es mi hija. Mientras escribo esto, ella lee un texto que el maestro le fotocopió para que entienda la diferencia entre instrucción y educación. Tiene que hacer una ficha donde explique qué es el respeto. La adolescente argumenta la arbitrariedad y autoritarismo del maestro, él la insolencia de la niña. Ambos están atrapados en un sistema de valores que no dialogan, más bien se confrontan. En el fondo, tienen un concepto distinto de la autoridad y de cómo ejercerla. La escuela donde ocurre esta escena no es tradicional, intenta lograr una actitud autoconsciente, responsable, y analítica entre sus estudiantes. Este maestro tiene una formación en literatura dramática, es inteligente. Sin embargo, su ética ya se rompió.

La confrontación cultural, entre estilos de enseñanza y aprendizaje entre maestros y alumnos puede causar tal estrés entre los profesores, que está dando lugar a la generación de ambientes completamente adversos al aprendizaje y a la ratificación de las mismas estructuras de poder que confrontan los adolescentes fuera del aula. Ante la falta de nuevos métodos de enseñanza y aún de establecimiento de la disciplina, los recursos convencionales del autoritarismo dan al traste con la buena intención de un profesor. La salida a corto o mediano plazo, es la expulsión de los adolescentes de las escuelas en casi todos los sistemas educativos. La otra es dejarlos actuar y pasar de año, a pesar de que se conviertan en una auténtica pesadilla dentro y fuera de la escuela.

En España, una bibliotecaria de instituto, me comentaba que su trabajo consiste en vigilar que los adolescentes no hagan nada en la biblioteca cuando los maestros los mandan ahí castigados. Eso mismo ocurría cuando yo era bibliotecaria. Me impresionó que más veinte años después, los maestros sigan pensando las bibliotecas escolares como el sitio del castigo. Solo faltaría que los mandaran a leer, como parte de la tortura.

Este texto se escribe parte en México y parte en España. En estos días, en Europa se exhibe la película "El Aula" dirigida por François Bégaudeau. Fue galardonada con el Premio France Culture-Télérama 2006 y con la Palma de Oro de Cannes 2008. Retrata la vida cotidiana de un instituto (secundaria) de París. El microcosmos áulico, como se dice ahora, es una viva representación de la conflictiva cultural de la sociedad francesa contemporánea, influida por la migración africana, árabe, etc. La ética de un profesor se quiebra cuando sus métodos de enseñanza y los contenidos de lo que enseña resultan cuestionados por estudiantes que proceden de matrices y contextos culturales diversos y en su "espontaneidad", como diría el director del plantel, no valoran ni comprenden lo que la escuela les propone.

En contraposición a estas escenas, hay muchos otros maestros que están conscientes del reto y buscan, con o sin apoyo de sus instituciones, nuevas estrategias de enseñanza, de relación y de conexión con las subjetividades y

contextos culturales de sus alumnos. Los he visto en Brasil, en Chile, en México (incluso en la misma escuela de la que hablé más arriba), en España y en Nueva York. En muchos rincones del planeta se está viviendo la misma batalla.

El ambiente escolar en prácticamente todo el mundo es de búsqueda y de confrontación, en un proceso en el cual necesitamos acompañar a la escuela y a los maestros en la creación de nuevos entramados de aprendizaje e interrelación con la familia y la comunidad, a partir de los contextos de aprendizaje, de comunicación e interpretación que viven nuestros niños, niñas, adolescentes y jóvenes, ante la necesidad de instaurar también nuevos valores y formas de convivencia, incluso para reducir los crecientes índices de violencia de las escuelas.

La violencia es un freno a la posibilidad del aprendizaje y a la formación de ciudadanía en la escuela. No es gratuito que cada vez más halla más niños y jóvenes cometiendo actos de violencia o de delincuencia. En México, el 45% de quienes comenten actos delictivos tienen entre 18 y 25 años.

Por eso, antes de juzgar o de simplemente criticar a la escuela y a los maestros, en lugar de seguir quejándonos de los sistemas educativos y de los ambientes escolarizados, necesitamos comprender y comprometernos con el reto que entraña vincular educación y cultura a título personal, familiar y comunitario, pero también a nivel institucional, civil, público y privado.

La escuela y los maestros no pueden resolverlo todo, sin la ayuda de los padres de familia, los medios de comunicación y aún los centros culturales, pero tampoco pueden conformarse, como narra la película "La Clase", que no hace más que ser fiel a la realidad, con la expulsión de los adolescentes y jóvenes como su único o último recurso para solventar la falta de energía social, de valores y de compromiso que enfrentan los alumnos y muchas veces los propios profesores.

Este 2009, la evaluación de PISA se referirá nuevamente a la lectura y podrá constatar los esfuerzos que los países han realizado no para generar las habilidades básicas de la lectoescritura, como señalan los Objetivos del Milenio, sino para analizar lo que se lee y relacionarlo con otros contextos, para seleccionar información y no sólo para conectar palabras y construir frases u oraciones. Aquí podremos comparar datos relativos a una década y constatar el avance.

Ya hemos dicho que la educación no se remite solo a la escuela. Sin embargo, insisto tanto en ella porque para millones de niños y niñas en América Latina, ésta constituye su único patrimonio y posiblemente la primera y única forma de contacto con muchos campos del conocimiento científico, técnico y artístico.

A pesar de que los sistemas internacionales de evaluación partieron de una visión estrictamente económica del papel de la educación, la realidad de los resultados,

está obligando a los propios diseñadores de esos instrumentos, a reconsiderar las orientaciones que la educación ha de tomar en cuenta en la búsqueda de calidad.

En ese sentido, importa no sólo el ranking en el cual los países de América Latina o Iberoamérica suelen estar ubicados en dichos estudios, casi siempre por debajo de la media internacional, sino que los resultados constituyen materia prima para la valoración de los cambios y los procesos que atañen a los sistemas educativos de cada país.

El reto es entender y actuar frente a este reto de gran magnitud que no puede verse de manera aislada, dentro del aula solamente, para no quedarse buscando la calidad sólo en los elementos formales y normativos de los sistemas educativos. Necesitamos una reflexión más holística respecto a lo que significa la educación, la escuela, los ambientes y comunidades de aprendizaje fuera del aula y el tipo de conocimientos y experiencias que ésta debe aportar a los estudiantes del siglo XXI, cuyas culturas son radicalmente diferentes a las que vivió una escuela pensada antes de la generación postalfabética.

2.2 Reforma educativa, cultura e innovación

Actualmente, los sistemas educativos libran un intenso debate y replanteamiento en torno a cuál debiera ser el propósito, la orientación, los contenidos y los enfoques de la educación básica. Las grandes preguntas son ¿qué debe aportar la educación básica a los millones de niños y niñas que transitan por las aulas? ¿Cómo pueden otras instituciones y agentes sociales apoyar la labor de la escuela, qué es lo que deben aportar los maestros y cómo interactuar con los padres de familia y los contextos cada vez más urbanos y tecnológicos en los cuales se mueven los niños y adolescentes? ¿En qué radica la diferencia entre un sistema educativo y otro en los diferentes países, si la mayoría comparten la misma problemática?

En términos generales, las respuestas apuntan hacia el consenso de que la educación básica debe brindar formación para la ciudadanía, la generación de nuevas formas de convivencia, más que listados de contenidos de tal o cual naturaleza, los niños y niñas necesitan aprender a aprender y a vivir en sociedad. Según la UNESCO, la educación básica debe promover cuatro saberes: Saber conocer, Saber Convivir, Saber Ser y Saber Hacer.²⁶

Una evaluación reciente, presentada en Argentina, señalaba que la mayoría de los países han avanzado en las dos primeras y algo en la cuarta, pero en el Saber Ser, los esfuerzos se muestran evidentemente dispersos, poco articulados, cuando no confundidos con cuestiones de moral. El ser se relaciona con la autodefinición, con el estar siendo, con la construcción identitaria híbrida, ecléctica frágil e inestable de muchos adolescentes y jóvenes. Y ese es, en

²⁶ <http://www.unesco.org/spanish>

esencia, un problema de orden cultural que la escuela y los sistemas educativos no han podido o sabido abordar, y al cual los sectores culturales se han acercado cotidianamente, pero no desde una perspectiva formativa.

La formación en el ejercicio de una nueva forma de ciudadanía intercultural reclama la capacidad de relacionarse con los otros, de trabajar en equipo, de actuar socialmente en contextos de multiculturalidad y diversidad, de desigualdad y de incertidumbre. Y si estos componentes no están presentes, los jóvenes egresados de los estudios profesionales están en desventaja respecto de quienes han logrado desarrollarlas.

Aún desde el ángulo de la formación de la fuerza de trabajo, prácticamente todos los campos de actividad, sea económica, administrativa, científico técnica o artística, buscan profesionales caracterizados por la creatividad, imaginación, capacidad de innovación y actuación en contextos de diversidad, posibilidades de adaptación en escenarios de diversidad, heterogeneidad y desigualdad social y cultural. Estos elementos son parte de las llamadas competencias y habilidades que debieran aportar tanto la educación básica como los estudios superiores y sólo pueden generarse a partir de una ruptura con la actual racionalidad cartesiana y racional que domina el espacio escolar.

La imaginación, dice Vigotsky, “como base de toda actividad creadora, se manifiesta por igual en todos los aspectos de la vida cultural posibilitando la creación artística, científica y técnica. En ese sentido, absolutamente todo lo que nos rodea y ha sido creado por la mano del hombre, todo el mundo de la cultura, a diferencia del mundo de la naturaleza, todo ello es producto de la imaginación y de la creación humana, basado en la imaginación”.

Para el vulgo, dice en otro apartado, “la creación no encuadra plenamente con el sentido científico de la palabra. Pareciera privativa de unos cuantos seres selectos, genios, talentos, autores de grandes obras de artes, de magnos descubrimientos científicos o de importantes perfeccionamientos tecnológicos.existe también donde el ser humano imagina, combina, modifica y crea algo nuevo, por insignificante que esta novedad parezca al compararse con las realizaciones de los grandes genios (Vigotsky, 2006)

Desde la década de los 90, la mayoría de los sistemas educativos avanzan hacia lo que ellos llaman la reforma educativa. Dichas reformas se elaboran desde diferentes enfoques, pero que generalmente atañen a los ámbitos formales, de estructuración y funcionamiento de los sistemas educativos.

Si se leyeran los planes de reforma de la mayoría de los países, notaríamos que en realidad se parecen mucho, dice Rosa María Torres, de Ecuador, en el libro publicado por el CAB, respecto de sus experiencias de viaje por muchos sistemas educativos de América Latina. Todas hablan de competencias, de habilidades, de perfiles de egreso, de gestión escolar, de formación docente, de contenidos, de recursos y materiales, a la descentralización, a la autonomía escolar y a los temas

de acreditación y certificación, incluso de financiamiento. Sin embargo, continúa, poco se relacionan con la personalidad y los elementos culturales de la población a la que se refieren, señala al narrar su diálogo con un ministro de educación de un país caribeño. (Torres, 2000)

Pocas veces hablan de la urgencia del cambio en la cultura escolar y menos aún de la consideración de los factores culturales de la educación. En algunos casos se refiere a la cultura como algunos de los contenidos relacionados con el tema de patrimonio cultural y ahora cada vez más de la educación artística, aunque ésta se mira todavía como algo complementario o de mejor jerarquía respecto a la ciencia. Si bien se habla de estilos de enseñanza aprendizaje y en algunos casos incluso de inteligencias múltiples, aún queda mucho por caminar. El tema de la formación docente se coloca como la piedra angular de cualquier cambio hacia el futuro inmediato.

El eficientismo y el pragmatismo nunca han sido buenos consejeros de los sistemas educativos. La escuela no puede estar reducida sólo a la formación de "capital humano", entendido éste como recurso para el desarrollo económico. La verdadera comprensión que la escuela y otros espacios formativos debieran procurar es aquella que permite el Saber Ser, el Saber Hacer, el Saber Convivir y el Saber Conocer. Para ello, la cultura es el entramado en donde se crean y se transforman los significados de esas cuatro acciones.

La pobreza y la ignorancia pueden tener salidas si su combate se finca también en las bases de exclusión cultural que se desarrollan y reproducen como nuevas condenas que atan a nuestros jóvenes a una condición de consumidores pasivos. Si los valores y la autoafirmación de la persona no está presente, no hay forma en que los conocimientos aislados por sí mismos no fomentan el deseo de salir adelante. Se necesita un vínculo entre el saber y el sentir, entre el pensamiento y la experiencia.

Si el pensamiento matemático está buscando, según los estudios de PISA, el pensar y el razonar, comunicar, justificar, representar, modelizar, plantear y resolver, asumir procesos simbólicos y formales, además de los elementos técnicos y las operaciones. Eso no se puede aprender a hacer sólo con la mecanización y la memorización de procedimientos en la resolución de problemas. Tampoco se desarrollan aprendiendo fórmulas que no se relacionan con los usos posibles, aunque la solución no es fomentar un aprendizaje subordinado a visiones estrictamente utilitaristas porque entonces, no estamos enseñando a los niños y jóvenes a pensar y a desarrollar el pensamiento abstracto y fuerza interna para convertirlo en mejoramiento personal, familiar, comunitario, etc. Éste es el reto en última instancia.

Estas estrategias de construcción de conocimiento, se relacionan en varios sentidos con las formas y procesos de creación del arte contemporáneo y en un sentido más amplio, con el desarrollo del pensamiento complejo.

La música y las matemáticas tienen una relación indisoluble. Ambas son ciencia y arte a la vez, se rigen por la proporción, la medida, el ritmo, las combinaciones y la armonía. Pueden encerrar una dimensión estética que transmite sentido de perfección, difícilmente apreciable en otros ámbitos. La danza construye la posibilidad de crear escrituras en el espacio a partir del movimiento y vincular pensamiento y cuerpo, tiempo y espacio, pensamiento y acción en una práctica integradora de la persona absolutamente necesaria en las edades escolares. Las artes visuales enseñan la creación, lectura y simbolización de imágenes, matices, colores, fomentan las habilidades de representación. Su aprendizaje y apropiación permiten la generación de pensamiento complejo que es transferible a otras esferas del conocimiento y de la vida social y personal.

Sin embargo, los sistemas educativos menosprecian la enseñanza de las artes o la asumen bajo perspectivas poco formativas, sino más bien como complemento útil, incluso deseable, pero poco integrador y vinculante.

Tampoco se trata de impulsar una propuesta de educación artística que subordina el arte al aprendizaje de otra cosa que no sea arte, pero lo cierto es que hace falta mucho trabajar en la comprensión de los vínculos entre arte y ciencia, una separación impulsada por la modernidad utilitarista y productivista que ahora necesita de visiones más integrales.

Pero la innovación educativa no sólo tiene que ver con las artes, sino con la naturaleza de la construcción del conocimiento que no pasa ya por los viejos códigos de la emisión y la recepción, y por tanto de la "transmisión", sino que entraña incursionar en las nuevas estrategias de inmersión, conectividad e hipertextualidad que han instaurado los lenguajes digitales y electrónicos.

El carácter interactivo en la enseñanza no se refiere estrictamente a la tecnificación del aula y a la introducción de computadoras y pizarrones electrónicos, si bien dichos programas son indispensables y cada vez más necesarios. Se trata más bien de una forma distinta de construir el conocimiento en el aula, a partir de la interacción de saberes que dialogan en diferentes niveles, se conectan y profundizan con la experiencia y los procesos culturales de niños, adolescentes, jóvenes y maestros.

2.3 Escuela y diversidad cultural

La escuela se ha convertido en un sitio donde la multiculturalidad se expresa de manera contundente y la problemática de la educación y la comunicación intercultural adquiere una dimensión fundamental, no sólo en contextos donde se advierte una clara presencia de poblaciones indígenas, como en muchos países latinoamericanos, sino que la migración misma ha contribuido a crear contextos de diversidad cultural que sin duda influyen en el cómo, el qué y el porqué

aprender. En España, durante los últimos 10 años, las estadísticas muestran un crecimiento de 10% en la matrícula de alumnos de origen inmigrante.²⁷

Recuerdo un aula en la ciudad de México, donde además de estudiar desde el cuarto hasta el sexto grado al mismo tiempo, los niños y niñas procedían de culturas absolutamente disímiles: chinos, Mazahuas, Triquis y Zapotecos. Ninguno de ellos tenía el español como lengua materna. La maestra de aula, evidentemente agobiada por las posibilidades de que el grupo se desarrollara conforme a las reglas de la escuela homogénea, decidió renunciar a su empleo de docente, aprovechando las posibilidades de jubilarse.

Pero la diversidad cultural no puede seguir siendo entendida tampoco solo como la referencia a los otros en una dimensión étnica o lingüística. La diversidad cultural se arraiga también entre los que aparentamos ser iguales, porque las identidades culturales se construyen en contextos subjetivos, de experiencia y de tensiones que se viven en contextos sociales, pero de manera personal. Somos seres individuales y sociales a la vez.

No es gratuito que muchos de los conflictos contemporáneos entre adultos y jóvenes se generen en el terreno de las estéticas. Pero aún entre los jóvenes y adolescentes urbanos, que habitan una misma colonia, una misma escuela, que comparten la misma aula, pueden llegar a tener diferencias culturales significativas relativas a valores, símbolos, creencias, formas de interpretación de lo social, lo ecológico, lo político y lo sexual.

Aprender a reconocer la diversidad cultural y a convivir en ella, requiere también de una formación cultural y ética que parta del principio de respeto al otro, pero no visto como el de más allá, sino como al otro que vive en mí. En ese sentido, el aprendizaje de estrategias de comunicación intercultural dentro y fuera del aula se vuelven necesarias en contextos donde la cultura se convierte en el tejido en el cual se bordan las relaciones sociales, de convivencia y de aprendizaje.

La diversidad cultural, en sus manifestaciones de patrimonio cultural intangible, representa un campo de exploración todavía pendiente no sólo en la escuela, sino en muchos espacios de socialización y de convivencia, de formación y de entretenimiento, en las formas de vivir y habitar las ciudades.

2.4 Lecturas del mundo y analfabetismos en el siglo XXI

Si bien la alfabetización que señalan los Objetivos de Naciones Unidas se refieren a los alfabetos escritos, la realidad es que el siglo XXI demanda nuevas formas de alfabetización porque la lectura y la comprensión del mundo se desenvuelven ahora bajo una intensa red de tejidos que forjan la trama de las culturas visuales.

²⁷ Schleicher, Andreas. Fundamentos y cuestiones adyacentes al desarrollo de PISA. En: Revista de Educación. Número extraordinario. 2005. P. 25.

Vivimos en un mundo donde la sociedad de la imagen transforma los códigos de lectura más allá de la palabra y los integra con la imagen, el sonido, el movimiento. Por eso también adquieren una importancia fundamental la escucha y el movimiento, dada la profunda transformación de los conceptos de velocidad, de tiempo y de espacio, a causa de la revolución tecnológica que han vivido con intensidad las actuales generaciones de jóvenes y adolescentes.

Aprender no es algo que sea ajeno a la sensibilidad y a la afectividad, a los sentimientos. Tampoco es la escuela el único centro emisor de contenidos o de conocimientos. La familia, la calle, los medios de comunicación, especialmente la televisión y los videojuegos, la tecnología digital, constituyen comunidades de aprendizaje o de exclusión que permean la cultura de nuestros estudiantes.

Nuestros hijos se relacionan ahora con una cultura visual, musical y corporal que les proponen la televisión y las múltiples pantallas por las que se construyen ahora las identidades culturales. Las estéticas juveniles están llenas de eclecticismo, fragmentación, inestabilidad, e intermitencia. Les cuesta trabajo mantenerse en flujos continuos, aunque cuando los encuentran los disfrutan. Eso es lo que advierto en las clases de danza y música que el Consorcio Internacional Arte y Escuela imparte en escuelas públicas primarias y secundarias a niños y niñas de escasos recursos pero altamente expuestos al mundo de la tecnología ilegal. Cuando logran concentrarse en el flujo del movimiento coreográfico, su atención se concentra y el disfrute de la danza les brinda seguridad personal y de actuación en el espacio social e individual.

Los jóvenes en las secundarias rechazan el sentido moral de los discursos de sus maestros y señalan las rutas de la evasión, de la deserción o de las drogas y la violencia como las salidas de emergencia que utilizan, cuando no pueden resignadamente intentar superar el ciclo escolar, cumplir para que sus maestros y padres de familia están tranquilos y nada más. Por eso los discursos autoritarios y verticales en las escuelas han dejado de funcionar.

Mientras los niños, niñas, adolescentes y jóvenes viven realidades culturales abigarradas, hipertextuales y al mismo tiempo inestables y frágiles, la escuela está anclada todavía en culturas rígidas basadas en el concepto de "transmisión", que niegan el cuerpo, la musicalidad, los repertorios altamente visuales y las estrategias de "inmersión" que los niños viven ahora, contribuyendo a la generación de los llamados nuevos analfabetismos estéticos y digitales.

Las instituciones culturales y artísticas por su cuenta, consideran a los jóvenes como público, pero no se cruzan con sus experiencias y sus formas de socialización. Son una minoría los chicos y chicas que tienen posibilidades de acercarse a los lenguajes artísticos y pocos también los interesados en frecuentar las ofertas de museos, galerías, teatros y auditorios, porque el mercado simbólico en el que se mueven les ofrece música en Internet, placer y deseo electrónico, o bien conciertos masivos donde el éxtasis y la elección están hasta cierto punto garantizados, desde el momento mismo de la elección. La escuela y las políticas

culturales institucionales tienden a satanizar estas prácticas, pero tampoco ofrecen alternativas formativas, lúdicas, participativas que renuncien a los ritos consagrados del espectador erudito.

Cuando se habla del vínculo educación cultura, no nos referimos a que los niños vayan a los museos o a los teatros, si bien es importante que éstos estén abiertos a su participación, sino que nos referimos a las estrategias contemporáneas que deben impulsar ambos sectores para generar, dentro y fuera de la escuela, dentro y fuera de los centros culturales y artísticos, maneras de pensar y de hacer, de ser y de actuar.

Estamos entonces también frente a un problema de usos culturales y de alfabetización en los códigos y lenguajes artísticos, audiovisuales y digitales que deben ser vistos no sólo como una condición para volverse público de centros culturales, como formación indispensable, sino como formación necesaria para participar de la lectura y creación del mundo contemporáneo, prácticamente como un derecho cultural de los ciudadanos del siglo XXI.

Cobra relevancia el asunto de los puentes que debemos construir desde la política pública en los espacios educativos formales, empezando por la escuela, con temas, espacios y procesos culturales, pero también tenemos que analizar y replantear lo que los centros culturales, artísticos, museos y otros recintos institucionalizados hacen para conectarse con los diferentes sectores sociales, para estructurar sus programas educativos, sus estrategias de inserción social y cómo asumen su responsabilidad frente a las necesidades educativas actuales.

Aquél que se conforme solamente con criticar a la escuela, a los maestros y al sistema educativo, está viendo solo la superficie de un problema de gran profundidad e incluso época, que no es tan fácil de enfrentar, ni depende solamente de un asunto de buena voluntad, de una política educativa tradicional, ni mucho menos de un asunto de reformas educativas verticales o de proyectos de innovación puntuales que luego no pueden impactar a todo el sistema educativo. Tampoco de reformas educativas que podrían ser trasplantadas de un país a otro porque no se relacionan con el ser y el sentir de los grupos sociales a quienes van dirigidas (Torres, 2000).

La política cultural se refiere también a los recursos que empleamos para oponernos a las relaciones establecidas, para defender formas antihegemónicas que ya existen o para implantar nuevas. De hecho, dice el autor, el currículo nunca es un "mero agregado neutral de conocimientos que aprende de algún modo en los textos y aulas de una nación. Forma parte siempre de una tradición selectiva, de la selección de alguien, de alguna visión de grupo con respecto al conocimiento que se considera legítimo. Se produce a partir de conflictos, tensiones y compromisos culturales, políticos y económicos que organizan y desorganizan un pueblo." (Apple, 1996)

2.5 El vínculo entre educación y cultura

Las políticas culturales y educativas, usualmente están bajo la responsabilidad de dos organismos gubernamentales distintos. Estos se han mantenido bajo diálogos intermitentes y en no pocas ocasiones más bien coyunturales. Esencialmente marchan por caminos paralelos que de vez en cuando se juntan, a pesar de que la naturaleza de su quehacer los hace insolubles.

Con independencia de las condiciones jerárquicas y legales, mantenerse ahora bajo esa misma lógica de caminos intermitentes o paralelos pone en riesgo el futuro de estudiantes a quienes les resultará difícil insertarse en un mundo rodeado por la incertidumbre, la fragmentación, la diversidad cultural y para quienes, las exigencias de creatividad, adaptación al cambio y a los ambientes inestables que vivimos, pueden volverse inalcanzables.

Pero la vinculación educación cultura no puede entenderse como un asunto administrativo o siquiera presupuestal. Aún en países donde el sector cultural todavía depende del educativo, esta vinculación se produce de manera espontánea, porque todo sistema educativo está orientado bajo la lógica de diversas concepciones y prácticas culturales, muchas de ellas impuestas por el mercado, pero no está resuelta en términos de proyecto educativo en perspectiva de desarrollo humano, donde la educación tiene que ver “con la complejidad de las decisiones tomadas en la más estricta intimidad” como diría la filósofa Eulalia Bosh (Bosh,2003), y más bien se le confunde con la escolarización.

Cultura es contexto, elemento articulador y espacio de construcción de los sujetos de la enseñanza aprendizaje. El replanteamiento de la vinculación educación cultura no se resolverá si se enfoca solo como un asunto de coordinación institucional, si bien ésta es una condición indispensable.

Se trata más bien de romper las fronteras absurdas que han contribuido a separar lo que en la realidad no está separado, como ha sucedido en otras dicotomías que creó la modernidad productivista. En última instancia, la educación forma parte y se inserta en un sistema cultural. Sin embargo, la creación y funcionamiento de los sistemas educativos requiere de reglas y mecanismos de regulación específicos que no siempre pueden o intentan ser armónicos con las que rigen el sistema cultural.

El sector cultural ha impulsado sobre todo la formación artística de la ciudadanía a partir de esquemas de educación llamada no formal, lo cual no quiere decir que no esté estructurada. Sin embargo, los alcances de dichos programas no son suficientes para alcanzar a la mayoría de la población. Usualmente son una minoría quienes tienen acceso al conocimiento, apropiación y aprovechamiento de los lenguajes artísticos, mientras los sistemas educativos llevan un par de décadas en la búsqueda de cómo incorporar la educación artística a los currículos.

Los museos, centros culturales y espacios institucionales dedicados a las artes y al patrimonio han incrementado sus esfuerzos educativos, sobre todo a partir de que sus públicos han mostrado una tendencia hacia la disminución. Entonces nacen los servicios educativos y se estructuran propuestas pedagógicas que buscan “sensibilizar” y brindar espacios para lo que se ha llamado “formación de públicos”.

Sin embargo, aún para hacerse partícipe de dichos programas de sensibilización artística o patrimonial, se requiere tener antes la disposición de concurrir y de relacionarse con dicha posibilidad como práctica cultural. Lo más frecuente es que se busque el vínculo con las escuelas y que éstas promuevan las visitas de los estudiantes, para que vivan la experiencia del museo o del centro cultural.

Es indudable que se ha avanzado mucho en el diseño de metodologías y estrategias de acercamiento de los escolares a los centros artísticos o los museos y que éstos tienen en esas visitas una oportunidad para vivir la experiencia del arte o del patrimonio. Sin embargo, también sabemos que existen muchos obstáculos y mediaciones para lograr que finalmente, una minoría de jóvenes conviertan dichos espacios especializados en elementos cotidianos de sus prácticas culturales. Los usos que los niños y adolescentes hacen de dichos equipamientos, pueden incluso no relacionarse para nada con las expectativas de curadores, mediadores, maestros y otras figuras que intervienen desde muy diversas posturas en la concreción de la experiencia en esos espacios.

El que existan escasos y intermitentes vínculos sociales de las infraestructuras culturales no quiere decir que los niños, niñas y niñas no vivan el mundo cultural o específicamente estético. Lo viven y en una intensidad que posiblemente ninguna otra generación haya experimentado, dado que sus narrativas, estructuras dramáticas, su ortografía y sus nuevos hábitos de lectura y escritura, están en relación con la televisión, el Internet, la calle, el antro, el Chat, los videojuegos, el uso de la foto por el celular, la familia cada vez más fragmentada, los cómics, el cine, con las pantallas de todo tipo, con las músicas electrónicas bajadas del Internet, legal o ilegalmente, o bien con la que escuchan en la radio o compran en el mercado pirata de música o video.

Cuando los niños leen ahora utilizan nuevos dispositivos que entran en relación con lo simultáneo, lo hipertextual y lo fragmentado de los videojuegos y las computadoras. Cuando leen un libro, les cuesta ir de izquierda a derecha, de línea en línea, de arriba hacia abajo y mantener la vista fija durante largos minutos. Están al pendiente en lo que ocurre a su alrededor, les cuesta trabajo concentrarse y saber dónde se respira y cómo dar sentido a los silencios que median entre una coma, un punto y un punto y coma. Hace falta ritmo y cadencia en la lectura.

Su cultura visual está saturada por la publicidad, el cine, la televisión y la animación, el mundo Disney, el graffiti y otros elementos que los envuelven de

manera cotidiana, considerándolos como parte de un mercado de consumo que deja muchos millones de dólares en los bolsillos de quienes los producen.

No hay nada más importante para un adolescente y un joven que la música. La vinculación entre música, juventud y tecnología es tan profunda, que prácticamente ésta ha impulsado el mercado de dispositivos para almacenarla, transportarla, compartirla y transmitirla. Sin embargo, las formaciones musicales que reciben en sus escuelas se vincula en muchos casos, con la música del período clásico europeo, con la flauta dulce y con clases de solfeo que martirizan a muchos, a causa de los métodos decimonónicos de enseñanza que todavía están en boga en ciertos lugares.

Culturalmente, hasta el uso de las matemáticas han cambiado porque han dejado de presentarse de manera tan natural en la vida cotidiana. Antes, si un niño iba a comprar las tortillas, tenía que saber hacer sumas, retas y una que otra conversión de fracciones para saber cuánto tiene que pagar si le encargaban un kilo y medio o si solo le alcanzaba para $\frac{3}{4}$ de kilo. Ahora, la báscula es digital y dice el peso y el precio. Nos hemos vuelto muy dependientes de los artefactos tecnológicos y ya no sabemos qué procesos están detrás de su funcionamiento. Lo mismo ocurre con la física y con la química, culturalmente nos hemos alejado de cuestiones básicas que explican el funcionamiento del mundo, de la naturaleza.

Los niños de la película *La Calle*, preguntan a su profesor, porqué tienen que aprender el presente pasado pluscuamperfecto, si en realidad, ya nadie habla así. He platicado con adolescentes que dicen que las vocales no sirven de gran cosa, salvo cuando tienen que escribir para la escuela, porque para chatear y mandar mensajes por celular, no se necesitan, han creado lenguajes abreviados que mezclan letras, símbolos y colores. El alfabeto lo reservan para las tareas.

Las estadísticas de públicos de instituciones de cultura o de arte, en la mayoría de las ciudades, ponen de manifiesto la existencia de circuitos que requieren de la ruptura de los círculos concéntricos en los que se mueven las prácticas artísticas consagradas por el siglo XX.

Los espacios y las estrategias emergentes, que convocan a los jóvenes y a los sectores que tradicionalmente no se relacionan con estas experiencias, suelen acudir a lo tradicional, a lo interdisciplinario, a las estrategias denominadas transversales y a cuestiones donde se alude al cuerpo, a la tecnología o lo efímero.

El vínculo entre educación y cultura, entonces supone un replanteamiento de tipo epistemológico, filosófico, ético, estético y cognitivo en relación tanto con el quehacer de los sistemas educativos, especialmente en el espacio social del aula y del encuentro maestro-alumno, así como en los ámbitos no formales. Supone enfocar las formas como se expresan e impactan los nuevos analfabetismos estéticos y digitales que mantienen en condiciones de exclusión a millones de

niños y jóvenes. Subraya la necesidad de que los centros culturales se replanteen su carácter formativo, el tipo de oferta cultural que se ofrece a los jóvenes y también la importancia de iniciativas como Ciudad Educadora, los programas de divulgación de la ciencia, etc.

Igualmente, entrañan un replanteamiento de los conocimientos, saberes y experiencias que la escuela debe propiciar, el perfil de los docentes como tema estratégico, así como el papel que juegan las instituciones culturales y artísticas en este contexto de cambio cultural.

Las políticas artísticas desvinculadas del mundo de lo social y de lo educativo podrán seguir existiendo, pero el endurecimiento de la sociedad, el aislamiento y la forma en que cobrará su cuota podremos esperarla en términos de fragmentación, crecimiento de la violencia, la falta de cohesión social, de solidaridad y capacidad de entender a los otros. Las formas en que los jóvenes usan el tiempo libre y aún el de sus fines de semana, se relaciona con las posibilidades de aprovechamiento escolar y con las estéticas en las que construyen sus repertorios culturales.

La educación y la cultura no son responsables de sistemas económicos que crean desempleo, exclusión, marginación y opulencia al mismo tiempo, es decir, no tienen que curar los males que han creado concepciones de modernidad utilitaria ni las inequidades del neoliberalismo, pero sí tienen el enorme reto de enseñar a pensar, a sentir, a convivir y a compartir el espacio diverso de un mundo interconectado y plagado de información, frene a la cual los niños, niñas, adolescentes y jóvenes se puedan relacionar de manera diferente, bajo herramientas cognitivas, afectivas, estéticas y éticas que les permita leer, escribir y construir la palabra esperanza, entre otras muchas. Y sí, también ejercer su derecho a la felicidad, dentro y fuera del aula. Se trata de aprender a elegir, a analizar, a decidir, a convivir y a disfrutar, a vincular el saber y el sentir.

III. INSTITUCIONALIDAD Y ECONOMÍA DE LA CULTURA: INTEGRACIÓN Y GLOBALIZACIÓN EN AL

3.1 Crisis de la institucionalidad de la cultura en América Latina

La actual organización de la institucionalidad de la cultura en América Latina expresa todavía el predominio de concepciones tradicionales en torno a la cultura y el papel del Estado en el sector.

La mayoría de los países latinoamericanos heredaron de Europa una idea de la cultura que comprendía y abarca hasta la fecha el patrimonio cultural, las bibliotecas, la lectura, las llamadas bellas artes y la difusión de los bienes y servicios destinados a la población, es decir, las actividades tradicionales propias de una idea de cultura ligada a la “alta cultura”, al patrimonio edificado y a la postura de “llevar” la cultura hacia sectores “carentes de ella”.

El tejido institucional de nuestros días se basó, en gran medida, en una idea de Nación y de cultura predominante en el siglo XIX, la cual consideró la búsqueda de homogeneidad y la preservación de la identidad como los principales cometidos del Estado en el proceso de construcción de las naciones.

El proceso colonial y la modernidad, en realidad crearon una gran diversidad de culturas, fruto del mestizaje y de la resistencia de las poblaciones originarias, indígenas, afrodescendientes y migrantes. Sin embargo, en la mayoría de los casos se conformaron Estados nacionales basados en una falsa idea de unidad cultural.

A pesar de que durante el siglo XIX se conformaron algunas instituciones culturales relacionadas con la música, a través de algunos Conservatorios, o bien abocadas a la literatura, en realidad puede afirmarse que en América Latina, la estructuración de la institucionalidad de la cultura como instancias más o menos autónomas es muy reciente, ya que en la mayoría de los casos ésta se había subordinado al ámbito educativo, como de hecho todavía funciona en algunos casos.

En América Latina, todo el siglo XX fue de estructuración de la institucionalidad contemporánea de la cultura. Se instituyó a partir de la creación de un gran entramado de organismos y dependencias culturales de carácter central, concebidas como entidades normativas, rectoras y operativas de la dinámica cultural, siguiendo el modelo europeo francés y español, en donde el Estado sería la entidad responsable fundamental del quehacer cultural, a diferencia de los sistemas institucionales de la cultura anglosajones que cedieron la iniciativa a las entidades privadas y a las comunidades.

Mientras en América Latina se crearon ministerios, secretarías e institutos de cultura, cuya operación depende de las asignaciones de recursos fiscales propios de una política económica determinada, en los Estados Unidos, por ejemplo, se

optó por no crear una instancia centralizada que regule las políticas culturales de todo el país, sino más bien un fuerte sistema de estímulos a la inversión privada y una legislación que faculta a cada una de las entidades para desarrollar estrategias propias descentralizadas y una organización de carácter empresarial y comunitario.

En los países bajos, la institucionalidad de la cultura cuenta con instancias de educación, de la cual dependen los organismos culturales, los cuales no son entidades gubernamentales que operan directamente las actividades culturales, sino que se encargan de realizar tareas de mediación entre los organismos de la sociedad civil y el campo artístico o cultural. Tal es el caso de Holanda, por ejemplo, donde el sector cultural está integrado por una intensa red de asociaciones civiles conducidas por creadores, promotores, investigadores, gestores culturales, las cuales reciben financiamientos del Estado a cuatro años, previo desarrollo de un plan estratégico para cuya elaboración pueden recibir asesoría estatal.

Estas instancias cumplen la función de vínculo con los grupos sociales a nivel territorial, mientras que un Consejo para la Cultura y las Artes, integrado por individuos, por personalidades con peso en el ámbito cultural, les brinda asesoría de gestión y realiza la evaluación. Las entidades culturales que pertenecen al ámbito público gozan de autonomía o bien se vinculan con la organización descentralizada a nivel regional o de ciudad. La existencia de entidades centralizadas en América Latina, si bien permitió la estructuración de políticas nacionales, también planteó a los diferentes países retos de desarrollo cultural de los municipios, los territorios y la comunidades, a la vez que la actual necesidad de búsqueda de nuevas estrategias de financiamiento y de participación social y comunitario.

3.2 El sentido de las instituciones

Durante todo el siglo XX, la función de la política cultural y de las instituciones culturales privilegió la preservación y el ser garante de la "identidad cultural", asumiendo que se trataba de una identidad nacional homogénea que debía ser preservada y cuidada.

Este cometido dio lugar a la creación de una tupida red de entidades que se harían cargo directamente de la gestión, investigación, promoción, difusión y auspicio a la creación artística profesional, del patrimonio, las agrupaciones artísticas, las bibliotecas, las escuelas de arte, los museos y teatros, entre otras infraestructuras. Este entramado entró en crisis a partir de la década de los 90 y continúa ahora bajo un estrés de operación y de definición, debido a que su estructuración se hizo previa a la etapa actual de globalización, privatización del sector cultural y debilitamiento del Estado no sólo en la cultura, sino en diversos campos. El estudio *Identificación y análisis de la Institucionalidad Cultural Nacional en los países de América Latina*, realizado por Alejandro Sánchez López de Mesa, para el CAB apunta hacia un elemento central que debiera ganar la

atención no sólo de las políticas culturales en América Latina, sino de las instancias decisivas de lo público en nuestros países. Me refiero a la debilidad de la institucionalización de la cultura en esta región.

Estamos frente a una aparente contradicción: mientras América Latina es una de las regiones del mundo con mayor diversidad y riqueza cultural, la institucionalidad de la cultura se distingue por su debilidad, su inestabilidad y por la falta de peso en las estructuras de gobierno, lo que nos coloca en una circunstancia de marginalidad frente al mundo global que impulsa políticas e inversiones agresivas en el sector emergente de la cultura.

Sin embargo, es aparente, porque la juventud y el replanteamiento que actualmente hacen la mayoría de los ministerios, institutos y consejos de cultura en AL, abre posibilidades de un replanteamiento que le permita responder a las exigencias del siglo XXI. En este sentido, la revisión de la institucionalidad de la cultura en América Latina se convierte en una tarea estratégica que requiere de la mayor responsabilidad para con la tradición, pero al mismo tiempo, una visión estratégica de mediano y largo plazo.

En muchos de los países, la reforma del Estado, ha pasado tangencialmente al sector cultural debido por un lado a lo reciente de su autonomía frente al sector educativo, en los casos en que la ha alcanzado, y por el otro, dado que la comprensión de la importancia de la cultura como recurso para el desarrollo y es también reciente.

...hemos de reconocer que el modelo institucional en el que se fincan las políticas públicas de principios de siglo XXI, ya no se corresponde con las necesidades de la cultura y de la sociedad que le da vida. Este ha conducido a "la aceleración de múltiples desencuentros entre el Estado y sectores de artistas e intelectuales, al aislamiento de la oferta cultural respecto de la ciudadanía, a la centralización excesiva en la toma de decisiones y al surgimiento de una economía de sobrevivencia entre instituciones y sectores artístico.

Sin negar los avances alcanzados en estas dos décadas, ni las enormes tareas que cumplen las instituciones, necesitamos reconocer que las bases conceptuales y las visiones en las que descansa la estructura institucional ya no responden al potencial artístico (y cultural) ni a las necesidades actuales. (Sánchez López de Mesa, 2007)

No se trata de abonar a favor del retiro del Estado de la cultura, ni tampoco de promover una postura de desvalorización o invalidación institucional, ni de negar los logros históricos que muchas de esas instancias han alcanzado, incluso bajo condiciones adversas, sino más bien de impulsar un proceso de reflexión orientado hacia su reestructuración o reorientación responsable, paulatina, derivada sobre todo, de la creación de un nuevo consenso en torno a cuál es el papel del Estado y qué debieran hacer entonces las instituciones culturales en sector, bajo qué estructura y con qué recursos jurídicos a su lado.

Lo que sí necesitamos reconocer es que el desgaste que viven los promotores y aún funcionarios culturales en estas instancias es fuerte y no sólo no contribuye a la salud del sistema cultural, sino que incluso impide ir más allá, distinguir las

urgencias de lo prioritario y obliga a cargar con fardos burocráticos que a estas alturas no sirven de mucho. Muchas veces tienen que sustituir por el esfuerzo personal, lo que la institución no puede garantizar.

Mientras las organizaciones en el mundo avanzan en su sentido de ligereza, flexibilidad en la gestión y formas de trabajo mucho más horizontal, por cooperación y con muy diversos niveles de autonomía, la institucionalidad de la cultura en América Latina descansa en formas de organización centralizadas, piramidales, rígidas y altamente normadas, difíciles de percibir y de interactuar para el ciudadano común y aún para el sector artístico. En ocasiones, esta falta de vinculación social se expresa en esquemas rígidos que no se pueden adaptar fácilmente al cambio.

3.3 Las transformaciones y los retos de la institucionalidad de la cultura

El estudio del CAB avanza en la descripción del complejo entramado institucional de cada país, en un intento por caracterizar los sistemas nacionales de cultura, así como de sus ordenamientos jurídicos.

La sola recopilación de la gran cadena de instituciones que atienden cada uno de los aspectos del sector cultural, brinda elementos para el análisis del escenario en el cual se mueven las políticas culturales, los vínculos con los sectores creativos y la materialización de programas, proyectos, bienes y servicios culturales dirigidos hacia la población. Igualmente, es posible advertir cuáles siguen siendo las prioridades de dichas instituciones.

Un cuadro elaborado en este estudio permite advertir la forma en que se han conformado las instituciones centrales de la cultura en América Latina, a partir de sucesivas fusiones, separaciones y reestructuraciones que abarcan en algunos casos hasta tres décadas. En la mayoría de los casos se terminó creando ministerios o instancias colegidas, como en el caso de Chile, pero que igualmente tiene rango ministerial, con excepción de México, Perú, Bolivia y El Salvador. Panamá y Uruguay discuten actualmente la figura que sustituirá a sus actuales estructuras.

Sin embargo, aún el caso de instituciones que expresan una cierta estabilidad, Sánchez López subraya el hecho de que no necesariamente ello se traduce en coherencia en las atribuciones o competencias en materia de política cultural.

Reformas Recientes a la Institucionalidad Cultural En América Latina

Argentina	Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación	Fue incluida en el ámbito de la presidencia en 1996, mediante el decreto 454. Tan sólo tres años después, se le fusionó con la Secretaría de Prensa y Difusión y un año más tarde su estructura organizativa sería modificada por el decreto 402 de 2000, que creó la subsecretaría de cultura. En 2001, el decreto 1466 de 2000 creó el Ministerio de Turismo, Cultura y Deporte, cuya estructura sería modificada en un par de oportunidades. Finalmente, en 2001, el decreto 355 de 2002, que reestructura el Ejecutivo, crea la Secretaría de cultura y define una estructura básica.
Bolivia	Viceministerio de desarrollo de las Culturas	Creado en 1997
Brasil	Ministerio de la Cultura	En 2006, el decreto 5.711 reorganiza la Estructura del Ministerio, eliminando instituciones como la Secretaría de Música y Artes Escénicas de Brasil, la Secretaría del Libro y la Lectura y la Secretaría de Patrimonio.
Chile	Consejo Nacional de la Cultura y Las Artes	En 1998 se presentó un proyecto de ley que creaba la Dirección Nacional de Cultura. El proyecto, modificado por el ejecutivo, culminó su tránsito legislativo en 2003 con la creación del Consejo Nacional de la Cultura y Las Artes
Colombia	Ministerio de Cultura	El Ministerio de la Cultura es creado en 1998. En 2003 enfrentó reformas significativas en su estructura y Funciones. En 2007 el Congreso otorgó facultades extraordinarias al ejecutivo para modificar varias de sus entidades adscritas. el ICANH, el Instituto Caro y Cuervo, la Dirección de Patrimonio y la naturaleza jurídica del Museo Nacional.
El Salvador	Consejo Nacional para la Cultura y el Arte de El Salvador (CONCULTURA)	CONCULTURA fue creado por decreto ejecutivo en 1991. Absorbió la mayor parte de la estructura del antiguo Ministerio de Cultura y Comunicaciones. El Decreto Ejecutivo 92 del 23 de Septiembre de 2005 modificó radicalmente su estructura y funciones.
Guatemala	Ministerio de Cultura y Deportes	En 1995 el Gobierno de la República de Guatemala y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca suscribieron el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, donde se identificará la necesidad de modernizar la Institucionalidad Cultural en atención a nuevos objetivos. El Acuerdo Gubernativo Número 354-2001 de 2001 modifica el Reglamento Orgánico Interno del Ministerio de Cultura y Deportes.
México	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA)	Creado en 1989 a través de un decreto gubernamental, enfrentó una Reforma profunda en 1994, así como reformas puntuales posteriores en su estructura y Funciones. Pese a su aparente estabilidad, sólo hasta 2004 fue presentado el proyecto de Ley para "legalizar" su existencia, dicha ley no fue aprobada.
Perú	Instituto Nacional de Cultura	Creado en 1971. El decreto supremo 034 de 2002, declaró al INC en proceso de reestructuración, con el propósito de modificar su estructura sin modificar sus funciones. Se conformó una Comisión de reestructuración que estableció un Nuevo Reglamento de Organización y Funciones fijado en el decreto N° 017 de 2003
República Dominicana	Secretaría de Estado de la Cultura	Sólo es creada en 2000, para centralizar un conjunto disperso de iniciativas estatales en materia cultural.
Uruguay	Dirección de Cultura del ministerio de Educación y Cultura	Experimenta en la actualidad un proceso de transformación que se espera conduzca a la creación de un organismo autónomo con rango ministerial. Como parte de este esfuerzo, la Dirección organizó en 2006 la Asamblea Nacional de Cultura.
Venezuela	Ministerio de Cultura	En 1999, la reforma constitucional hizo del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), entidad establecida en 1975, un organismo del recién creado viceministerio de Cultura, en el Ministerio de Educación. En 2005, el decreto 3.464 creó el Ministerio de Cultura, que mantiene al CONAC como entidad con menos atribuciones, competencias y recursos.

Las Más Estables

Costa Rica	Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes de Costa Rica	Creado por la Ley No. 4788 del 5 de julio de 1971
Cuba	Ministerio de Cultura	La Reforma Constitucional de 1976 creó el Ministerio de Cultura, que reemplazó al Consejo Nacional de Cultura creado en 1961.
Panamá	Instituto Nacional de Cultura	Creado mediante el decreto ley 63 del 6 de junio de 1974. Sólo hasta 1995 obtuvo una sede propia.
Ecuador	Ministerio de Cultura	Pese a la estabilidad Institucional, existe dispersión normativa y un entramado complejo de atribuciones y competencias en materia de Política Cultural. Se acaba de crear el Ministerio de Cultura bajo el actual gobierno del Presidente Correa.

Cuadro elaborado por Sánchez López de Mesa. CAB, 2007. Agregado del negritas, Lucina Jiménez.

Siguiendo a Juan Luis Mejía, señala Sánchez López de Mesa que dichos organismos son fruto también de los intentos nacionales por contrarrestar la gran dispersión de instituciones creadas por los gobiernos durante la primera mitad del siglo pasado. En el caso de México, dicho esfuerzo se dio en los años 60, al crearse al interior de la Secretaría de Educación, la Subsecretaría de Cultura, la cual desapareció en 1989 para dar paso al actual Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, entidad que logró avances en diversos campos, pero el cual ha protagonizado un amplio debate en torno a su falta de estatuto jurídico, dado que fue creado por decreto presidencial (Sánchez López de Mesa, 2007).

El discurso de la democratización y el acceso a los bienes culturales y de la descentralización se convierte en el caballito de batalla de una política distribucionista, que si bien permite la ampliación de la cobertura, la creación de cierta infraestructura, tampoco pone mucha atención en el fortalecimiento de los vínculos sociales, ya que privilegia la función del Estado de dotar de elementos culturales a una parte de la sociedad que busca ser moderna, universal y "cult".

Las siguientes dos décadas, señala Sánchez Lopez de Mesa, son de cuestionamiento al modelo de desarrollo ajeno a la dimensión cultural. Bajo la influencia de los planteamientos primero de la Conferencia Mundial de Cultura de Venecia, en 1970, y luego del MundiaCult, realizado en México en 1982, las instituciones buscarán mayor visibilidad y nuevos retos. Es hasta ese momento en que se empieza a hablar propiamente de políticas culturales, de tal suerte que con anterioridad el concepto ni siquiera figuraba en el lenguaje institucional.

Durante esta nueva época se dotó la institucionalidad con contenidos nuevos; se formularon las primeras políticas culturales; los planes de desarrollo cultural; se comenzó a hablar del gestor cultural, a formarse las primeras escuelas del campo capaces de construir un puente entre cultura y desarrollo, como la Getulio Vargas en Brasil, el Centro Latinoamericano y del Caribe para el Desarrollo Cultural (clacdec) en Caracas y la Organización de Estados Americanos (OEA) en Washington. (Sánchez López de Mesa, 2007).

La crisis de fines de los ochenta encontró a las instituciones culturales en un proceso de debilitamiento de lo público y ante los primeros barruntos de ascenso de la privatización. La contundencia de la globalización se hace presente y la

forma en que la reestructuración del Estado se aplica en la cultura consiste, en la mayoría de los casos, en la reducción del presupuesto, la desaparición de programas, el despido de personal y en otras acciones tendientes a reducir el tamaño del Estado.

La década perdida es tiempo para el surgimiento de movimientos sociales urbanos, de emergencia de la sociedad civil y de creación de iniciativas que exigen nuevos espacios dentro del apretado ambiente cultural regido sólo por el Estado, en la mayoría de los países, aunque también es cierto que en países como Brasil, Uruguay, Chile o Argentina, los movimientos ciudadanos adquirieron otra fisonomía debido al clima político.

El impacto de la crisis en los aparatos estatales y el surgimiento de los movimientos indígenas y populares que exigen otro tipo de inclusión en los proyectos nacionales y culturales, comienza a ser analizado por intelectuales y académicos que abren pautas para el análisis del sector cultural en sus diferentes dimensiones. Las constituciones se abren para incluir el reconocimiento de la pluralidad, aunque de facto, ni el patrimonio cultural inmaterial, ni la memoria histórica, ni las lenguas indígenas son reconocidos o se vuelvan sujeto de política pública en lo inmediato.

Los años 90 inician el debate sobre las autonomías y los derechos culturales de los pueblos indígenas. La contundencia de los medios de comunicación y la fuerza de su presencia en la vida cotidiana de millones de ciudadanos empieza a cuestionar y a poner en tensión la oferta tradicional de las instituciones culturales. Un gran repliegue de los públicos hacia los hogares y hacia los centros comerciales que se imponen como modelo del consumo son el escenario para que las instituciones culturales, apenas reagrupadas y bajo el intento de construcción de un nuevo discurso, se vean casi de inmediato interpeladas por una realidad que avanza, sin detenerse a ver si los organigramas de las instituciones se apiadan o no de una cultura en plena transformación.

La mundialización se afianza al tiempo que el Estado se debilita, el sector cultural empieza a manifestar en cierta medida, un aislamiento respecto a otros campos de la vida nacional, incluso respecto de los intereses de los ciudadanos, cada vez más entretenidos en el espectáculo mediático, mientras las instituciones culturales siguen trabajando para el escaso 10 ó 15 % de la población que ya tiene la práctica de vincularse con las ofertas del Estado y el resto no tiene condiciones o interés de ejercer sus derechos culturales. Las políticas institucionales se han estacionado en una época de la cual intentan salir para concluir una larga transición. Sin embargo, llevan ya más de diez años en el análisis y la reflexión, sin que se perciba, más allá de casos aislados, la contundencia de la transformación.

Para hablar de la institucionalidad de la cultura en América Latina, también es necesario ubicar una constante política fundamental, sin la cual no puede

entenderse el papel que la cultura ha jugado para los Estados latinoamericanos. Me refiero al tema de la democracia política.

Desde fines del siglo XIX, los diferentes países de América Latina vivieron el fenómeno de las dictaduras ya sea militares o de partido. Las sucesivas figuras políticas que buscaron la consolidación de poderes unívocos propiciaron, de un lado, el establecimiento de políticas de consenso en torno al modelo de desarrollo y la estructura política, o bien convirtieron el espacio cultural en un terreno de resistencia, debate intelectual y cuestionamiento político. En el primer caso, el vínculo del Estado con la intelectualidad y el mundo artístico avanzó en busca de legitimidad, mientras en el otro, la salida obligada fue el exilio.

El matiz llega a ser tan fuerte que en Brasil, por ejemplo, el término educación artística, está asociado a las políticas de la dictadura, por lo que en la actualidad se prefiere no utilizarlo.

Muchos de los integrantes de los movimientos intelectuales y los artistas que tuvieron que dejar sus países y asumir el exilio hicieron contribuciones importantes a las artes, las ciencias sociales y la literatura de los países que los acogieron.

Esa dimensión de lo político en el funcionamiento institucional ha sido en algunos casos el motor de muchas iniciativas de política pública que atienden más a los intereses de grupo o de personalidades con peso, de gremios con capacidad de negociación, que a las necesidades sociales. La capacidad de negociación y de "mantenimiento del orden", ha sido una de las encomiendas privilegiadas a los sectores culturales, a pesar de que lo que se necesita es precisamente transformar el caos que vive el sector cultural de América Latina, para darle otra racionalidad más vinculada al contexto mundial.

No tenemos todavía un consenso social en torno al papel del Estado y su expresión en torno a la configuración que debe adoptar la institucionalidad de la cultura en nuestros países. El debate entre estructurar un Ministerio, un Consejo o un Instituto continúa permeando el discurso de las comunidades artísticas e intelectuales.

La creación de los Ministerios convoca los miedos y precauciones de quienes han sido testigo o están familiarizados con las épocas estalinistas o de las dictaduras y su espíritu de aplanadoras culturales. Quienes se oponen refieren el crecimiento de la burocracia y las decisiones unipersonales de un ministro que puede operar como otro dictador.

Si bien dichos riesgos son reales, puesto que la historia ha puesto en evidencia esos males, la verdad es que la burocracia ya existe y los poderes unipersonales, no precisamente dictatoriales, ya están dispersos en el accionar de las entidades culturales, dada la falta de estructuración de normativas y estándares de política pública de Estado. Lo más común todavía, es que la llegada de un nuevo

funcionario a los cargos directivos venga acompañada de un fuerte complejo mesiánico que empezará por decir que lo que hizo su antecesor no sirve para nada, con la consiguiente obsesión de reinventar todo para darle su sello personal.

En el otro extremo, si el funcionario va de paso, no pertenece ni le interesa el sector cultural, o bien pertenece al sector cultural, pero no está familiarizado con el tema de las políticas culturales, en el mejor de los casos, se limitará a dar continuidad a lo que hizo su antecesor, con la consiguiente pérdida de tiempo para todos.

Del otro lado, se discute entonces si es mejor crear un Consejo y aquí la disyuntiva es si lo hacemos depender del sector educativo y entonces no tiene autonomía ni capacidad de negociación legislativa, o bien si se le otorga tanta autonomía que termina como una entidad descentralizada pero sin formar parte del gabinete.

Ejemplo de esa nueva institucionalidad son las experiencias de Chile, Colombia, Ecuador y también Panamá, países que se han formulado un serio replanteamiento de su sentido y estructuración. Colombia y Ecuador estructuraron ministerios, a pesar de la oposición de los intelectuales en el primer caso, dados los temores mencionados, que son los mismos que se han sostenido en el debate mexicano.

En el caso de Ecuador la experiencia es muy reciente.

Cuando algunos pensábamos solicitar la declaratoria de emergencia para el sector cultural, el gobierno del Presidente Correa, decretó la creación del Ministerio de Cultura, el 15 de enero de 2007. A partir de ese acto, la cultura tiene presencia en el Gabinete Presidencial y el desarrollo cultural, se ha convertido en un objetivo específico del gobierno. (De la Torre, 2007)

En Chile se dio paso a la creación de un Consejo para la Cultura y las Artes, que tiene rango de ministerio, cuenta con una estructura de decisiones colegiado. Su organización incluye una práctica de participación municipal muy fuerte, fruto de la trayectoria de construcción democrática, luego de la dictadura de Pinochet.

El caso de México es paradigmático porque a pesar de contar con una larga tradición del Estado en la cultura, su estructura institucional enfrenta serias contradicciones en el terreno jurídico y hasta la fecha no se ha logrado crear consenso social respecto a qué es lo más conducente.

La solución Chilena parece la más equilibrada. Un Consejo que tiene realmente capacidad de construcción colegiada y descentralizada de la política pública, pero que tiene rango ministerial y por lo tanto tiene facultades suficientes para emprender tareas de corte legislativo.

Ciertamente las instituciones culturales en América Latina son relativamente jóvenes y están en proceso de transformación, lo cual sin duda alguna influirá en la definición de sus nuevos cometidos. Sin embargo, no habría que perder de vista que necesitamos políticas culturales de Estado, capaces de defender ciertos mínimos de política pública, de tal suerte que operen con independencia de quién dirige las instituciones o las ideologías de los partidos y gobernantes en turno.

El entramado institucional de la cultura en América Latina presenta rasgos que expresan tensiones comunes:

1. Fuerte dependencia del poder ejecutivo, y a veces abiertamente personalizada de la figura presidencial o ministerial, al tratarse de Ministerios, Consejos o Direcciones Generales constituidas durante la primera mitad del siglo XX.
2. Tendencia a crear instituciones, organismos o dependencias para atender cada rama de la cultura, (patrimonio, educación, artes, etc.), lo cual conlleva a una fragmentación de la práctica institucional.
3. Ámbitos de atención ligados a una visión de sociedad nacional, construcción de Nación, y orientaciones menos firmes vinculadas al desarrollo regional, al cual se le reconoce autonomía, pero que no siempre opera.
4. Salvo casos como Brasil, Uruguay, Chile o Argentina, poca vinculación con el sector privado y escasa incidencia en los mercados artísticos y de consumo cultural.
5. Privilegio al financiamiento a la producción y la creación artística, en detrimento de la distribución, la circulación y el desarrollo de nuevos públicos.
6. Concentración de su atención en un sector minoritario de la sociedad, mientras la gran mayoría vive al margen de los bienes y servicios culturales, y como presa del analfabetismo estético, dada la ausencia de educación artística en el sistema educativo y la debilidad de las opciones no formales.
7. Fuentes de financiamiento básicamente orientadas hacia el subsidio, aunque se vive una tendencia de búsqueda de nuevos esquemas y fuentes, especialmente para las industrias culturales y las artes.
8. Desvinculación de los sistemas educativos, aún dependiendo de ellos, dado que ambos operan bajo lógicas y prioridades diferentes. Desvinculación de otras políticas de desarrollo.

9. Escasa claridad de la forma como un ciudadano común puede participar o proponer alguna medida de política pública o bien interactuar con las instituciones, salvo en su calidad de comprador de boletos para espectáculos.
10. Ausencia de indicadores apropiados de evaluación y desempeño no solo profesional, sino de los propios programas y la gestión.

Las instituciones culturales en América Latina viven a varios fuegos y bajo las condiciones actuales difícilmente tendrán los recursos y la infraestructura para atender tantos frentes:

- 1) Una demanda abierta que abarca a toda la población (millones de ciudadanos), atención a todos los niveles de gobierno y de organización urbana y rural: a todas las entidades, provincias, regiones o municipios, las ciudades, los pueblos y las comunidades indígenas. Sectores a los que obviamente no puede atender más que en un sentido declarativo y de buen propósito de gobierno.
- 2) Demandas de atención de programas culturales para otros sectores. Conforme se avanza en una visión transversal de la cultura y se vinculan programas y acciones con otras instancias, las instituciones culturales deben atender servicios culturales en reclusorios, hospitales, asilos, casa de cuna, guarderías, etc. Igualmente, las demandas de información, de indicadores cuantitativos que evalúan su desempeño, elaborados bajo parámetros que no necesariamente se derivan de una necesidad propia del sector mismo.
- 3) Las demandas de los artistas de todas las disciplinas, las cuales ponen en cuestionamiento la capacidad financiera de las instituciones, frente a la expansión del trabajo artístico, sobre todo cuando no se ha establecido un sistema jurídico de incentivos a la cultura y en cambio se han dado becas de creación durante muchos años, incrementándose la obra artística que busca lugar de exhibición, aunque no necesariamente tenga público.
- 4) Infraestructuras creadas, en términos generales, a principios del siglo XX, cuando no a fines del XIX, cuyo mantenimiento, atención, aprovechamiento y usufructo reclaman de nuevas visiones y de recursos de los cuales no disponen en cuantías suficientes, dado que no se suele tener una cultura de previsión del mantenimiento.
- 5) Han sido atendidas por gestores, promotores, museógrafos, bibliotecarios, artistas, educadores y otros perfiles profesionales empíricos o derivados de formaciones académicas especializadas, solo en los niveles operativos. Con importantes excepciones, los cargos directivos de alto nivel suelen ser sujeto de prácticas tradicionales de designación de personas ajenas al campo, lo cual retrasa el desarrollo del sector en términos de desarrollo

sustentable. Hace falta profesionalizar los ámbitos directivos de alto nivel, sin que ello signifique burocratizar o aún academizar el sector. Sin embargo, conforme la institucionalidad de la cultura va reclamando mayores cambios, los perfiles profesionales de los gestores tanto de los niveles de apoyo como los de las altas jerarquías reclaman de conocimientos y competencias cada vez más exigentes.

3.4 Las nuevas competencias del Estado

La transformación de las instituciones culturales en América Latina, requiere de criterios que permitan el fortalecimiento del sector cultural para actuar en el contexto global y regional de iberoamérica. Esa es una condición básica para avanzar en la integración latinoamericana a partir de la cultura.

En ese sentido, conviene el análisis del papel del Estado en la creación, producción, distribución, circulación y disfrute de los bienes y servicios culturales, también del rol que ha de jugar en relación con el mercado privado del entretenimiento, de la inversión privada, en el impulso a las industrias culturales, en el resarcimiento de los agravios que han sufrido las culturas y grupos originarios, en la preservación, cuidado y aprovechamiento del patrimonio cultural inmaterial, así como en relación con las iniciativas civiles y la participación social.

En otras palabras, la organización de la institucionalidad de la cultura supone una redefinición del campo cultural, del lugar del Estado y de las facultades que requiere tener el órgano rector de la cultura, a fin de poder reorientar el quehacer de las actuales instituciones y cómo se puede pensar su futuro inmediato y de largo aliento.

Si a principios del siglo XX el Estado se pensó como impulsor de la nacionalidad, de la homogeneidad, como salvaguarda de lo nacional y como protector de una identidad cultural nacional, como promotor principal del quehacer cultural, como patrón, creador, productor, distribuidor, investigador, etc.; hoy, luego de varias décadas de globalización, en plena expansión de fronteras y de procesos culturales híbridos y ampliamente ligados a la revolución tecnológica que ponen de relevancia la comunicación, las industrias culturales y la del espectáculo, ante el surgimiento de movimientos culturales juveniles, étnicos, de género; ante la explosión de iniciativas sociales que reclaman mayores márgenes de actuación, lo sensato sería pensar que el Estado no tiene que encargarse más de la identidad cultural, ni de la homogeneidad, por demás imposible, sino más bien de crear puentes, ser facilitador, regulador del mercado, promotor de la inversión y generador de nichos ecológicos en donde puedan florecer la mayoría de las iniciativas autónomas y ciudadanas.

Ello no significa perder poder, ni tirar por la borda lo logrado, la transición hacia un nuevo Estado en la cultura reclamará un proceso graduado y responsable, pero al mismo tiempo abierto hacia la exploración de nuevas rutas que le den la posibilidad de actuar de manera efectiva y pertinente ante un mundo que reclama

de estructuras más flexibles para consolidar el liderazgo cultural que América Latina e Iberoamérica debieran tener a nivel mundial.

Si las posibilidades de la integración latinoamericana e iberoamericana tienen en la cultura uno de los elementos fundamentales para construir una nueva forma de cooperación que coloquen a nuestra región en un nuevo escenario mundial, el fortalecimiento del espacio público y la reconfiguración del sector cultural de cada país adquiere una nueva relevancia. El reto es hacerlo de cara a una sociedad diversa, exigente y a partir de posturas plurales, documentadas y éticas.

3.5 El valor de la cultura y la dimensión del sector cultural

Las actividades culturales conforman fenómenos de la mayor relevancia económica, ya que moviliza cuantiosos recursos, genera riqueza y empleo. El siglo XXI es uno de puesta en valor de los intangibles y de la cultura como sector que puede alimentar lo que ha dado en llamarse una economía creativa, la cual tiene su mayor auge en los países anglosajones, europeos y orientales.

Para que la cultura de América Latina se convierta en vértice de la integración regional, se requiere fortalecer sus bases de sustentabilidad. Sin embargo, la actual falta de comprensión, atención y visibilidad de la dimensión económica está conduciendo hacia una descapitalización del sector, ya que la cultura no ha ganado el peso debido dentro de las estructuras y estrategias económicas y de financiamiento de los gobiernos, mientras del otro lado, enfrenta una presión tremenda debido al incremento poblacional, la demanda de atención y servicios que crecen sin que las maneras de atenderlos hayan cambiado sustancialmente.

Lo más contradictorio es que algunos Ministerios de Cultura pueden recibir incluso más recursos, como ha sucedido en varios países, pero al no contarse con estrategias sustentables, y reducir la política pública de la cultura sólo a la distribución del presupuesto, entendido como gasto, en realidad no intervienen en las cadenas productivas de las diferentes áreas del arte y la cultura, con lo cual los recursos se pulverizan constantemente, sin que cambien las condiciones de desarrollo de cada campo artístico e incluso sin que puedan ampliar su cobertura hacia otros sectores de la población.

Los campos usuales de aplicación del gasto público suelen ser la creación de infraestructura, aún cuando no siempre se prevea el mantenimiento o incluso su uso social; la realización de festivales artísticos, la publicación de libros, la contratación de artistas y la investigación, el funcionamiento de las escuelas de arte, la conservación y protección de patrimonio edificado y si acaso, la investigación, documentación de ciertas manifestaciones de la cultura popular. Sin embargo, se desconocen las bases económicas y de sostenibilidad de muchos de esos y otros campos. Tampoco se asume que el Estado mismo participa del mercado.

Enfocar las relaciones entre economía y cultura no significa caer en una postura neoliberal, ni abandonar las visiones humanistas que han rodeado el discurso en torno a la cultura. Algunos artistas y sectores populares en América Latina e Iberoamérica aún no aceptan explorar este vínculo, influidos por una cierta ideología que rechaza la participación de la cultura en el mercado, así como por una legítima preocupación por el retiro del Estado de las funciones de rectoría y financiamiento de la cultura, así como por el crecimiento de la presencia de la iniciativa privada en ciertos campos de la cultura.

Sin embargo, no es exagerado decir que, de la comprensión y habilidad para enfocar este vínculo depende en gran medida la posibilidad de establecer los nuevos enfoques que se requieren de las políticas públicas de la cultura en nuestros países.

Los estudios de la economía de la cultura en América Latina son hasta cierto punto recientes. Aunque se inician en los años 60, en realidad no es sino hasta la década de los 80 cuando se empieza a subrayar las fases de creación, producción, distribución y consumo de los bienes y servicios culturales.

El reconocimiento social de la función económica de la cultura, las transformaciones en el Estado, la relevancia de la cuestión regional, los agudos problemas en su financiamiento y la escasez de información estadística sobre el tema llevarán a organismos internacionales y a algunas universidades de la región a dedicar significativos esfuerzos en la clarificación de las características de la economía cultural iberoamericana. Momento emblemático de estas preocupaciones es la creación, en noviembre de 1984 de la "Asociación para el Desarrollo y Difusión de la Economía de la Cultura", en Europa, con gran presencia de investigadores españoles. Si en las décadas anteriores el tema del financiamiento cultural formaba parte de las recomendaciones de las diferentes conferencias intergubernamentales, su concentración en ese espectro más extenso de la economía de la cultura enriquecerá tanto la investigación cultural como las distintas propuestas para asumir los desafíos del financiamiento cultural. (Sergio Zubiría Samper; Ignacio Abello Trujillo y Marta Tabares: 1998).

La Economía del Arte y la Cultura (Paul Rausell Köster y Salvador Carrasco Arroyo: 2003) tendrá entonces, entre sus temas más importantes aspectos como la intervención pública en la promoción y difusión de la cultura, el impacto económico de la cultura, el precio de los bienes artísticos, el funcionamiento de instituciones culturales como los museos, los teatros, las óperas, etc. las carreras profesionales de los artistas, el comportamiento de las industrias culturales (música, audiovisual, edición de textos), la relación entre cultura y desarrollo., etc.(Citados en Guzmán Cárdenas, 2005).

Explorar, comprender y desarrollar las relaciones entre economía y cultura abre la posibilidad de generar estrategias de mayor sostenibilidad de los procesos culturales y artísticos a través de emprendimientos micro o macro, alimentar con análisis y datos las negociaciones del presupuesto público asignado a la cultura; imaginar cómo dar mayor autonomía a la producción cinematográfica, fonográfica o audiovisual, o bien entender porqué los públicos han de convertirse no sólo en parte de la obra artística, sino también en variable fundamental para el desarrollo de estrategias de recaudación de fondos.

Sin embargo, depende de quienes trabajamos en el sector cultural que esta comprensión y este nuevo discurso no se convierta tampoco en un simple proceso de mercantilización, privatización o instrumentalización de la cultura para alcanzar fines económicos por sí mismos. En otras palabras, no se trata de subordinar la cultura a una racionalidad sólo económica, dejando de lado la dimensión ética y estética, sino de comprender cuál es su aporte económico al desarrollo y cuáles son las bases en las cuales descansa su sustentabilidad.

De entre todo el sector cultural, actualmente, las actividades relacionadas con las industrias culturales constituyen uno de los sectores más dinámicos de crecimiento y desarrollo a nivel mundial. Según el Ex Secretario de Hacienda de Colombia, en ese país, el aporte del 4.03% al PIB de las ramas editorial, fonográfica, cine, video, televisión, artes escénicas, artes visuales, publicidad, artesanías, revistas y prensa, en relación con el 2.5% del petróleo y la minería, en 1998 (Restrepo, 2001). En México, el estudio de Ernesto Piedras realizado fuera de los esquemas del CAB y más bien auspiciado por la Sociedad General de Autores y Escritores de México, señala que en 1998 el aporte de estos sectores al PIB fue de 6.7% (Piedras, 2004).

Uno de los impactos más fuertes de la globalización ha sido el desnudamiento de los vínculos de la cultura con la economía y, dicho de otro sentido, de las bases económicas de la cultura. De ahí que una de las contribuciones más importantes del Convenio Andrés Bello para América Latina y España haya sido el impulso a una serie de estudios orientados hacia la clarificación del aporte de la cultura a la economía de varios países latinoamericanos, su contribución al PIB, y la forma como se comportan algunos sectores específicos de las industrias culturales y el patrimonio intangible, proyectos realizados desde principios de los años 2000,

Varios países desarrollados trabajan intensamente en dicha exploración para derivar de ahí sus políticas nacionales e internacionales. En los Estados Unidos las industrias del copyright produjeron en el año 2000, la cantidad de 680 mil millones de dólares, correspondientes al 7.5% del PIB y dieron empleo para 7.6 millones de personas (Stolovich, 2002).

Pero en ese país no solo se ha estudiado la contribución del sector de las industrias culturales, sino también el patrimonio cultural, el conocimiento tradicional, los centros culturales, museos y las agrupaciones artísticas. Las actividades artísticas relacionadas con la danza, el teatro, la música, las orquestas, los centros culturales comunitarios o universitarios han sido revaloradas en los Estados Unidos, ya que generan 134 mil millones en actividad económica y apoyan la creación de 4.9 millones de empleos (American for the Arts, 2005).

Gracias a los estudios de *American for the Arts*, financiado por American Express, es que el sector cultural no lucrativo de la cultura (no relacionado con Hollywood ni con Broadway) en los Estados Unidos, ha sido revalorado al grado de ser fuente de información para negociaciones del National Endowment for the Arts,

instancia que logró un histórico 40% de crecimiento de su presupuesto 2008, gracias a los datos producidos respecto al aporte de ese sector a la economía.

La cultura se vincula a procesos de producción sofisticados, a esquemas de intercambio económico y comercial, dando lugar al desarrollo de mercados cada vez más complejos en los cuales participa el propio Estado cuando se convierte en productor, comercializador y distribuidor.

El impacto del desarrollo tecnológico en la cultura y en las prácticas culturales de millones de ciudadanos no sólo de América Latina, sino de todo el mundo, han hecho crecer la importancia de la economía de la cultura no sólo en tanto generador de productos, bienes y servicios, sino en tanto mercado de consumo que orienta y transforma a la vez las prácticas y hábitos culturales de los ciudadanos, sus imaginarios.

Su influencia en la vida cotidiana de los ciudadanos ha dado un gran peso al crecimiento de los medios de comunicación, las redes informáticas y digitales, a los videojuegos, a la industria del entretenimiento y a la del espectáculo.

Los mercados internacionales están cada vez más orientados hacia la explotación de dichos campos, en donde son unos cuantos conglomerados internacionales quienes dominan un mercado en ascenso. Las industrias audiovisuales, capaces de reproducir cualquiera de las otras formas y lenguajes artísticos y de distribuirlas de manera masiva, se convierten en un sector estratégico para los países desarrollados, pero también para los países en proceso de desarrollo, toda vez que su patrimonio cultural inmaterial se convierte en contenidos susceptibles de ser explotados comercialmente, no siempre con la participación o en beneficio de las comunidades creadoras de dichas culturas.

Estos instrumentos a la vez que son mercancías propiamente dichas, bienes que se compran, se venden, se exportan, se importan, es decir, que circulan en el mercado mundial, tienen también un componente cultural, al ser portadores de significados, imágenes, creencias, identidades, historias. Son por lo tanto bienes culturales con características de circulación económica cuyo tratamiento requiere de reglas específicas.

Paul Tolila, director del Departamento de Estudios Prospectivos de la Cultura en Francia, señala al respecto:

La aparición y el desarrollo de las industrias culturales (libro, música y película) hacen emerger una nueva lógica que consiste fundamentalmente en aplicar procedimientos industriales a los prototipos de la creación artística y cultural. Esta evolución ya presentida por W Benjamin desde 1935 (con opinión negativa), estudiada más tarde desde el ángulo ideológico y filosófico por los teóricos de la escuela de Frankfurt (Adorno, Orkheimer), constituye desde entonces un fenómeno de importancia crucial para los desafíos económicos que representa y para las interrogantes que plantea tanto a los medios culturales de la creación, como a las políticas públicas de la cultura (Tolila, 2007).

En realidad no únicamente las industrias culturales: cine, radio, televisión, publicidad, espectáculos, artesanías y otros productos entran al mercado, el patrimonio cultural enfrenta la presión de diversos usos y se entrelaza con la mercadotecnia, la publicidad, el turismo y otros ámbitos del desarrollo económico, a veces ante la impotencia de las instituciones culturales y el asombro de los grupos comunitarios.

Las agrupaciones artísticas, a la vez que ponen en juego su capacidad creativa y su valor simbólico, forman parte de un fuerte o debilitado mercado de las artes escénicas, todavía insuficientemente estudiado, mientras la acción de los Estados se da sin atender las debilidades o deficiencias de sus cadenas productivas.

Los propios lenguajes artísticos forman parte de un patrimonio cultural intangible que encierra valor no sólo simbólico y artístico, al contener la inversión económica y personal que entraña formar un bailarín, un actor, un compositor, un coreógrafo o un director de escena. Ellos son los creadores de lenguajes artísticos que constituyen uno de los más complejos capitales creativos de cualquier país.

La biodiversidad y el conocimiento tradicional ocupan renglones importantes en el interés de los conglomerados internacionales, convirtiéndose en valiosos insumos, capaces de producir grandes rendimientos, aún a costa de la depredación de los ecosistemas o de la subordinación de los grupos originarios y productores de dicho conocimiento, quienes terminan siendo expropiados de su memoria y sus recursos naturales.

Dada la preponderancia económica de lo intangible en la sociedad contemporánea, nuestras sociedades se enfrentan al reto de la puesta en valor del conocimiento, de la información, de la innovación y aún de la biodiversidad, mundos que en este momento representan partes del capital más valioso de cualquier sociedad.

¿A quién beneficia el aprovechamiento y aún la explotación de estos recursos? Ese es una de las grandes preguntas. Las respuestas dependen de las nuevas capacidades y competencias que se den al Estado, de trazar política pública alrededor de estos temas. A partir de los estudios que realizara el CAB, Chile estableció un programa de apoyo a la empresa cultural y abrió otros campos de investigación propios.

Pero no sólo las instituciones estatales tienen frente a sí este reto, lo comparten también los gestores culturales involucrados en las organizaciones no gubernamentales y en aún en las iniciativas artísticas, consideradas tradicionales, nuevas o alternativas, pues de la comprensión de la dimensión económica de los procesos artísticos pueden desprenderse nuevas estrategias no sólo de recaudación de fondos, sino de desarrollo estético a mediano y largo plazo. Una nueva brecha de innovación se abre frente a los temas de emprendurismo cultural y apoyo a las empresas creativas, industrias culturales o como se les quiera nombrar. La Unesco avanza en esa dirección también, en apoyo a la implantación

de programas de aplicación de la Convención sobre la Diversidad en las Expresiones Culturales.

Los gestores culturales, funcionarios, promotores y artistas solemos hablar mucho del sector cultural, pero a ciencia cierta, nadie sabe cómo definirlo o establecer dónde empieza y dónde termina. En ello influye por supuesto, el carácter polisémico del propio concepto de cultura, el cual tiende a ampliarse o a reducirse de acuerdo a la postura de quien lo utiliza.

Usualmente cuando se habla del sector cultural en cada uno de los países, se refiere a un universo sumamente heterogéneo de instituciones, ramas artísticas, actividades, fases del proceso creativo, entre otras ramificaciones que necesitan una plataforma conceptual más o menos homogénea. El CAB aportó bajo sus propuestas, la definición de qué abarca y cómo se desglosa el sector cultural.

Así se ofrece un primer nivel de descripción conceptual para establecer lo que cabe dentro de la denominación de "Sector Cultural", premisa sin la cual es prácticamente imposible iniciar el desarrollo de los rubros que habrán de concluirse en el sistema de indicadores que abarcará la Cuenta Satélite de Cultura en cada país, la cual permitiría el establecimiento de los indicadores que midan el aporte de la cultura al desarrollo. Con independencia de que cada país pudiese retrabajar el mapa y contribuir al desarrollo de dicha descripción, convendría tenerla como referencia y punto de partida fundamental.

Aunque la creación de Cuentas Satélite depende de la voluntad política de los ministerios no sólo de cultura, sino de economía y hacienda pública, la iniciativa debe partir de los primeros, ya que es a ellos a quienes corresponde su impulso.

Un aspecto que limita el avance en el establecimiento de las Cuentas Satélite es la ausencia de economistas de la cultura y también la escasa práctica de la evaluación y la medición de resultados dentro de las instituciones culturales, así como en el desarrollo de los sistemas de información, que si bien se han vuelto una prioridad, todavía están en proceso de construcción.

Sin embargo, las experiencias de Colombia y Chile bien podrían orientar los trabajos de otros países de América Latina e Iberoamérica. Avanzar en esta tarea podría ser incluso uno de los rubros básicos de la cooperación iberoamericana, toda vez que contribuiría a hacer comparable, en un cierto nivel, las economías culturales de la región. ¿Hacia dónde avanzan estos países y cómo socializar sus experiencias, bajo esquemas de cooperación horizontales?

Sectores y subsectores que conforman el Campo Cultural

Sector	Subsector/Actividad
1. Creación literaria, musical, teatral, coreográfica .	Creación literaria en todos sus géneros Creación musical, coreográfica Creación teatral, dramática, performances
2. Artes escénicas y espectáculos artísticos	Teatro Danza Presentaciones que articulen danza, teatro y música. Ópera, títeres, actividades interdisciplinarias. Otras formas de las artes escénicas (circo, pantomima, narración, declamación, lectura en atril, artes de la calle, etc.) Interpretaciones con medios alternativos (audiovisuales, plásticos, electrónicos y digitales) Presentaciones musicales en vivo, conciertos privados y públicos
3. Artes plásticas y visuales	Fotografía, arte electrónico Pintura Escultura Arte Industrial, instalaciones, diseño de objetos útiles Grabado, Artes Gráficas, Ilustración, Net@rt
4. Libros y publicaciones	Libros Publicaciones Periódicas, publicaciones electrónicas Otros productos editoriales (partituras, tarjetas postales, carteles, afiches y calendarios)
5. Audiovisual	Cine y video Radio Televisión Videojuegos, portales de Internet
6. Música	Edición de música Producción fonográfica
7. Diseño	Arquitectónico Gráfico Textil Moda Industrial Interactivo Joyas, objetos de uso cotidiano
8. Juegos y juguetería	Juegos y juguetería
9. Patrimonio material	Inmueble (centros históricos, monumentos históricos, patrimonio arqueológico) Mueble (antigüedades, cuadros históricos, etc.) Bibliotecas, centros de documentación, fonotecas, Museos y objetos de colección pública o privada
10. Patrimonio natural	Archivos (fílmicos, documentales y otros repositorios) Reservas naturales Jardines botánicos y zoológicos Colecciones de zoología, mineralogía y anatomía
11. Patrimonio Inmaterial	Fiestas (tradicionales y patrias) Gastronomía, y tradiciones culinarias y medicinales locales Tradiciones folclóricas, danzas, músicas, creencias y conocimientos sobre técnicas y manejo de recursos naturales Producción artesanal relacionada con la memoria cultural Otras tradiciones y expresiones orales Lenguas y dialectos
12. Formación artística	Formación artística dentro del pensum normal, educación artística en la educación básica y en comunidades rurales y urbanas. Formación artística especializada Formación en mantenimiento del patrimonio, museología, etc.
13. Formación en gestión cultural	Formación de promotores, difusores, comunicadores, representantes, productores, musicalizadores, iluminadores, gestores y mediadores para procesos de interculturalidad.

Los conceptos en negritas fueron agregados de Lucina Jiménez.

En la perspectiva de colocar a la cultura como un eje de desarrollo humano sustentable, algunos países han avanzado en la creación de sistemas de información e investigación cultural que permitan medir su comportamiento en términos económicos.

La creación de estos sistemas constituye un primer paso para analizar la estructuración y el comportamiento del sector cultural, ideal o deseablemente, con el fin de enriquecer la toma de decisiones en materia de políticas públicas. Sin embargo, uno de los ámbitos más específicos para avanzar en la estructuración del vínculo cultura y economía, se relaciona con la creación de las denominadas "cuentas satélite" dentro de los "Sistemas de Cuentas Nacionales", las cuales son ordenamientos y relaciones de datos que expresan y miden la actividad económica de los países en relación con el Producto Interno Bruto.

Dicho sistema fue instituido en siglo pasado y luego revisado en 1993 por un conjunto de organismos internacionales tales como la OECD, ERUSTAT y el Fondo Monetario Internacional. Dentro de los Sistemas de Cuentas Nacionales, las Cuentas o Sistemas Satélite permiten enfocar o ampliar la capacidad analítica de la contabilidad nacional hacia ciertos campos de interés social, sin alterar o distorsionar el sistema en su conjunto, pero con el fin de enfocar la participación de ciertos sectores de la actividad económica en la creación y distribución de la riqueza. Existen cuentas satélite para la salud, el turismo, el medio ambiente, entre otras (Ortúzar Ruis, 2007).

En asociación con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el CAB realizó en junio de 2005 un Primer Encuentro de Especialistas en el cual se abordaron los elementos conceptuales y la identificación de nomenclaturas de actividades y productos. Un Segundo Encuentro de Expertos en Cultura, realizado en agosto de ese mismo año, avanzó en la definición de objetivos y la estructura de la cuenta satélite a fin de articularla a las finalidades de la institucionalidad cultural de los países participantes. Para ello, se tomó como base el avance metodológico de Colombia y Chile. En dicho encuentro participaron Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela. México se ha mantenido al margen de ese debate. La gran pregunta es hacia dónde se dirigen esos procesos, sin el impulso del CAB y si la maduración de los mismos a nivel nacional ha permitido su continuidad.

La mayoría de los países de América Latina carece de cuentas satélite relacionadas con la cultura, mientras países como Alemania, Francia, Canadá, Australia e Inglaterra cuentan con la suyas. Estados Unidos, dispone de sistemas de medición bastante desarrollados (Ministerio de Cultura de Colombia, 2003).

En ese sentido, el CAB se avocó a la tarea de formular un manual que permitiera a los países interesados abordar una metodología de creación de una "cuenta satélite", concebida como un "sistema de información económica sobre la cultura que contribuya a la toma de decisiones privadas y públicas, aporte en la

formulación y evaluación de políticas y sirva de insumo para investigaciones sobre la economía de la cultura”.

El Manual está dirigido por un lado a los representantes de las instituciones culturales, con el propósito de aportarles un instrumento para conocer y analizar las interrelaciones de sus políticas con el sector económico, y por otro, a los agentes responsables del análisis macroeconómico y en especial a quienes construyen e interpretan los Sistemas de Cuentas Nacionales.

Los especialistas en cultura necesitamos introducirse al análisis macroeconómico de su propio campo, mientras los especialistas en macroeconomía necesitan entender la dimensión económica de la cultura, un área que fue relegada debido a la fuerza del discurso y el enfoque antropológico, simbolista o psicológico respecto de la cultura. Siguiendo el Manual del CAB, a continuación se transcriben los propósitos fundamentales de la CSC:

- Seleccionar las prácticas y productos que conforman el campo cultural y establecer definiciones y clasificaciones siguiendo los conceptos y los marcos de análisis que provee el Sistema de Cuentas Nacionales de las Naciones Unidas (SCN 1993);
- Determinar los mecanismos por los que los productos culturales aparecen y se intercambian, e integrar estos análisis dentro de los marcos macroeconómicos existentes sin desconocer las particularidades que los acompaña, como por ejemplo, que no todas las prácticas culturales se inscriben dentro de procesos de producción de valor económico;
- Determinar los flujos de comercio exterior que afectan los productos culturales por el impacto que pueden tener estos flujos sobre la preservación de la identidad cultural además del impacto económico;
- Determinar el gasto total en cultura según su objeto, naturaleza y beneficiario.
- Procesos por los cuales se financia el consumo cultural: públicos vía subsidios o transferencias corrientes o de capital de las autoridades públicas a actividades desarrolladas por el sector privado, producción gubernamental de bienes y servicios, compra de estos servicios para el beneficio de la comunidad, producción de asociaciones civiles, la publicidad y el mecenazgo.
- Características sociales básicas ligadas a la producción, organización de la producción según una categorización de los productores, empleo en las actividades culturales.
- Usos (estratificación de los consumos) así como indicadores que permitan una caracterización de la oferta y la demanda de los productos culturales y su relación con las variables económicas presentadas en el marco.

Estos elementos buscan orientar los procesos de medición de la actividad cultural tanto para la elaboración de cuentas nacionales como para el análisis del impacto económico de ciertas actividades culturales y artísticas. Argentina, por ejemplo, cuenta con análisis económicos de la industria del espectáculo, realizados por el Dr. Schargorodsky, quien a través del Observatorio Cultural de la Facultad de Economía de la Universidad de Buenos Aires ha realizado ya dos Encuentros Internacionales sobre Economía de las artes del espectáculo, el cual fue declarado de interés parlamentario por la Cámara de Diputados de la Nación.

Se suponía que el proceso derivaría en un desarrollo pormenorizado del tratamiento de cada categoría en términos de relación con los indicadores de los sistemas de cuentas nacionales, una vez concluido el estudio que estaba en marcha y el cual se ha quedado trunco también. Allancar el camino hacia la configuración de cuentas satélite, debiera establecerse como una de las prioridades de cooperación regional, asumir ese proceso podría ayudar a los gobiernos latinoamericanos a establecer en el corto plazo una valoración del sector cultural de América Latina e Iberoamérica.

Para avanzar en dichos estudios, los participantes en las reuniones especializadas señalaron la necesidad de avanzar en la definición conceptual de elementos como patrimonio inmaterial y natural vs patrimonio material. Igualmente, propusieron crear un tesoro sobre patrimonio, a fin de contar con un vocabulario unificado, el cual funcionaría como instrumento para facilitar los intercambios de datos e indicadores entre países. Estos procesos han vuelto a fragmentarse, dado que en su desaparición, el CAB no se hizo cargo de gestionar si los países o algunas universidades podrían asumirlos. Su avance es importante porque pueden crear el marco para evaluar la eficacia económica de las políticas públicas, aún cuando no se esté buscando su mercantilización o su rentabilización.

3.6 Consumo cultural y derechos culturales

Toda actividad cultural o hecho artístico encuentran su verdadero sentido en el momento en que se topan con la mirada, la escucha, la energía, el aprecio o el rechazo de los diversos grupos sociales, quienes finalmente deciden cuáles de esos elementos formarán o no, parte de sus prácticas culturales.

El tema del consumo cultural alude a un asunto de derechos culturales, todavía no reconocidos en todos los países de América Latina y también a la posibilidad de construcción de ciudadanía cultural, pues la cultura juega un papel central en la formación de nuevo capital intelectual y también en la recuperación de la voz y la palabra, desde la construcción de identidades propias que pasan por la recuperación de la memoria y el vínculo con las culturas contemporáneas en su dimensión intercultural, transnacional y translocal. Es en el arraigo ciudadano que la cultura puede encontrar su fuerza no sólo integradora, sino incluso apoyar los procesos de cohesión social y creación de sentido de pertenencia, además de aportar recursos estéticos para el desarrollo del sector artístico.

Sin vínculo social, los procesos, políticas públicas, servicios e infraestructuras culturales pierden sentido, mientras que, del otro lado, se producen situaciones de exclusión, de marginación y empobrecimiento educativo y una débil capacidad de aceptar y vincularse con la diversidad cultural. Si la integración regional puede tener un profundo sentido humano y vincularse al desarrollo, eso tiene que expresarse por una ciudadanía conocedora de la cultura regional, latinoamericana e iberoamericana. Esa batalla no está ganada y es necesario hacer consciencia de ello porque en la mayoría de los países, esta condición de exclusión y de analfabetismo estético abarca a millones de personas.

El tema del consumo cultural tiene también una dimensión económica ya que implica la creación y consolidación de mercados simbólicos, cada vez más ligados al entretenimiento y al ocio. El análisis de la economía de la cultura estaría incompleto de no revisarse los cambios que han experimentado los países latinoamericanos en los esquemas, hábitos y prácticas de consumo cultural de los ciudadanos de diferentes edades, regiones, intereses.

Nunca como ahora el estudio de los mercados de consumo cultural se había vuelto tan importante para la economía mundial y para las políticas públicas de la cultura, no se diga para la orientación de los mercados simbólicos y la construcción de identidades en las diferentes regiones del mundo.

Sin embargo, hablar de consumo no puede remitir solo a la consideración de ciudadanos en su calidad de compradores, dado que debemos reconocer en ellos también a entes creadores y transformadores de realidades culturales cada vez más complejas.

Dice Néstor García Canclini, uno de los pioneros en el estudio de las políticas culturales y el consumo cultural:

la dimensión cultural del consumo y las formas de apropiación y usos deben ser tan centrales en la investigación como las estrategias del mercado. Entendemos el estudio de consumo no sólo como la indagación estadística del modo en que se compran las mercancías, sino también como el conocimiento de las operaciones con que los usuarios seleccionan y combinan los productos y los mensajes. Para decirlo con Michel de Certeau: cómo los consumidores mezclan las estrategias de quienes fabrican y comercian los bienes con las tácticas necesarias para adaptarlos a la dinámica de la vida cotidiana. Es necesario conocer la forma en que se articula la racionalidad de los productores con la racionalidad de los consumidores, éste es el ámbito donde puede instalarse la colaboración de la economía con el saber antropológico y los estudios de recepción.

El estudio del consumo cultural aparece, así, como un lugar estratégico para repensar el tipo de sociedad que deseamos, el lugar que tocará a cada sector, el papel del poder público como garante de que el interés público no sea despreciado. Conocer lo que ocurre en los consumos es interrogarse sobre la eficacia de las políticas, sobre el destino de lo que producimos entre todos, sobre las maneras y las proporciones en que participamos en la construcción social del sentido (García Canclini, 2006).

El público, o los públicos son tan determinantes en un proyecto cultural que su lectura desde ese punto de vista puede poner enfrente de los gestores culturales la necesidad de introducir cambios en su orientación, sentido, alcance.

La mayoría de las ofertas artísticas y culturales se enfrentan a movimientos y desplazamientos de espectadores poco explorados desde las infraestructuras o las instituciones que las crean. En ocasiones han sido estudiados por el medio académico, pero los vínculos entre estos sectores y la práctica cotidiana de la gestión cultural todavía no fluye de la mejor manera, de ahí que los públicos o los consumidores, terminan siendo unas verdaderas incógnitas para muchos organismos públicos, privados o civiles.

El peso de las industrias culturales en la configuración de las identidades de los ciudadanos del siglo XXI, influye grandemente en los intereses, gustos y aficiones de millones de niños, adolescentes, jóvenes, mujeres, hombres y personas de la tercera edad, a las cuales se ofrece una red de informaciones, contenidos, tramas y narrativas, palabras y sonidos encapsulados, comprimidos y arreglados para su consumo global. Da pautas respecto a la diversidad cultural o de las tendencias de homogeneización que impulsan estos nuevos vehículos de distribución de la cultura.

Ante la expansión de la vida urbana, el desarrollo tecnológico y la explosión de la oferta cultural, los ciudadanos de las naciones latinoamericanas han construido y construyen repertorios de prácticas y hábitos culturales que son expresión de deseos, experiencias, modelos y referentes grandemente influidos por el mercado, la tecnología, la moda y la economía, aunque también por los antecedentes escolares y la tradición familiar.

Las tendencias del consumo cultural aportan una radiografía sensible de la forma como los ciudadanos se apropian de ciertos valores, bienes, servicios y significados culturales, en qué sentido hacen uso de su llamado tiempo libre, de su aprovechamiento de la infraestructura cultural y también del espacio público en las ciudades, aunque pocas veces nos hablan de los procesos subjetivos, afectivos, emocionales e íntimos de quienes los exploran.

En otro sentido, el consumo cultural habla también de formas de construcción o de fragmentación de la ciudadanía, en el sentido de la capacidad de ejercitar sus propias elecciones con base en un conocimiento y valoración de las diferentes ofertas que se abren a su alrededor.

Conforme los gustos y hábitos de la población y especialmente de los jóvenes se van volviendo más inestables, cada vez más asociados a los medios de comunicación, a los acontecimientos del espectáculo masivo, las redes informáticas y de manera presencial con los centros comerciales, se vive un fenómeno paralelo de debilitamiento del uso de las infraestructuras especializadas en la difusión de la cultura y las artes tradicionales, así como el debilitamiento, cuando no desaparición del espacio público.

Aún cuando los estudios de consumo cultural arrancaron en América Latina a fines de los años 80 y principios de los noventa en el sector académico, pocas veces esos estudios contribuyeron a la evaluación o transformación de las políticas públicas de la cultura, las estrategias de programación artística, los discursos museográficos y los mecanismos y espacios de interacción de las instituciones culturales públicas en relación con una ciudadanía ansiosa de vivir experiencias únicas y vinculadas a los fenómenos tecnológicos en expansión. Ello se debe a la falta de vinculación que existe en muchos de los países, de no preguntar

El Convenio Andrés Bello, dio pauta al análisis del consumo cultural en América Latina un tema para el que ya se habían realizado avances en diferentes países desde los años 90. Tal vez por ello privilegió recoger los enfoques teóricos y las experiencias desarrolladas por cada país en relación con las audiencias, las pautas de consumo y las transformaciones entre cultura y economía, comunicación, poder y política (Sunkel, 2006).

Adicionalmente, dentro de la línea de Economía y Cultura, el CAB estableció el Laboratorio de Indicadores Sociales de la Cultura, el cual tendría como cometido sistematizar las tendencias del disfrute y la recreación de la cultura de los ciudadanos de América Latina.

Los trabajos realizados en Caracas, Bogotá y Chile, dejan constancia de que el consumo cultural constituye uno de los elementos que sintetizan la desigualdad en América Latina, ya que “los pobres, los habitantes de las provincias, las minorías, las mujeres y los adultos mayores suelen ser excluidos, o están en condiciones de desventaja.” (Rey, 2008) Yo agregaría que otros de los excluidos son los jóvenes, ya que en la mayoría de los casos, las ofertas culturales están pensadas para los niños o bien para adultos o por lo menos adultos jóvenes.

Varios países han avanzado en la elaboración de encuestas sobre prácticas culturales y consumo cultural, especialmente Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España y México, donde se han publicado estudios realizados por la UNAM, pero apoyados por CONACULTA. La limitación está en que de esos datos no se ha derivado ningún cambio en la acción institucional.

La mayoría de esos estudios se han enfocado desde el punto de vista de la vinculación de los ciudadanos con los bienes y servicios culturales y especialmente de aquellos que están en condiciones de ejercer con cierta autonomía su capacidad de elección, a partir de criterios de edad, educación, ingresos, etnicidad, entre otros. Igualmente, tienen a referir el consumo cultural al uso del tiempo libre.

Es por ello que el sector de los niños y los adolescentes suele no aparecer en las encuestas, a pesar de su peso demográfico. Las encuestas nacionales de cultura revelan una y otra vez que solo alrededor de un 10 o 15% de la población

nacional se relaciona con la oferta cultural que se traduce en teatros, museos, galerías, salas de conciertos, etc.

En contraposición, los ciudadanos viven las pasiones, dramas y terapias de las telenovelas, prominente industria cultural mexicana, venezolana o colombiana, pegados a las pantallas de todo tipo: televisión, de cine en los países donde se ha recuperado al público de las salas cinematográficas, de manera creciente enfrente de pantallas de computadoras y reproductoras de DVD.

Del otro lado, especialmente los jóvenes, viven a la espera del siguiente concierto masivo, así sea necesario vender la camiseta para poder ir. Es decir, que el factor económico no detiene a la raza cuando quiere formar parte de una experiencia altamente valorada.

También es cierto que los países latinoamericanos, con sus excepciones como el teatro en Argentina o los espacios públicos en Bogotá, muchos otros espacios especializados para la difusión artística permanecen semivacíos a pesar de los motivos por los que fueron creados.

El balance de Germán Rey, en torno a los estudios de consumo cultural reconoce su discontinuidad y lo poco que se ha avanzado en términos comparativos entre países, a pesar de que existen tendencias similares. Igualmente, que el contexto en el cual las prácticas culturales se ha tornado mucho más compleja. En ella influyen desde la consolidación de la globalización, la ampliación de la oferta, el surgimiento de nuevos dispositivos electrónicos, el surgimiento de nuevas estrategias de lectura que se mueven en el mercado, hasta las mayores oportunidades de educación, no obstante el deterioro de la educación pública, el surgimiento de nuevas ciudadanías, la migración y también la pobreza.

Es contundente el incremento del consumo cultural ligado a los hogares, es decir a un consumo doméstico que supone una actividad más individual y menos colectiva, el cual está presente en la mayoría de las grandes ciudades no sólo de América Latina, sino de otros continentes. Sin embargo, es importante subrayar que esa tendencia se acompaña con un debilitamiento y deterioro del espacio público.

No obstante el todavía desigual acceso a la red internet, la tecnología y la televisión han influido en un cambio en la manera en que los ciudadanos, y sobre todo los jóvenes, entienden los encuentros o el deseo de estar juntos.

El desarrollo tecnológico que ha traído consigo nuevas formas de distribución de la imagen y el sonido, ha transformado radicalmente las culturas musicales y visuales de millones de ciudadanos, quienes ahora cuentan de un espectro mucho más amplio, aunque no necesariamente diverso, y ante el cual ejercen sus elecciones, las cuales pueden incluir un debilitamiento de las expresiones locales.

Las disparidades en el acceso a las infraestructuras culturales, debido a su alta concentración en zonas urbanas centrales, dejan de lado a poblaciones que habitan las periferias y otros ámbitos de las ciudades. Pero también existen las diferencias por sectores socioeconómicos y aún de género. Especialmente, las mujeres y los sectores menos favorecidos, se encuentran entre quienes tienen menos acceso a las computadoras y a la red Internet. El diagnóstico es contundente respecto de esa desvinculación de las políticas culturales respecto de la desigualdad prolongada que también se expresa en exclusión cultural.

América Latina y el Caribe no cuentan con iniciativas suficientes que garanticen el derecho de todas las personas de participar en la vida cultural de su país y de gozar libremente de las artes y de las expresiones culturales y de los bienes y servicios culturales de otras regiones. (CAB, 2008)

Tal y como lo reflejan todas las encuestas de consumo cultural realizadas en la región la inequidad material se ve correspondida con una inequidad simbólica. Una parte considerable de la población que vive en condiciones de pobreza, o que obtiene ingresos tan solo para cubrir su necesidad básica, queda excluida de una parte considerable de la oferta cultural. Un número importante de hogares no cuenta con recursos culturales básicos tales como libros, radios, computadores y otros, ya no digamos con la posibilidad de relacionarse con la infraestructura cultural o ejercer alguna actividad lúdica o creativa. En la mayoría de los países los Ministerios de Cultura se relacionan con el 8 o el 10% de la población. En México, se reconoce que menos del 5% de los habitantes mayores de 15 años tienen acceso a algún lenguaje artístico (Conaculta, 2004).

De ahí que el CAB avanzara en un propuesta que ya no fue sometida a consideración de los países miembro, relativa a la creación de una posible Canasta Básica de la Cultura. Nada que ver con el Bono de la Cultura de Lula que no señala cuál debería ser el contenido. En este caso, con todas las dificultades y discusiones que eso significa, se preveía proponer una medida que apoyara la participación de los grupos sociales en el consumo cultural.

Tomando como referente la noción de canasta básica, entendida como “el conjunto de productos básicos que conforman la dieta de una población en cantidades suficientes para cubrir adecuadamente, por lo menos, las necesidades energéticas de todo individuo, donde su composición, además de cubrir dichas necesidades, refleja los gustos y preferencias alimenticias de los hogares y comunidades”, se propone que este proyecto conduzca a la creación de una canasta básica cultural de los países, entendida como “el conjunto de bienes y servicios culturales básicos indispensable para el desarrollo integral de un individuo a lo largo de toda su vida. Donde su composición, además de cubrir dichas necesidades, refleje los gustos y las preferencias personales y de las comunidades”. (CAB, 2009)

Esta canasta básica cultural no solo sería útil para la implementación directa de políticas culturales sino también sería un instrumento efectivo de medición de avances en acciones encaminadas a ampliar el acceso cultural. Permitiría determinar líneas de base a partir de las cuales estudiar la evolución del acceso cultural, identificar tendencias y realizar comparaciones entre las regiones y entre los países.

Se espera que la canasta básica cultural pueda ser un instrumento para:

- a) Redistribuir y democratizar el consumo cultural que permita avanzar en la superación de inequidades en este campo.
- b) Promocionar la diversidad cultural de expresiones nacionales, regionales e internacionales.
- c) Evaluar los avances en el acceso y la participación cultural y los resultados de políticas culturales en este campo.
- d) Fomentar la integración al generar acuerdos y definiciones de mínimos comunes para la región.
- e) Fomentar la apropiación y difusión social de la necesidad de ampliar el acceso y la participación cultural.

Con independencia de su viabilidad, uno de los puntos que seguramente implicarán una mayor discusión sería qué incorporar en dicha canasta, sobre todo en tanto el espíritu un tanto subjetivo de las elecciones ciudadanas de aquello que consideran "cultural" o como una experiencia indispensable. ¿Qué tan válido sería el dirigismo en la cultura como para establecer un acuerdo de Estado respecto a qué "debe" consumir culturalmente un ciudadano". El solo hecho de hablar de "canasta básica", supone una condición de sobrevivencia que trasladado al sector cultural tendría que pasar por definir qué es lo estrictamente indispensable.

Es cierto que en las tendencias del consumo cultural existe de base y origen, un tema de exclusión y de falta de acceso a ciertas expresiones culturales y sobre todo artísticas, entre los sectores ya señalados. Un elemento fundamental sería establecer las condiciones sociales para garantizar el acceso de la ciudadanía a determinados bienes y servicios culturales. Sin embargo, también es cierto que ello tendría que ir acompañado con programas de educación artística y estética que permitan a los ciudadanos la valoración de la diversidad estética, a fin de enriquecer sus elecciones.

Uno de los asuntos que habrá que discutir es qué se considera un mínimo en el terreno cultural, y si este mínimo podría brindar una nutrición suficiente desde el punto de vista cultural, sobre todo porque en los intereses ciudadanos, el peso mayor está del lado del "entretenimiento", frente a la experiencia estética. Igualmente, existen fenómenos difíciles de objetivar dentro de una posible canasta básica, dados los nuevos conceptos del "estar juntos", de los "encuentros" y del uso del espacio público.

Más allá del cuestionamiento de la academia respecto al concepto mismo de consumo para hablar de la relación contradictoria de los ciudadanos con los bienes y servicios culturales y con los procesos creativos propios y ajenos, es un hecho que se requieren nuevos enfoques interdisciplinarios y cualitativos para adentrarse en lo que constituyen ahora los campos de tensión en las relaciones intermitentes que se manifiestan entre los ciudadanos y muchas de las ofertas que ofrecen las instituciones públicas y privadas y sobre todo, acciones públicas destinadas a romper con estos círculos viciosos. En ese sentido, tal vez

efectivamente, la canasta cultural podría estimular a las instituciones culturales para asumir acciones puntuales que vayan más allá de la retórica que suele establecerse cuando se habla del derecho universal a la cultura.

Los estudios de consumo cultural no pueden hacerse ya al margen de las políticas culturales y su expresión en la estructuración de ofertas culturales y artísticas pensadas desde la institución pública o privada, o bien desde las propias agrupaciones artísticas. Tampoco pueden hacer de lado los cambios tan profundos que han vivido los ciudadanos y especialmente los jóvenes en sus estrategias ordenadoras o estructuradoras de gustos y repertorios poco estables, eclécticos y multimediáticos, de los cambios radicales que viven las estrategias de percepción y lectura del mundo, mismas que han abandonado la linealidad, la secuencialidad y la unicidad, para adentrarse en lo fragmentario, lo sincrónico, lo espontáneo y lo desordenado en sus acercamientos, implicación o repulsión de lo cultural.

Otro elemento importante es considerar que al hablar de consumo cultural, no interesa enfocar al ciudadano sólo en relación con su condición de comprador de boletos, entradas, productos, bienes o servicios culturales, sino en su calidad de ciudadano con derecho y capacidad de elegir y aún de crear lo que ha de formar parte de su experiencia cultural o estética. Desde la perspectiva de los derechos culturales, no importa simplemente habilitarlo para recibir lo que los demás hacen, sino que interesa el fomento, el apoyo, la documentación y la posibilidad de ejercer su derecho a la creatividad, al acceso a la formación en los lenguajes artísticos, en un sentido de expresión, comunicación, interpretación y contextualización.

En este renglón es indispensable atender la formación de públicos como estrategia múltiple que no se limita a un asunto de mercadotecnia, sino que supone una rearticulación y vinculación entre educación y cultura, para asegurar la incorporación de la educación artística en las escuelas públicas, la ampliación de espacios de educación artística no formales, así como la divulgación de elementos que permitan valorar, reconocer y ejercer la apropiación social del patrimonio cultural. En ese sentido, el concepto de Ciudad educadora cobra vigencia. Tenemos que aludir al mercado interno, a la posibilidad de acercamiento y promoción de los contenidos nacionales a las industrias culturales, al derecho a la creación y a la creatividad, así como a una nueva relación entre las instituciones culturales y la ciudadanía.

El Seminario Laboratorio de Economía de la Cultura; una mirada desde la teoría, celebrado en marzo de 2007 (CAB, 2007) en Montevideo, aporta nuevos elementos a considerarse en los estudios de consumo cultural, especialmente tendientes a la determinación de la demanda cultural. Ello no exime de la discusión, el hecho de que no podemos considerar sólo económico un tema en el cual juegan un papel fundamental el deseo, la subjetividad, el placer y la valoración estética.

- 1) El rol de los precios en la demanda de bienes culturales.
- 2) El papel de la información en las posibilidades de elección de los ciudadanos.
- 3) La importancia de los contextos de recepción y consumo, en relación con el núcleo familiar, la escuela y los medios.
- 4) La atomización y la diversificación de los productos y ofertas culturales.
- 5) El papel de la incertidumbre respecto a la calidad de los productos culturales.
- 6) El debate en torno a los incentivos al consumo.

3.7 Legislación cultural para el nuevo milenio

El marco jurídico del sector cultural en América Latina es uno de los aspectos más urgentes de las políticas públicas, a fin de avanzar en la conformación de políticas culturales de Estado que tengan capacidad de acción nacional e influyan en la integración regional iberoamericana.

El compendio Jurídico realizado por el Convenio Andrés Bello para los países de Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, España, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela, actualizado en 2004 constituía un valioso acervo en términos de apoyo a la integración latinoamericana e iberoamericana. ¿Cuál fue su uso y cuál su destino?

Estaba estructurado en 8 grandes apartados: disposiciones constitucionales, derechos de autor, derechos conexos y depósito legal, estructura institucional que abarca organismos nacionales e internacionales de cultura, así como el régimen municipal y local; las normas relativas al patrimonio cultural, el régimen legal relativo a los artistas y al trabajo cultural, las actividades culturales, el régimen legal de los medios, así como el relativo al pluralismo y la diversidad cultural, englobado bajo el rubro de "otros".

Con independencia de las desigualdades o las lagunas jurídicas que presentan cada uno de los países, contar con los ordenamientos legales relativos al sector cultural constituye un paso fundamental para el análisis de su orientación, vigencia y compatibilidad, así como para definir las necesidades de actualización y armonización, en busca de mejores condiciones para la integración latinoamericana, el fortalecimiento y el desarrollo sustentable del sector cultural en cada país.

El entramado jurídico de todos los países es un ámbito cambiante que resulta difícil aprehender de una sola vez, de ahí que un elemento fundamental será considerar con relatividad aquello que en este momento está siendo objeto de replanteamiento regional, como podría ser el tema de los derechos de autor. Sin embargo, a pesar de ello, es posible advertir tendencias generales sobre las cuales se puede reflexionar, en relación con varios de los campos en los cuales el Convenio Andrés Bello ha puesto atención.

En este sentido, conviene avanzar en el análisis de los contenidos, orientaciones y necesidades de dichas legislaciones, a la luz de preguntarse cómo garantizar la diversidad cultural y étnica que caracteriza a nuestros países, de los nuevos contextos de desarrollo tecnológico, globalización y transformación de las sociedades latinoamericanas e iberoamericanas, del surgimiento de nuevos agentes sociales que intervienen en el proceso cultural, así como de la existencia de nuevos consensos internacionales que subrayan la necesidad de atender la agenda legislativa de la cultura, como parte de las estrategias de actualización de la gestión y desarrollo de un sector que puede contribuir al desarrollo, la cohesión social, la gobernabilidad y la democracia.

La presencia de la cultura, no necesariamente de los derechos culturales, en las constituciones de América Latina e Iberoamérica es casi generalizada, como se desprende de una revisión somera de las leyes reunidas por el CAB. Sin embargo, su presencia en ocasiones dista mucho de una visión contemporánea de la cultura o de sentar las condiciones de desarrollo, participación y ejercicio de los derechos culturales, de sociedades diversas y en proceso de transformación, abiertas al diálogo intercultural en el contexto global.

Jesús Prieto señala la creciente presencia de la cultura en los ordenamientos constitucionales de muchos países, a la vez que subraya la necesidad de reconocer el concepto de cultura que se expresa en dichos ordenamientos. Sin embargo, se pregunta: "¿hasta qué punto es posible hablar de una noción constitucional de la <cultura>" por el mero hecho de haber llegado ésta al texto jurídico supremo?" (Prieto, 1998).

Es necesario, dice, que la acepción de cultura que se expresa en estos ordenamientos sea más restringida que la antropológica, ya que ésta incluye al propio derecho como parte de ella. Sin embargo, señala, también es fundamental reconocer que el derecho no solo opera sobre la cultura, entendida como el "conjunto acumulativo de bienes y valores del espíritu creados por el hombre a través de su genuina facultad de simbolización, sino también sobre sus concretas manifestaciones sociohistóricas." Esto quiere decir que opera sobre la cultura y también sobre las culturas. El avance entonces es todavía incipiente en cuanto a la conceptualización jurídica de la cultura.

Aún sin ignorar la gran polisemia de que es portadora la voz cultura en las ciencias sociales y humanas, y en el mismo lenguaje ordinario, y al margen, por otra parte, de los avances que se han producido... creemos que esta situación no deja de ser sino el reflejo de un estado bastante embrionario en la elaboración teórica general de este sector ordinamental. (Prieto, 1998)

Las cartas magnas de los diferentes países ratifican esta condición de polisemia y de no poca debilidad conceptual en las bases de su inclusión jurídica, si bien es cierto que también es posible percibir los avances que algunos países han logrado en la constitucionalización de la cultura.

En varios de los ordenamientos constitucionales latinoamericanos se alude a la cultura en muy diversos niveles de concreción o de ambigüedad, o bien desde posiciones defensivas, estatistas o un tanto decimonónicas. Abordar estos elementos no debe entenderse como una falta de respeto a la investidura de ninguno de los países, sino como un ejercicio académico de análisis todavía incipiente, orientado hacia la búsqueda de nuevas fortalezas para el sector cultural latinoamericano e iberoamericano.

La Constitución de México fue una de las primeras en hablar de la cultura y luego en reconocer el pluralismo cultural en sus ordenamientos, el derecho a la cultura está ahora en proceso de aprobación en los cuerpos legislativos, a iniciativa de éstos mismos.

En la Constitución de Bolivia, por ejemplo, se habla de los derechos de "recibir instrucción y adquirir cultura", desde un lenguaje decimonónico. En el caso de Chile, la constitución se refiere al derecho a la educación, a la cultura, a la creación cultural y a la protección del patrimonio cultural.

En Perú el Estado solo habla de propiciar el acceso a la cultura y fomentar su desarrollo y difusión y el derecho de los ciudadanos a participar en la vida cultural.

Venezuela por su parte, reconoce la obligación del Estado de fomentar la cultura en sus diversas manifestaciones y de velar por la protección y conservación de las obras, objetos y monumentos de valor histórico o artístico que se encuentren en el país.

En cambio, la constitución colombiana reconoce la diversidad étnica y cultural. Igualmente, la obligación del estado de proteger las riquezas culturales y naturales, reconoce las lenguas indígenas como oficiales en sus territorios, así como la obligatoriedad de la enseñanza bilingüe. En México también se reconoce la pluralidad de la nación y la necesidad de una educación integral, pero la definición de cultura es ambigua.

La mayoría de los ordenamientos jurídicos reconocen la libertad de expresión o de creación, la libertad de imprenta y en la mayoría, ha elevado a nivel de ordenamiento constitucional los derechos de autor, así sea a nivel de referencia o mención general.

Valdría la pena recuperar ese acervo, actualizarlo y completar la recopilación de las legislaciones de Brasil, Argentina, México y los países centroamericanos, las cuales no formaban parte a fin de contar con un panorama más amplio del estado del arte de la legislación en la región.

3.7.1 Derechos culturales, diversidad y bilingüismo,

Existe bastante desigualdad en el reconocimiento de los derechos culturales, ya que se trata de un debate hasta cierto punto reciente, frente al cual pocos países han logrado su reconocimiento como parte de las garantías individuales.

España reconoce el derecho de acceso a la cultura y establece a los poderes públicos la promoción y el tutelaje del mismo. De igual manera, se atribuye a los poderes públicos la promoción de la ciencia, la investigación científico- técnica de interés general, el cuidado del medio ambiente y su uso racional. En el mismo sentido, se considera el patrimonio histórico, cultural y artístico de los pueblos de España, así como de los bienes que lo integran.

Panamá reconoce los derechos culturales como parte de los derechos individuales, mientras Bolivia reconoce los derechos culturales en relación con las comunidades indígenas. España por su parte, ha logrado que la constitución reconozca el carácter oficial de otras lenguas diferentes al español, dentro de las comunidades autonómicas y reconoce la diversidad lingüística como un patrimonio cultural.

Perú ha establecido el derecho a una identidad étnica y cultural. "El Estado reconoce y protege la pluralidad étnica y cultural de la Nación", así como el derecho a usar el idioma propio ante la autoridad.

Ecuador y Colombia introdujeron recientemente reformas significativas para el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, pero aún está pendiente la definición del impacto de dichos derechos en relación con el tema autonómico y también con el manejo de los recursos naturales, así como las definiciones de carácter territorial, dados los desplazamientos migratorios constantes de muchos de los grupos indígenas.

México reconoce a nivel constitucional la diversidad y el pluralismo cultural, y ahora está en proceso de aprobación de una enmienda constitucional que establece el derecho de los mexicanos a la cultura.

3.7.2 Patrimonio cultural inmaterial

La inclusión del patrimonio cultural inmaterial no se ha dado todavía en el plano legal, a pesar de que constituye una de las riquezas más grandes de América Latina y sobre todo, a pesar de la presión que existe sobre él desde la economía global, el turismo y la expropiación del conocimiento de los pueblos.

Los países de América Latina e Iberoamérica tienen todavía una laguna en este campo, influida por una visión decimonónica, a veces francamente racista, o cuando mucho relativista de la cultura y del patrimonio, no obstante la aprobación de las Convenciones de la UNESCO sobre el Patrimonio Cultural Inmaterial o bien la de la Diversidad Cultural, más reciente.

Panamá reconoce solo los sitios, objetos arqueológicos, documentos, monumentos, bienes muebles e inmuebles, mientras habla del valor de las culturas tradicionales más bien como piezas de museo y se manifiesta en contra de su "adulteración".

Perú señala los "yacimientos y restos arqueológicos, construcciones, monumentos, lugares, documentos bibliográficos y de archivo, objetos artísticos y testimonios de valor histórico, expresamente declarados bienes culturales, y provisionalmente, los que se presumen como tales, son patrimonio cultural de la Nación", independientemente de su condición de propiedad privada o pública.

En cambio Brasil avanzó desde la década del 90 en el reconocimiento del patrimonio inmaterial a nivel legal. Para el año 2000 iniciaba ya el registro de los bienes naturales e inmateriales. Chile creó en 2001 su Comisión Nacional Asesora del Patrimonio Cultural Oral e Intangible.

México inició desde los años 70 un trabajo de reconocimiento y estímulo de la cultura popular, pero no creó el marco legal para proteger las expresiones del patrimonio inmaterial, a pesar de haber firmado, igual que Brasil, las diversas Convenciones de la UNESCO. En 2008 celebró un Seminario sobre el tema, con el fin de proponer la legislación en ese sentido, luego del reconocimiento de la vulnerabilidad de las expresiones de la cultura popular e indígena en el contexto de la globalización. La legislación sobre el patrimonio cultural data de aquellos años también, para 2011 en que se concluye esta tesis, no se había logrado dicha legislación.

En la mayoría de los países, la noción de patrimonio cultural está más orientada hacia la conservación, protección, investigación y/o difusión de los bienes muebles e inmuebles, de los sitios arqueológicos y en general, del patrimonio edificado. Sin bien la importancia de estos recursos no disminuye, lo que sí se requiere es la integración de los enfoques del patrimonio cultural inmaterial.

El análisis de cómo incorporar los cambios legislativos en relación con lo señalado en la Convención de la Diversidad aprobada por la UNESCO, supone en sí mismo, un esfuerzo de actualización legislativa, siempre y cuando esté basada en una nueva práctica institucional y sobre todo, en una nueva relación con la sociedad civil y con las comunidades portadoras y creadoras de dichas expresiones.

Aún la legislación relativa al patrimonio cultural material necesita revisión en la mayoría de los países, dado que el desarrollo urbano, el crecimiento turístico, la revolución tecnológica y otros fenómenos ligados al comportamiento de los públicos, requieren de nuevas disposiciones que normen la vida de sitios arqueológicos, museos, archivos, etc.

Del mismo modo, el surgimiento de la tecnología pone de relieve la importancia de los acervos sonoros, visuales, cinematográficos y electrónicos de los diferentes países, frente a la cual muy pocos países han legislado.

3.7.3 Derechos de autor y propiedad intelectual

El enorme peso de las industrias culturales en el comercio mundial, así como la vulnerabilidad actual de los componentes del patrimonio cultural inmaterial en la mayoría de los países de América Latina e Iberoamérica, suponen un esfuerzo nacional y regional por actualizar, fortalecer y armonizar la legislación en materia de derechos de autor y propiedad intelectual.

Las posibilidades de regulación, creación de incentivos, consolidación y fortalecimiento de la competitividad de las industrias del libro, de la música, de la producción televisiva, el diseño y aún de las artes escénicas, e incluso la potestad de regular la nacionalidad de las producciones, dependen en gran medida de que la legislación vigente considere los apoyos y las limitaciones necesarias en relación con el comercio internacional.

El reconocimiento de los derechos de propiedad intelectual de las comunidades indígenas, campesinas y urbanas suponen un tratamiento jurídico que permita el reconocimiento y apoyo a las tradiciones culturales populares, el fortalecimiento de su memoria histórica y el registro de su "autenticidad", a través de lo que ahora ha dado en nombrarse los "certificados de origen". Pero lo mismo podríamos decir en torno a la necesidad de protección de ciertos "paisajes" e incluso de las semillas criollas que pueden garantizar la biodiversidad y la producción alimentaria en un sentido más amplio.

El comercio internacional pugna por el criterio anglosajón del copyright que comercializa la propiedad intelectual y vuelve el derecho autoral una mercancía más. Es por ello que resulta estratégico para cada país y para la región toda, en la perspectiva de la integración, establecer una legislación nacional y armonizar las de los diferentes países, a fin de crear mejores condiciones y parámetros para las negociaciones internacionales.

Un tema que amerita mucha reflexión y análisis, es el relativo a la propiedad intelectual y las nuevas tecnologías de la información, ya que su repercusión en la creación, producción, distribución y apropiación social cambian radicalmente la naturaleza de la obra, de los usos y de los derechos autorales. En particular, al legislar sobre el desarrollo de software, debiera considerarse no sólo la arquitectura y el desarrollo de sistemas, plataformas o soportes, sino los datos contenidos, la investigación que subyace en los casos de contener bases de datos y el diseño conceptual de dichos programas.

Trabajar conjuntamente entre los Ministerios de cultura, los sectores de creadores, productores y entidades de gestión de los derechos autorales de

música, coreografía, fotografía, libros, cine, software con el sector legislativo, puede acelerar el paso y obtener mejores resultados, siempre y cuando dicho trabajo pueda realizarse en busca de consensos y también descansen sobre un conocimiento del comportamiento de cada sector, lo que supone el impulso a estudios que tienen mucha desigualdad de atención y de avance en los diferentes países.

3.8 El financiamiento a las artes y la cultura; fuentes y equilibrios

Como cualquier otro sector de la economía, el de la cultura requiere de financiamiento para el desarrollo de sus ramas, actividades y subsectores para el desarrollo equilibrado de sus diferentes fases de creación, producción, difusión y consumo. Dicho financiamiento debiera estar en relación con el tamaño de la población, la amplitud de la diversidad cultural, la riqueza y nivel de estructuración del sector artístico, el patrimonio inmaterial y las industrias culturales, así como de las posibilidades y capacidades de creación, aprovechamiento, gestión y cobertura de cada país.

Otro elemento es la clasificación de las fuentes de financiamiento. Toda entidad pública, privada o civil, tendría que saber cuáles son los orígenes de sus fondos, porque ello hablará de sus capacidades de generar confluencias, redes, cooperación y asociación y a la vez, de vincular la gestión de la cultura con otros campos transversales como el turismo, el comercio exterior, la salud, el desarrollo social y el medio ambiente.

En el mismo sentido, el análisis de las estrategias de aplicación de los fondos públicos es fundamental para analizar si está buscando objetivos de mediano plazo o más bien atender la presión de grupos y sectores que demandan subsidios y becas. Si el gasto público se destina solo a subsidios y becas, es probable que su destino esté siendo orientado solo al corto plazo y a la producción de obra, sin saber cuál será el destino de dicha obra o cómo beneficiará a la población.

Las disciplinas artísticas necesitan un nicho ecológico más estructurado y menos movedizo para poder desarrollar, transformar o innovar los lenguajes artísticos y eso supone una nueva forma de conexión con la sociedad, con las comunidades y los públicos, entendidos en un sentido estético, pero también como fuente de recursos sostenibles para el proceso creativo.

Un ejercicio de autoanálisis de la salud del gasto público implica detenerse en el destino o el campo cultural, así como en la naturaleza de los procesos que estimula dentro de cada uno: formación, creación, producción, difusión, distribución, consumo, etc.

Lo más probable es que los desequilibrios salten a la vista, ya que muchos ministerios o Institutos de cultura ponen el grueso de los recursos en la producción, frente las debilidades de la formación, la distribución y el consumo, lo

que incide en una sobreoferta de obras artísticas, programaciones y festivales, ediciones, etc. y públicos escasos, mientras la inversión en la ampliación de coberturas, sistemas de distribución, creación de públicos apenas si reciben atención pública.

Conviene en este sentido, en primer lugar, establecer los diferentes momentos en que el desarrollo artístico requiere de dicho financiamiento. En términos generales podrían ubicarse: la fase *creativa*, misma que requiere de recursos humanos altamente calificados o formados, representados en escuelas de arte de alto nivel, espacios de especialización y experimentación, la fase de *producción* que requiere de una serie de insumos y elementos técnicos, así como de una infraestructura moderna o actualizada, la fase de *distribución, circulación y promoción* intensa, donde la difusión es indispensable y finalmente la de *consumo*, la cual entraña la presencia de públicos críticos, dispuestos a disfrutar de los bienes y servicios culturales o artísticos, así como de los espacios adecuados para producirse el encuentro entre obra y públicos.

Una revisión de los equilibrios en el financiamiento de las artes y los bienes culturales podría revelar que el grueso de los recursos públicos se asignan a la fase creativa, de producción y acaso formativa, mientras que los espacios de la promoción, distribución, circulación y consumo disponen de menores recursos, lo cual incide en las dificultades de ampliación de la cobertura de muchos bienes o servicios, y aún en la más o menos común tendencia de las instituciones especializadas en la divulgación cultural, a no contar con un fuerte vínculo social con las diversas comunidades urbanas o rurales.

La falta de focalización en la inversión en las fases de formación, promoción y distribución afectan sin lugar a dudas la sostenibilidad de los procesos artísticos y culturales, al no ofrecer un desarrollo equilibrado en todas las dimensiones del proceso creativo desde la creación, hasta el consumo y la retroalimentación entre creadores y públicos.

Del otro lado, es cierto que en América Latina, la mayoría de los países financian su sector cultural casi exclusivamente a partir del fisco, es decir, de los impuestos de los ciudadanos, ámbito frente al cual hay mucho que trabajar, dado que la tendencia contemporánea presente hace varios años es a que el sector gubernamental disponga de pocos recursos públicos para el financiamiento de la cultura y especialmente de las artes. Esto es más acuciante en países donde el sector cultural no goza de autonomía o de atribuciones suficientes para participar en diálogos entre iguales en el gabinete económico.

Aunque cada vez más los países de América Latina establecen nuevos mecanismos para el financiamiento de las artes, es cierto que aún hace falta mucho por avanzar para enfocar y convencer a los inversionistas privados y a otros sectores de la economía que invertir en cultura no es un gasto, sino una inversión.

Un esquema que apunta hacia las diferentes fases que requieren financiamiento, señala las posibles fuentes de recursos, así como los mecanismos de apoyo y financiamiento se presenta a continuación. Cada entidad civil, ministerio o institución privada podrá analizar cuáles son las fuentes de su financiamiento, y podría, en un ejercicio de autoevaluación repensar en qué está invirtiendo y en dónde debe invertir.

Procesos, fuentes y mecanismos de financiamiento a la cultura

Procesos y fases necesarias de financiar	Fuentes de Financiamiento	Mecanismos de financiamiento
Constitución	Estado	Subsidio Estímulos fiscales Créditos
Creación o diseño	Comunidad	Voluntariado Aportación en especie Donativo
Investigación o experimentación	Mecenazgo privado	Donativo deducible o no de impuestos
Formación y capacitación de capital humano	Banca Nacional o Internacional	Crédito Donativo Patrocinio
Infraestructura técnica u organizativa		
Concertación		
Producción		
Desarrollo de públicos	Empresa privada	Inversión Patrocinio Donativo
Distribución	Públicos	Compra de boletos o entradas, servicios, donativos
Circulación	Fondos de Inversión nacionales	Créditos y coinversiones
Promoción	Organismos internacionales	Préstamos Aranceles Coinversiones
Restauración		
Consumo	Fondos de becas o inversión internacionales	Becas, créditos, donativos, patrocinios, coinversiones
Innovación		
Exportación		
Importación		

Elaborado por Lucina Jiménez

El CAB puso atención a los esquemas e instrumentos de financiamiento a las artes, especialmente a través de la “caracterización de las instituciones del nivel central dedicadas a dirigir las políticas públicas de promoción a las expresiones artísticas. La mirada se concentra en aquellas adscritas al ente rector de las políticas culturales en los 18 Estados de América Latina incluidos en la muestra.”

El estudio hizo la descripción de los más diversos mecanismos de apoyo, promoción y subsidios directos a los artistas, privilegiando los fondos y otros instrumentos como concursos públicos, o bien del mantenimiento de agrupaciones artísticas subsidiadas y que operan como dependencias públicas.

Se atendió igualmente a la legislación que provee de lineamientos, facultades y atribuciones a las distintas entidades que promueven, financian o subsidian la creación, producción, circulación o disfrute de las artes escénicas y visuales en América Latina.

Un elemento que no se discute en este estudio, al no ser su objetivo, pero que conviene introducir en este apartado es porqué a través de los Ministerios los Estados deben seguir financiando la producción artística, específicamente a través del sostenimiento de agrupaciones oficiales y cómo se espera que dicha estrategia habrá de evolucionar en los próximos años para dar pie a no sólo a nuevas estrategias de diversificación de las fuentes de financiamiento, sino a otras formas de gestión profesionalizada y autónoma de dichas agrupaciones.

En un diálogo realizado durante febrero de este año en Montevideo con los responsables de las artes escénicas de uno de los principales organismos, confluía la opinión generalizada respecto a que la condición de asalariado de muchos creadores se ha convertido en uno de los escollos más difíciles de sortear, dado que se concentra el presupuesto en su sostenimiento y no siempre se tienen las posibilidades artísticas que los procesos de acercamiento a la ciudadanía plantean. La recuperación del gran Teatro del SODRE, luego de que se incendiara hace 30 años, hoy pone en entredicho todo el andamiaje en que descansa la organización económica y laboral del teatro en esa ciudad.

En algunos países, dicho sostenimiento estatal de compañías oficiales entra en contradicción con las posibilidades reales de apoyo a otras o nuevas agrupaciones artísticas que no son auspiciadas por el Estado, sobre todo cuando en algunos casos, la burocratización ha ganado a la creatividad y a la innovación artística.

En el mismo sentido, conviene realizar una reflexión en torno a los nuevos mecanismos que las instituciones culturales y las organizaciones artísticas de la sociedad civil están buscando financiar sus actividades de corto, mediano y largo plazo. El retraso en la búsqueda de dichos mecanismos hace correr el riesgo de viabilidad a muchas organizaciones artísticas, con el consiguiente riesgo de descapitalización del sector cultural, al no contar éstas con un nicho ecológico adecuado para su desarrollo y sostenibilidad (Jiménez López, 2004).

Igualmente, conviene impulsar la reflexión en torno a los lenguajes artísticos como parte del patrimonio cultural inmaterial que reclaman nuevas reglas de financiamiento, producción, difusión y vinculación social con diversos públicos.

De acuerdo con el estudio del CAB, no todos los países cuentan con ley de mecenazgo. México, Bolivia, Argentina carecen de ella, mientras Uruguay, Brasil, Chile y la ciudad autónoma de Buenos Aires cuentan con una ley al respecto o bien con otros ordenamientos para canalizar los recursos privados a la cultura y las artes.

En ese sentido, destacan las experiencias brasileñas ya que cuentan con instancias claramente establecidas para cumplir con las funciones específicas de financiamiento, o bien el caso chileno en donde se subraya la existencia de un comité para la calificación de las donaciones privadas.

3.8.1 El subsidio directo a las organizaciones artísticas

Una característica que heredaron los países de América Latina de la Europa colonial fue la creación, adopción y mantenimiento de agrupaciones artísticas ligadas al Estado. Está claro que, en muchos casos, esa era la única manera de hacer que las agrupaciones existieran y que tuviesen una vida activa en relación con las expresiones artísticas propias de cada país.

Muchas de ellas son de magnífica calidad y es de reconocer que en ocasiones, de no ser por ese esquema, muchas de ellas no existirían. Sin discutir entonces su origen, lo que parece cierto es que en la mayoría de los casos se requiere de nuevos esquemas de administración, financiamiento y operación, de tal suerte que, sobre todo cuando se trata de agrupaciones con gran reconocimiento, pero a la vez de gran costo económico, éstas adquieran niveles de autonomía suficientes para establecer una gestión profesionalizadas sin que a la vez su costo gravite sobre otros campos de la misma rama artística o aún de la actividad cultural.

Pongamos un caso hipotético. Si en algún país el Ministerio destina 500 mil dólares en su presupuesto a la música, en primera instancia se supondría que ese recurso tendría que distribuirse entre los diferentes rubros de inversión dentro de esa rama artística. Sin embargo, lo más frecuentes es que el 80% de ese financiamiento se destine al mantenimiento de las agrupaciones de música oficiales, coros, orquestas, etc., dejando muy poco margen a los artistas de la música no ligados al aparato estatal y a otras fases de la creación, producción, difusión, promoción y disfrute de la música.

Una mirada a los elencos y agrupaciones a cargo del Estado, lo aporta un documento inédito del CAB donde se elabora un inventario de aquellos que se hayan adscritos al ente rector de las políticas culturales en los 18 países. Muchas entidades estatales tienen en su estructura organizaciones que ejercen actividades de creación, producción y difusión artística.

Muchas de las organizaciones artísticas que los gobiernos sostienen fueron creadas en el siglo XVIII y otras durante el XIX y XX, como son los casos de Argentina, Honduras, Costa Rica, Chile, Uruguay, etc. donde existen orquestas sinfónicas, agrupaciones de danza, música, coros, bandas, entre otras.

Un ejemplo. En México el sector público sostiene a la Compañía Nacional de Danza, recientemente en conflicto por su régimen interno y los criterios de nombramiento de su director o consejo artístico, a la Compañía Nacional de Opera, la Orquesta Sinfónica Nacional, la recientemente resucitada Compañía Nacional de Teatro, entre otras agrupaciones artísticas que dependen del Instituto

Nacional de Bellas Artes. Igualmente sostiene a la Orquesta Carlos Chávez, la Orquesta Sinfónica Juvenil, que dependen del Sistema de Fomento Musical del CONACULTA, entre otras organizaciones artísticas que reciben subsidio. A ello se suman las agrupaciones que dependen de los gobiernos estatales y municipales.

Es posible que de no ser sostenidas por el Estado dejarían de existir, toda vez que en el contexto de falta de solidez del terreno económico de la cultura y la falta de esquemas de estímulo para la inversión privada, sería muy difícil mantenerse a flote sin recursos públicos, como ha sucedido con varias compañías de danza que han dejado de recibirlo y han desaparecido.

Sin embargo, el tema nodal no es sólo cuál es la fuente de financiamiento, sino su participación en la cultura contemporánea y sus estrategias de vinculación social. Esta situación ha estado siendo discutida en los últimos años, dadas las circunstancias de reducción presupuestal que han enfrentado muchas de ellas y la crisis que se evidencia en sus esquemas de gestión y organización.

3.8.2 Los nuevos mecanismos e instrumentos

La mayoría de los países latinoamericanos han construido un complejo entramado público de instituciones, programas, fondos y sistemas de financiamiento a la cultura y especialmente a las artes, en busca de allegarse más fondos y de encontrar mejores mecanismos y expedientes para financiar los procesos culturales y artísticos. En pocos países se ha avanzado en el incremento de la inversión privada o bien en el establecimiento de políticas claras de estímulos o incentivos fiscales.

Un estudio todavía inédito del CAB muestra que esta búsqueda de nuevos esquemas de financiamiento está presente en varios de los países. Argentina, creó estructuras de financiamiento desde mediados del siglo pasado para apoyar las artes y pusieron en manos de los creadores las decisiones, una parte del subsidio puede ser decidida por los contribuyentes.

México hizo lo propio con la constitución del FONCA y los Fondos Estatales para la Cultura y las Artes, hasta fines de los años 80. Uruguay avanzó en una estructura de fondos a través de la cual estableció facultades no sólo de financiamiento directo por fondos concursables, sino además para buscar exenciones fiscales, negociar tarifas especiales y obtener fondos para el desarrollo de la música local a partir de los espectáculos extranjeros.

Destaca en ese sentido la experiencia Chilena, ya que su Consejo para la Cultura y las Artes ha creado un sistema de fondos especializados en el financiamiento de cada sector artístico, de tal suerte que muy pocas entidades administrativas o de gestión directa dependen de él. Destaca entre ellos el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes (Fondart), el cual ahora depende la Coordinación de Fondos del Consejo.

En Argentina, el Fondo es una entidad descentralizada y con recursos propios que busca apoyar todas las disciplinas, incluida la televisión, el cine, la radio, la estética de la arquitectura y el urbanismo, el folclor y también el financiamiento a empresas, cooperativas y organismos oficiales. Los recursos se otorgan por convocatoria. El Fondo concede préstamos y da prioridad a la recuperación industrial y comercial en el terreno cultural.

En México, el FONCA otorga becas individuales a proyectos de artistas, a través de diferentes categorías que van desde jóvenes creadores hasta creadores eméritos (beca vitalicia), tiene como misión la adquisición de obra y la recuperación de archivos, además de que permite a las organizaciones civiles recibir fondos privados deducibles de impuestos.

Chile cuenta con una norma específica en materia de donaciones destinadas a promover la cultura y las artes, conocida como Ley Valdez. La ley crea el Comité Calificador de Donaciones Privadas.

Colombia inició desde los años 90 la operación de Fondos Especializados para la financiación pública de actividades culturales y artísticas. Ahora los Fondos Mixtos de Cultura están reconocidos en la Ley de Cultura promulgada en 1997. Existen 32 Fondos mixtos departamentales para la cultura y las artes y tres distritales, con recursos de Ministerio de Cultura, aportes departamentales o distritales, aportes municipales y aportes de la empresa privada. México se inspiró en ese modelo para crear su Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Brasil reconstruyó su institucionalidad en los años 90 creando una Ley Federal de Incentivo a la Cultura, el Programa Nacional de Apoyo a la Cultura y cuenta con tres instrumentos: Fondo Nacional de Cultura que otorga créditos recuperables y no recuperables, Fondo de Inversión Cultural y Artístico, el cual financia proyectos artísticos o inversiones en espacios independientes; así como los reglamentos que atienden el mecenazgo. Igualmente se creó una Comisión Nacional de Incentivos a la Cultura, como organismo colegiado adscrito al Ministerio, el cual emite conceptos sobre la concesión de beneficios fiscales a proyectos culturales y artísticos. Recoge los apoyos privados en el Programa Nacional de Apoyo a la Cultura (PRONAC).

Destaca también la creación de una Secretaria de Incentivo e Fomento à Cultura en el Ministerio de Cultura del Brasil. Es el órgano encargado de dirigir el funcionamiento del PRONAC, evalúa el funcionamiento de los mecanismos de política pública que lo integran y proporciona elementos técnicos y el acompañamiento de las líneas y programas de política cultural. Cuenta con representantes en diversas regiones.

Finalmente, cabe destacar a la Fundação Nacional de Artes – FUNARTE, institución vinculada al Ministerio de cultura con autonomía administrativa y financiera. Tiene como objetivo fundamental incentivar la práctica, el desarrollo y

la difusión de las actividades y expresiones artísticas en el campo de las artes escénicas, el teatro, la danza, el circo, las artes visuales y la música.

El caso cubano, más allá de las circunstancias todas que rodean al país, es interesante en tanto cuenta, además del sistema de instituciones centrales con un grupo de fundaciones especializadas en ciertos campos del desarrollo cultural y educativo, además de empresas de comercialización y del sector público que atienden aspectos particulares de servicio a la cultura. Igualmente, han puesto en marcha una consultoría de economía de la cultura y un centro de inversiones que determina qué obras que el Ministerio prioriza.

Es de destacarse la menor presencia de este tipo de estructuras de diversificación del financiamiento en los países centroamericanos donde las estrategias de apoyo a las artes y a la cultura provienen fundamentalmente del sector central y casi no cuentan con fondos concursables o leyes de mecenazgo.

La mayoría de los sectores culturales de América Latina viven de los fondos públicos y si bien están buscando el uso de nuevos esquemas de financiamiento, todavía no alcanzan esquemas mixtos lo suficientemente amplios y sistemáticos como para confiar en ellos en términos de sostenibilidad. Lo mismo ocurre todavía con los sistemas de estímulos e incentivos para la inversión cultural, los cuales todavía no cuentan con los marcos normativos suficientes y armónicos para alentar no sólo la inversión privada nacional, sino los esquemas de intercambio que reclama la integración latino e iberoamericana. Indispensable en ese sentido sería realizar también un trabajo ex profeso para incentivar la inversión privada con reglas claras, en ciertos ámbitos de la cultura, a fin de generar una economía más sólida.

El debate en torno a si el subsidio es la única fuente de financiamiento a las artes, constituye un elemento que habrá que documentarse cada vez más, sobre la base de la producción de datos e información seria en torno a costos de las actividades, los circuitos de circulación de la obra, lo mismo que de las estrategias de formación de públicos que acompañen todo proyecto artístico.

En su aguda reflexión sobre economía, cultura y mecenazgo, Jorge Orlando Melo aporta también una visión de los diferentes niveles de gobierno en los cuales el financiamiento a la cultura tendría que analizarse: El gasto federal, el gasto cultural en las grandes ciudades, y el gasto cultural en municipios (Melo, 2001)

Tiene razón cuando menciona que el gasto en cultura lo financian fundamentalmente los ciudadanos a través de los impuestos, ya que los gobiernos sólo contribuyen con la decisión de cuánto se canaliza a la cultura.

Igualmente, lo financia en la adquisición de bienes y servicios culturales en el contexto del mercado de la industria cultural, sin embargo, lo cierto es que no todas las instituciones latinoamericanas tienen a su vez un marco normativo que les permita influir en las áreas económicas para la asignación de mayores

recursos al sector, como tampoco lo tienen para garantizar el aprovechamiento y la reinversión de las aportaciones ciudadanas vía el mercado de la industria cultural. Lo más claro es que no lo van a tener, mientras las preocupaciones sigan centradas solo en atender la producción artística.

En aras de avanzar en la diversificación del financiamiento a la cultura, convendría impulsar un estudio latinoamericano en torno a los montos, sectores y esquemas de la inversión privada, así como en los recursos legales, los estímulos fiscales y de promoción a la mano, a fin de contar con un panorama de posibilidades y orientaciones respecto de que ésta se incremente, bajo determinadas normas y en ciertas ramas.

No es igual el avance en el mejoramiento del entorno organizativo y de gestión de las organizaciones artísticas. Es por ello que muchos de los países intentan poner mayor atención a la formación de los gestores y directivos de instituciones culturales públicas y privadas en relación con los esquemas de financiamiento y las estrategias de recaudación de fondos, a fin de acelerar las condiciones de diversificación de fuentes y las habilidades de planeación financiera de organismos públicos y no gubernamentales.

Aunque suene un poco fuera de lugar es necesario percibir que mantener las instituciones culturales bajo los mismos esquemas tradicionales de dirección y gestión, está significando muchas pérdidas y descapitalización para el sector cultural, una de las fuentes posibles de bienestar para millones de ciudadanos en América Latina. En muchos casos, las áreas culturales funcionan como si los hospitales solo estuvieran encargados de atender a los médicos y a las enfermeras, o bien como el Secretario de Salud decidiera que este año la prioridad va a ser atender solo a los enfermos de riñón o del corazón porque el director es especialista en ello o tiene preferencia por las vías urinarias o en los temas cardíacos.

3.8.3 Financiamiento a la cultura y sociedad civil

Varios países como Uruguay, Brasil, Argentina, entre otros reconocen los derechos de los ciudadanos de organizarse en asociaciones de diverso carácter, entre las que figuran las de naturaleza cultural. Sin embargo, no todos han reconocido el papel de dichas organizaciones en la construcción de nuevos proyectos culturales de carácter territorial, disciplinario, gremial o interdisciplinario.

La redefinición de las competencias de los Estados en cultura implica asumir una actitud mucho más franca y abierta hacia el reconocimiento de derechos y la definición de reglas de operación y convergencia de las entidades privadas públicas y civiles de cultura.

Mientras este sector no tenga un lugar específico de reconocimiento, apoyo y estímulos, difícilmente nuestros países podrán avanzar en la conformación de un tercer sector generador de empleo y de nuevos focos o centros de producción,

creación, difusión y consumo cultural. En ese sentido, estamos frente a un tema crucial de la diversidad cultural, entendida más allá de la problemática indígena o de minorías nacionales, con todo y que no podemos dejar de subrayar sus derechos.

En ese sentido, importa también el régimen legal que se otorgue a instituciones culturales civiles, alternativas o independientes que funcionan en los países latinoamericanos, muchas veces a contracorriente. Ligado a ello, conviene destacar también el sitio jurídico de las pequeñas y medianas empresas culturales en los países, pero sobre todo, las condiciones que las políticas culturales puedan establecer para el impulso de la innovación y la vinculación social de esas iniciativas.

No todos los países de América Latina e Iberoamérica han legislado en torno a la forma como las agrupaciones culturales, los movimientos juveniles y las asociaciones civiles podrán ejercer sus funciones. En ciudades como la de México y otras, estos espacios terminan por naufragar debido a la ausencia de reconocimiento y a que reciben un tratamiento similar al de una cantina o una plaza de toros, afectándose con ello las posibilidades de un desarrollo más diverso en las iniciativas culturales.

Más allá de las normas que los Estados establecen para el ejercicio público de los recursos y de las normativas estatales y municipales para el gasto público, se requieren legislaciones que beneficien la inversión de corto, mediano y largo plazo para el sector así como el otorgamiento de créditos blandos a las iniciativas culturales de comunidades, grupos artísticos y ciudadanos interesados en desarrollar iniciativas de carácter cultural.

Aún el establecimiento de mínimos de política pública tendría que considerar la legislación en torno a los estándares de inversión en cultura considerando no solo la aportación de las industrias culturales al PIB, sino las dimensiones reales del gasto público y el destinado a desarrollo social. En ese sentido, convendría analizar en cada país, cuál es el rango de inversión y de ejercicio que debiera estar garantizado, considerando al menos el 1% del gasto público establecido como recomendación de la UNESCO.

Es cierto que en algunos países los recursos para la cultura se han incrementado, pero sin que ello se exprese aun en un cambio en la condición del sector, y es que la capacidad y la pertinencia del ejercicio del gasto público de un Ministerio o un Consejo en materia de cultura, tiene que ver no sólo con las habilidades de manejo administrativo y de cumplimiento de la normatividad de la función pública, sino también con la claridad en las necesidades de cada sector de la cultura en sus dimensiones nacionales, estatales, municipales y locales.

Igualmente, expresa la capacidad de permeabilidad social que cada entidad adquiere en relación la sociedad civil, sus organizaciones y los movimientos artísticos, indígenas, afroamericanos y juveniles. Por eso es que hemos sostenido

en ese texto que la política pública no consiste solamente en la administración de los recursos o ni siquiera en la capacidad de gestión de las instituciones que conforman el órgano rector de la cultura.

En ese sentido, adquiere carácter de urgente la legislación en torno al financiamiento a la cultura, considerando una normativa para las distintas fuentes de procedencia de recursos, el mecenazgo, la inversión privada, el destino de los subsidios, las formas e instancias de participación del financiamiento de las organizaciones de la sociedad civil legalmente conformadas o no, así como las normas con las cuales los Estados alientan el desarrollo del sector cultural.

3.8.4 Los incentivos para la cultura

El régimen fiscal y los incentivos para la inversión en cultura constituyen un ámbito aún poco estudiado dentro de la legislación cultural. El estudio elaborado relativo al Sistema Jurídico de Incentivos Económicos a la Cultura en los países del Convenio Andrés Bello, representa en ese sentido, un avance pionero para la comprensión de la importancia de contar con instrumentos idóneos para el fomento de la inversión en los diferentes campos del sector cultural.

Conviene destacar la definición que Castellanos Valenzuela refiere para un sistema jurídico:

comporta una noción de conjunto organizado de normas que regulan una determinada actividad de la vida social, en este caso aquella organización de normas que se identifican en el objetivo de decidir o asignar directamente recursos para la promoción de la cultura. (Castellanos Valenzuela, 2003).

Detrás de la discusión de los incentivos a la cultura se encuentra el debate del papel del Estado en la promoción de la cultura, una postura frente a las bondades o perversidades del mercado, una visión determinada en torno a los derechos a la creación y desarrollo cultural, así como una definición ante el papel de los consumidores en relación con los bienes y servicios culturales.

En ese sentido, el debate latinoamericano ha estado orientado más hacia un cuestionamiento del papel de los Estados, como promotores de la inversión en cultura, frente a la presión de la privatización y el crecimiento natural de la inversión privada en cultura, pero sin entrar de lleno a un análisis de la estructura de financiamiento y de estímulos para dar sostenibilidad al sector.

Hablar de incentivos y régimen fiscal de la cultura supone también adoptar una postura clara en torno al sentido público de la gestión cultural, de las formas de ejercicio de los derechos culturales y de la economía de la cultura.

La definición de cómo y qué apoyar, financiar o promover, tiene que ver también con el conocimiento o desconocimiento de las cadenas productivas de las diferentes ramas del sector cultural y aquí me refiero no sólo a las industrias

culturales, artes escénicas, la producción cinematográfica, la industria editorial, sino incluso del propio patrimonio cultural intangible y especialmente en relación con la gestión del conocimiento tradicional. Estos campos también descansan sobre una lógica económica que reclama nichos ecológicos sustentables para su desarrollo.

La tendencia dominante y en la que aún quedan muchos flancos que atender, es que los países suelen establecer incentivos para el cine o el libro y no siempre en todas las fases de las cadenas productivas. En algunos casos se privilegia la producción, aún cuando la de distribución y exhibición queden pendientes. En México, recientemente se aprobó la Ley del Libro, luego de varios años de veto del ex presidente Vicente Fox.

Sin embargo, para el resto de las actividades, es común que se establezcan apoyos genéricos no referidos a fases de procesos creativos, lo cual termina por no contribuir a generar cadenas productivas más o menos estables, sino a consumir los recursos en difusión o en producción de obra, dejando de lado otros aspectos indispensables para dar sustentabilidad al campo.

En ese sentido, la legislación no puede derivarse más que un conocimiento de las lógicas o de las necesidades específicas de cada campo. La definición de un esquema de incentivos, no necesariamente remite al gasto público, sino también a la capacidad de actuación intersectorial para convocar la apertura de créditos del sector financiero, a la generación de escenarios favorables para la inversión privada y también para el flujo de la filantropía, actividad que hay que distinguir de la caridad, ya que a nivel internacional, la filantropía ha tendido a convertirse también en un sector que se maneja con criterios y lógicas de negocio globalizado.

En relación con la creación de regímenes de tratamiento fiscal favorable, los estados han tenido y tendrán que enfrentar con mayor éxito, el debate de la evasión fiscal a través de los donativos de las entidades privadas, a fin de considerar dichos recursos como parte de la inversión del sector cultural.

En el mismo sentido se advierte el reto de ciertos países como México, donde al no existir ley de financiamiento a la cultura, la inexistencia de dichos instrumentos al alcance de los diversos campos del sector cultural, contribuyen a la asfixia no sólo de la sociedad civil, sino también de ciertos campos artísticos que ahora ya no pueden ser subvencionados por el gasto público.

De igual importancia resulta entonces, la definición de posturas más precisas por parte de los Estados latinoamericanos en relación con el destino del presupuesto regular y el papel del subsidio hacia los procesos creativos, lo mismo que el tratamiento que se da a la creación artística de los profesionales, o bien a la educación artística, vista como campo de inversión y de generación de nuevo capital intelectual. Muchas veces, los Ministerios no cuentan con estándares mínimos y la distribución del presupuesto resulta aleatoria o está atada de manos

porque los gastos corrientes impiden que los recursos fluyan hacia los procesos culturales vivos, con lo cual se contribuye a la debilidad de los campos y a la falta de incidencia social y a la búsqueda de posibilidades de planear a mediano o largo plazo.

Francia y España han establecido estímulos desde hace mucho tiempo para su industria cinematográfica, ahora apoyado por el contexto de la unidad europea, como se ha señalado en el apartado relativo a las industrias culturales. Igualmente lo han hecho para el libro y aún para ciertos ámbitos del trabajo artístico, como es recientemente, la proyección hacia el exterior.

Brasil, Argentina y Uruguay disponen de disposiciones relativas al financiamiento cultural. Colombia incluye la obligatoriedad de definición de medidas económicas de apoyo a la cultura. Chile cuenta también con algunas medidas económicas para fomentar el cine. Panamá ofrece apoyos a las entidades privadas que inviertan en educación y cultura, entre otras.

Más que intentar en estas líneas un balance de las disposiciones existentes actualmente, lo que interesa es subrayar la importancia de contar con un verdadero sistema jurídico de promoción a la cultura, como una de las expresiones de políticas culturales de nueva generación, tendientes a buscar la sustentabilidad de la cultura como sector, pero también la de cada uno de los renglones que la integran.

Para ello hace falta tener estudios prospectivos y comparados de la economía de la cultura en un sentido general en cada país, pero también hace falta el impulso de los análisis prospectivos de cada rama, la generación de indicadores de medición y evaluación de cada uno de los campos integrados en el sector cultural de cada país, para poder establecer los mejores mecanismos de estímulo o incentivo a las diversas fases de las cadenas productivas.

La suerte del capital intelectual y cultural de nuestros países dependen en gran medida de que las políticas culturales de Estado, se conviertan en ordenamientos de carácter jurídico que orienten, estimulen y permitan el flujo de los procesos creativos, de innovación y de vinculación social, bajo perspectivas de mediano y largo plazo.

Si América Latina avanza en la revisión de los esquemas con los que actualmente trabaja en el financiamiento a los procesos creativos y el disfrute de la cultura y las artes, habrá dado un paso fundamental en la conformación de políticas culturales de nueva generación que no se quedan en el subsidio, pero que tampoco renuncian a la búsqueda de recursos públicos; que logren crear puentes y flujos entre el mercado, la empresa privada, los consumidores y las entidades de cooperación internacional latinoamericana o iberoamericana.

La legislación cultural es el espacio donde debe ratificarse los mínimos de política cultural al que debiera aspirar cada país: niveles y normas de financiamiento,

derechos culturales individuales y colectivos, protección al patrimonio cultural, con especial atención al intangible, a los derechos autorales, educación artística intercultural y para la vida, mecanismos de decisión y transparencia, estructuras institucionales aceptadas y con claridad de objetivos y formas de relación social, mecanismos de participación de las comunidades indígenas, afrodescendientes y otras minorías nacionales, de las regiones y de los sectores sociales en la formulación de la política pública, instancias públicas o civiles creadas para el análisis prospectivo de la cultura, entre las más importantes.

Los ordenamientos jurídicos para el sector cultural en América Latina e Iberoamérica necesitan actualización en muchos sentidos, a partir del desarrollo mundializado de la cultura y del impacto de las tecnologías digitales, las presiones internacionales en torno a la propiedad intelectual, el medio ambiente, el patrimonio cultural inmaterial, entre otros nuevos campos que reclaman de un gran trabajo legislativo.

La definición de una agenda legislativa de la cultura debiera constituir una prioridad de los gobiernos latinoamericanos, paralela a la reforma del Estado que se vive en varios países y en relación con la puesta al día de los nuevos ordenamientos internacionales en materia de cultura y cooperación internacional.

El esfuerzo más grande, sin embargo, se relaciona con la conceptualización que debe hacerse para abordar cada uno de estos campos, empezando por las reformas necesarias para dar cauce a las nuevas competencias que los Estados debieran desarrollar, de frente a los retos contemporáneos del sector cultural de nuestros países en el marco global, en aras de contrarrestar su actual debilitamiento.

3.9 Gestión cultural, campo profesional en construcción en América Latina

El sector cultural se destaca también por ser uno de los campos generadores de empleo para las más diversas profesiones, no sólo relacionadas con la creación artística. En la Unión Europea, un estudio elaborado por la Fundación Interarts de Barcelona, y auspiciado por la Comisión Europea, dejó constancia de que el sector cultural era generador de empleos creativos y que su crecimiento era mucho más dinámico que cualquier otro ámbito de la economía europea (Interarts, s.f.)

Conforme el sector cultural de América Latina adquirió autonomía y cierto nivel de especialización, las estrategias y prácticas tradicionales de gestión cultural han sido cuestionadas cada vez más por los procesos culturales mismos. El sector cultural dejó de ser ese campo indefinido donde no importa quién está al frente.

La gestión es un campo profesional en proceso de construcción que se deriva de la experiencia en la mayoría de los países iberoamericanos, es por ello que durante muchas décadas, las instituciones, organizaciones, programas y proyectos culturales han sido orientados a partir de las bases empíricas de los

promotores y funcionarios, a partir de una intuición que jugó un papel significativo, casi como única fuente referencial para la toma de decisiones.

En algunos sectores se pensaba que las instituciones culturales y los procesos culturales requerían básicamente de "sensibilidad" o en el mejor de los casos, de conocimientos propiamente artísticos. La experiencia histórica demostró que ni la sensibilidad es suficiente, ni el conocimiento de los lenguajes artísticos es sinónimo de eficacia para emprender estrategias de gestión cultural en contextos de complejidad.

No siempre un artista, aún siendo excelente creador o explorador de los lenguajes creativos puede necesariamente tener interés, disposición, habilidades o conocimientos para entender y atender de manera adecuada las necesidades de procesos o instituciones culturales públicas o privadas. En otros casos la familiaridad con los lenguajes artísticos es efectivamente una condición fundamental para asumir retos de gestión de espacios artísticos, festivales o algunos otros organismos de experimentación creativa.

Sin embargo, el sector cultural de América Latina se ha nutrido de múltiples profesiones: desde bibliotecarios, museógrafos, historiadores, artistas, sociólogos, antropólogos, maestros, administradores y aún científicos, quienes se han convertido en un núcleo significativo de promotores y gestores culturales que atienden necesidades diversas que van desde la formación, la capacitación, la creación, producción, difusión, distribución y consumo de bienes, servicios y elementos del patrimonio cultural y natural.

La gestión cultural es un campo profesional en plena construcción, el cual se nutre de marcos teóricos y metodológicos que proceden de muchas otras disciplinas y que está generando sus propios requerimientos y espacios de formación.

Los gestores culturales estamos cada vez más enfrentados a la necesidad de desarrollar nuevas capacidades de comprensión, análisis e interpretación de complejas realidades culturales, al tiempo que de intervención y direccionamiento de procesos orientados hacia la sustentabilidad, la participación social y la vinculación entre obras, servicios y bienes culturales y comunidades diversas locales y translocales.

El conocimiento empírico de la realidad cultural y las intervenciones convencionales basadas en la intuición del promotor cultural han dejado de tener efectividad y han terminado por convertirse en rutina, reiteración y desaprovechamiento de la riqueza cultural, al operar bajo lógicas de corto plazo incapaces de intervenir más allá de los rituales ya establecidos. La revisión y la problematización del pensamiento antropológico y social es una urgencia en la formación del profesional de la gestión, especialmente en lo que toca a los temas de diversidad cultural, identidad, interculturalidad, desarrollo e innovación.

Fenómenos como la irrupción de nuevas formas de creación artística ligadas a la tecnología, la diversificación de las formas de creación, consumo y escucha musical, la transformación de los sentidos de “encontrarse” y “estar juntos”, , la transnacionalización de los gustos y de los movimientos sociales, el surgimiento de nuevas tribus urbanas entre los jóvenes, el desarrollo de proyectos ecológicos, la emergencia de nuevos agentes que intervienen en la creación, producción, distribución, circulación y consumo de bienes y servicios culturales y artísticos, entre otros fenómenos tanto o más recientes, suponen un conocimiento o comprensión general de estos nuevos escenarios , pero a la vez nuevas capacidades específicas para intervenir de manera pertinente y oportuna ante una realidad que se caracteriza por la diversidad cultural y la tensión permanente.

Del otro lado, las instituciones y organizaciones culturales se han vuelto instancias complejas que operan bajo presión y actualmente bajo un desgaste que se percibe desde la sociedad civil como agotamiento de sus lógicas y reglas de funcionamiento. Muchas veces, la falta de vinculación social hace que se queden atrás respecto a las dinámicas que generan muchos grupos, comunidades y artistas que van mucho más allá de las estructuras cerradas y rígidas.

Pero no sólo el sector gubernamental requiere de dichas formaciones, el tercer sector, denominado de la sociedad civil, ha creado también un gran tejido de asociaciones, organizaciones, grupos, empresas micro y medianas, así como movimientos culturales con personalidad jurídica formalizada o no formalizada, pero que realizan una gran cantidad de actividades culturales cercanas al territorio y a diversos sectores sociales o campos culturales especializados. La profesionalización de la gestión entre artistas y organismos civiles también es una prioridad para generar las condiciones del ejercicio de los derechos culturales.

Ante tal explosión de iniciativas y campos especializados, se requieren de nuevas formaciones capaces de atender la complejidad cultural e institucional de un sector emergente, de promover la cooperación horizontal e internacional y de crear las condiciones para el desarrollo de este entramado público, privado y civil.

Estas necesidades han dado lugar al surgimiento de diversas iniciativas de formación profesional, cuyo objetivo es generar nuevos perfiles y competencias entre los gestores culturales en los diferentes países de Iberoamérica.

Nuevos retos se abren frente a este campo profesional. ¿Cómo introducir la innovación en las prácticas artísticas? ¿Cómo hacer que el patrimonio inmaterial adquiera una dimensión creativa y de emprendurismo, sin que necesariamente se imponga una política de deterioro del medio ambiente? ¿Cómo impulsar el vínculo educación y cultura para favorecer la relación intercultural de entre los jóvenes y los niños en las escuelas? ¿Cómo generar diálogos constructivos y una agenda de cultura y desarrollo en los ámbitos de medio ambiente, salud, turismo y desarrollo urbano? ¿Cuáles son los pasos para poder formular diálogos tendientes a fortalecer las acciones de los ciudadanos y sus organizaciones en la cultura para fomentar el emprendurismo y la innovación social? ¿Puede hacerse

un tránsito hacia una dimensión social, sin romper los equilibrios y los avances que se tienen en los campos tradicionales de la cultura? ¿Cómo impulsar la cooperación cultural que vaya más allá del intercambio artístico convencional?

Muchos de los países iniciaron durante los 90 procesos de formación, actualización y profesionalización de su sector cultural, a fin de dotar a los gestores culturales de nuevos acervos de conocimientos y renovadas competencias.

La mayoría de las opciones de formación comenzaron por el desarrollo de cursos y diplomados de Gestión Cultural, abriéndose un abanico que si bien adquirió cierta amplitud, carecía de una estructuración pensada en función de la conformación del sector como una profesión especializada. En algunos casos se ha insistido más en formaciones de carácter técnico y administrativo, que en las capacidades de intervenir en contextos de complejidad y diversidad social, cultural y étnica, o bien para gestionar recursos y generar bienestar para los actores sociales.

En algunos países como Colombia, México, Chile, Argentina y Brasil han surgido programas de posgrado para el estudio de la gestión cultural, con énfasis en conocimientos teóricos y metodológicos que intentan abarcar diversos campos del quehacer cultural. En el caso de México, el programa de posgrado es una especialización que se desarrolla a través de una plataforma virtual, aunque existen también opciones presenciales en al menos dos universidades.

Sin duda, estas iniciativas han contribuido a dar más solidez al sector cultural y a la sistematización de experiencias, producción de información, conocimientos y una bibliografía inicial.

De particular importancia ha sido el surgimiento de programas académicos en universidades de España (Barcelona, Girona, Complutense), etc., los cuales están orientados hacia la gestión cultural y la cooperación internacional, ya que en ellos se han formado varias generaciones de profesionales de la gestión cultural latinoamericana que ahora han construido importantes acervos de experiencias y reflexión desde la perspectiva latinoamericana, pero con capacidad de diálogo iberoamericano. Destaca el papel de la Cátedra Unesco de Políticas Culturales de la Universidad de Girona, encabezada por Alfons Martinell, donde se han formado a un buen número de gestores latinoamericanos que hoy están buscando el impulso de nuevos procesos a escala local, regional o nacional en sus países.

Es curioso que hasta la fecha no haya surgido una iniciativa de formación con carácter latinoamericano, no obstante la presencia de profesionales de alto nivel ya formados y con experiencia práctica, docente y en la investigación y quienes además participan en las ofertas establecidas del otro lado del Atlántico.

En su momento, al frente del Centro Nacional de las Artes, diseñé el programa académico y puse en marcha el Posgrado Virtual en Políticas y Gestión Cultural,

teniendo como contraparte al Dr. Eduardo Nivón de la UAM-Iztapalapa y a la Organización de Estados Iberoamericanos. Una primera evaluación hecha de las primeras ediciones hablaba de un perfil académico más alto entre los interesados en adquirir esa formación, pero al mismo tiempo, una fragmentación enorme en el quehacer de quienes acudieron a él, lo cual hablaba ya en ese entonces, de la necesidad de diversificar la formación y de establecer todo un sistema de formación en gestión, el cual se intentó crear en CONACULTA, pero no siempre con una estructuración académica sólida, con continuidad o ligada a las necesidades de la práctica.

Conforme ciertos campos se han especializado la gestión cultural ha reclamado formaciones que vayan más allá de las visiones o perfiles generalistas que fueron fundamentales en una primera etapa, pero ahora resultan insuficientes. Las negociaciones de presupuestos, aceptación de proyectos, condiciones de tratamiento de la cultura en tratados internacionales comerciales, diseño de proyectos y gestión de públicos y de recursos requieren formaciones especializadas.

No contamos con estudios especializados del sector cultural de todos los países de América Latina y España, desde el punto de vista del empleo, sin embargo, los estudios disponibles señalan que la composición de los gestores culturales ha cambiado. Se ha elevado su perfil académico, se diversificó su sector de procedencia y sus intereses profesionales y formativos.

Chile es uno de los pocos países que han elaborado un estudio respecto a su sector profesional de la cultura, en donde se evidencia por un lado el crecimiento del empleo en el ámbito de la cultura, aunque paralelamente se observa una tendencia al multiempleo que es por un lado síntoma de una gran movilidad, pero al mismo tiempo, el desarrollo todavía incipiente de condiciones laborales de calidad.

Las identidades profesionales de los gestores culturales han evolucionado conforme el sector se ha ido estructurando. La emergencia del sector civil, la consolidación de las industrias culturales, el reconocimiento y la apropiación social del patrimonio cultural, los procesos de institucionalización, la legislación cultural, las necesidades de nuevos esquemas de financiamiento, el fomento a los nuevos emprendimientos culturales, la creación de nuevas infraestructuras especializadas, la intervención en situaciones de marginalización de inmigrantes, jóvenes, mujeres, personas con necesidades especiales, las nuevas vertientes del quehacer artístico en relación con las nuevas tecnologías, el empuje del turismo cultural, el desarrollo de proyectos que vinculan medio ambiente, recursos naturales y proceso cultural, entre otros campos, requieren de formaciones altamente especializadas.

Sin embargo, si tuviésemos que pensar en cuáles serían los temas que debieran formar parte de la formación básica de todo gestor cultural: tendríamos que hablar de la comprensión de la cultura como fenómeno antropológico y económico, de las

nuevas maneras de entender la diversidad cultural, la identidad y la interculturalidad, se requeriría enfocar los cambios que ha traído la globalización, no sólo en las realidades culturales a nivel latinoamericano, nacional, local o sectorial, sino también en las metodologías para el diseño de proyectos de gestión cultural, la formación de públicos y la economía de la cultura.

Un déficit del sector alude también a las estrategias de recaudación de fondos y de gestión económica de procesos artísticos, a las maneras de impulsar y organizar la gestión de pequeñas empresas creativas y culturales. No diga, respecto a las formas distintas en que se debería enfocar la cooperación regional e internacional en la perspectiva del desarrollo y de la integración, a partir de considerar los recursos contemporáneos de la tecnología y las redes virtuales.

No es objeto de esta tesis enfatizar estas necesidades, pero me gustaría subrayar que un tema fundamental en este momento, lo constituye la discusión respecto a cómo establecer el debate entre política cultural, cohesión social y desigualdad, a fin de poder diseñar formas innovadoras de vinculación con procesos culturales en el ámbito local. Si las políticas culturales quieren incidir en la recuperación del espacio público, en la creciente fragmentación y en la intolerancia que reina en muchos espacios sociales, no puede considerar que el debate antropológico sobre diversidad e interculturalidad deba seguirse quedando en los libros, las academias y como tema especializado de los antropólogos.

Alfons Martinell, uno de los pioneros en la apertura de espacios de formación para gestores culturales y fundador de la Cátedra UNESCO de Políticas Culturales de la Universidad de Girona, España, propone las siguientes competencias básicas para los gestores culturales contemporáneos:

Competencias básicas de un gestor cultural
Situar su acción profesional local y globalmente.
Diagnosticar y modelizar información para su acción. Capacidad de análisis de la adaptabilidad de procesos a contextos diferentes.
Mediar, negociar y acordar estrategias y procesos entre diferentes agentes de su campo profesional dentro y fuera de su territorio, nacional e internacionalmente.
Crear, compartir y transferir información, conocimiento y sistemas, dentro de esquemas de apoyo, formación y comunicación.
Innovar en el propio sector. Conocimiento de la memoria colectiva para favorecer la transformación e innovación en el sector.
Competencias específicas
Comprender procesos y tendencias culturales
Objetivar su profesión y darle especificidad, para establecer puentes con otros ámbitos como turismo, empleo, medio ambiente, cohesión social, educación, etc.
Realizar prospectivas de escenarios cambiantes, a partir de la comprensión de la mundialización y del conocimiento de nuevas tendencias, nuevos lenguajes y formas expresivas.
Ejercer funciones directivas y de liderazgo a partir de nuevos modelos mixtos.
Negociar con los agentes de diferentes iniciativas y mediación en procesos de confluencia y cogestión.
Trabajar en sistemas complejos de toma de decisiones y desarrollo de sistemas organizacionales.
Desarrollar un proyecto emprendedor o empresarial en los distintos ámbitos de contenido.
Diseñar, elaborar y ejecutar un proyecto de gestión en todos sus elementos, fases y proyecciones.

Competencias específicas de un gestor cultural (continúa)
Trabajar en sistemas mixtos de cooperación entre el sector público, el privado y el civil.
Conocer marcos jurídicos y de la economía de los sectores, formas de contratación, aspectos fiscales, mercados culturales, dimensión económica de la producción cultural, estrategias empresariales.
Conocer las particularidades de la comunicación cultural, así como necesidades, intereses y tendencias de los públicos
Conocer el pensamiento estético de las artes, las nuevas tendencias y los nuevos paradigmas.
Capacidad de diálogo intelectual con los sectores creativos, artísticos, etc.
Capacidad de diálogo político con instancias horizontales, superiores, legislativas, jurídicas, etc.
Capacidad de entender los procesos de construcción de la identidad en diferentes contextos de diversidad, migración e interculturalidad.
Capacidad para utilizar las nuevas tecnologías de la información y comunicación.
Disponer de instrumentos de planificación, programación y evaluación.

Como se advierte, las nuevas competencias que señala este autor combinan por un lado formación académica especializada, una actitud de pensamiento analítico y propositivo permanente, y del otro extremo, una fuerte dosis de experiencia en la gestión misma, pero también una actitud de alerta, de cambio y de transformación acordes a la naturaleza misma de la cultura. Suponen asumir una postura ética y profesional frente a la globalización y los procesos culturales que se presentan en el territorio dentro y fuera del país del que se trate.

Para lograr estas competencias se requieren programas formativos y experiencia profesionales que no se queden en el nivel de una licenciatura o en propuestas de pregrado. La tendencia a crear opciones de este nivel o el abuso en los diplomados incide en las formaciones generalistas, pero poco en la especialización.

Una mirada a las competencias específicas que propone, suponen todo, menos conformismo, estatismo, trabajo disciplinar cerrado, tendencia al grupismo, clientelismo, posturas burocratizantes o cualquiera de los vicios que ha generado en ciertos sectores, la existencia de núcleos pequeños y endogámicos de gestores culturales.

Es difícil exagerar en nuestros días la importancia que tiene profesionalizar la gestión cultural y la formación de los gestores culturales. José Teixeira Cohelo, lo resume de este modo:

Existe una nueva dimensión y una nueva dignidad de la formación en gestión cultural que es preciso planear y proponer si no queremos que cultura y desarrollo, cultura y diversidad, cultura y sostenibilidad sean binomios meramente llanos y muchas veces vacíos, e incluso nocivos (Teixeira Cohelo, 2005).

La revaloración de las opciones formativas para los gestores en América Latina fue puesta a consideración de los diferentes países por parte del CAB, en el 1er Encuentro Internacional Diversos y Alternos, en el cual se reunieron diversos representantes del sector cultural, con el fin de analizar las perspectivas y retos de la gestión cultural ante el nuevo siglo. El CAB realizó dicho encuentro en el contexto de la conformación del Laboratorio de Investigación, Formación y

Desarrollo de Políticas para la Gestión Social y Cultural, a fin de crear un Sello de Calidad para programas de formación en gestión cultural en iberoamérica. Al decir de Patricio Rivas, Director de Cultura del Convenio, en ese entonces:

El gestor cultural y el gestor social tienen como tarea permanente el análisis de las transformaciones, políticas, económicas culturales y sociales de los territorios en que van a intervenir, puesto que el cambio es una constante en el desarrollo de las comunidades. Por lo mismo, es necesario debatir hoy también sobre el papel del gestor, no sólo como el director de acciones que promueven la realización de proyectos, sino como el mediador y el facilitador que dinamiza el desarrollo de procesos dentro de las comunidades. Esto implica, entonces, un análisis de los resultados de las investigaciones realizadas tanto en el campo social como en el cultural, que le permita a las instituciones construir políticas de formación acordes con las dinámicas propias del desarrollo y con las transformaciones que diariamente aparecen en los sistemas culturales.

La Declaración de Quito sobre Gestión Cultural en Iberoamérica, fruto del diálogo entre representantes de 16 países, retoma el tema de la formación, en relación con asuntos estratégicos del desarrollo cultural en nuestros días: los derechos culturales y la economía de la cultura.

Recoge en ese sentido, los rasgos necesarios de integrar al perfil profesional de los promotores culturales de nuestros países, así como propuestas puntuales para fortalecer su formación. Dicho documento, comienza por una definición del gestor cultural:

Entendemos que el gestor cultural es un profesional que integra competencias multi e interdisciplinarias, de tal modo que puede llevar adelante procesos de intervención cultural en territorios concretos y con impacto en los procesos de desarrollo local, regional, nacional o internacional.

Algunas recomendaciones significativas de dicha declaración atañen a la naturaleza específica de la formación que requieren los gestores culturales. Por la importancia que habrá de cobrar en los próximos años la conformación y el estudio comparativo de opciones académicas y de profesionalización de este sector, conviene retomar algunas de ellas:

- a) La formación del gestor cultural no puede ser encomendada a una planta docente académica desvinculada de la práctica cultural. Los docentes involucrados deben contar tanto con los conocimientos y habilidades didácticas y pedagógicas correspondientes al sector, así como estar involucrados en la práctica de la gestión.
- b) La gestión cultural, es una disciplina académica nutrida por muchas otras disciplinas y que...empieza a ser reconocida como tal. Como nos referimos a una práctica interdisciplinaria, los contenidos curriculares y su didáctica deben implementarse desde la realidad específica, los conocimientos y procesos existentes en contextos determinados donde se aplica dicha disciplina.
- c) Los procesos formativos de los gestores culturales deben incluir en sus contenidos el campo de la investigación, a fin de comprender en profundidad las características del entorno en el que se va a operar.

d) Se reconoce que la práctica de campo comunitaria, en sí misma, tiene una función formativa de primera importancia. El concepto de "comunidad" no tiene que ver tanto con tipos de población, como con una construcción metodológica que el gestor realiza con los sujetos protagónicos en determinados proyectos (por ejemplo, la comunidad territorial, la comunidad artística, o de artesanos, o la comunidad universitaria, o la infantil, o la de gestores, etc.).

e) Es necesario reivindicar la importancia del proyecto sociocultural como un eje fundamental (organizador – sistematizador) de la práctica, e, igualmente, lo debe ser del proceso formativo. Considerar al proyecto como un organizador de procesos, flexible, que contribuirá al logro de objetivos. El proyecto debe surgir de procesos de planeación participativa, que deben incluir la reflexión, la acción, la evaluación y reformulación permanente del proyecto.

e) El sector de gestores culturales es sumamente heterogéneo en su formación académica, orígenes sociales, edades, ideologías y disciplinas, por lo que los procesos formativos deben atender dicha heterogeneidad.

f). El modelo pedagógico debería tener como características principales: diálogo de saberes, el aprender haciendo, acción – reflexión; teoría – práctica, pensamiento crítico y una vocación de servicio comunitario. De igual manera, el desarrollo e instrumentación de modelos de pensamiento estratégico, sistémico y abstracto como modo de comprensión de las complejidades de la realidad contemporánea.

g) El promotor cultural debe desarrollar destrezas de liderazgo comunitario acordes con la realidad del siglo XXI.

h) A medida que los foros y organizaciones internacionales vinculan cada vez más los conceptos de cultura y desarrollo, la formación del gestor cultural debe tender a resaltar el impacto de la cultura en campos tales como la economía, la política y la integralidad del tejido social.

i) Es relevante que los procesos formativos vayan cada vez más acompañados de herramientas tales como incubadoras de proyectos; los procesos educativos deben acompañar procesos de producción cultural para su desarrollo. Así, también el proceso formativo debe incorporar la creatividad y el rigor metodológico para la formación integral.

j) El proceso de profesionalización del gestor cultural debe mantener el marco ético del [que cumple con un] "encargo social", que ha sido la base de la gestión, como intervención cultural en el desarrollo histórico del sector y su vinculación comunitaria.

3.10 Globalización, diversidad e integración latinoamericana

3.10.1 La agenda internacional de la cultura

A partir del siglo XX, la cultura empieza a aparecer en diferentes foros de debate internacional ya no sólo como apéndice del desarrollo económico, sino dando sentido a una reflexión integral sobre su papel en el desarrollo humano y en la cooperación internacional, en el marco de la interdependencia que crea la globalización.

Fruto de ese diálogo, no exento de contradicciones y tropiezos, en los foros mundiales, internacionales y regionales se han construido nuevos instrumentos multilaterales o bilaterales que buscan fortalecer los procesos nacionales y locales de diseño, implantación y desarrollo de las políticas públicas de la cultura. El reto de las políticas culturales en América Latina es participar y dar continuidad a esta agenda, más allá de asistir a las reuniones y firmar las minutas o los acuerdos que se derivan de ellas.

La multiplicación de organismos internacionales que inciden en la región ha influido en el planteamiento de agendas comunes, muchas veces reiterativas que requieren de una armonización para hacer más eficaz su impacto, facilitar la coordinación y trascender acuerdos que a veces se quedan en el discurso diplomático de buena voluntad, pero logran poca incidencia en los procesos reales. Hoy, bajo la desaparición del Convenio Andrés Bello, la cooperación regional parece no cambiar del débil rumbo que ya tenía. No es que su existencia resultara irrelevante, porque ya he hecho alusión a la importancia de recuperar algunos de los procesos de reflexión y de construcción de agendas de debate comunes para América Latina.

Es una realidad insoslayable que los países de América Latina y El Caribe e Iberoamérica requieren puntualizar la agenda internacional de la cultura, a fin de colocar sus políticas públicas en consonancia con los enfoques y propósitos culturales de un nuevo siglo, radicalmente diferente al del siglo XX, y al cual responden todavía las visiones y orientaciones de las políticas culturales de nuestros organismos e instituciones nacionales.

Los países miembros de Naciones Unidas acordaron que cualquier acción de política pública nacional o internacional en materia de educación o cultura debiera enmarcarse dentro de los ocho Objetivos del Milenio propuestos para ser alcanzados en el 2015, los cuales pueden resultar discutibles sobre todo en su enfoque, pero esos fueron los acordados:

Erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad de géneros y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el VIH/Sida, el Paludismo y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una asociación Mundial para el Desarrollo.

Es importante subrayar que en su formulación, no consideraron la cultura como un elemento capaz de influir en esas realidades, a pesar de que son factores culturales los que inciden en dichas problemáticas. La cultura es el elemento transversal indispensable para el logro de estos objetivos y la integración, aunque formalmente no se haya reconocido en su formulación. Es hasta septiembre de 2010, en la reunión general celebrada en Nueva York, que el PNUD, reconoce la importancia de ella y se prepara para enfocar nuevos escenarios del vínculo entre cultura y desarrollo, para lo cual se van a requerir condiciones y cuadros profesionales en nuestros países capaces de hacer dicha articulación.

América Latina es una región caracterizada por la desigualdad y en la que los índices de pobreza son todavía alarmantes. Según los balances del Milenio, América Central y El Caribe mantienen índices altos de población que está por debajo del nivel mínimo de consumo de energía alimentaria (19 y 21% en 2004), de acuerdo con los parámetros de la FAO.²⁸ Conviene entonces repensar autocriticamente si el sector cultural puede seguir siendo ajeno a las aspiraciones de bienestar, seguridad e inclusión de millones de ciudadanos en América Latina y si las políticas aisladas en el plano nacional pueden contribuir con fuerza hacia el cumplimiento regional de dichas metas.

El problema está en que no todos los países han los espacios académicos o de investigación y formación para poder atender lo que en Colombia está asumiendo, por ejemplo, el Laboratorio de Investigación sobre Cultura y Desarrollo en la Universidad Tecnológica de Bolívar con apoyo de la Cátedra Unesco de la Universidad de Girona, o bien los trabajos de investigación que produce el Observatorio de Cultura de la Facultad de Buenos Aires, o bien Interarts en Barcelona, el Observatorio de Políticas Culturales que dirige Jose Texeira en Sao Paulo o bien Itaú Cultural en Sao Paulo.

La universalización de la educación primaria, una meta que podría considerarse limitada, encuentra en algunos países la posibilidad de alcanzarse en un corto plazo, pero otros tendrían que hacer esfuerzos adicionales a los realizados en las últimas décadas. Los sectores menos favorecidos y rurales en ciertos países, son quienes aún no logran alcanzar ese objetivo, lo cual los coloca en condiciones de exclusión y desventaja frente al mundo contemporáneo. Cerca de 6 millones de jóvenes de 15 a 19 años aún no concluyen la primaria en los 18 países de América Latina.

Mientras Chile, Argentina, Uruguay, Panamá, México, Colombia, Ecuador y Perú tienen la probabilidad del 95% de término de la primaria para los niños hoy menores de 5 años, en Honduras, Guatemala y Nicaragua no llega al 80%. En algunos países como Nicaragua, Guatemala, Honduras, Bolivia, El Salvador y Brasil, las disparidades asociadas al nivel de ingreso son particularmente fuertes. El problema asociado a la conclusión de la escuela primaria en América Latina es

²⁸ Disponible en: <http://websie.eclac.cl/ConsultaIntegradaFlash>

sobre todo un problema de equidad y cada vez más ligado a la problemática cultural de millones de niños, adolecentes y jóvenes que entran en contradicción con los sistemas educativos ordenados bajo el concepto de cultura del siglo XX y ante la urgencia de educación intercultural para la interculturalidad.

Por el otro lado, los resultados del desempeño académico aún de los países con cobertura generalizada de la educación básica, no alcanzan los niveles internacionales considerados suficientes para desenvolverse en el mundo actual. La calidad de la educación básica resulta un campo de atención prioritaria frente a la cual, la cultura y las artes tienen mucho que aportar (UNESCO, 2004).

El informe del avance de las metas del Milenio en materia educativa insiste en los compromisos del Proyecto Regional de Educación para América Latina (PRELAC), aprobado en noviembre de 2002, en el sentido de la revisión de los contenidos y las prácticas de la educación para construir sentidos acerca de nosotros mismos, los demás y el mundo en que vivimos, además de cambiar la cultura de las escuelas para convertirlas en comunidades de aprendizaje y participación, como elemento fundamental para atender los desafíos de la calidad educativa.

Estas son tareas fundamentalmente ligadas a la integración regional y a la cultura, aún cuando las políticas públicas de la educación, el medio ambiente o la salud, todavía no lo reconozcan de manera transversal.

Mientras los países ratifican la llamada Convención de la Diversidad y se enfrentan a las debilidades respecto a cómo entenderla y gestionarla para poder trazar estrategias para su cumplimiento, la noción de espacio iberoamericano avanza en su construcción, aún bajo el reconocimiento de que estamos ante escenarios de gran diversidad, heterogeneidad y conflictos.

La reunión de Ministros de Cultura y Responsables de Políticas Culturales celebrada en Lima, Perú en 2001, reconoce la consolidación de un espacio cultural común iberoamericano fundado en la diversidad y que se orienta al mejoramiento de las condiciones de vida de los ciudadanos.

Aún cuando el concepto de espacio Iberoamericano está en debate, se señala que es el resultado de una relación histórica de más de cinco siglos, que se expresa en redes, mercados, medios de comunicación, mecanismos, instrumentos y proyectos de cooperación, lo que demanda el fortalecimiento de la integración a partir de patrones comunes para atender la multiculturalidad, la pluriétnicidad y el multilingüismo de nuestros países. Sin menospreciar los avances en este intento no podemos perder de vista las contradicciones en las relaciones entre ambos continentes. Como señala García Canclini: "Los discursos en las cumbres iberoamericanas de presidentes y ministros de cultura suelen destacar la extensa historia que nos une a quienes habitamos los países latinoamericanos y la península ibérica. Hoy no podemos evocar esta comunidad histórica sin tomar en cuenta los conflictos de la región." (García Canclini, 2002).

La cooperación iberoamericana y la integración latinoamericana se han vuelto materia de trabajo de diversos organismos que confluyen en la misma búsqueda, si bien con diversos enfoques, prioridades o sectores de atención, lo que hace necesario la redefinición de ámbitos de competencia y las prioridades comunes y de cada organismo, a fin de hacer más eficiente la cooperación y la integración.

De hecho, la reunión de Lima se pronuncia por la valoración de los diversos programas y mecanismos de integración regional: Protocolo de Integración Cultural del MERCOSUR, Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana (CECC), el Convenio Andrés Bello (CAB), la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), el Grupo Alto Nivel de Cultura del G-3, UNESCO, la OEA, la Asociación de Estados del Caribe (OEC), la Comunidad Andina de Naciones (CAN), el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC) y el Foro de Ministros de Cultura y Responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe y recientemente el impuso a la Unión Suramericana.

Los lineamientos y prioridades que se establecen en la agenda de la cooperación iberoamericana son el patrimonio cultural vivo y las industrias culturales, la convergencia entre cultura, desarrollo y democracia, la vinculación de las políticas culturales con las educativas y comunicativas, la convergencia de legislaciones en el marco global, especialmente en relación con los estímulos fiscales, el tema de los derechos culturales de los pueblos indígenas y de las poblaciones migrantes y el privilegio de la cultura viva en las zonas con mayor concentración de población en condiciones de exclusión, entre otras.²⁹

3.10.2 La Carta Cultural Iberoamericana

En la reunión del 14 y 15 de Octubre de 2005, en España, se señaló la necesidad de formular las bases para crear una Carta Cultural Iberoamericana. Igualmente la pertinencia de avanzar en un Pacto Iberoamericano por la Educación, en el cual trabajan la Secretaria General Iberoamericana y la Organización de Estados Iberoamericanos.

En ellas se establecía: afirmar el valor de la cultura como base indispensable del desarrollo integral del ser humano y la cohesión social de los pueblos de iberoamérica, el impulso a un desarrollo cultural que contribuya a superar la pobreza y la desigualdad, promover y proteger las identidades culturales iberoamericanas, incluyendo entre otras las originarias y afrodescendientes, las diversas lenguas y tradiciones y las capacidades creativas; Incentivar y proteger las creaciones del espíritu representadas en las obras científicas y culturales, asumiendo que los derechos de los creadores individuales y colectivos pueden generar desarrollo y bienestar en las naciones.

²⁹ Declaración de Lima. V Conferencia Iberoamericana de Cultura. Lima 8 y 9 de noviembre de 2001. Disponible en: <http://www.oei.es/agendacultural/declaracion.htm>

Igualmente, promover el diálogo intercultural entre las culturas de Iberoamérica, reconocer la riqueza del aporte de los migrantes a la interculturalidad de los países, fortalecer las industrias culturales mediante el apoyo económico y el fomento de la producción de contenidos culturales y de las estructuras de distribución de actividades, bienes y servicios culturales; facilitar acuerdos de coproducción y codistribución de bienes culturales; reconocer el papel de la sociedad civil estableciendo vías normativas e institucionales que faciliten su participación facilitar el diálogo y la cooperación iberoamericana sobre políticas culturales y apoyar alianzas entre el sector público y privado, a favor de la diversidad de expresiones culturales.³⁰

La Carta Cultural Iberoamericana se aprueba en Uruguay en 2006.³¹ En ella se establece que la diversidad cultural es una condición fundamental de existencia humana y que sus expresiones constituyen un factor para el avance y el bienestar de la humanidad y el valor de la cultura en la economía y su contribución al desarrollo económico, social y sustentable de la región y la presencia de culturas emergentes resultado de fenómenos económicos y sociales como el desplazamiento interno, las migraciones, las dinámicas urbanas, el desarrollo tecnológico.

Los principios que se establecen en dicha Carta son: Derechos culturales, la participación ciudadana, la cooperación horizontal en la región, la apertura y equidad, el principio de transversalidad, complementariedad entre lo económico y social, la especificidad de las actividades, bienes y servicios culturales, la contribución al desarrollo sustentable, la cohesión social y la inclusión social, todo ello en el marco de la conformación de un espacio iberoamericano que actúe acorde con la época global de desarrollo.

La X Conferencia Iberoamericana de Cultura celebrada en Valparaíso los días 26 y 27 de julio de 2007 acordó difundir la Carta Cultural Iberoamericana como un:

instrumento dinamizador de la diversidad cultural y marco referencial para las acciones de cooperación existentes y futuras en Iberoamérica y aprobar el Plan de acción de la carta Cultural, que incluye iniciativas para su conocimiento, puesta en valor político, cultural y científico, con la celebración de un Congreso Iberoamericano de Cultura, que incorpore a la sociedad civil y que permita visualizar el potencial de nuestras culturas.

La llamada Declaración de Valparaíso señala que la dimensión cultural es fundamental en el conjunto de las políticas públicas para promover la cohesión social; que las políticas culturales deben promover el ejercicio de la ciudadanía y el sentido de pertenencia y abarcar y promover la cohesión social entre

³⁰ XV Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Salamanca, España, 14 y 15 de Octubre de 2005.

³¹ Carta Cultural Iberoamericana. XVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Montevideo, Uruguay, 3-5 de noviembre de 2006. Disponible en: <http://www.oei.es/xvicumbrecarta.htm>

comunidades migrantes de Iberoamérica; que la cultura, en sus diferentes manifestaciones, contribuye significativamente al crecimiento económico, la generación de empleo, la competitividad y la innovación.

Asimismo, se plantea la urgencia de intensificar el vínculo entre educación y cultura como factor de desarrollo y de lucha contra la exclusión, de acuerdo a las recomendaciones de la I Conferencia Mundial de Educación Artística, celebrada en Lisboa, en marzo de 2006.

Igualmente se agrega la necesidad de recuperar el espacio público para la vida cultural de la sociedad. Se convino en crear un grupo de trabajo que sienta las bases para la creación de un programa Cumbre que fomente y promueva las políticas en torno a cultura y cohesión social para la XI Conferencia Iberoamericana de Cultura, lo mismo que un grupo de trabajo que proponga políticas públicas para la promoción y protección de la diversidad cultural en los mercados audiovisuales, a partir del fortalecimiento de las industrias culturales e incentivos a una mayor articulación iberoamericana.

De la misma manera se propone continuar con los trabajos de metodologías comunes e indicadores de medición cultural compartidos en los países iberoamericanos, así como desarrollar un programa iberoamericano de educación artística, cultura y ciudadanía, impulsado por la OEI, que incorpore el conocimiento de los diferentes lenguajes y expresiones artísticas, el valor de la diversidad, el patrimonio y los bienes culturales nacionales e iberoamericanos en la educación. Igualmente se ratificó el apoyo a programas de cooperación como RILVI (Repertorio Integrado de Libro en Venta de Iberoamérica, desarrollado por el CERLALC y las Agencias ISBN de sus países miembros), ADAI (Programa de Apoyo al Desarrollo de Archivos en Iberoamérica), RADÍ (, PICBIC, IBERMEDIA e IBERESCENA por su contribución al espacio cultural iberoamericano.

La Carta Cultural Iberoamericana es un instrumento de integración regional llamado a convertir la cultura en uno de los ejes básicos de las relaciones actuales de cooperación internacional; refuerza y actualiza regionalmente la reflexión y las orientaciones que establecen otros documentos como la propia Declaración sobre la Diversidad Cultural del año 2001 y la propia Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales. Igualmente, da cauce a los avances ya planteados por organismos como el Convenio Andrés Bello, el cual venía avanzando en varios de los puntos planteados por la Carta.

"Esta Carta –dice el entonces coordinador del área de cultura del CAB, Patricio Rivas-, condensa tanto las aspiraciones de las comunidades artísticas y de nuevos movimientos culturales, como la producción académica sobre la cultura de las últimas tres décadas, así como la expansión de la institucionalidad de la cultura y aún los aumentos del presupuesto público de la cultura. Requiere, sin embargo, un nicho ecológico a partir del cual los ciudadanos se sientan parte de ella, lo que significa una mayor difusión y apropiación social, así como un plan de acción concreto que sintetice la voluntad política de actuar en el terreno de la cooperación".

Los grandes retos de la Carta Cultural Iberoamericana, señala Rivas, son privilegiar el carácter heterogéneo de las culturas de la región, remontar las causas que han frenado la integración, tales como las tendencias de privilegiar el bilateralismo por encima del multilateralismo, contribuyendo a la fragmentación de intereses y la dispersión de objetivos compartidos, la larga enumeración de objetivos y los escasos instrumentos de concreción y evaluación.

Igualmente, conviene hacer consciencia de las diferencias de percepción entre el ser iberoamericano desde diferentes espacios. La mirada suele no ser la misma desde América Latina o desde Europa, donde las asimetrías históricas y actuales siguen estando presentes. La atribución de un cierto paternalismo a España entre la comunidad de naciones ha creado polémicas en diversos espacios, mientras que el halo de superioridad de Europa frente a América Latina, todavía permea en los imaginarios de diversos sectores de ambos lados del Atlántico.

Mientras Europa encierra una diversidad de tradiciones y culturas, América Latina lo es de países, pueblos, lenguas que hoy ponen a debate la configuración de los Estados Nacionales. De ahí la importancia de divulgar entre comunidades, personas y grupos sociales diversos, más allá de los ámbitos de la diplomacia y las instituciones responsables, el concepto de Iberoamérica que establece la carta, concluye Rivas. Se supone que a estas alturas, todos los países deberían tener un plan de trabajo para poder articular sus acciones al respecto de las propuestas de la Carta.

La cooperación internacional en América Latina e Iberoamérica confluye en puntos medulares que debieran estar recogidos en los programas nacionales de cultura y en los programas sectoriales partícipes de una nueva orientación transversal: cultura y desarrollo sustentable, cultura y economía, revisión de cadenas productivas y estrategias de financiamiento a la cultura, reconocimiento e impulso de la diversidad cultural, derechos culturales, derechos de los pueblos indígenas y pueblos autóctonos, industrias culturales, armonización en legislación, nuevas formaciones para el sector cultural, fortalecimiento de la sociedad civil, entre las más importantes.

La redefinición de la naturaleza de los vínculos entre los países de América Latina y Europa, especialmente con España y Portugal, supone una mirada que ponga por delante nuevas estrategias que permitan remontar la pérdida de visibilidad e influencia de América Latina como región y revisar las prioridades que establece una compleja geopolítica en el contexto iberoamericano.

3.10.3 Cultura, medio ambiente y desarrollo sostenible

El Programa 21 de Naciones Unidas estableció un plan de acción para avanzar en el desarrollo sostenible. Consiste en una lista de acciones que los gobiernos pertenecientes a dicha organización debieran realizar para cuidar el medio

ambiente, el cual señala, es fruto de la pobreza y de un cierto tipo de desarrollo industrial.

En relación con la conservación y gestión de los recursos para el desarrollo convoca a la protección de la atmósfera, a enfoques integrados de planificación y ordenación de los recursos de tierras, la lucha contra la deforestación, la sequía, el ordenamiento de los ecosistemas frágiles: desarrollo sostenible de las zonas montañosas, el fomento a la agricultura y el desarrollo rural sostenible, la diversidad biológica, la gestión ecológicamente racional de la biotecnología, la protección de los océanos, los mares y la utilización racional de los recursos vivos, el cuidado del agua, entre otros elementos.

La Agenda 21 establece la necesidad de medidas mundiales a favor de la mujer para lograr un desarrollo sostenible, el papel de la infancia y de la juventud en el desarrollo sostenible, el reconocimiento y fortalecimiento de las poblaciones indígenas y sus comunidades, así como el fortalecimiento del papel de las organizaciones no gubernamentales que trabajan en la búsqueda de un desarrollo sostenible.

De especial relevancia resulta la transferencia de tecnología ecológicamente racional, el desarrollo de la ciencia para el desarrollo sostenible, el fomento de la educación, la capacitación internacional para alimentar las capacidades nacionales en los países en desarrollo, entre otros instrumentos y mecanismos internacionales que benefician el desarrollo local de ciudades y municipios en relación con el cuidado del medio ambiente y el desarrollo sustentable.

Las transformaciones del consumo y las nuevas formas de relación con los recursos naturales, entrañan sin duda alguna, enfoques culturales de carácter transversal vinculados a la educación, la ciencia, la capacitación, el aprovechamiento del conocimiento tradicional y la comprensión del significado simbólico y económico de la biodiversidad y el cuidado, conservación y protección del medio ambiente.³²

En el marco del Foro Universal de las Culturas en Barcelona 2004, el IV Foro de Autoridades Locales para la Inclusión Social de Porto Alegre, aprobó la Agenda 21 de la Cultura, la cual establece el compromiso de los firmantes a crear políticas que fomenten la diversidad cultural, a fin de garantizar la presencia de todas las culturas y especialmente de las minoritarias o desprotegidas en los medios de difusión, el mantenimiento y ampliación de los bienes y servicios culturales, buscando la universalización de éstos, la ampliación de la capacidad creativa de todos los ciudadanos y nuevos mecanismos de gestión cultural.

Destaca también el compromiso de garantizar la función pública mediante nuevos instrumentos de financiación pública y privada, a promover las culturas locales

³² Programa 21 de Naciones Unidas. Disponible en.
<http://www.un.org/esa/sustdev/documents/agenda21>

originarias, a garantizar la expresión y participación de los inmigrantes, así como a promover el acceso de ellos a los bienes y servicios culturales, a relaciones interculturales que promuevan el diálogo y la convivencia, a considerar parámetros culturales en la gestión urbanística, además de potenciar el papel estratégico de las industrias culturales, entre otras muchas.

Se invita a los gobiernos locales a redactar Agendas 21 de la cultura a nivel local y a establecer compromisos específicos a fin de dar cause a dicho instrumento. Igualmente, a la Red Internacional de Políticas Culturales (estados y ministros de cultura) y a la Red Internacional para la Diversidad Cultural (asociaciones de artistas), a considerar a las ciudades como territorios fundamentales de la diversidad cultural a contribuir con los gobiernos locales a incluir los principios de dicha agenda en los planes de actuación respectivos.

3.10.4 Bloques regionales y cultura

Una vez hecho este recorrido por las distintas dimensiones de las políticas culturales y sus implicaciones para los Estados y sus políticas culturales, y por los planteamientos de los principales instrumentos de cooperación en relación con las culturas y las políticas culturales, las cuales arrojan los déficits a los que nos enfrentamos, corresponde intentar un enfoque en torno a los retos de la integración latinoamericana en el contexto contemporáneo.

El reto de la integración latinoamericana e iberoamericana se desenvuelve hoy en un contexto radicalmente distinto al que vivieron los libertadores Bolívar, Hidalgo o Sucre. Durante el siglo XIX las luchas entre conservadores y liberales, entre las jerarquías económicas locales y los diversos grupos de poder hicieron difícil la integración de los países latinoamericanos, en el sentido que lo soñó Miranda, quien hablaba de la creación de una nación continental independiente.

La llamada integración regional ha enfrentado limitaciones no solo derivadas de la geografía y las dificultades de comunicación, sino también como fruto del aislamiento histórico entre nuestros países, ya que, guiado por sus clases dominantes, cada uno ha privilegiado sus relaciones con las potencias económicas de cada época, mientras internamente ha sostenido discursos integradores, pero basados en el establecimiento de diferencias y desigualdades que se refuerzan en el contexto de la mundialización de la cultura.

La reducción de la diversidad cultural a la problemática étnica no resuelta, en el contexto de pobreza y exclusión, ha dejado a muchos países latinoamericanos en un escenario de fragmentación y deterioro del tejido social.

Otro factor que ha influido es el debilitamiento del Estado y en no pocas ocasiones, la falta de voluntad política capaz de traducirse en acciones concretas (Niño Guarnizo, 2008).

Sin embargo, es posible que los límites más profundos que vive dicha posibilidad, bajo cualquiera de las concepciones con que se asuma la integración, está ligado a los dilemas y las controversias nacionales y locales respecto de las aspiraciones de integración homogeneizante y en torno a las contradicciones con que se ha asumido la diversidad cultural de cada país, a las fragmentaciones y escisiones que cada país vive y que coloca en posturas a veces defensivas respecto de la globalización.

Si las sociedades nacionales se han debatido en torno a posturas esencialistas del ser nacional y la realidad de la migración más bien se empeña en derruir las antiguas raíces territoriales de esos postulados, ¿en dónde se finca entonces la posibilidad de mantener al Estado Nacional y cómo éste puede dialogar o cooperar con el país vecino con el cual se tiene tantas diferencias o incluso conflictos fronterizos?

En la frontera de México con Guatemala se viven contradicciones derivadas de la migración. Ecuador y Perú han mantenido diferendos tremendos de carácter territorial, no se diga entre Colombia y Venezuela, ante los dilemas de la política antidrogas, el conflicto con la guerrilla, además de los diferendos políticos de otro nivel. Desde Montevideo, en el malecón, los paseantes se detienen a mirar con nostalgia el horizonte sobre las aguas del Río de la Plata, la otra punta donde se imaginan Buenos Aires.

Durante mucho tiempo, la integración y aún la cooperación se vio de manera convencional como un ámbito que pertenece al mundo de la diplomacia y de la oficialidad. A pesar del incremento de los diálogos entre creadores o entre instituciones culturales, éstos todavía son intermitentes y no se reflejan de manera contundente y cotidiana en el imaginario y las perspectivas de convivencia de los ciudadanos de nuestros países.

En el siglo XX, dicha búsqueda integradora se produce en un escenario de transformaciones que imponen la migración, los procesos de interdependencia propios de la globalización, así como la conflictiva social de una región que se caracteriza por intensos sucesos políticos en los cuales la democracia se ensaya desde diferentes posturas.

Según Garretón, la globalización ha generado complejos fenómenos que es necesario desentrañar más allá de posturas ideológicas. Para él, la globalización ha significado el surgimiento de poderes transnacionales fácticos, tendencias a la homogeneización de la cultura masiva, principalmente mediática y estadounidense, al mismo tiempo que los procesos contrarios, manifestados en la explosión de movimientos identitarios y/o comunitarios.

También ha permitido la constitución de grandes bloques o espacios supranacionales, cuya limitante es que no van aparejadas con nuevas formas de gobierno globalizadas. Paralelo al surgimiento de estos poderes fácticos, plantea este autor, se observa la mundialización de la sociedad civil. No obstante,

concluye, es innegable que este fenómeno genera también nuevas formas de exclusión, ya que no opera en el mismo nivel entre los diversos sectores de la sociedad (Garreton, 1999).

A lo largo de esta tesis hemos visto cómo el CAB puso énfasis en la producción de reflexiones, especialmente ligadas al debate de la globalización y la mundialización y su impacto en las culturas regionales y locales cada vez más interdependientes y conectadas de América Latina. Podría decirse, que formó a su alrededor un programa de investigación y de reuniones académicas permanentes. Otra cosa es si esos textos permearon o no la institucionalidad de la cultura.

La integración económica y cultural de América Latina ha dejado de ser un reto solo atribuible a la geografía del continente, dada la deslocalización y/o desterritorialización de los procesos culturales y especialmente de las diásporas y procesos migratorios de diversa naturaleza y alcance que viven prácticamente todos los países. De hecho, AL vive la integración subordinada en el contexto global, bajo un esquema de fragmentación entre los países que integran el subcontinente.

Renato Ortiz pone de manifiesto los nuevos escenarios en que la integración latinoamericana ha de discutirse:

En el viraje del siglo percibimos que los hombres se encuentran integrados, independientemente de sus voluntades. Todos somos ciudadanos del mundo, pero no en el antiguo sentido cosmopolita, de viajero, sino de ciudadanos mundiales, aun cuando no nos traslademos, lo que significa que el mundo llegó hasta nosotros, penetró en nuestro cotidiano. Lo curioso es que una reflexión sobre la globalización siguiere a primera vista y por su amplitud, alejarse de las particularidades: si lo global envuelve todo, las especificidades se encontrarían perdidas en su totalidad. Sin embargo, sucede justamente lo contrario: la mundialización de la cultura se revela a través de lo cotidiano. (Ortiz, 2004)

Frente a las condenas de los apocalípticos y globalifóbicos, Ortiz recupera la noción de lo inmediato, lo cotidiano y lo terrenal en ese diálogo con el mundo que invade prácticamente todas las dimensiones de la vida social, económica, política, simbólica y cultural.

No basta con enfocar los procesos de globalización desde la perspectiva de un fenómeno externo que "invade" a América Latina y a los países iberoamericanos, más bien se impone una mirada desde la manera en que se vive y se transita por esos escenarios.

En términos de políticas culturales, la globalización o la mundialización como fenómenos estructurales de largo aliento, implican una nueva manera de comprender los procesos culturales y por tanto, una especie de ruptura con la tradición que suponía el papel del Estado como "defensor" de la "identidad" y de la "soberanía nacional".

Evidentemente un análisis que se abre hacia la comprensión de la mundialización de la cultura se choca con buena parte de la tradición intelectual existente. Lo que se propone estudiar es justamente un conjunto de valores, estilos, formas de pensar, que se extiende a una diversidad de grupos sociales vistos hasta entonces como señores de sus propios destinos.(...) La globalización también es una cuestión de escala, por eso se requiere una estrategia comprensiva distinta. Esta rotación del pensamiento se impone, no sólo por causas de exigencias disciplinarias (por ejemplo cambiar el punto de vista antropológico por el sociológico), sino debido a las profundas transformaciones que atraviesa el mundo moderno. Una cultura mundializada corresponde a cambios de orden estructural. (Ortiz, 2004)

No caben, en ese sentido, las posturas marginales o defensivas respecto de la globalización, no sólo porque no es un fenómeno que viene de fuera, sino en el cual vivimos inmersos, sino también porque esos planteamientos inmovilizan y hacen a un lado las oportunidades que abre el fenómeno.

El debate de la cultura en este contexto supone un papel activo de nuestros países en el trazo de políticas internacionales en aquellos campos de tensión que marcan el pulso de la economía, el desarrollo, el rumbo de las migraciones y el turismo, así como de las políticas de medio ambiente, precisamente porque parte de la riqueza más grande de nuestro subcontinente está en los recursos naturales, el conocimiento tradicional, las músicas y en general, en el patrimonio cultural inmaterial, como uno de los sectores que más podrían aportar a la creación de riqueza socialmente distribuible.

América Latina debe buscar influir en el desarrollo de una bioética mundial, entendida como la adopción de políticas mundiales y regionales que beneficien el aprovechamiento racional de los recursos naturales, la protección y el futuro de sus especies nativas y los cultivos tradicionales bajo esquemas sustentables tanto en términos sociales como del medio ambiente. No es poco frecuente entre nuestros países la ausencia de semillas criollas, mismas que han sido extraídas hacia los mercados internacionales. Ahora hay que importarlas, no obstante su procedencia milenaria de nuestros territorios.

Los avances en la investigación de la cultura ponen de relevancia el valor de estos recursos, así como el del conocimiento tradicional en su manejo, no sólo en términos preservacionistas o ecológicos, sino como parte del patrimonio cultural inmaterial, de la memoria colectiva y como elementos clave para el bienestar de las comunidades, el desarrollo económico de las naciones y el futuro de la vida en el planeta.

El contexto global como proceso orgánico en el cual participamos, supone una transformación de los objetivos del Estado, los cuales deben responder a las nuevas tensiones en las cuales se desarrollan los estados nacionales, en el sentido de una soberanía nacional fuertemente interpelada por la llamada interdependencia económica, por la transformación de los centros de poder económico a nivel regional y planetario, pero también porque la cultura misma y la vida cotidiana de los ciudadanos de las comunidades aparentemente más apartadas, viven dicha mundialización.

El Seminario "Hacia la consolidación de un espacio cultural latinoamericano", realizado por el CAB y la Junta de Andalucía, con apoyo de la UNESCO y la CEPAL en 1998, establece de entrada el cuestionamiento:

El mundo que se globaliza y que al mismo tiempo implica la reconstrucción de la polis y de los Estados Nacionales, ¿significa también instancias intermedias entre los Estados nacionales? ¿Podría serlo Latinoamérica, como lo son Europa y otros bloques? (Garreton, 1999)

Los bloques regionales juegan un papel determinante en los últimos años y la construcción de un nuevo orden mundial supone la emergencia de las políticas de integración regionales como ámbitos de decisión. El creciente peso de oriente, se debe no sólo a que China ha logrado un crecimiento económico significativo, sino al peso e influencia mundial que han ganado la India o Japón en relación con la educación, la ciencia y la tecnología, pero también con la cultura.³³

La transformación cultural se considera una estrategia básica de la integración, en la medida en que ésta requiere de cambios de actitudes en los sujetos y en las comunidades, de manera que el respeto, la tolerancia, la convivencia pacífica constituyan lo que alimenta la integración (CAB, 2001)

La Unión Europea ha impulsado su integración durante los últimos años, no sin contradicciones, a partir de políticas comunes y otras que fortalecen las de carácter nacional y en donde la cultura ocupa un lugar estratégico. Sin embargo, a pesar de todas las posibles interrogantes que abre ese proceso en Europa, reconoce en la educación y la cultura un expediente fundamental basado en el fortalecimiento de la diversidad, el estímulo a la creación artística, el patrimonio cultural, los intercambios no comerciales y el sector audiovisual.

No exento de dificultades, este proceso ha traído consigo un reposicionamiento conjunto de las políticas públicas de la cultura en el continente, frente a la expansión de las industrias culturales de los Estados Unidos y la influencia de otros países como China, la India, o Japón.

Diversos programas realizados a iniciativa del Consejo de Europa, creado en 1949, permiten distinguir los énfasis de las políticas culturales de los 47 países miembros: cultura y patrimonio; diálogo intercultural y prevención de conflictos, diversidad y ciudadanía cultural, promoción del cine europeo (coproducción y protección del patrimonio audiovisual), Eurimages (Fondo europeo de apoyo a la coproducción y difusión de obras cinematográficas y audiovisuales).³⁴

³³ En las recientemente inauguradas Olimpiadas de Beijing, el despliegue tecnológico y el carácter masivo de la participación civil tuvo su base en el uso de instrumentos tradicionales, las artes marciales y escénicas (música, danza y ópera) de mayor antigüedad en la cultura china, además de una muestra escenográfica de la diversidad cultural, no obstante las contradicciones internas presentes.

³⁴ Disponible en: <http://www.coe.int>

Aunque no todos los países intervienen en cada uno de los programas, sí es posible apreciar de qué manera se fomenta la concurrencia de los estados para fomentar la integración. Estos programas son adicionales a los regulares que la Comisión de Cultura del Consejo Europeo ha establecido: cooperación cultural, industrias culturales, acceso a la cultura, los profesionales de la cultura, infraestructura cultural, diversidad lingüística, aspectos regulatorios, diálogo intercultural y diversidad cultural.

El programa de cultura del Consejo Europeo, destinado a los sectores no relacionados con el audiovisual, cuenta con un fondo de aproximadamente 400 millones de euros para el ciclo 2007-2013, el cual complementa los presupuestos nacionales y financia proyectos estratégicos y buenas prácticas de los países europeos, como un mecanismo de integración y fortalecimiento de la diversidad y el diálogo intercultural. El año 2008, fue considerado el Año del Diálogo Intercultural.

Para definir sus instrumentos de política cultural, la Comunidad Europea ha creado diversas instancias. Una de ellas es el llamado ERICarts, un Instituto de Investigación Europea de Políticas Culturales Comparadas y las Artes, iniciativa apoyada por la Red de Fundaciones para la Cooperación Innovativa (NEF). Esta institución creó en 2002 el reporte denominado *Creative Europe*, en torno a la gobernanza y administración de la creatividad artística en 26 países de Europa. Se basa en la certeza de que la creatividad artística y cultural no sólo tiene valor en la vida intelectual, sino también en el desarrollo de la economía, la ética y la sociedad civil.

Este estudio parte del reconocimiento de las profundas transformaciones que la Europa Oriental había experimentado por los cambios políticos de los años 90, la influencia de la globalización y la migración, las derivadas del nuevo régimen de comercio internacional, así como aquellas que son fruto de la introducción de nuevas aplicaciones en la información, la comunicación y las tecnologías en el proceso de integración y diversificación cultural.

El objetivo fue analizar cómo los diferentes sistemas europeos manejan la creatividad artística y la innovación cultural y cómo se reflejan en los esquemas de políticas, programas y estructuras de colaboración. Igualmente, identificar los retos y los problemas prácticos que tienen los artistas y otros actores culturales bajo las nuevas condiciones económicas y políticas de fines de los años 90 y principios del siglo XXI, qué apoyos gubernamentales se otorgan para el trabajo artístico, cuáles son las formas de cooperación entre el sector público, el no lucrativo para apoyar la creación artística, cómo se administra la creatividad artística y se organiza la producción y las estrategias de mediación a nivel local o regional (Creative Europe, 2002).

Otros esquemas de investigación se relacionan con los temas de empresas culturales y empleo, el estado del arte de la educación artística en la educación

básica, comparativos de políticas culturales entre ciudades, así como otros instrumentos y acuerdos en donde se resalta el papel de la cultura en la integración y en el desarrollo humano de la economía europea.

Este tipo de estrategias son ingredientes a partir de los cuales se establecen las políticas de apoyo y los fondos de concurrencia regional en materia de políticas culturales para toda Europa. Nada parecido sucede en América Latina.

3.10.5 Avances de la integración latinoamericana

Si bien a partir de los esfuerzos de cooperación económica entre Argentina, Brasil y luego Uruguay y Paraguay, se avanzó hacia la creación del Mercosur, éste no necesariamente se ha traducido, ni se traducirá, en la estructuración de un mercado único como es la Unión Europea y más bien ha vivido múltiples tensiones.

Las dificultades de la integración económica y social se relacionan con la desigualdad del desarrollo industrial, la desintegración sectorial, los altos índices de marginación, los déficits de desarrollo tecnológico, además del fuerte peso de las grandes empresas multinacionales, mismas que deslocalizan sus intereses, a pesar de sus asientos territoriales cada vez más flexibilizados e internacionalizados. Pero más allá de las limitaciones estructurales de la integración, lo cierto es que la economía de mercado y el mercado en sí mismo, han sido insuficientes para resolver problemas de orden mundial y regional, no sólo en América Latina.

El fortalecimiento de las dependencias recíprocas entre países, así como las interconexiones transnacionales y la pérdida de relevancia de América Latina en el contexto internacional hacen que la integración se convierta en una necesidad de mayor cooperación y asociación (Rivas Herrera, 2008).

Sin embargo, resulta contradictorio que la inserción de América Latina en el contexto global, produzca una integración que es a la vez profundamente desintegradora por su sentido de desigualdad, falta de reconocimiento y gestión contradictoria de la diversidad y los impactos culturales de la migración en cada país y a nivel regional. Pareciera que la integración fuese un elemento externo desvinculado de la desintegración nacional, como si se redujera a ciertos acuerdos de una nación hacia otra, más que a procesos que impactan hacia el interior de cada país, donde crecen la fragmentación social, el debilitamiento del tejido social, el incremento de la violencia y una especie de sentimiento de desesperanza o de incertidumbre hacia el presente o el futuro.

La integración de América Latina ha avanzado fundamentalmente en un sentido comercial, al generarse nuevos instrumentos regionales de cooperación como la Comunidad Andina, e incluso, al impulsarse los nuevos Tratados de Libre Comercio como el ALCA, o los que se han firmado o están en proceso de firma

entre los diferentes países entre sí y cada uno con los Estados Unidos, instrumentos donde la cultura requiere de un nuevo tratamiento.

Si bien organismos como la Comunidad Andina de Naciones (CAN), el MERCOSUR y el Sistema de Integración Latinoamericana (SICA) hicieron señalamientos respecto a la cultura, los avances son limitados. El CAN casi desdibujó la cultura bajo el manto de la educación, al referirse a la convergencia de políticas educativas y armonización de currículos escolares, la inclusión de la integración como temática de la educación básica, así como la realización de foros internacionales y el desarrollo del Programa Andino sobre Calidad de la Educación y el Programa para la Difusión y Mayor utilización de TIC en la Educación en los países andinos (Niño Guarnizo, 2008).

En 1996, el Mercosur creó el Protocolo de Integración Cultural. En 2005, la Reunión de Ministros de Cultura. El Mercosur Cultural, con sede en Buenos Aires, ha realizado una gran cantidad de reuniones de funcionarios y técnicos. Se han impulsado estrategias de integración de las regiones fronterizas de Argentina y Chile, Bolivia, Chile y Argentina, Paraguay y Argentina. Igualmente se dio importancia a la creación de Sistemas de Información Cultural. El intercambio de formuladores de política cultural, gestores y expertos es significativa, sin embargo, aún no se logra una circulación de bienes en la región y la armonización de legislaciones es insuficiente.

El SILA, por su parte, se integra por Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá, República Dominicana como miembro asociado y México como observador. Luego de diversas reuniones establecieron la educación y la cultura como temas de interés, a través de la Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana (CECC), la Convención Centroamericana para la realización de exposiciones patrimoniales, otra para la protección del patrimonio cultural y otra más para la restitución de bienes culturales. Sin embargo, su avance es todavía más lento, dada la debilidad de la institucionalidad y la poca importancia que la cultura tiene en la política pública de la región. (Niño Guarnizo, 2008)

Destaca en ese sentido, la reciente iniciativa de Brasil de crear la Unión Suramericana de Naciones (UNASUR), a fin de instituir un área de libre comercio y avanzar en la integración física, energética y de comunicaciones e impulsar la cooperación en ciencia, educación y cultura.

AL ha creado organismos regionales e iniciativas de cooperación especializados. Entre los más importantes se cuentan el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), mismo que se aboca a la búsqueda de esquemas de colaboración para acercar el libro a la ciudadanía, además de fortalecer la producción y circulación del libro en el continente.

A este quehacer se sumaron organismos internacionales como el propio Convenio Andrés Bello, ya desaparecido, y la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y de la Secretaría General Iberoamericana.

La OEI cobijó las Reuniones Cumbre de Ministros de Cultura y Educación, los Campus de Cooperación Europa-América Latina, el programa ACERCA, junto con la Agencia Española de Cooperación Internacional, la Red IBERFORMAT relacionada con la gestión cultural, la realización de algunos estudios comparativos de sistemas de información cultural (SICLAC) y en torno a los Sistemas Nacionales de Cultura, a través del cual se compiló la información de las políticas culturales de varios países. Igualmente promovió la Carta Cultural Iberoamericana.

3.10.6 Integración cultural latinoamericana e iberoamericana y política cultural

¿Cuál es la naturaleza de la integración latinoamericana en nuestros días? ¿Es posible hablar de una integración como la asumieron los liberales del siglo XIX? ¿Acaso no América Latina se haya integrada a la escala global de la economía y de la política? ¿Puede la cultura en relación con el desarrollo incidir en un cambio en los equilibrios de la geopolítica global? ¿Es la integración globalizadora y desintegradora, un elemento relevante en la agenda de las políticas culturales de América Latina? Si fuera importante, tal vez tendríamos que haber empezado por reflexionar en la agenda que quedó en el aire al desaparecer el Convenio Andrés Bello, pero el hecho de que ni siquiera se discuta su futuro es sintomática de la relevancia que tiene en países donde la política cultural resulta también marginal y periférica a los temas del desarrollo.

Más que entenderse como un intento de unificación regional a manera de bloque, como la que soñó Miranda, cuando se refería a la creación de una nación continental independiente, o bien como lo propuso Aníbal Ponce al hablar de la creación de una Unión Latino Americana, la integración, si es que ha de producirse bajo cualquiera de las formas imaginables, se perfilaría como la posibilidad de articular de relaciones y acciones de diversa naturaleza y profundidad, a través de flujos, procesos y redes de muy diversa naturaleza, usando las más valiosas herramientas tecnológicas que ha creado la globalización, entre las naciones del subcontinente y de éstas en la perspectiva de construir un espacio cultural no sólo latinoamericano, sino iberoamericano, en el marco de las contradicciones, asimetrías y desigualdades históricas entre América Latina y ente ésta y Europa. Ello no eliminaría la posibilidad y aún la necesidad de establecer un itinerario que privilegie la cooperación entre los países latinoamericanos, dado el desdibujamiento que prevalece en los imaginarios internacionales y a la debilidad de vínculos entre nuestros países, al que he aludido en esta tesis.

La necesidad de establecer un nuevo marco conceptual para analizar la problemática actual de la integración y la cooperación latinoamericanas, así como

el interés por explorar el sector cultural y discutir las perspectivas de su futuro próximo, fueron parte de las preocupaciones del Convenio Andrés Bello hoy desaparecido.

¿Cuál es la diferencia entre el contexto de integración previo y en qué niveles de la producción y de la vida cultural impacta este fenómeno de la globalización?

Entre los significados principales de los fenómenos que configuran lo que se llama globalización o planetarización o mundialización (...), está el que hoy día se pasa de un mundo geopolítico a un mundo neoeconómico y, sobre todo, neocultural. Hoy, el espacio se define menos en términos territoriales, por las transformaciones comunicacionales, y el poder se define menos en términos militares, producto de los avances institucionales y del desarrollo de conocimientos que definen otras esferas de poder. (...) (Garreton, 1999)

El peso de la comunicación en tiempos globales suponen de las sociedades el desarrollo de modelos de creatividad, innovación y de conocimiento, señala Garreton: "Si esto es así, el espacio globalizado en el siglo XXI va a ser dominado por quienes propongan modelos de creatividad, o de modernidad, que, a la vez, combinen racionalidad científico-tecnológica, racionalidad expresivo-comunicativa y memoria histórica. Y van a perder los que no logren combinar estos tres elementos" (Garreton, 1999).

Esta afirmación encierra uno de los paradigmas fundamentales que enfrentan los países de América Latina porque este sentido de lo global los coloca frente a un reto de transformación acelerada, a fin de desarrollar políticas culturales de nueva generación orientadas hacia la sustentabilidad, en las cuales la comunicación, el desarrollo de nuevo capital intelectual, la creación de nuevos lenguajes, formas de expresión e innovación, de recuperación y afirmación de la memoria, el impulso a las industrias culturales, a la vez que la producción social de conocimiento, sean factores que incidan en el futuro de cada país y sus posibilidades de influencia y diálogo regional.

Por ello, el debate en torno a la cultura y las políticas culturales no puede mantenerse ya como se hizo durante el siglo XX, en relación con la búsqueda de permanencia, rescate o recuperación de las identidades, menos aún cuando fueron vistas como esencias inmutables, sino que importa más entender cómo se vive la globalización en los fenómenos internos, locales, comunitarios y en cada campo de la vida cultural y social de nuestros países, a fin de actuar en congruencia con esos fenómenos.

Cuando los planes y programas oficiales de cultura insisten en que la tarea de los Estados es velar por la identidad cultural, significa que no se han asumido los nuevos retos de que entraña la mundialización y más aún, se están sustituyendo los derechos culturales de adscribirse y construir su propia identidad cultural, por demás múltiple y cambiante.

En paralelo de los procesos de democratización y discusión en torno al Estado, cobra relevancia el concepto de ciudadanía en la vida de las ciudades, los

municipios y también porque estamos ante el surgimiento de movimientos culturales autónomos, autogestivos y comunitarios que reclaman sus derechos.

Insistir en una política cultural cerrada al ámbito nacional y circunscrita a los campos tradicionales de la cultura, equivale a posponer las decisiones de actuación en los campos emergentes y en los cuales se decide la suerte de la cultura y aún de las sociedades en un sentido cabal: las industrias culturales, los medios y las redes electrónicas, desarrollo científico, formación de capital humano, memoria histórica y diversidad cultural, además de los espacios tradicionales (lectura, patrimonio, creación artística, etc.).

Tradicionalmente, la cooperación cultural internacional se ha reducido al intercambio de artistas, exposiciones y objetos culturales de manera aislada, de tal suerte que no genera procesos más orgánicos, ni fortalece a mediano plazo la integración. De ahí que resulte fundamental su replanteamiento, a partir de otro tipo de visión que parta de lo que la globalización y la mundialización, significan para la cultura en sus distintas vertientes.

"La innegable presencia cultural latinoamericana en el mundo de hoy, a través de la difusión de la lengua en otros contextos, o de creaciones culturales en el campo de la literatura, la música o, en parte, lo audiovisual, y de la difusión de manifestaciones de su cultura popular, no asegura la dimensión activa de esto que llamamos tentativamente bloque o espacio cultural. Sin duda, se alimentan e influyen en otras culturas, pero no configuran, por sí solas, el "cemento" de nuestras sociedades, y pueden llegar a convertirse sólo en productos de exportación para el consumo cultural, dependiendo de otros mercados. Este aspecto es, no cabe duda, necesario, pero insuficiente para definir un modelo y un espacio cultural de entidad y envergadura, como lo son algunos conformados por otras sociedades." (Garreton, 1999)

Conformar un espacio cultural latinoamericano e iberoamericano trae aparejados desafíos de gran dimensión que colocan a la cultura como el elemento integrador por excelencia, siempre y cuando el énfasis de la presencia latinoamericana en el contexto mundial se oriente más hacia la creación de procesos internos y regionales de actualización creativa e innovadora de las políticas culturales.

Las necesidades, las particularidades y las posibilidades de cada país son determinantes en la transición hacia nuevos esquemas de política cultural, pero es una realidad innegable que se requiere, al mismo tiempo, una acción concertada para acelerar el paso y colocar a América Latina e Iberoamérica, al frente de procesos culturales que abran oportunidades económicas, geopolíticas y de cohesión social, ya que de manera natural, esto no se producirá.

La configuración de un espacio cultural remite, entonces, además de las cuestiones de identidad y presencia cultural en el mundo, a dos procesos (...) Ambos implican decisiones intelectuales y políticas, es decir, constituyen no datos "objetivos", sino líneas de acción histórica que implica a muy diversos tipos de actores.

El primero es lo que hemos denominado la reconstrucción de la polis, a nivel nacional estatal, como del conjunto de Estados y sociedades latinoamericanas, en un doble

movimiento de reforzamiento de los sistemas políticos nacionales, y de construcción de un sistema continental. (Garreton, 1999).

Para avanzar en el sentido de un sistema continental, se requiere del reforzamiento de la rectoría de los Estados en los procesos culturales nacionales, una revisión de sus relaciones con sociedades diversas y heterogéneas, así como el fortalecimiento o reestructuración de los sistemas nacionales de cultura, a fin de ganar no sólo presencia, sino capacidad de influencia internacional en el contexto de la recomposición mundial de los mercados y economías emergentes de la cultura.

Si la integración se discutió antes a partir de la estructura económica y de inversión, la cual avanza en un sentido planetario, bajo las normas de los países desarrollados, a través de la operación de centros neurálgicos de poder, -a pesar de los instrumentos creados para impulsar el equilibrio internacional-, en este siglo XXI, habría que apostar a que sea el sector cultural el que pueda consolidar su relevancia dentro de las estrategias económicas, de integración y cooperación internacional en el escenario de la globalización, empezando por fomentar estrategias múltiples y diversas entre los países de América Latina. Sin embargo, para que esto alcance algún viso de posibilidad, tendría que haber un planteamiento radicalmente distinto al rol de la cultura en la manera de pensar, planear y programar el desarrollo, la democracia y la inversión dentro de ese mismo sector, sin caer en una visión instrumental, al menos en los países con mayores posibilidades de influencia regional y mundial.

En ese sentido, cobran valor los avances alcanzados por el Convenio Andrés Bello, aún cuando haga falta darles visibilidad regional. La creación de una comunidad de investigadores y una agenda de análisis de la economía de la cultura y de la situación de las industrias culturales en diferentes países constituye un buen punto de partida, que sin embargo, habría que retomar desde los espacios universitarios o los distintos observatorios o laboratorios de políticas culturales que puedan crearse y sobre todo, enlazarse para trabajar juntos.

Igualmente serían importantes los flujos de reflexión, a través de los Encuentros regionales de análisis de problemáticas específicas y comunes de la cultura, la rearticulación de la Red de Postgrados para la Integración, las Cátedras de Integración Andrés Bello, ya que han apoyado la movilidad de docentes, investigadores y académicos de diferentes países y culturas, buscando también la transferencia de conocimientos, aprendizajes, conceptualizaciones y experiencias.

En la perspectiva de colocar la cultura como elemento de integración se ha impulsado la valoración del patrimonio cultural como factor de identidad y punta de lanza de la memoria histórica, habría que buscar recuperar la base de datos del certamen *Somos Patrimonio* para avanzar en el trazo de políticas de cooperación y diálogo intercultural entre los distintos procesos, grupos sociales y/o países. Igualmente, habría que analizar cómo dar continuidad a la *Cartografía de la Memoria* que abarca el registro y documentación de la fiesta, la literatura, la

música, el patrimonio cultural alimentario y/o los juegos y juguetes populares de Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, Paraguay y Perú, apoyados a través del Instituto Iberoamericano del Patrimonio Natural y Cultural, con sede en Quito y creado mediante convenio con el CAB.³⁵

América Latina puede jugar un papel protagónico en términos de patrimonio, dado que es una de las regiones del mundo más vitales culturalmente hablando. Sin embargo, para ello se reclama asumir una postura más firme y estructurada en el pensar y en el accionar político de la cultura para enriquecer y aprovechar dicha riqueza, como se ha venido planteando a lo largo de esta tesis.

La visibilidad estratégica de América Latina e Iberoamérica está ligada con el presente y sobre todo el futuro de las industrias, las pequeñas y medianas culturales, un campo en el que no se ha avanzado de manera contundente, no obstante la importancia del sector audiovisual y el peso de la comunicación y la tecnología en la conformación de las nuevas identidades culturales. (Jiménez, 2010)

La música es un sector que mayores recursos mueve. Gracias a ella y a la imagen, hemos asistido a la revolución tecnológica más rápida que ha vivido la historia. El cine, la televisión, la telefonía, los libros, la radio, el software son los agentes de integración más contundentes. Desde fines de los 90, Néstor García Canclini y Carlos Moneta llamaron la atención en torno al carácter estratégico de ese sector, a través de un Seminario auspiciado por el SELA, el Convenio Andrés Bello y la UNESCO, denominado Integración Económica e Industrias Culturales en América Latina y El Caribe (García Canclini y Moneta, 1999). Los esfuerzos fracasados se han sucedido uno tras otro, señalan los autores. Lo dramático del asunto es que hasta la fecha seguimos sin articular una propuesta contundente.

Por ello, conviene destacar en ese renglón las iniciativas *Ibermedia* y el recientemente creado programa *Iberescena*, que fomentan la coproducción y el desarrollo de nuevas creaciones en el cine, el video, el teatro, la música y la danza, así como la formación de profesionales en ese sentido, a los cuales aludí como ejemplos de excepción al principio de esta tesis.

Igualmente, los esfuerzos del CERLALC de generar estrategias latinoamericanas para fortalecer la industria editorial, fomentar la circulación de libros y fomentar la lectura en los países del subcontinente avanzan en ese sentido, lo mismo que la reciente iniciativa de crear un canal de televisión iberoamericano. Estamos frente a momentos de sumo interés y posibilidades, aún cuando los esfuerzos que han logrado concretarse son insuficientes.

La Universidad Andina Simón Bolívar y el CAB, propusieron en 2004, una Política Cultural Común basada en tres líneas: las industrias culturales, la preservación del patrimonio cultural y el fortalecimiento y promoción de la diversidad cultural,

³⁵ Disponible en: www.ipanc.org

además de desarrollar una cultura de la integración y favorecer la cohesión social de la región. El propósito fundamental es impulsar el cine, la industria editorial, el teatro, la creación y difusión de la música, la radio y la tv, los espectáculos, así como generar una norma jurídica comunitaria que facilite su circulación en la región.

Las organizaciones de la sociedad civil por su parte, también avanzan en la temática de la integración. Iniciativas como la Red de Productores Culturales Independientes, la creación del Foro Social Mundial y la Red Internacional para la Diversidad, las Cumbres Continentales de Pueblos y Nacionalidades Indígenas de América, la Agencia Internacional de los Pueblos Indios, o las acciones de Green Peace y el incipiente Consejo Latinoamericano de la Educación por el Arte, son por ahora, parte de los movimientos de globalización de la sociedad civil.

Sin embargo, la integración no es una tarea fácil, y no puede verse como un acto único o un lugar de llegada, ya que además de estos ámbitos de actuación, supone "situarnos en la heterogeneidad, en lo emergente, en las desigualdades y asimetrías, en lo ibero, en lo latino, en lo afro, en lo indígena y en lo europeo, en lo rural y lo urbano, en lo nacional, regional y local y en el contexto civilizatorio en que se despliega" (Rivas Herrera, 2008).

Por otro lado, el impulso a los procesos de integración en el contexto de la globalización subraya las problemáticas fronterizas del continente, no sólo en relación con los Estados Unidos o Europa hacia donde los países de América Latina se han expandido, sino que pone de relevancia el tema de las fronteras entre nuestros propios países, por ello, destaca el impulso de un programa de análisis de la conflictiva que se vive en las regiones y zonas en donde confluyen diversos países de la América Latina.

Atender políticas culturales desde una perspectiva de globalización entraña un esfuerzo intelectual, nuevas formas de pensamiento y comprensión del mundo cultural en sus múltiples relaciones con el contexto en el cual se produce, se difunde, se distribuye y disfruta la cultura. Pero sin políticas culturales de Estado, difícilmente podrá avanzarse hacia un conjunto de normas y estrategias comunes de respaldo al sector cultural latinoamericano o incluso iberoamericano, tomando en cuenta a España y Portugal, porque el mercado por sí mismo no va a propiciarlo.

No asumir esas nuevas maneras de entender la globalización y sus impactos significa quedarse atrás y sin muchas posibilidades de transitar hacia las nuevas condiciones que reclama un sector que requiere de esa dimensión interconectada para avanzar en su viabilidad y en su sostenibilidad en el sentido del desarrollo humano. Ese es uno de los retos fundamentales de los Estados latinoamericanos e iberoamericanos, quienes al parecer no se han convencido totalmente de que la cultura constituye elemento fundamental para la integración.

Es también una prioridad para las agencias internacionales y organismos intergubernamentales que trabajan en la región buscar nuevas formas de actuación, a través de estrategias que no avancen de arriba hacia abajo, sino que cada vez más integren de manera privilegiada a los organismos de la sociedad civil, en proceso de maduración.

Bajo esquemas de concurrencia y a veces de duplicación de esfuerzos con organismos como la OEI, la OEA, los cuales tampoco están exentos de las debilidades teóricas, académicas o de gestión, es posible retomar las tareas que quedaron pendientes luego de la desaparición del Convenio Andrés Bello, ya que éste avanzó en investigaciones sobre las dimensiones y los aportes de la cultura al desarrollo en Sudamérica y logró puntualizar algunos elementos para la comprensión de otros fenómenos a los que ya me he referido en extenso, aunque ellos no se hayan traducido en acciones exitosas como se suponía debería haber ocurrido en las políticas culturales de los diferentes países miembro.

Tal vez su limitación más grave y la cual en parte facilitó su desaparición, más allá de los buenos o malos manejos administrativos a los que se aludió en la desición de desaparecerlo, fue que no logró traducir esos estudios académicos en procesos concretos de cooperación que redundaran en beneficio de los países, o en la modificación de las condiciones de marginalidad en que se mueven muchos de los organismos públicos de la cultura. De alguna manera, el CAB reprodujo la misma condición en que se desenvuelven muchos de los ministerios, en términos de su desvinculación de los procesos sociales contemporáneos o en paralelo a los diálogos de la cooperación económica que se han dado en los últimos años en la región.

Lo que parece ser una consecuencia, es que salvo la OEA o el CERLALC, abogado a la integración latinoamericana a partir del libro y la lectura, América Latina carece de esquemas o redes de cooperación cultural a principios del Siglo XXI, en momentos en que el reordenamiento mundial impulsa nuevos reacomodos. En ese sentido, América Latina se debatirá en los próximos años, en el marco de las directrices que pueda impulsar en seno de organismos que impulsan el vínculo de cooperación desde Madrid, de donde proceden los fondos que financian no sólo al Fondo para el Cumplimiento de las Metas del Milenio y muchos de los programas de la UNESCO, sino también a la Organización de Estados Iberoamericanos y a la Secretaría General Iberoamericana. Las necesidades de gobernanza en la cultura suponen nuevas capacidades para estructurar la cooperación y la búsqueda de integración latinoamericanas.

IV. CONCLUSIONES

DIVERSIDAD, INTEGRACIÓN Y POLÍTICAS CULTURALES DE NUEVA GENERACIÓN EN AMÉRICA LATINA

América Latina ha perdido visibilidad y presencia como región en el contexto de la globalización, a pesar de contar con parte de los recursos naturales, culturales y humanos de mayor diversidad en el mundo. Si bien se ha avanzado en la integración comercial o económica y los flujos de comunicación se han fortalecido en la región, la realidad es que estamos lejos de haber constituido un mercado único, al estilo de los bloques regionales de Europa y Asia, que luchan por su hegemonía en el contexto de la globalización.

En América Latina el campo de las políticas culturales es relativamente nuevo en la reflexión académica. Se instaló casi al parejo de la conformación de una institucionalidad de la cultura que tiene apenas medio siglo de estructuración y que nació y ha permanecido con escasos vínculos con las entidades económicas y de bienestar. Dicha institucionalidad expresa las contradicciones de un rezago conceptual respecto del debate antropológico respecto a identidad, cultura, diversidad educación y desarrollo.

Estas entidades conforman estructuras de gobernanza y una institucionalidad de la cultura que se mantiene falta de actualización conceptual no sólo de carácter antropológico, sino, con honrosas excepciones en los procesos adelantados de Brasil, Colombia y en parte Argentina, ante los frutos de los estudios que los propios ministerios financiaron a través del Convenio Andrés Bello.

Este estancamiento conduce a la pérdida de sentido y de impacto de muchos de sus programas, a la falta de influencia en los modelos duros de desarrollo que se han impuesto en la región, expresan nuevamente la falta de vínculo entre teoría y práctica, dado que el Convenio, si bien impulsó el análisis de estos fenómenos, no logró incidir en el día a día de las entidades culturales de los países.

A pesar del Mundiacult celebrado en México hace ya más de veinticinco años, los planes de desarrollo de nuestros países todavía no suelen encontrar un espacio suficiente y pertinente para la cultura, o tienden a desvincularla de las necesidades colectivas. Tampoco han adquirido carácter de Estado, por lo que fluctúan, retroceden o se vuelven intermitentes, ante los cambios políticos, dando poca prioridad a la cooperación y la integración regional latinoamericana e iberoamericana.

El desdibujamiento de América Latina, la falta de cooperación y aún la desaparición del Convenio, tienen mucho que ver con la propia marginalidad y estancamiento de las instituciones creadas a principios del siglo XX para la conformación de las políticas culturales, cuya arquitectura se finca en la antropología y la filosofía que alentó la constitución de Estados Nación que han vivido un continuo dilema y la ambivalencia del debate y la gestión de su propia

diversidad cultural. Nuestras naciones apostaron por la integración nacional entendida como pretensión de homogeneización nacional, especialmente en relación con los pueblos autóctonos y múltiples memorias negadas, y que hoy enfrentan la compleja dimensión de los retos que la diversidad ha puesto en escena en el contexto global. De una u otra forma, esa aspiración se trasladó al deseo de integración latinoamericana de principios del siglo XX, más como una utopía que una realidad, toda vez que la geografía política de la región se construyó a partir también de múltiples contradicciones entre los grupos dominantes de los países en gestación.

Ganar un nuevo lugar para la cultura en las políticas de desarrollo implica dejar de hablar de ella en un sentido decimonónico, como el quehacer que alimenta el espíritu, el helenismo y sus virtudes, de la nobleza y el supuesto poder salvador del arte. No basta con referirnos a sus bondades simbólicas, identitarias y subjetivas o con reclamar más apoyos al Estado para la cultura, ni siquiera más presupuesto. No se trata de olvidar su valor simbólico o dejar que el Estado se desentienda de sus obligaciones. Incluso creo necesario insistir en las bases éticas desde donde hablamos de la cultura, para no sucumbir ante la presión de ponerle precio a todo, o de venderle el alma al diablo, como el Fausto de Goethe.

El mercado influye de manera determinante en las prácticas culturales de millones de ciudadanos. Las industrias culturales y las pantallas de todo tipo se han convertido en referentes estratégicos de las nuevas identidades y de la construcción de sentido, pero los Estados se mantienen operando bajo lógicas alejadas de estos procesos.

México no hizo ninguna consideración a su sector cultural en la negociación del Tratado de Libre Comercio, por lo cual los instrumentos musicales donados por el BID y que intento conseguir en estos días para expandir el programa de Ciudad Juárez a Nogales y Tijuana, tienen que pagar el 100% de impuestos. Colombia, Ecuador y Perú negociaban su TLC con Estados Unidos juntos como un solo espacio, aunque luego cada país tiene que aprobar su propio Tratado. Colombia intentaba hacer una reserva del tiempo de pantalla para su audiovisual, previendo una apertura paulatina, pero hasta la fecha no se ha logrado un consenso para la firma.

Sin embargo, es conveniente evadir la trampa dualista que coloca el debate de las políticas culturales en medio de dos extremos absolutos. Uno que sostiene el poder único y omnipotente del Estado, aún a costa del debilitamiento de las iniciativas ciudadanas, y el otro que ofrece la privatización y el mercantilismo como las únicas alternativas viables. Ahí también está atravesado el tema de la diversidad cultural, concepto que bien puede servir como potencial creativo y posibilidad de igualdad, pero también como factor de exclusión, de homogeneización y de fragmentación.

La integración cultural latinoamericana e iberoamericana históricamente añorada, no puede entenderse ya como la vieron los liberales del siglo XIX y XX. Entendida

como conjunto de procesos colaborativos conjuntos, diversos y simultáneos, se convierte en una prioridad y al mismo tiempo en un reto de naturaleza diferente a la que soñaron los tiempos independentistas y de conformación de los Estados Nacionales, porque la globalización, la migración y la interdependencia han cambiado los términos de las relaciones y de los conflictos regionales, pero también porque subsisten profundas diferencias, asimetrías, desequilibrios e incluso profundos desacuerdos económicos y políticos entre países latinoamericanos y entre varios de éstos y Europa, empezando por España, la antigua madrastra, hoy eje de la cooperación iberoamericana y aún latinoamericana.

El peso de la cultura en el futuro de las sociedades es definitivo en el mundo global. La economía creativa, la formación de capital intelectual, la capacidad de reformar el tejido social y de promover nuevas formas de convivencia, contrarrestar la violencia y fortalecer la cohesión social se relacionan directamente con la construcción de una ciudadanía consciente del valor de su cultura, con voz propia y sentido ético. Solo de esa forma se puede aspirar a una democracia ajena a posturas estatistas o de mercado, que se abrogan el derecho de decidir por los ciudadanos, los repertorios y prácticas culturales con las que éstos quieren relacionarse en su vida cotidiana, ampliamente influida por un mundo que se ha metido en lo más recóndito de nuestra vida privada y pública.

Nuestras culturas, memorias, conocimientos tradicionales y lenguas no sólo constituyen elementos identitarios en constante transformación, pero históricamente sujetas al menosprecio y la negación de las culturas y políticas dominantes, sino que en la mundialización, se convierten en elementos que pueden contribuir al bienestar de sus creadores y portadores de comunidades indígenas, campesinas, afrodescendientes y urbanas, o bien a convertirse sólo en fuente de riqueza para los poderes transnacionales que ahora mueven fuertes recursos en la cultura.

Por ello, el debate sobre la identidad, la diversidad y la interculturalidad en las políticas culturales, en el vínculo entre educación y cultura y en relación con las estrategias de desarrollo es una de las claves para la construcción de procesos locales, tal vez en escala micro, pero también en escala translocal. Muchos de los movimientos migratorios, traen aparejados procesos culturales que transitan por escenarios informales que bien pueden ser aprovechados para impulsar la democracia y la diversidad de agentes actuantes.

Ningún planteamiento académico o técnico será suficiente, por sí mismo, si no se establece a la par de un diálogo político del más alto nivel, destinado a sacar de la marginalidad la política pública de la cultura y, en un sentido regional, a la creación de un consenso latinoamericano que subraye la urgencia de volver más dinámico, competitivo, contemporáneo y viable el sector cultural de nuestros países. Ello implica un doble esfuerzo, uno de carácter político y de construcción nacional, y otro paralelo, orientado hacia la definición de una plataforma estratégica múltiple y a la vez puntual, capaz de impulsar un plan de acción

latinoamericano. Eso no necesariamente va a transitar al menos en primera instancia por las esferas públicas o institucionales de la cultura, es posible que tengan que desarrollarse en el marco de los esfuerzos de iniciativas ciudadanas actuantes en relación con las políticas públicas.

Hablar de políticas culturales de nueva generación alude a una postura que supone la cultura como recurso para el desarrollo, el bienestar y la democracia, pero también como fuente de identidades diversas y cambiantes, ampliamente influidas por imaginarios ciudadanos que ahora se mueven interconectados por la mundialización.

Para ser de nueva generación, las intervenciones públicas, privadas y civiles en el espacio de la cultura latinoamericana tendrían que acelerar el paso para actuar en un escenario transnacional y translocal, cuyo impulso natural es la homogeneización y masificación a través del mercado y el consumo, pero frente a la cual se manifiesta una sociedad multitemporal, diversa, heterogénea y profundamente desigual, donde la diferenciación y la valoración de las culturas locales se produce en su conexión con el aquí y el allá de identidades culturales expandidas dentro y fuera del continente.

Tendrían que ser políticas capaces de intervenir en los procesos de expansión de fronteras y flujos mediados por industrias culturales, culturas intensamente mediáticas fruto de la revolución tecnológica más acelerada de los últimos tiempos y cuyo impacto ha transformado radicalmente sus intereses, gustos, estrategias de comunicación, apropiación del entorno, encuentro y convivencia.

Nuestros países se debaten entre la pobreza, la polarización y fragmentación social, el crecimiento del narcotráfico y la falta de mecanismos de regeneración del tejido social. El cuento mediático y tecnológico cotidiano, construye un presente permanente y una relatividad permisiva que no alienta una postura ética ni el diálogo intercultural de manera natural. Sin embargo, los medios de comunicación y las redes tecnológicas, representan también recursos fundamentales para aprovechar el potencial de la diversidad cultural, más aun en el marco de la cooperación internacional latinoamericana.

Mientras tanto, la crisis educativa nos deja pasmados cada vez que la OCDE nos evalúa. La obesidad y el sedentarismo toman posesión ante las pocas opciones deportivas y el deterioro del espacio público para millones de niños y adolescentes en nuestros países. La ubicación de la formación sensible, de la recreación y el ocio como un derecho cultural tendrían que entrar a debate en los sistemas educativos y en los ámbitos no formales de los sistemas culturales. Atender la formación en diversidad e interculturalidad de la ciudadanía en los más amplios niveles, parece ser una condición fundamental para poder incidir en el clima de violencia y de intolerancia que reina en muchos sectores.

El medio ambiente y el calentamiento global han traído tal desequilibrio que o nos inundamos o nos calcinamos con las altas temperaturas, el costo no solo es la

incomodidad, sino las tragedias medioambientales que tenemos enfrente. Los recursos naturales y el conocimiento tradicional se vuelven fuente de recursos para las nuevas industrias transnacionales del cuerpo y la salud, en la era del spa, mientras los pueblos indígenas y afroamericanos luchan en el plano nacional e internacional, por hacer valer sus derechos al control de sus territorios, a la valoración y apropiación social de su patrimonio inmaterial y a la preservación de sus territorios. Patrimonio inmaterial, bienestar y sustentabilidad es un trinomio a ser explorado.

La debilidad de nuestros Estados e instituciones culturales se convierte en un obstáculo no sólo para fortalecer las políticas nacionales y fomentar la participación y la cohesión social, sino para construir nuevos puentes de comunicación generacionales y de esperanza para millones de jóvenes que viven el desempleo, el fracaso escolar y la exclusión, refugiados en los rituales de las culturas subterráneas que ofrecen sentido de pertenencia y de identidad, pero corren el riesgo de producir encierro y un cierto resentimiento hacia el mundo de los otros. Ahora se habla de que tan solo en la ciudad de México existen más de 400 mil jóvenes que no estudian ni trabajan.

La insistencia en un modelo de política cultural y en objetivos institucionales que actúan sólo en los campos tradicionales, que confunden política cultural con la administración de instituciones o con ejercicio del gasto público, pensando en “preservar la identidad”, como la principal función del Estado en la cultura, equivale a soltar el timón de un barco cargado de una gran riqueza, en medio de un mar embravecido donde las rutas de navegación son múltiples y en el cual, embarcaciones con otras banderas están cruzando con pasos más firmes y experimentando con estrategias pensadas a mediano y largo plazo.

Hacer recomendaciones de política cultural en el aire puede ser riesgoso si no se sabe de dónde se parte, cuál es el contexto y sobre todo, qué se busca. Igualmente, si no se consideran las prioridades o condiciones de cada país bajo sus circunstancias política y económicas. Si algo ha hecho daño al sector cultural es justamente el cobijarse bajo fórmulas que se han construido a lo largo de muchos años y que ahora ya no funcionan.

Cuando Alicia en el País de las Maravillas se encontró al conejo, le preguntó qué camino debía seguir. El conejo le respondió: depende a dónde quieres ir. Si no sabes, concluyó con sabiduría, cualquier camino es bueno. Podríamos decir que hay muchas formas de llegar a Roma. Eso es justamente lo que necesitamos replantear en las políticas públicas de la cultura, necesitamos repensar con responsabilidad, sentido ético cuál es el nuevo rumbo que debieran asumir las políticas públicas y aún la integración latinoamericana, a partir de revisar a dónde queremos llegar.

La ruta y aún el lugar pueden ser diversos, pero tienen en común el sentido de la búsqueda: la posibilidad de crear nuevos escenarios acordes al siglo XXI, donde no sea solo el mercado y la privatización, quienes establezcan las pautas de

comportamiento de un sector que definirá, junto con la educación, la ciencia y la tecnología, el futuro de nuestros pueblos en el escenario de la globalización.

La condición de marginalidad de las políticas públicas en América Latina y la falta de solidez de las instancias desde donde los Estados ejercen sus facultades, se vuelve una desventaja no sólo a nivel nacional y regional, sino que limitan el impulso de la integración cultural, bajo cualquiera de las formas que se conciba, descartando como se dijo desde el inicio de esta tesis, aquella que suponía la creación de un bloque homogéneo. A pesar de los vínculos históricos y de la riqueza de nuestra diversidad cultural, la falta de impulso a la cooperación internacional entre los países latinoamericanos, fractura incluso el proceso de redefinición de los vínculos con España y Portugal, y expresan nuestra debilidad frente a la Unión Europea y aún frente a los impulsos que ganan África y Asia en el ambiente de la cooperación. Están influyendo en la pérdida de competitividad y de capitalización del sector cultural. La dimensión cultural afecta entonces, la perspectiva de inserción latinoamericana en el nuevo escenario global, manteniendo su sentido periférico aún bajo circunstancias completamente distintas a las que marcaron su nacimiento.

El diseño y estructuración de políticas culturales de nueva generación tienen tras de sí el intento de colocar la tradición, la experiencia y los logros institucionales y sociales en el contexto de la globalización y de las tendencias internacionales que reconocen a la cultura y a las políticas culturales como un sector estratégico para el desarrollo y para apuntalar el tránsito por la crisis civilizatoria que actualmente vivimos.

Construir una gobernanza mundial desde la cultura implica sistematizar y enriquecer las experiencias de cada país, de los diferentes sectores y también hacer propios los instrumentos y recursos de la política internacional de cooperación al desarrollo, para lo cual conviene una reformulación del accionar y de la interacción entre los diversos organismos intergubernamentales. La desaparición del Convenio Andrés Bello, no es más que una muestra más de la debilidad en la gobernanza de la cultura de nuestra región.

El esfuerzo concertado de los países de América Latina en la actualización de sus políticas culturales podría ser un elemento que influya en la integración latino e iberoamericana, entendida como el tejido de estrategias múltiples que respetando las circunstancias y las condiciones de diversidad, contribuyan a una mayor equidad y aprovechamiento de los recursos culturales de cada país, en el fortalecimiento de su posición internacional frente al mercado de la cultura, en la afirmación de las identidades y la diversidad culturales, propias de una de las regiones con mayor riqueza en el mundo, así como en el establecimiento de nuevos equilibrios en la balanza internacional del planeta. La UNESCO se prepara para iniciar una nueva etapa al respecto, pero para aprovecharla, se requiere tener alguna idea respecto a qué podría Alicia preguntarle al Conejo.

Desarrollar nuevos esquemas de política cultural y transitar hacia políticas de Estado que respeten los mínimos irreductibles de la política cultural, sin importar cuál es el color del partido gobernante, ni las preferencias de los funcionarios responsables, es una necesidad perentoria de la mayoría de los países de la región a fin de aprovechar el potencial de una de sus riquezas más grandes: la biodiversidad, el patrimonio material e inmaterial y la diversidad cultural no reducida a la etnicidad, sino a ese complejo heterogéneo, híbrido, inestable y ambivalente que es la identidad de cada uno de los seres humanos que habitamos el planeta.

Consolidar políticas de Estado contribuiría en un proceso de largo plazo a avanzar en la perspectiva de la sostenibilidad del sector cultural, a crear nichos ecológicos más favorables para el patrimonio cultural y la diversidad cultural, entendida en los contextos que ha creado la mundialización así como a convertir la cultura en motor de desarrollo, bienestar, participación, cohesión social y convivencia intercultural. Hablar de cohesión social exige una nueva postura frente al desarrollo, la democracia y los derechos culturales.

BIBLIOGRAFÍA:

Acta del Foro Latinoamericano de Coproducción del Mercado del Film del MERCOSUR. 21 Festival Internacional de Cine de Mar de la Plata, del 13 al 16 de marzo de 2006. Observatorio del MERCOSUR Audiovisual. Boletín Electrónico de OMA/RECAM, no. 7 abril, 2006.

Abril, Carmen y Mauricio Soto. *Entre la champeta y la pared. El futuro económico y cultural de la industria discográfica de Cartagena*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004. (Economía y Cultura # 9)

Agenda 21 de la Cultura, un compromiso de las ciudades y los gobiernos locales para el desarrollo cultural. Barcelona, 2004.

Aguirre, Milagros, Fernando Carrión y Eduardo Kingman. *Quito imaginado*. Colombia, Convenio Andrés Bello/ Universidad Nacional de Colombia/ Taurus/ FLACSO. 2005.

Álvarez, Luciano y Christa Huber. *Montevideo imaginado*. Bogotá, Convenio Andrés Bello. 2004.

Althabe, Gérard. *Antropología del mundo contemporáneo y trabajo de campo*. Alteridades. UAM-I, No. 13. Enero-junio 2003.

Augé, Marc. *Los no lugares, espacios de anonimato; una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa, 2008.

Americans for the Arts. *Arts & Economic Prosperity, the Economic Impact of Nonprofit Arts Organizations and their Audiences*. Washington, Americans for The Arts, 2005.

Arizpe, Lourdes. *El patrimonio cultural en un mundo interactivo. En: Patrimonio intangible; resonancias de nuestras tradiciones*. México, ICOMOS México, Fundación Televisa, ICOM, 2004.

Bartolomé, Miguel Alberto. *Movimientos indios en América Latina: los nuevos procesos de construcción nacionalitaria*. Brasilia, 2002. Disponible en: <http://www.unb.br/ics/dan/Serie321empdf.pdf>

Bartolomé Piña, Margarita. Coord. *Identidad y Ciudadanía, un reto de la educación intercultural*. Madrid, 2002.

Bello, Martha Nubia. *Migraciones, redes sociales y ciudadanía; aportes para la definición de políticas migratorias en Colombia, Ecuador y España*. En: Martín-Barbero, Jesús, et. Al. *América Latina; otras visiones desde la cultura*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005

Borja, Jordi y Manuel Castels. *Local y global; la gestión de las ciudades en la era de la información*. España, Taurus, 1998.

Brunner, José Joaquín. *Políticas Culturales y Democracia: Hacia una Teoría de las Oportunidades*. En: García Canclini, Néstor (Ed). *"Políticas Culturales en América Latina"*. Editorial Grijalbo, México, 1987.

Carta Cultural Iberoamericana. XVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Montevideo, Uruguay, 3-5 de noviembre de 2006. Disponible en: <http://www.oei.es/xvicumbrecarta.htm>

CEPAL. *Panorama Social de América Latina*. 2006 Disponible en: <http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml>

CEPAL/ Organización Iberoamericana de Juventud. *La juventud en Iberoamérica; Tendencias y urgencias*. 2da. Edición. Buenos Aires, agosto de 2007.

Castellanos Valenzuela, Gonzalo. *Sistema jurídico de incentivos económicos a la cultura en los países del Convenio Andrés Bello*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003. 109p.

Cerrillos, María Luisa, "Prólogo". En: *Somos Patrimonio. 91 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999. pp.11-12.

Colom González; Francisco. *El espejo, es mosaico y el crisol; modelos políticos para el multiculturalismo*. Barcelona, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana. 2001.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Disponible en:
<http://websie.eclac.cl/ConsultaIntegradaFlash>

CONACULTA. *Encuesta nacional de prácticas y consumo culturales*. México, 2004.

Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en su 33ª reunión, celebrada en París del 3 al 21 de octubre de 2005.

X Conferencia Iberoamericana de Cultura. Valparaíso, Chile, 26 y 27 de Julio de 2007. Disponible en: <http://www.oei.es/cic.htm>

Council of Europe. Disponible en: <http://www.coe.int>

Consejo 500 Años de Resistencia Indígena. *Documento del Consejo 500 años de Resistencia Indígena*, leído en mayo de 1998 en San Andrés Totoltepec, Guerrero, México. PDF.

Convenio Andrés Bello. *CULTURA: la llave maestra de la Integración*. Programa del Área de Cultura. Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, s.a.

Convenio Andrés Bello. *Legislación Cultural en los Países del Convenio Andrés Bello*. Segunda Edición, 2004, CD ROM. Sistemas Nacionales de Cultura. Disponible en:
<http://www.oei.es/siscult/index.html>

Convenio Andrés Bello. *Integración. Eje transversal. Conceptos articuladores: Dimensión de los proyectos y estrategia*. Bogotá, Convenio Andrés Bello. 2000.

Convenio Andrés Bello. *Proyecto para la Propuesta de una Canasta de Consumo Cultural; una herramienta para garantizar el derecho a participar de la vida cultural y el acceso a los bienes y servicios culturales*. Documento inédito.

Convenio Andrés Bello. *Seminario Laboratorio de Economía de la Cultura: una mirada desde la teoría; en homenaje a Luis Stolorovich*. Montevideo, Uruguay. 14-16 de marzo de 2007. Documento en PDF.

Convenio Andrés Bello. *Somos Patrimonio 1; 91 Experiencias de apropiación social del patrimonio*. Bogotá, CAB, 1999.

Convenio Andrés Bello. *Somos Patrimonio 2; 101 Experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, CAB, 2001.

Convenio Andrés Bello. *Somos Patrimonio 3; 144 Experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, CAB, 2003.

Convenio Andrés Bello. *Somos Patrimonio 4; 391 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, CAB, 2004.

Convenio Andrés Bello. *Somos Patrimonio 5; 361 Experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá: CAB, 2006.

Convenio Andrés Bello. *Un camino abierto a la integración. Programa Convenio Andrés Bello 2001-2004. Presentación y discurso institucional*. Bogotá, Convenio Andrés Bello.

Convenio OIT no. 169 Sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes. 1989.
Disponible en: <http://www.oit.org/public/spanish/region/ampro/lima/publ/conv-169/convenio.shtml>

Creative Europe; on Governance and Management of Artistic Creativity in Europe, An ERICarts Report presented by Network of European Foundations for Innovative Co-operation (NEF). Prepared by Danielle Cliché, Rltva Mitchell, Andreas Wiesand. Bonn, ArCult Media, 2002. 335p.

XV Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Salamanca, España, 14 y 15 de Octubre de 2005.

Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas. Aprobada en la Asamblea General, el 13 de Septiembre de 2007. Disponible en: <http://www.un.org/esa/socdev/unpfii/es/dirp.html>

De la Torre, Adrián. *Criterios sobre la institucionalidad y coyuntura cultural del Ecuador*. Documento presentado en el Encuentro Mesa CAB de Cultura, Región Andina, 17 y 18 de Octubre de 2007. Documento en PDF.

Declaración de México sobre las Políticas Culturales. *Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales*. México, D.F., 26 de julio -6 de agosto de 1982. Disponible en: http://portal.unesco.org/culture/es/files/12762/1295424031mexico_sp.pdf/mexico_sp.pdf

Declaración de Lima. *V Conferencia Iberoamericana de Cultura*. Lima 8 y 9 de noviembre de 2001. Disponible en: <http://www.oei.es/agendacultural/declaracion.htm>

El impacto económico de la cultura de Perú. Instituto de Investigaciones de la Escuela Profesional de Turismo y Hotelería de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Turismo y Psicología de la Universidad de San Martín de Porres. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005. 265p. (Economía y cultura #11)

Escoda, Ferran. *Barcelona imaginada*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia, Taurus, 2004.

Essombra, Miguel Ángel. *Construir la escuela intercultural: reflexiones y propuestas para trabajar la diversidad étnica y cultural*. Barcelona, Graó, 1999.

Essombra, Miguel Ángel. *Diez ideas claves: La gestión de la diversidad cultural en la escuela*. Barcelona: Grao. 2008

Estrade, Paúl. *Concepto de América Latina; observaciones a Don Manuel Alvarez y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto de América Latina*. En Revista Rabal. Caracas. NO. 13, 1994, 79-82.

García, Antonio. *La estructura del atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*. Pensamiento Integracionista latinoamericano. Bogotá, Convenio Andrés Bello. 2006. 410p.

García Canclini, Néstor (coord). *Culturas de Iberoamérica. ¿Es posible un desarrollo compartido? En: Iberoamérica 2002; diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*. Madrid, España, Organización de Estados Iberoamericanos, 2002. P.16.

- García Canclini, Néstor. *El consumo cultural en México*. México, CONACULTA, 1993. 414p.
- García Canclini, Néstor. *El consumo cultural: una propuesta teórica*. En: Sunkel, Guillermo. *El consumo cultural en América Latina*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2006.
- García Canclini, Néstor. *Cultura y pospolítica; el debate sobre la modernidad en América Latina*. México, CONACULTA, 1999. 341p.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados; mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Gedisa, 2004.
- García Canclini, Néstor. *Imaginario Urbanos*. Buenos Aires: EUDEBA, 1999.
- García Canclini, Néstor. *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Madrid, Katz Editores, 2010.
- García Canclini, Néstor. *Lectores, espectadores e internautas*. Barcelona, Gedisa, 2007.
- García Canclini, Néstor (ed). *Políticas Culturales en América Latina*. México, Grijalbo, 1987.
- García Canclini, Néstor (coord) *Reabrir espacios públicos; políticas culturales y ciudadanía*. México, UAM, Plaza y Valdes Editores, 2004. 397p.
- García Canclini, Néstor, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón. *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos, 1940-2000*. México, Grijalbo, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.
- García Canclini, Néstor y Carlos Juan Moneta, coord. *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. UNESCO, Grijalbo, Sela, 1999. 398p.
- García Gutiérrez, Antonio. *Desclasificados; pluralismo lógico y violencia de la clasificación*. España, Anthropos, 2007.
- Garretón M., Manuel. Coord. *América Latina un espacio cultural en el mundo globalizado*. Colombia, Convenio Andrés Bello, 1999.
- Geertz, Clifford. *Conocimiento local; ensayos sobre interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1994.
- González, Roque. *Distribución y exhibición digital: el cine del futuro*. Documento inédito proporcionado por el autor para este estudio. Archivo en PDF.
- González Miranda, Sergio. Densidad, integración y conflicto en la triple frontera (Perú, Bolivia y Chile). En: *La Integración y el desarrollo social fronterizo*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2006.
- Gootenberg, Paul. Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura. *Alteridades*. UAM. No. 14, julio-diciembre de 2004.
- Guadarrama González, Pablo. *José Martí y el humanismo en América Latina*. Colombia, Convenio Andrés Bello, 2004.
- Guerrero, Arturo. *Habitantes de la memoria. Experiencias notables de apropiación social del patrimonio inmaterial en América Latina*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005. 213p.

Guzmán Cárdenas, Carlos Enrique, Yessica Medina y Yolanda Quintero Aguilar. *La dinámica de la cultura en Venezuela y su contribución al PIB*. Bogotá, Convenio Andrés Bello/Ministerio de Educación Cultural y Deportes/CONAC, 2004. 219p. (Economía y cultura #10).

Henríquez Guajardo, Pedro, "Presentación del Secretario Ejecutivo". En *Somos Patrimonio. 91 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999.

Impacto del sector cinematográfico sobre la economía colombiana: situación actual y perspectivas. Bogotá, Convenio Andrés Bello, Ministerio de Cultura, Proimágenes en Movimiento. 2003.

Impacto de la cultura en la economía chilena. Participación de algunas actividades culturales en el PIB. Indicadores y fuentes disponibles. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003. 99 p.

Industrias culturales y desarrollo sustentable. México, CONACULTA, SRE, OEI, 2004. 306p.

Interarts Observatory. *Empiric; culture, employment and third system*. Developing cultural strategies and sustainable projects with the third system. The experience of Empiric. Barcelona, Interarts Observatory, Chorley Borough Council (United Kingdom), Systeme Friche Théâtre-Marseille, Stadt Olbernhau (Saxony, Germany), Cámara Municipal de Palmela (Portugal), Diputación de Tarragona (Catalonia, Spain), s.a. 66p.

Jiménez López, Lucina. *La batalla por el patrimonio cultural intangible*. En: Guerrero, Arturo. *Habitantes de la memoria. Experiencias notables de apropiación social del patrimonio inmaterial en América Latina*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005. pp.13-23.

Jiménez López, Lucina. "Educación y cultura; su articulación para una agenda común". Relatoría. En García Canclini, Néstor (coord.). *Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*. Madrid, España, Organización de Estados Iberoamericanos, Santillana, 2002. 339-358p.

Jiménez López, Lucina. *Leer ya no es como antes II*. En El Universal. 2 de diciembre de 2007.

Jiménez López, Lucina. *México: lo que sigue para los pueblos indígenas*. El Universal. Domingo 19 de febrero, 2006.

Jiménez López, Lucina. *Patrimonio, artes escénicas y políticas públicas; la puesta en escena de vínculos no reconocidos*. En: *Patrimonio Intangible, resonancia de nuestras tradiciones*. México, ICOM México, Fundación Televisa, ICOM, 2004. pp.53 - 57.

Jiménez López, Lucina. *Por la política del cine*. En: *Letras Libres*. Abril de 2007. Año IX, Número 100, pp.74-79.

Jiménez, Lucina y Gemma Carbó. "Educación, Cultura y Desarrollo". En: Alfons Martinell. *Cultura y desarrollo; un compromiso para la libertad y el bienestar*. Fundación Carolina, Siglo XXI, 2010. 209-242p.

Jiménez, Lucina. "Empresas culturales y economía de la creatividad en México". En *Abaco; revista de cultura y ciencias sociales. La Cultura como actor económico, industrias culturales y creativas*. 2da época. Asturias, España. Volumen 2-3, 2010. 49-58.

La Juventud en Iberoamérica; tendencias y urgencias. Buenos Aires, Naciones Unidas, CEPAL, Organización Iberoamericana de Juventud, 2007.

Lepe Lira, Luz María. *Canto de Mujeres Amazonas*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005.

López, Omar. *Las industrias culturales en América Latina*. Documento elaborado para ser presentado en el Foro de Biarritz, 2006. Archivo electrónico.

López Z, Eduardo, Erick Torrico V. y Alejandra Valdivia R. *Dinámica económica de la cultura en Bolivia*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005. 199p. (Economía y cultura # 12)

Los trabajadores del sector cultural en Chile. Estudio de caracterización... Bogotá, Departamento de Estudios y documentación. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, Convenio Andrés Bello, 2004. 131p. (Economía y cultura # 7)

Manríquez Durán, Miguel. *Cultura regional y apertura económica*. Hermosillo, Sonora, México, Colegio de Sonora, 1994. 153p.

Martín-Barbero, Jesús, et. al. *América Latina. Otras visiones desde la cultura, ciudadanías, juventud, convivencia, migraciones, pueblos originarios, mediaciones tecnológicas*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005.

Martín-Barbero, Jesús, coord. *Imaginario de nación, pensar en medio de la tormenta*. Colombia, Ministerio de Cultura, 2001.

Martín-Barbero, Jesús. "Patrimonio: el futuro que habita la memoria". En *Somos Patrimonio. 91 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999. pp.13-14.

Martín-Barbero, Jesús. *Jóvenes: comunicación e identidad. Pensar Iberoamérica, revista de cultura*. Organización de Estados Iberoamericanos, Febrero de 2002.

Martinell Sampere, Alfons. *La gestión cultural: singularidad profesional y perspectivas de futuro*. En: *Seminario Internacional: La formación en gestión cultural y políticas culturales para la diversidad cultural y el desarrollo*. Girona, del 30 de agosto al 2 de septiembre de 2004. Elisenda Belda, Alfons Martinell, Toni Vilá (eds). Documenta Universitaria [2005].

Mattelart, Armand. *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona, Paidós, 2006.

Maya Restrepo, Luz Adriana. *Conclusiones balance y perspectivas Premio CAB Somos Patrimonio. Convocatorias I, II, III, IV, V y VI*. PDF.

Mejía Arango, Juan Luis. *Palabras del Ministro de Cultura de Colombia*. En Seminario Internacional sobre *Economía y cultura: la tercera cara de la moneda*. Memorias. Colombia, Convenio Andrés Bello, 2001.

Mejía, Juan Luis. *¿Derechos sin Estado? Tres momentos de la institucionalidad cultural en América Latina*. En: Revista Pensar Iberoamérica N° 7 Septiembre a Diciembre de 2004. Disponible en: www.oei.es/pensariberoamerica/ric07a05.htm

Melo, Jorge Orlando. *Economía, cultura y mecenazgo*. En: *Seminario Internacional sobre Economía y cultura: la tercera cara de la moneda*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2001. pp127-173.

Meertens, Donny. *Género, desplazamiento forzado y migración; un ejercicio comparativo de movilidad y proyectos de vida*. Conferencia dictada en la Cátedra Manuel Ancizar de la Universidad Nacional de Colombia. Centro de Estudios Sociales, Organización Internacional de Migraciones y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. Bogotá, 2004.

Mignolo, Walter D. *La idea de América Latina; la herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Gedisa, 2005.

Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación. *Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Cooperación Española: resumen ejecutivo*. Disponible en: http://www.encuentrocooperacion.es/pdfs/PlanSectoral/ResumenEjecutivo_CulturayDesarrolloEsp.pdf

Ministerio de Cultura de Colombia. *Impacto económico de las industrias culturales en Colombia*. Bogotá, Ministerio de Cultura de Colombia, Convenio Andrés Bello, CERLALC, 2003.
Ministry of Education, Culture and Science in the Netherlands. *Cultural Policy in the Netherlands*. The Hague, Netherlands, 2003. 296p.

Niño Guarnizo, Catalina. *La integración cultural latinoamericana; situación actual y una propuesta hacia el futuro, una visión desde el Convenio Andrés Bello*. Marzo, 2008. PDF.

Nivón Bolán, Eduardo. El consumo cultural y los movimientos sociales. En: *El Consumo Cultural en México*. García Canclini, Néstor (Coord.). México, CONACULTA, 1993. 123-160pp.

Nivón Bolán, Eduardo. *La política cultural, temas, problemas y oportunidades*. México, CONACULTA, Vinculación Cultural, 2006.

Nivón Bolán, Eduardo. *Política cultural en México. 2006-2020; hacia un plan estratégico de desarrollo*. México, Universidad de Guadalajara, 2006. 116p.

Nivón Bolán, Eduardo. Malestar en la cultura. Conflictos en la política cultural mexicana reciente. En: *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*. Organización de Estados Iberoamericanos. No. 7. Septiembre-diciembre 2004. Disponible en: <http://www.oer.es/pensariberoamerica/ric07a01.htm>

Organización de las Naciones Unidas. *Objetivos del Desarrollo del Milenio de la ONU*. Disponible en: <http://www.un.org/spanish/millenniumgoals>

Organización de Estados Iberoamericanos. *Cultura y sustentabilidad en Iberoamérica*. Martín-Barbero, Jesús, Renato Ortiz, Lucina Jiménez y Eduard Delgado. Madrid, Interarts, OEI, 2005. 249p.

Ortiz, Renato. *Mundialización y cultura*. Colombia. Convenio Andrés Bello, 2004. Colección Agenda Iberoamericana.

Ortúzar Ruiz, Marcelo. *El concepto de cuenta satélite y la generación de normas y orientaciones por los organismos internacionales. Taller Internacional Cuentas Nacionales de Salud y Género* 18 y 19 de Octubre 2001. Santiago de Chile. CEPAL, 2001.

Ossa Carlos y Nelly Richard. *Santiago Imaginado*. Colombia, Convenio Andrés Bello/ Universidad Nacional de Colombia/ Taurus/ Universidad Arcis / Gobierno de Chile Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2004.

Pacari Vega, Nina. *Inclusión social desde la mirada de los grupos humanos originarios*. En: Martín-Barbero, Jesús, et. Al. *América Latina otras visiones desde la cultura*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2005. pp. 93-113.

Pensamiento iberoamericano; revista bianual. *El poder de la diversidad cultural*. No. 4. 2009.

Piedras, Ernesto. *¿Cuánto vale la cultura?; contribución económica de las industrias protegidas por el derecho de autor en México*. México, CONACULTA, SOGEM, SACM; 2004. 232p.

Pizano Mallarino, Olga, Luis Alberto Zuleta J. y Lino Jaramillo G. /Germán Rey. *La fiesta, la otra cara del patrimonio. Valoración de su impacto económico, cultural y social*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004. 219p. (Economía y cultura # 8)

Presentación del Convenio Andrés Bello y su papel en el escenario iberoamericano, en la Casa de América, el 10 de abril de 2004, por parte de su Secretario Ejecutivo: Francisco Huerta Montalvo. Disponible en: <http://www.casamerica.es/es/casa-de-america-madrid/>

Prieto de Pedro, Jesús. *Cultura, culturas y constitución*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006.

Programa 21 de Naciones Unidas. Disponible en: <http://www.un.org/esa/sustdev/documents/agenda21/Spanish>

Puiggrós Adriana. *De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Educación para la integración iberoamericana*. Colombia, Convenio Andrés Bello, 2004.

Pupo Lorenzo, Noemí. *El Convenio Andrés Bello, una contribución a la integración latinoamericana y caribeña*. Revista IPLAC, Publicación Latinoamericana y Caribeña de Educación. No. 1 enero-abril, 2007.

Quesada Avendaño, Florencia. *Imaginarios Urbanos, espacio público y ciudad en América Latina. Pensar Iberoamérica, Revista de Cultura*. Número 8, abril-junio, 2006.

Quijano, Aníbal. *El "movimiento indígena" y las cuestiones pendientes en América Latina*. 2003. Disponible en: <http://www.forociudadano.com/regional/QuijanoMovIndigenaAl.htm>

Ramírez, Soledad. Las zonas de integración fronteriza: desafíos de la comunidad andina y suramericana. En: *La integración y el desarrollo social fronterizo*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2006. (Cátedras de Integración Convenio Andrés Bello, Serie Integración Social y Fronteras) p.51-91.

Rascón Banda, Víctor Hugo. *Legislación y políticas culturales en las industrias culturales de América Latina*. En: *Industrias culturales y desarrollo sustentable*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, OEI, CONACULTA, 2004. pp. 227-244.

Rebollo Gonçalves, Lisbeth, Amalia Inês Geraiges de Lemos, Francisco Capuano Scarlato, Cristina Freire. João Batista Neto, mariza Bertoli. *São Paulo imaginado*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia, Taurus, 2006. 285p.

Reguillo, Rossana. *Jóvenes y estudios culturales, notas para un balance crítico*. En Valenzuela Arce, Manuel. *Los Estudios culturales en México*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Reguillo, Rossana. *¿Destinos emergentes? Memoria del Encuentro de Latinidades; una mirada crítica a los movimientos y realidades de los migrantes hispanoamericanos en Estados Unidos*. 15 y 16 de diciembre, 2006. Archivo PDF.

Restrepo, Juan Camilo. *Supermercado, cultura y paz*. En: *Economía y cultura: la tercera cara de la moneda*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2001.

Rey, Germán. *Entre la realidad y los sueños. La cultura en los tratados internacionales de libre comercio y el ALCALA*. Colombia, Convenio Andrés Bello. 2003.

Rey, Germán. *La cultura en los tratados del libre comercio y el ALCA; diez preguntas sencillas sobre diez asuntos complejos*. Colombia, Convenio Andrés Bello, 2004. Colección Papeles CAB.

Rey, Germán. *Las tramas de la cultura*. Colombia, Convenio Andrés Bello, AECID, 2008. 207p.

Rey, Germán. *Trazos y Tramas de la Cultura. Una Lectura Transversal del Consumo Cultural en América Latina. Análisis de Seis Países*, Colombia, Convenio Andrés Bello, documento inédito.

Rivas Herrera, Patricio. *Una carta de navegación en el espacio iberoamericano*. Santo Domingo, República Dominicana, febrero de 2008. PDF

Rodríguez, Pablo (coordinador). *La familia en iberoamérica 1550-1980*. Colombia, Convenio Andrés Bello/ Universidad Nacional de Colombia. 2004.

Sánchez López de Mesa, Alejandro. *Institucionalidad Cultural Nacional en los países de América Latina*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2007. Documento inédito.

Santos, Milton. *Por otra globalización del pensamiento único a la conciencia universal*. Colección *Agenda Iberoamericana*. Colombia, Convenio Andrés Bello. 2004.

Silva, Armando. *Imaginario Urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos*. Metodología. Bogotá, Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia. 2003. 86p.

Sosnowski, Saúl. *Voces y diferencias: un espacio compartido para las letras americanas*. En: Garretón, Manuel. Coord. *América Latina un espacio cultural en el mundo globalizado*. Colombia, Convenio Andrés Bello. 1999.

Soto Labbé, María Paulina. *Jóvenes y cultura. Pensar Iberoamérica; revista de cultura*. OEI, Número 9 julio-octubre, 2006.

Stolovich, Luis, et. al. *La cultura es capital: entre la creación y el negocio: economía y cultura en el Uruguay*. Uruguay, Editorial Fin de Siglo, 2002.

Stolcke, Verena y Alexandre Coello (eds.). *Identidades ambivalentes en América Latina* (siglos XVI-XXI). España, Ediciones Bellaterra, 2008.

Sunkel, Guillermo. *El consumo cultural en América Latina; construcción teórica y líneas de investigación*. Colombia, Convenio Andrés Bello, 2006. 535p

Tablero. *Revista del Convenio Andrés Bello*. 65. Convenio Andrés Bello. Mayo-agosto de 2003.

Tablero. *Revista del Convenio Andrés Bello*. 66. Convenio Andrés Bello. Septiembre-diciembre de 2003.

Tablero. *Revista del Convenio Andrés Bello*. 67. Convenio Andrés Bello. Enero-abril de 2004.

Tablero. *Revista del Convenio Andrés Bello*. 68. Convenio Andrés Bello. Mayo- agosto 2004.

Teixeira Cohelo, José. *La cuarta generación de la gestión cultural: la perspectiva desde Brasil hacia el mundo*. En *Seminario Internacional: La formación en gestión cultural y políticas culturales para la diversidad cultural y el desarrollo*. Girona, del 30 de agosto al 2 de septiembre de 2004. Elisenda Belda, Alfons Martinell, Toni Vilá (eds). Documenta Universitaria [2005].

Tikal Ideas. *Gestión, cultura y creatividad*. Coppla Fundación Argentina, Ecuador y Chile. Disponible en: http://www.tikalideas.org/index.php?=com_contents

Tolila, Paul. *Economía y cultura*. México, CONACULTA, OEI, SRE, 2007.

UNESCO. Portal de Internet. Disponible en: <http://portal.unesco.org/culture/es/ev.php>

UNESCO. *La conclusión universal de la educación primaria en América Latina: ¿Estamos realmente cerca?; Informe regional sobre los Objetivos del Milenio vinculados a la educación*. Santiago de Chile, 2004.

UNESCO World Report. *Investing Cultural Diversity and Intercultural Dialogue*. Paris, 2009.

Urbina Rabgel Fernando. *Dijoma El hombre serpiente águila. Mito uitoto de la Amazonia*. Convenio Andrés Bello. Bogotá, Colombia, 2004 118p.

Yúdice, George. *El recurso de la cultura; usos de la cultura en la era global*. España, Gedisa, 2002. 475p.

Yúdice, George. *Las migraciones latinoamericanas a Estados Unidos. En: Memoria del Encuentro de Latinidades; una mirada crítica a los movimientos y realidades de los migrantes hispanoamericanos en Estados Unidos*. 15 y 16 de Diciembre de 2006. Archivo PDF.

Zulueta, Luis Alberto J. y Lino Jaramillo G. *Cartagena de Indias, impacto económico de la zona histórica*. Bogotá, Convenio Andrés Bello y Cooperación Centro Histórico de Cartagena de Indias, 2006. 184p. (Economía y cultura #13)

Zulueta, Luis Alberto J. y Lino Jaramillo G. *Impacto del sector cinematográfico en la economía colombiana*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003. (Economía y cultura)

Zulueta, Luis Alberto J. y Lino Jaramillo G. *Impacto del sector fonográfico en la economía colombiana*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003. 181p. (Economía y cultura)

Zulueta, Luis Alberto J. y Lino Jaramillo G. *Impacto económico del patrimonio del Centro histórico de Bogotá*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003. 89p.